

mapocho

Revista de Humanidades y Ciencias Sociales
N° 31 Primer Semestre de 1992

HUMANIDADES

La elección del intelectual, <i>José Ricardo Morales</i>	9
Fedor Dostoievski: Entrevista póstuma, <i>Alfonso Calderón</i>	17
Geopolítica de la razón, <i>Carlos Rojas Osorio</i>	25
Introducción a una lectura poética de Lagar II, <i>Gastón von dem Bussche Aranda</i>	35
Reflexiones sobre el modernismo: Una dualidad significativa, <i>Jaime Concha</i>	49
Rilke en España, <i>Manuel Peña Muñoz</i>	57
Borges no existe, <i>Gerhard Köpf</i>	61
Ensayos sobre el arte de escribir, <i>Robert Louis Stevenson</i> . Trad. <i>Tomás Gray</i>	71

CIENCIAS SOCIALES

Max Weber y la ciencia histórica moderna, <i>Wolfgang J. Mommsen</i> . Trad. <i>Joaquín Abellán</i>	87
El inquisidor como antropólogo, <i>Carlos Ginzburg</i> . Trad. <i>Claudio Rolle C.</i>	103

Sarmiento o la modernidad radical, <i>Carlos Ossandón B.</i>	113
¿Un futuro democrático para América del Sur?, <i>Ernesto Ottone</i>	119
La frontera carbonífera, 1840-1900, <i>Luis Ortega</i>	131
Escrituras de monjas durante la Colonia: El caso de Úrsula Suárez en Chile, <i>Adriana Valdés</i>	149

TESTIMONIOS

Siete años de recuerdos políticos, <i>Alberto Edwards</i> (segunda parte). Anexos, introducción por <i>Sofía Correa S.</i>	169
Pablo Neruda enjuicia la creación literaria actual	219
<i>La novela de los recuerdos</i> , fragmentos de un diario íntimo (1904), por <i>Augusto Thomson</i>	223
Homenaje a <i>Carlos Ruiz-Tagle G.</i> ...	239
Cronología de <i>Carlos Ruiz-Tagle G.</i>	251
Homenaje a <i>Grete Mostny G.</i>	253



DIRECCION
DE BIBLIOTECAS
ARCHIVOS
Y MUSEOS

mapocho

Revista de Humanidades y Ciencias Sociales
N° 31 Primer Semestre de 1992

HUMANIDADES

La elección del intelectual, <i>José Ricardo Morales</i>	9
Fedor Dostoievski: Entrevista póstuma, <i>Alfonso Calderón</i>	17
Geopolítica de la razón, <i>Carlos Rojas Osorio</i>	25
Introducción a una lectura poética de Lagar II, <i>Gastón von dem Bussche Aranda</i>	35
Reflexiones sobre el modernismo: Una dualidad significativa, <i>Jaime Concha</i>	49
Rilke en España, <i>Manuel Peña Muñoz</i>	57
Borges no existe, <i>Gerhard Köpf</i>	61
Ensayos sobre el arte de escribir, <i>Robert Louis Stevenson</i> . Trad. Tomás Gray	71

CIENCIAS SOCIALES

Max Weber y la ciencia histórica moderna, <i>Wolfgang J. Mommsen</i> . Trad. Joaquín Abellán	87
El inquisidor como antropólogo, <i>Carlos Ginzburg</i> . Trad. Claudio Rolle C.	103
Sarmiento o la modernidad radical, <i>Carlos Ossandón B.</i>	113
¿Un futuro democrático para América del Sur?, <i>Ernesto Ottone</i>	119
La frontera carbonífera, 1840-1900, <i>Luis Ortega</i>	131
Escrituras de monjas durante la Colonia: El caso de Úrsula Suárez en Chile, <i>Adriana Valdés</i>	149

TESTIMONIOS

Siete años de recuerdos políticos, Alberto Edwards (segunda parte). Anexos, introducción por <i>Sofía Correa S.</i>	169
Pablo Neruda enjuicia la creación literaria actual	219
<i>La novela de los recuerdos</i> , fragmentos de un diario íntimo (1904), por <i>Augusto Thomson</i>	223
Homenaje a Carlos Ruiz-Tagle G.	239
Cronología de Carlos Ruiz-Tagle G.	251
Homenaje a Grete Mostny G.	253

COMENTARIOS DE LIBROS

Universidad de Irvine, <i>Gestos. Teoría y práctica del teatro hispánico</i> . <i>Justo Alarcón R.</i>	259
Gabriela Mistral, <i>Lagar II</i> . <i>Teresa Calderón</i>	260
Adolfo Bioy Cesares, <i>Una muñeca rusa</i> . <i>Tomás Harris</i>	262
Franz Kafka, <i>Relatos completos</i> . <i>Tomás Harris</i>	263
Pedro Lastra y Enrique Lihn, <i>Asedios a Oscar Hahn</i> . <i>Oscar Gomes</i>	264
Sissi. Páginas de un diario de Constatin Christomanos. <i>Manuel Peña Muñoz</i>	268
José Bengoa, <i>Historia social de la agricultura chilena</i> . <i>Jaime Valenzuela M.</i>	270
Principales actividades de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, Segundo Semestre 1991	275



DIRECCION
DE BIBLIOTECAS
ARCHIVOS
Y MUSEOS

HUMANIDADES

AUTORIDADES

Ministro de Educación
Sr. *Ricardo Lagos Escobar*

Director de Bibliotecas, Archivos y Museos
Sr. *Sergio Villalobos R.*

Director Responsable
Sr. *Alfonso Calderón*

Secretario de redacción
Sr. *Pedro Pablo Zegers B.*

CONSEJO EDITORIAL

Sr. *Miguel Arteche*

Sr. *Alfonso Calderón S.*

Sr. *Marcos García de la Huerta*

Sr. *Manuel Antonio Garretón*

Sra. *Agata Gligo*

Sr. *Jorge Hidalgo*

Sr. *Alfredo Jocelyn-Holt L.*

Sr. *Mario Orellana*

HUMANIDADES

LA ELECCIÓN DEL INTELLECTUAL

José María Arguedas

En el mundo que he elegido al intelectual —y, por eso, la nación que he perfilado para mi escritura—, el autor en literatura como en cualquier otra de las artes, también debe haber un diálogo con el lector en principio a un tipo limitado, pero afortunadamente muy amplio, de lectores. Pues, como he dicho ya en otra ocasión, el lector del escritor "indianista" dentro de la medida de lo que yo entiendo por tal, es un lector "especial" —en sus casos, lo diré más—, susceptible de una primera "lección" o instrucción de lectura, distinta que las que, para un lector de novela, por ejemplo, se le dan al acercarse a ella. Así, el lector "especial" profesional o no profesional, que lee —compulsivamente o no— de un determinado tipo de escritura, puede, en ciertos momentos, convertirse para el escritor en lector "común". Cuando en tales casos uno toma de una página, o una o dos, o tres, o más, que se le han escrito para un lector "especial", se afirma que se le ha escrito para un lector "común". Pero, al mismo tiempo, se afirma que se le ha escrito para un lector "especial".

Por eso, cuando, con el tiempo, la lectura de un determinado tipo de escritura, o una parte de ella, se lee por un lector "común" o por un lector "especial" o por un lector "especial" que se convierte en lector "común", se afirma que se le ha escrito para un lector "común". Pero, al mismo tiempo, se afirma que se le ha escrito para un lector "especial".

Por eso, cuando, con el tiempo, la lectura de un determinado tipo de escritura, o una parte de ella, se lee por un lector "común" o por un lector "especial" o por un lector "especial" que se convierte en lector "común", se afirma que se le ha escrito para un lector "común". Pero, al mismo tiempo, se afirma que se le ha escrito para un lector "especial".

Por eso, cuando, con el tiempo, la lectura de un determinado tipo de escritura, o una parte de ella, se lee por un lector "común" o por un lector "especial" o por un lector "especial" que se convierte en lector "común", se afirma que se le ha escrito para un lector "común". Pero, al mismo tiempo, se afirma que se le ha escrito para un lector "especial".

LA ELECCIÓN DEL INTELLECTUAL*

José Ricardo Morales

El término que designa al intelectual —y, por ello, la noción que lo perfila “definitivamente”—, tanto en latín como en castellano, es de aparición tardía. Sin embargo, dicho concepto no se refirió en principio a un tipo humano, sino a determinada capacidad propia del hombre. Pues, ateniéndonos a nuestra lengua, el vocablo “intelectual” denota la facultad de acercarse mentalmente a cuanto se considera superior —en este caso, la divinidad—, empleándolo por vez primera aquel místico de colorida escritura que fue fray Luis de Granada. De modo que la palabra “intelectual” perteneció a una creencia y significó originalmente la vía de aproximación hacia el extremo límite del conocimiento posible, así como la aptitud necesaria para emprender dicha ruta. Quedó en ello, no me cabe duda alguna, cierto dejo tardío de la idea que sustentó en el siglo XIII San Anselmo, al afirmar que la fe requiere del intelecto —*fides quaerens intellectum*—, tal como aún lo suponen aquellas ideologías en las que determinada fe se hace una con las ideas, afianzándolas.

No obstante, con el tiempo, la noción de intelectual se refirió, sobre todo, a quien personifica el conocimiento en sus diversas modalidades, asignándole al vocablo su específico carácter de oficio. Así que de *lo* intelectual —en cuanto vía o aptitud— se deslizó el significado, para nombrar después al que trabaja profesionalmente con la inteligencia. Aun cuando, si fuésemos todo lo rigurosos que conviene a quienes merecen la designación de intelectuales, habríamos de reconocer que entre ellos —por no decir entre nosotros— abundan los que viven *de* la inteligencia, parasitariamente, y no *con* ella o *en* ella.

Según podemos apreciar, al exponer el desplazamiento de sentido que experimentó el término “intelectual”, sucede con las palabras que además de referirse a cuanto les concierne, dicen o indican, ante todo, de sí mismas, pues llevan consigo la impronta de su historia, en la que figuran las diversas acepciones que les afectaron: es decir, aquellas “acepciones” adquiridas con el uso y con el tiempo, a partir de su raíz originaria. Y si hago hincapié en este aspecto variable del vocablo, confío en que no se me reprochará el quedarme en las palabras, ya que, por ejercer de escritor, peor sería que me quedara sin ellas... Al fin y al cabo, como “términos” que son, determinan las condiciones del pensamiento, así que no me atengo solamente a ellas por mera formalidad, sino que, de ese modo, intento poner de relieve los diferentes conceptos que

*Ponencia presentada en el Tercer Encuentro de Escritores del Mediterráneo. Valencia, 17 de abril de 1986.

implican o pliegan, pues se hace necesario desplegarlos en cuanto intentamos reflexionar con rigor.

Dado que se nos propone como tema, en este Encuentro de Escritores, *El intelectual y su lucha por la democracia*, nos corresponde inquirir sobre la índole de aquél, para saber en qué medida le concierne la referida posibilidad de acción. De manera que si me pregunto aquí sobre la condición del intelectual, se debe a que éste es, principalmente, *aquel que se pregunta*. Sin duda que todos nos preguntamos siempre, en mayor o menor grado, sobre cuanto haya o exista, pero sucede que la obra basada en las más rigurosas interrogaciones debe caracterizar al que denominamos "el intelectual". ¿Y para qué se pregunta con reiteración sistemática? Pues, aunque resulte paradójico, lo hace *para problematizar el mundo*.

La respuesta que aquí doy tal vez parezca sorprendente, hasta el punto de poderseme reprochar que, según este criterio, por si no hubiera suficientes problemas en el mundo, sucede que el intelectual es aquel que los aumenta... Entonces, ¿para qué sirve? Sin embargo, la réplica a esa supuesta objeción no es difícil formularla, dado que, a mi manera de ver, *sólo tiene solución aquello que ha sido adecuadamente problematizado*. De modo que el intelectual no sólo se interroga para problematizar el mundo, sino que además lo hace para darle soluciones, hasta el punto de que, con ese propósito, *puede ocasionar problemas en donde aparentemente no los hay*. Por ello, dicha capacidad de problematizar, atribuible al intelectual genuino —perteneciente, además, a la índole del pensamiento—, le permite superar determinadas dificultades, que sin su riguroso cuestionamiento nunca se hubieran resuelto. Cabe hacer notar, a este propósito, que muchas de las crisis mayores de nuestro tiempo se deben al hecho de que quienes problematizan mejor o con mayor radicalidad carecen del poder de decisión, a la vez que quienes disponen de dicho poder no suelen problematizar adecuadamente nuestras situaciones.

Problematemos, entonces, la condición del intelectual, para apreciar por qué razones le compete sustentar y defender el régimen considerado democrático, tal como en este Encuentro nos proponen. Y no vengán a decirme que, al proceder de ese modo, nuestro pensamiento adquiere cierto sesgo "demasiado" intelectual, pues esto equivaldría a censurar —con todas las diferencias, que no son pocas— a un pintor como Picasso, porque lo fue en demasía, o a un Casals, considerándolo "excesivamente" músico, dado que ambos extremaron, en la medida de lo posible, aquello que constituyó su oficio.

El concepto de intelectual procede remotamente, en nuestras lenguas mediterráneas, del griego *légo*, según su significado original de 'reunir', 'recoger' y 'elegir', convirtiéndose después en *lógos*, que tanto implica 'palabra' como 'razón' o 'pensamiento'. De tal manera, cuando Aristóteles propuso tangencialmente cierta consideración del hombre como el *zoon lógon ekhon*, calificándolo así de "el animado pensante a voluntad", vino a decirnos con ello que el hombre es *el animado que elige*. Porque pensar —*lógos*—, en su sentido primordial, significa 'elegir' —*légo*— entre las posibilidades distintas que se nos pre-

sentan o nos presentamos. De ahí que la vida del hombre se establezca sobre una suma de elecciones, afortunadas o no, que dejan su traza en él, pues constituyen su conducta. Por ello, si alguien eligió mal en determinada coyuntura histórica, esa dudosa elección recaerá siempre sobre él, marcándolo con su estigma. Y esto ocurre, pese a todo, incluso en países como España, en los que la ignorancia sistemática de un negro pasado reciente pareciera ser la norma habitual, hasta el punto de que pueden merecer el título con el que encabezó Cernuda uno de sus libros capitales: *Donde habite el olvido*.

Si nos atenemos, pues, a cuanto dice de sí el término que tratamos, afirmaremos que el intelectual es el que hace uso de la capacidad de *intellegere*, de 'elegir entre' lo que sea, con sus significados concomitantes de 'dis-cernir' y 'comprender' —correspondientes a separar y unir— y aún de 'enterarse', como decimos donosamente en castellano, refiriéndonos al saber que nos integra y completa en cuanto lo poseemos. Al adoptar esa conducta, el intelectual concluye convirtiéndose en *el ser que lee*, tal como suelen concebirlo habitualmente. Aunque no lo es, tan solo, por el hecho de transformar la lectura en la actividad inherente a su vida profesional, sino porque, en su sentido auténtico, *leer es elegir*, dado que la lectura, en cuanto modalidad del pensamiento, lleva consigo diversas posibilidades de escoger entre los significados que ocasiona. Por ello, sorprende que lingüistas tan calificados como lo fueron Ernout y Meillet, en su conocido diccionario etimológico latino, supongan que no está claro que *légo*, en dicha lengua, tenga el significado de 'leer' como 'elegir'. Al fin y al cabo, la lectura rigurosa no consiste únicamente en la mera información —como ahora se sostiene con cómoda habitualidad—, sino que, en su condición real, lleva consigo la obligación de *leer diferentemente*. Aun más, esa modalidad de lectura debemos ponerla en juego sobre todo lo que haya —seres, acontecimientos, situaciones o lugares—, convirtiéndola en *una elección generalizada*, que traiga consigo posibilidades nuevas de conocer, para ocasionar con ello *un acrecentamiento del mundo*.

Que este "aumento" constituya una de las aportaciones sustantivas del intelectual, estimo que no ofrece duda. A ese respecto, si el mundo del pensador o el artista expresa cuanto *sacó en limpio* en su vida, para *ponerlo en limpio* mediante su obra (mundo es 'lo limpio', así como lo sucio se denomina 'in-mundo'), esa puesta en limpio o en claro de cuanto le concierne puede formularse en función de cuatro nociones básicas, que, a mi manera de ver, atañen tanto al oficio del intelectual como al desarrollo que procura. Son éstas la autoría, la originalidad, la libertad y la verdad, ideas que esbozaré a la carrera, en abreviación forzosa, dado el escaso tiempo de que dispongo, refiriéndolas al crecimiento aludido.

El acrecentamiento del mundo, que aquí empezamos a considerar, en su aspecto culminante lo denominamos *auge*, palabra derivada de una raíz indoeuropea, *aug-*, en la que se encuentra la idea de 'hacer crecer' y de la que procede la noción de *autor* como 'instigador' (*auctor*, en latín). *El intelectual* —propuesto de esta manera— *es aquel que se caracteriza por su autoría*, puesto que en ella radica su autoridad más plena. Dicha condición de autor ha de

llevarle a oponerse, normalmente, a los llamados regímenes autoritarios, en los que las pretendidas autoridades, por lo común carentes de autoría, disponen de todo el poder para impedir que ésta exista. Así sucedió en España, ocasionándose el éxodo de quienes pensábamos libremente, produciéndose con ello la mayor malversación de inteligencias que haya sufrido el país. En dicha ocasión de lucha por la democracia, algunos la efectuamos en donde correspondía con urgencia, en los frentes, como defensa de nuestra razón de ser y de pensar, concordantes con el régimen libre que defendíamos. Porque, a fin de cuentas, *el auténtico poder del intelectual consiste en poder pensar*. Por ello le corresponde procurarse los medios éticamente necesarios para lograr hacerlo sin obstáculos ni trabas. Y como *el pensamiento genuino lleva consigo la necesidad de pensar "de otra manera"*, basándose en la posibilidad de proponer con fundamento *aquello que no hay*, el intelectual debe contrariar a los regímenes en los que el acatamiento es norma y en los que la opinión —la *doxa*, en griego—, al quedar sometida al *dogma* dominante, se reduce a pensar 'por decreto', según el significado literal del término. Sin duda que *no es concebible pensar por decreto ni, mucho menos, a coro*, dado que el pensamiento pleno implica la necesidad de establecer razones diferentes de las habituales para que algo *distinto* —en el doble sentido de ser "claro" y "otro"— pueda surgir o aparecer. De ahí que si sometemos los sistemas políticos a las debidas condiciones pensantes, no cabe aceptar, como regla de convivencia, la *incondicionalidad* que exigen muchos de ellos, en los que la única actitud tolerada es la del "me adhiero", con un rasgo que es más propio de los sellos de correos que de seres reflexivos...

Puesto que el intelectual es el que elige, su lucha por la democracia indica la intención de hacer extensivo a los demás aquello que puede atribuírsele, moviéndole el propósito de que todos dispongan de la posibilidad electiva perteneciente al pensamiento. Sin embargo, es inútil intentar elegir entre entidades que tienen determinada condición idéntica. Por ello, el oficio del intelectual, en cuanto acrecienta diversamente el mundo, le da la variedad requerida para que existan auténticas opciones lectivas y electivas. A este respecto, ha de tenerse en cuenta que *la pluralidad no se opone a lo homogéneo*, de modo que en vez de hablar de "pluralismo", como suele hacerse ahora con respecto a los regímenes democráticos, estimo que corresponde considerar en ellos *lo diverso*, pues sobre la mesa en que hablo hay una pluralidad de vasos... que son todos idénticos, por lo que parece incongruente el pretender "elegir" uno de ellos, para diferenciarlo de los demás.

En tal sentido, y aunque resulte paradójico, aquellas ideologías conducentes a la uniformidad del pensamiento y del gobierno, sólo admiten diferencias en la elección de quienes las representan, para aceptar oblicuamente a la persona como un ser diferenciado, concepto que suele negarse en ellas. Pero, sea como fuere, no cabe duda de que el intelectual, al pensar "de otra manera", produce la diversidad del mundo, ocasionándose, por ese medio, la necesidad de elección, aquí expuesta, a la par que origina *posibilidades de cambio*, inherentes a su propia actividad y a los regímenes democráticos. Al fin y al cabo, sin elección y sin transformaciones no existiría la historia, de manera que la estimación

del hombre en cuanto ser histórico equivale a proponerlo como el ser que escoge y cambia.

En diferente sentido, el acrecentamiento y la diversificación del mundo, pertenecientes a la autoría del intelectual, requieren que consideremos otro de los atributos propios de éste, en el que también se muestra el crecimiento aquí tratado: aludo a *la originalidad*.

Estimamos como original a quien hace surgir algo ignorado previamente, puesto que la idea deriva del latín *orior*, 'alzar', significándose así que el autor ha "levantado" aquello que sea, sacándolo de la oscuridad o de la postración en que anteriormente se encontraba, para ponerlo de manifiesto o en auge. De modo que si *la originalidad consiste en hacer crecer*, el orientado no es tan sólo el que se dirige sin error de un punto a otro, ni el que sabe dónde se encuentra situado, pues *corresponde, más bien, al que hace surgir un mundo*, según la originalidad que le pertenece. Por ello, la autoría del intelectual no ha de ser, en modo alguno, autoritaria, dado que adquiere su real sentido orientador cuando acrecienta la conciencia y el pensamiento ajenos, convirtiéndose en un posible punto de partida de quienes la estiman, incluso para objetarla y proponer la obra propia.

Así que *el auge* de un pueblo depende, principalmente, de la originalidad de sus autores, según aquello que alzaron señeramente para reflexión de los demás. Y entiéndase que esta originalidad es la enemiga mayor de la extravagancia o de la gratuidad, pues, como hace unos días le recordé a Gil-Albert, en estos tiempos en que todos pretenden ser originales, la originalidad mayor consiste en aceptar nuestro origen, no en negarlo. Ésa es la originalidad del *oriundo*, del que ha surgido en un lugar, tanto en la vida como en la obra, acrecentándolo y haciéndolo reconocible con su labor.

Según hemos comprobado, ambas nociones de autoría y originalidad corresponden a las de crecimiento y cambio, propias del pensamiento del intelectual. Aunque, como veremos a continuación, estas últimas se hacen también relativas a los conceptos de libertad y verdad, teniéndolos como atributos compartidos por el quehacer del intelectual y los sistemas democráticos.

Que las ideas de libertad y de hombre libre se establecen sobre la de 'crecer', aquí propuesta, lo demostró fehacientemente Émile Benveniste, al destacar que este concepto, así como el de libertad, pertenecen a la raíz indoeuropea *leudh-*, con el significado de 'alzarse' o 'subir', incluido en el griego *e-leútheros*, 'libre'. Ocurre, sin embargo, que la libertad, como un bien atribuible a los sistemas democráticos, nunca nos está dada. Por ello decimos donosamente en nuestra lengua que "nos tomamos la libertad" de hacer o pensar aquello que nos parece necesario. Así que las libertades adoptadas por el intelectual para pensar con rigor y modificar el mundo, cuando pretende hacerlas extensivas a los demás —tal como anteriormente expuse—, le hacen oponerse a los regímenes que las impiden, cualesquiera sean los recursos empleados por éstos para conculcarlas o suprimirlas.

De ahí que al intelectual le incumbe defender la democracia, en una acción

que supone algo así como una defensa propia. Dado que el primer talento que ha de tener el talento consiste en saber cuidar su talento, esa necesidad le obliga a mantener el régimen de convivencia que entendemos como democracia, pues le permite pensar diferentemente, sin padecer la violencia ocasionada por los regímenes represivos, en los que impera el terror a pensar "de otra manera" que la establecida oficialmente. La posibilidad generalizada de que subsista el pensamiento libre constituye el sentido real de la democracia, ya que en ella se requiere la existencia y convivencia de supuestos diferentes, que deben ponerse a prueba como demostración de que son los mejores o más aptos para gobernar con ellos.

A este propósito, el intelectual, en cuanto ser pensante, ha de reconocer que nadie tiene la verdad absoluta en la mano; sabe, además, que el ejercicio del pensamiento le exige arriesgarse constantemente, y supone que debe admitir la existencia de otras maneras de pensar, con las que se acrecienta el mundo en direcciones diferentes de la suya. Aquello que entendemos como tolerancia no es sino el reconocimiento de estas condiciones básicas, coincidentes en el ejercicio del pensamiento y en los sistemas democráticos.

Por último, como otro rasgo inherente a la obra del intelectual, se encuentra la noción de *verdad*. Es cosa sabida que durante la Edad Media la verdad se formuló como una *adaequatio*, una concordancia entre lo que se piensa y lo que hay, atribuyéndole al pensamiento cierta condición mimética, que le permite establecer determinada ecuación o igualdad con lo pensado. Previamente, la noción de verdad había sido establecida por los griegos como *a-létheia*, término traducido por Hartmann como 'des-ocultación' o 'revelación' y glosado posteriormente por Ortega y Heidegger, suponiéndose así que la verdad implica algo oculto que se descubre mediante nuestros modos de pensar. Sin embargo, en dichas indagaciones recientes sobre la noción de "verdad" se omitió que el sentido intenso de *léthe* no es el de 'lo oculto' o 'lo dormido', sino el de 'lo muerto', con acepción que aún subsiste en castellano cuando empleamos el término *letal*, referido a las sustancias que ocasionan la muerte. De modo que el concepto de *a-létheia* habría que entenderlo, según su significado fuerte, como el pensamiento que activa cuanto está pasivo o muerto, suscitándolo, promoviéndolo y alzándolo, y, de este modo, "re-suscitándolo". Dicho sentido de activación, surgencia y acrecentamiento, propio de la verdad, perteneciente a la idea que orienta esta ponencia, lo he formulado circunstancialmente en otras ocasiones, al tener en cuenta que la raíz *wer-*, 'lo verdadero', se encuentra en muchos términos que significan brote o crecimiento, tales como verano, prima-vera, vergel, e inclusive, con gran probabilidad, en la palabra activa por excelencia: el verbo. Aun más, el sentido de 'lo creciente' o en 'aumento' figura en el inglés *very*, que tanto indica 'la verdad' como lo 'mucho'. Esta condición positiva y absoluta de la verdad no ha sido tenida en cuenta, que yo sepa, por los filósofos actuales; sin embargo, merece nuestra consideración más atenta, puesto que, como acabo de indicar, concuerda en ese punto con las nociones de autoría, originalidad y libertad, que expresan diversas modalidades de acrecentamiento, transformación y activación del

mundo, atribuidas en este trabajo tanto al intelectual como a los regímenes libres.

No obstante, la verdad que pone en juego el intelectual requiere que sus palabras, obras y conducta mantengan, como condición indispensable, determinada coherencia entre sí, según aquello que entendemos como *veracidad*. Porque si en los vocablos conviene eliminar la polisemia, o multiplicidad de significados, ya que produce ambigüedades, con mayor razón ha de evitarse la equívocidad en las conductas de quienes aspiran profesionalmente a aproximarse a la verdad. Varios ejemplos contrarios y recientes, de ciertos conocidos intelectuales, es deseable que sean la excepción que "confirma la regla", tal como suele decirse. Aunque sobre este punto me asisten muchas dudas. Algunas proceden de la conducta invariablemente oportuna de aquellos intelectuales que pretenden medrar a toda costa, confiados en que la memoria ajena, respecto de sus cambiantes posiciones, es tan débil como parece ser la propia. Otras de las reservas se deben a que la frase referida es sólo la cita fragmentaria de una idea que, como habitualmente sucede, en su desarrollo completo tiene un significado diferente del que le atribuyen: *Exceptio firmat regulam in contrarium in casibus non exceptis*. "Al contrario, la excepción confirma la regla en los casos no exceptuados" (*Digesto*. Ley o fragmento 18. Libro 22, título 5, *De testibus*). Porque si la excepción comprobare cualquier norma, se produciría el contrasentido de que la regla más absoluta fuese la compuesta únicamente de salvedades, negándose a sí misma. De tal manera, quien se estime en algo, por muy intelectual que sea, no puede considerarse como "excepcional" por omitir la relación debida entre el decir y el hacer, y aun entre su presente y su pasado.

Si el intelectual recurre a libertades en su obra, no por ello ha de usarlas sin reparo y a beneficio propio, para adoptar con ellas figuras o apariencias tan diversas que acaben convirtiéndolo en un ser mimético. Pese a la respetable aseveración cervantina de que "cambiar de parecer es de sabios", referente a la flexibilidad del pensamiento, poca sabiduría puede mostrar aquel que, por mudar continuamente sus ideas, concluye degradándolas, dándoles el trato que ofrecemos a los productos desechables.

FEDOR DOSTOIEVSKI: ENTREVISTA PÓSTUMA

Alfonso Calderón

Sombrío, profundo, Dostoievski retratado a los veinte años por Riesenkauf, en 1841. Ahí lo vemos: "un rostro carnoso, redondeado; una nariz ligeramente respingona; cabellos recortados, color castaño claro. Una frente ancha y despejada, y, debajo de unas cejas desmedradas, unos ojillos grises, muy hundidos. Mejillas pálidas, moteadas de manchas rosáceas. Una tez enfermiza, casi terrosa, y labios muy abultados".

Asombra contemplar sus manuscritos. La página moteada por las enmiendas, los agregados, las disgresiones que saltan como liebres apenas se ha arrojado sobre ella. Son como tigres en medio de la maleza, buscando un claro por el cual, sin prisa, pero con ahínco, lanzarse sobre el lector.

¿Cómo escribe? ¿Cree usted en la inspiración? ¿Corrige muy poco o repasa los textos hasta que parezcan espontáneos?

—Yo empiezo por escribir cada escena según se me ocurre en el primer momento, y me recreo mucho con ella; pero luego me estoy trabajándola por espacio de meses y hasta de un año. Me dejo entusiasmar por ella varias veces (pues me gusta la escena), y tacho aquí, y pongo allá; y, créame, siempre sale ganando la escena. Sólo que hay que tener inspiración. Sin inspiración, naturalmente, no se puede hacer nada.

¿Se considera usted un escritor "realista"?

—Me llaman sicólogo. Eso no es exacto. Sólo soy un realista en el sentido superior, es decir, que muestro todas las honduras del alma humana.

¿Tiene a veces la conciencia de que el argumento se le escapa de las manos, que le cuesta "inventar" algo?

—Al fin y al cabo, yo soy un novelista. Me gusta contar historias.

¿Le parece que casi siempre "logra" la historia y no la "malogra", en medio de dificultades? ¿Acepta que el escritor debe tener una poderosa autocrítica?

—Bien sé que, como escritor, tengo muchos defectos, porque yo soy el primero en estar descontento de mí mismo. Ya puede usted imaginarse que cuando a veces ejerzo una labor autocrítica me doy cuenta amargamente de que no he logrado expresar, literalmente, la vigésima parte de lo que yo hubiera querido y tal vez podido exponer. Me alienta la firme esperanza de que Dios me concederá un día el vigor y la inspiración necesarios para expresar lo que

siento; es decir, que podré dar salida a todo el caudal de mi corazón y de mi fantasía.

¿Confía usted en la perfección de cada obra suya?

—Soy pobre y tengo que trabajar a vuelapluma y por el dinero; así que todo lo echo a perder.

¿No tiene tranquilidad para escribir?

—Una novela es una obra poética, y se necesita, para darle cima, tranquilidad de espíritu y fantasía, pero a mí me acosan los acreedores.

Entiendo también que le perturban sus malestares, su enfermedad, los temores.

—Los ataques me quitan a veces las últimas energías, y después me dejan durante cuatro días, por lo menos, sin poder coordinar mis pensamientos.

¿Es el problema causado por la epilepsia? ¿Disminuye su capacidad creadora con los ataques?

—Temo que la epilepsia me haya quitado no sólo la memoria, sino también la fantasía. Un triste pensamiento me anda por la cabeza: ¿qué va a pasar si me quedo imposibilitado para escribir?

¿Cómo ve el mundo en el momento del ataque?

—Recuerde usted la cántara de Mahoma: mientras se iba vaciando el profeta cabalgaba en el paraíso. La cántara son los cinco sentidos [la sensación que precede al ataque] y el paraíso la armonía de usted, y Mahoma era epiléptico.

¿Le cuesta, luego del ataque, volver a ordenar las ideas, hallar lo estable de usted mismo?

—Después de cada acceso, tardo cuatro días en poner en orden mis ideas.

¿Lamenta usted a veces no tener más tiempo en la revisión de sus textos?

—Yo estoy seguro de que si dispusiese para escribir una novela de dos a tres años (lujo que pueden permitirse Turguénev, Gonchárov y Tolstoi), me resultaría una obra de la que se hablaría aún pasado un siglo. No es jactancia.

¿Le cuesta mucho ponerse "en el tono", comunicar lo que le ha resultado difícil de aprehender o de intuir?

—Lo que no se aprende en un abrir y cerrar de ojos, no suele dejar huella.

He visto sus manuscritos llenos de enmiendas y tachaduras, y ya hablamos de ello, pero ¿no le resulta, comparado con otros, demasiado penoso el esfuerzo que hace en cada libro?

—Gogol tardó ocho años en escribir *Almas muertas*. Todo lo que sale de un tirón está todavía verde. Dicen que en los manuscritos de Shakespeare no se advierten tachaduras. Pues por eso, precisamente, adolece de tales monstruosidades y pruebas de mal gusto; si hubiera trabajado más le habría salido mejor...

¿Cómo "se" encuentra con sus personajes de ficción? ¿Los busca adentro? ¿Sale a la calle para procurárselos? ¿Lee los "sucesos diversos" en los diarios? ¿Indaga en los salones o en los tugurios?

—En la calle me gusta observar a los transeúntes, examinar sus rostros desconocidos, buscar lo que pueden ser, imaginar cómo viven, qué puede interesarles en su existencia.

¿No ama la medida, el control, el tener conciencia de sus límites?

—Siempre, y en todo, llego hasta los límites extremos, y voy aun más allá... Tenemos un natural amplio, karamasovesco... Somos capaces de amalgamar todas las contradicciones posibles y contemplar al mismo tiempo dos abismos: el abismo que está sobre nosotros, el abismo de los ideales sublimes, y ese otro abismo que se halla a nuestros pies, el abismo de la más vil y torpe abyección.

¿Y los temas se le escapan?

—Elijo siempre temas que están por encima de mis fuerzas.

¿Y logra dominar sus materiales narrativos o éstos tienden a escapársele de las manos, o cae en la vorágine de las historias mismas que usted inventa?

—Cuando me pongo a escribir una novela, enseguida me asalta una legión de argumentos para otras tantas novelas y cuentos, por lo que luego se resiente todo de falta de medida y armonía.

Usted ha sido (y es) un jugador compulsivo. ¿No se ha considerado indigno o miserable por ceder a la tentación de jugar cada vez que da con un casino?

—Tengo mis nervios destrozados [en los casinos] y estoy cansado, a pesar de estar todo el rato sentado en una silla; pero de todos modos, estoy de buen humor. Me hallo en un estado de excitación; mi naturaleza exige esto de vez en cuando.

¿Y tiene miedo de perder? Quienes lo ven, ¿advierten el rostro que pone usted, seguramente en el mayor nivel de la desesperación y de la angustia?

—El auténtico caballero, aunque haya perdido toda su fortuna, no debe dejar traslucir emoción alguna.

¿Y todo eso no lo hace sentirse "anormal"?

—¿Y por qué están ustedes tan convencidos, tan seguros, de que solamente lo normal, lo positivo—en una palabra, el bienestar—es lo que resulta beneficioso para el hombre? ¿Acaso no se equivoca la razón en lo que se refiere a lo conveniente? Tal vez el hombre no busca únicamente el bienestar, quizás de igual modo le guste el sufrimiento... Estoy persuadido de que el hombre nunca renunciará al verdadero sufrimiento, o sea, a la destrucción y al caos. ¡Sufrir es la única causa de nuestro conocimiento!

En verdad, el sufrimiento ha formado parte de su historia personal. En diciembre de 1849, sin la menor esperanza, usted aguardaba el pelotón de fusilamiento en la plaza Semionowski y usted se resignó a morir...

— ... Ahí se nos leyó a todos la sentencia de muerte. Se nos hizo besar la cruz, se quebraron las espadas por encima de nuestras cabezas... En seguida, tres de los nuestros fueron colocados contra postes de ejecución. Yo era el sexto y llamaban de tres en tres; estaba, pues, en la segunda serie, y no me quedaban más que unos instantes. Apenas tuve tiempo de abrazar a Plstcheff y a Duroff, que estaban a mi lado, y de despedirme de ellos. Finalmente sonó un clarín, fueron traídos los que estaban atados a los postes y se nos leyó que Su Majestad Imperial nos acordaba la vida.

Y fue a Siberia. Allí escribió "La casa de los muertos" y fue condenado a trabajos forzados. ¿Cómo recuerda eso, en medio de sus tribulaciones de hoy?

—El trabajo era duro. Me ha tocado trabajar, agotado ya, durante el mal tiempo, bajo la lluvia, el barro, o bien bajo el frío intolerable del invierno. Una vez permanecí cuatro horas ejecutando un trabajo suplementario: el mercurio estaba congelado; hacía más de 40 grados de frío. Tenía un pie helado...

Y en Siberia, además, conoció a una serie de personajes que lo consideraban a usted casi desdeñosamente, que eran lo opuesto a la idea de Dios, de la pureza, de los valores, de una idea de la sociedad...

—En los trabajos forzados, entre malhechores, he logrado descubrir verdaderos hombres, caracteres profundos, vigorosos, encantadores. Oro puro bajo la inmundicia... ¡Qué maravillosos tipos pude observar en la cárcel! Viví su vida y puedo jactarme de conocerlos a fondo.

Podría decirse que a usted le afectó más la estada en Siberia, que se sintió extraño en ese mundo, y ha mencionado, además, que la privación intelectual es más penosa que el tormento físico...

—Un hombre del pueblo que está en presidio, no cambia de sociedad. Es verdad que pierde su rincón natal y su familia; pero no su medio ambiente. Un hombre instruido a quien la ley condena a padecer igual pena que un hombre del pueblo, sufre más que éste y debe ahogar todas sus necesidades, todas sus costumbres... Es como un pez puesto en la arena.

De todas las cosas que usted ha recordado, al crear al personaje de su libro "La casa de los muertos", me parece que el narrador del libro —tan parecido a usted— ha contado un episodio que me conmueve enormemente: el del robo de su Biblia, el único libro que era permitido en el presidio...

—Un presidiario que me mostraba gran amistad, me robó la Biblia... El mismo día me lo confesó, no por arrepentimiento, sino porque le dio lástima ver el afán con que la buscaba.

Con "La casa de los muertos" debió topar con la censura. ¿Tuvo algún problema grave?

—Aquellos pasajes en los cuales yo utilizaba un lenguaje injurioso contra todo,

y hacía alardes de blasfemias, los han dejado pasar; pero el pasaje en que yo deducía de todo ello la necesidad de creer en Cristo, lo han cortado...

Volvamos a lo de Cristo y a los símbolos de la fe, que parecen haber sido en usted formas contradictorias que le perturbaban, en medio de la duda...

—Yo soy un hombre del siglo, un hombre agnóstico y escéptico; lo he sido y lo seré hasta la tumba. ¡Cuántos sufrimientos me ha costado y me cuesta esta ansia de fe! Cuantos más argumentos tengo en contra de ella, más fuerte se arraiga en mi alma. Sin embargo, a veces Dios me concede momentos en los que estoy completamente tranquilo. En estos momentos, yo amo y me siento amado por los demás; en estos momentos mi alma alberga un símbolo de fe que convierte todas las cosas en santas para mí. Este símbolo es muy simple: consiste en creer que no hay nada más hermoso, más profundo, más amable, más razonable, más valiente, más perfecto que Cristo, y me digo a mí mismo con amor celoso, que no puede haber nadie más perfecto. Más aún, si alguien me demostrase que Cristo no tiene la verdad, y fuese realmente un hecho que la verdad no estuviese con Cristo, yo estaría con Cristo mejor que con la verdad.

¿Cree en otro mundo? ¿Acepta la noción de la vida eterna y de la comunión de los santos?

—No, pero sí en la vida eterna en éste. Hay momentos en los que el tiempo se detiene de pronto para dejar el sitio a la eternidad.

¿El nihilismo ruso es sólo actitud de los jóvenes?

—El nihilismo apareció en nuestro país sencillamente porque todos nosotros somos nihilistas.

Volvamos sobre Cristo. Usted, en su novela "El idiota", sin apelar a lo imposible terrenal, sugiere que le interesa retratar "al hombre positivamente bueno". ¿Le parece posible la existencia de alguien así?

—No existe en el mundo nada más difícil, particularmente hoy en día. Todos los escritores que lo han intentado (y no solamente los nuestros, sino también los europeos)... siempre han fracasado. Es una tarea sobrehumana. El bien es un ideal, y tanto nuestro ideal como el de la civilizada Europa están aún muy lejos de ser elaborados. En todo el mundo, sólo existe un hombre positivamente bueno: Cristo... De los mejores tipos de la literatura cristiana, el más perfecto es Don Quijote, pero es bueno únicamente porque además es ridículo. El Pickwick de Dickens (una concepción infinitamente más débil que Don Quijote, pero a pesar de ello sublime) es también un personaje ridículo y consigue la virtud gracias al ridículo. El hombre ridiculizado que ignora su propia valía despierta sentimientos de compasión y simpatía en el lector. La apelación al sentimiento de la compasión es el secreto del humor. Jean Valjean también es un valioso intento; pero despierta simpatía por la inmensidad de su desgracia y la injusticia de la sociedad para con él.

Veamos, ahora, lo que usted piensa sobre el pueblo ruso. ¿Se trata de un pueblo revolucionario? ¿Aman la libertad tanto como aman sus vidas?

—Todos los derechos del ruso son negativos. Dadle algo positivo y ya veréis cómo se hace conservador. En ese caso, ya tendría algo que conservar. No es conservador, sencillamente, porque aquí no hay nada que conservar.

¿Cuál es la necesidad más fuerte y esencial del pueblo ruso?

—... es la necesidad del sufrimiento, el sufrimiento continuo en todo momento y sobre todos los aspectos de la vida. Parecería como si el pueblo ruso hubiese sido infectado desde tiempos inmemoriales por la sed del sufrimiento. La fuerza del martirio recorre toda la historia del pueblo ruso, emanando no sólo de las desgracias externas y de las miserias cotidianas sino del mismo corazón del pueblo.

Y sin embargo, con la experiencia que usted tiene sobre la "salud" del país, cree en la guerra y no como una suerte de metáfora. ¿Por qué?

—Si la sociedad carece de salud y está infectada, a pesar de ser la paz una cosa tan buena, en lugar de ser beneficiosa para la sociedad se convierte en algo dañino. Nunca ha pasado una generación en la historia europea sin guerra. Y hay una razón que lo explica: la guerra, evidentemente, es necesaria para conseguir algún objetivo, es saludable y alivia a la humanidad.

Usted se ha irritado a menudo con la aceptación que tienen en Rusia todas las ideas à la page. Se indigna cuando los "nobles ideales" caen sin prevención sobre Rusia, tratando de germinar. ¿Qué ocurre?

—...hay aquí muchos nobles ideales, refulgentes de ciencia europea; pero se ignoran muchas condiciones, muchos detalles menudos tocantes al espíritu y paisaje de nuestro pueblo y nuestra vida. En la vida práctica somos unos ideólogos, y eso, en parte, porque para ello no se requiere gran trabajo. No tenemos noción del todo, una noción orgánica; no empezamos nuestra instrucción *ab ovo*; aquí basta con los últimos frutos de la idea, con la sumidad del saber. La mayoría de nosotros no pasamos de *principiantes*.

¿Cree usted que el Occidente, con buena fe, comprende al ruso, sigue muy ordenadamente la idea de un país tan extraño y contradictorio?

—Antes se descubrirá el *perpetuum mobile* o el elixir de larga vida, que no los hombres de Occidente lleguen a comprender la verdad rusa, el alma rusa, el carácter ruso y sus tendencias. En tal sentido, hasta la Luna resulta ahora más detalladamente explorada que Rusia.

Y sabiendo todo esto, y sufriendo por ello, ¿no tiene usted un estímulo intelectual que emana de esa contradicción, que lo define a usted?

—No tengo más remedio que estar en Rusia. Sin Rusia yo no puedo escribir.

Si alguien le pidiera referirse a su tema central, a sus motivaciones básicas como escritor, ¿qué le contestaría en muy pocas palabras?

—La cuestión principal que se halla en toda mi obra es la misma que me ha torturado consciente e inconscientemente durante mi vida entera: la existencia de Dios.

¿Y el personaje más amado?

—Sólo hay en el mundo una figura positivamente bella: Cristo.

GEOPOLÍTICA DE LA RAZÓN

Carlos Rojas Osorio

En la filosofía latinoamericana se ha venido desarrollando el concepto de "geopolítica de la filosofía". Esta expresión se encuentra explícitamente en Enrique Dussel, pero análisis en el mismo sentido se hallan muy ampliamente también en Leopoldo Zea y en A. Andrés Roig. Me propongo dilucidar el concepto, ver los presupuestos filosóficos en los que se enmarca y retomarlo desde una fundamentación distinta a la ofrecida por los dos ilustres latinoamericanos. En mi caso preferiré hablar de "geopolítica de la razón", con el fin de incluir en dicho concepto también a la ciencia y otras formas de saber.

Aunque Dussel ha utilizado a lo largo de toda su obra análisis geopolíticos de la filosofía, utiliza explícitamente la expresión de "geopolítica de la filosofía" en el primer capítulo de su *Filosofía de la liberación*. Dejemos, pues, la palabra a Dussel: "La ontología, el pensar que expresa el ser —del sistema vigente y central— es la ideología de las ideologías, es el fundamento de las ideologías de los imperios, del centro. La filosofía clásica de todos los tiempos es el acabamiento o el cumplimiento teórico de la opresión práctica de las periferias"¹.

Se parte de la idea de un espacio político, luego se lo delimita en espacio central, imperial o metropolitano y espacio periférico, colonial o dependiente. La filosofía se realiza dentro de un mundo, dentro de un sistema, dentro de un espacio social. Pero dentro de una espacialidad social, histórica y políticamente bien definida. De este modo, Dussel nos habla de filosofías imperiales y de filosofías periféricas. La filosofía de Aristóteles es una de esas filosofías imperiales; como es la de Descartes, Hegel e incluso Marx. Dussel piensa que la filosofía en Grecia nació en la periferia, pero que luego en su momento de clasicismo se hace imperial. "Desde la periferia política, porque dominados o coloniales desde la periferia económica, porque, colonos, desde la periferia geopolítica, porque necesitados de los ejércitos del centro, apareció el pensamiento presocrático en la actual Turquía o en el Sur de Italia y no en Grecia"².

Hay, pues, el pensar del centro y el pensar periférico. Veamos el análisis que Dussel hace de Aristóteles: "Desde un pensar latinoamericano crítico (y por ello de toda la 'periferia') la dialéctica aristotélica, como todo el pensar griego, repite, de diversas maneras el *Fragmento 6* de Parménides cuando dice

¹ Enrique Dussel, *Filosofía de la liberación*, Buenos Aires, Ed. Aurora, 1985, p. 14.

² *Ibidem*, p. 13.

que 'el ser es, el no-ser no es'. Pero no debe olvidarse que 'lo mismo es el pensar que el ser' (Frg. 3), y el pensar debe identificarse con el *lógos* griego. El ser es (lo griego), el no-ser no es (lo bárbaro, lo conquistado, lo que está más allá del horizonte ontológico de la *pólis*). En este caso se diviniza la *fysis*, que es el horizonte griego de comprensión del mundo. En definitiva es una ontología conquistadora, dominadora, imperial, guerrera por lo tanto³.

Hay otro texto acerca del Estagirita: "Para Aristóteles, el gran filósofo de la época clásica, de una formación social esclavista autocentrada, el griego es hombre, no lo es el bárbaro europeo porque le falta habilidad ni lo es tampoco el asiático porque le falta fuerza y carácter; tampoco son hombres los esclavos; a medias, las mujeres y el niño sólo es en potencia. Hombre es el varón libre de la *pólis* de la Hélade"⁴.

De esta manera, se abre una vía de interpretación de los textos filosóficos mostrando su concreta espacialidad y su definida politicidad. Conviene ilustrar un poco más el tipo de estas interpretaciones. Veamos lo que dice Dussel del Aquinate: "Para Tomás de Aquino el señor feudal ejerce un *ius dominativum* sobre el siervo de su feudo, lo mismo el varón sobre la mujer. Para Hegel el Estado que porta el espíritu es el dominador del mundo ante el cual todo Estado no tiene ningún derecho (*rechtlös*). Por ello Europa se constituye en 'la misionera de la civilización' en el mundo"⁵.

¿En qué sentido Marx también encaja, según Dussel, en una filosofía imperial o eurocéntrica? Y aquí me remito a uno de los textos más antiguos y más fundamentales de Dussel: "El *ego cogito* se transformó en el *Ich denke* de Kant y Fichte y ahora en el *Ich arbeite* de Marx... El trabajo (*Arbeit*) ha reemplazado al *cogito* cartesiano como la actualidad misma constituyente de la subjetividad, y por ello no pone el ser de la idea sino del producto, obra o manufactura, objetivación cultural, se entiende por 'cultura' la transformación trabajada de la naturaleza material. El sujeto moderno, ahora como trabajador, pone el ser del objeto: la objetividad del objeto es un valor como producto del trabajo. Dicho valor objetivado en la cosa como materia del trabajo es el ser mismo del sujeto"⁶. Para Dussel, Marx no ha superado el horizonte de la metafísica de la subjetividad eurocéntrica, pero tampoco ha superado la totalidad cerrada que niega la alteridad, el otro. Este punto, sin embargo, ha sido mejor ilustrado por Leopoldo Zea, según lo resume Miró Quesada: "Marx destaca la bondad de la incorporación al sistema capitalista que hace el occidental de los pueblos marginados. El imperialismo, dice, permite la formación del capitalismo en los países atrasados, y este sistema tiene que culminar, por una inevitable dinámica interna, en el socialismo. Marx no niega la brutalidad del sistema capitalista, pero considera que el sufrimiento de los colonizados y

³ Dussel, *Método para una filosofía de la liberación*, Salamanca, Ed. Sígueme, 1974, p. 31.

⁴ Dussel, *Filosofía de la liberación*, p. 14.

⁵ *Ibidem*, p. 14.

⁶ Dussel, *Para una ética de la liberación latinoamericana*, Siglo XXI, 1973, Vol. II, p. 47.

explotados es el pago indispensable que los pueblos atrasados deben hacer para incorporarse a la historia del hombre. Por esta razón, justifica la conquista inglesa de la India y Engels celebra la conquista de Argelia por Francia y la agresión norteamericana a México. Vemos, así, que a pesar de sus diferencias, tanto para Hegel como para Marx y Engels, la historia del mundo occidental es la historia por excelencia⁷. Podría continuarse sin término en interpretaciones de este tipo.

He presentado éstas sólo a manera de ejemplo. Pero interesa detenerse para un análisis crítico. Zea observa que Dussel, siguiendo al peruano Augusto Salazar Bondy, malinterpreta el pensamiento latinoamericano cuando afirma que en éste sólo ha habido un proceso de asimilación de las filosofías nordatlánticas. La filosofía latinoamericana afirma Zea, con mucha razón, ha sido fundamentalmente una filosofía política que ha tratado de pensar la realidad latinoamericana (desde Alberdi), aunque para ello se ha valido de instrumentales conceptuales europeos. Por ejemplo, el positivismo fue en México, Santo Domingo y Chile, un instrumento filosófico para la reforma educativa. Al adoptar estas filosofías nunca se ha hecho en forma acrítica. De hecho, casi ninguno de los positivistas sudamericanos hispanos tomó el concepto comteano de religión de la humanidad. Y en el esfuerzo de pensar la realidad latinoamericana se ha ido forjando nuestra filosofía. Contrario a lo que piensa Dussel, es importante hacer la historia de nuestras ideas filosóficas para, con ello, apropiarnos de nuestra herencia intelectual.

Por otra parte, Horacio Cerutti ha puesto al descubierto algunos de los presupuestos más obvios del filosofar de Dussel. 1) La filosofía dusseliana sigue siendo *ancilla teologiae*, aunque sea sierva de la teología de la liberación. 2) La filosofía dusseliana es típicamente eticista y hasta moralista. 3) La filosofía dusseliana no es marxista y malinterpreta a Marx. 4) Dussel supone que es necesario hacer primero una liberación nacional, para después pasar a una liberación humana en el sentido de la dominación de clases. 5) La filosofía de la liberación de Dussel está supeditada a la teoría sociológica de la dependencia, la cual ha sido reputada de demasiado simplista para explicar la realidad latinoamericana. 6) La filosofía dusseliana es en realidad un populismo⁸.

Conviene aclarar que Dussel no desecha sin más toda la filosofía europea. De hecho, el primer volumen de "Para una ética de la liberación latinoamericana" lo dedica a estudiar la hermenéutica de Heidegger, del cual tomó muchos conceptos, no sin un análisis crítico. Lo mismo hace con Levinas. En general, la crítica dusseliana, incluso a los filósofos en los cuales se inspira, es que nunca llegaron a una auténtica filosofía del "otro", de la alteridad, a lo más que llegaron fue a una alteridad dentro del propio sistema eurocéntrico.

⁷ Francisco Miró Quesada, *Proyecto y realización del filosofar latinoamericano*, México, FCE, 1981, p. 170.

⁸ Horacio Cerutti Guldberg, *Filosofía de la liberación latinoamericana*, México, FCE, 1983, pp. 25-46.

Incluso del mismo Marx toma también muchos conceptos. O sea, su rechazo se refiere específicamente a la negación de la alteridad con respecto a la exterioridad del sistema eurocéntrico. El análisis del "otro" lo realiza Dussel a partir de textos bíblicos en los cuales se habla de un encuentro "cara a cara" entre un ser humano y el otro.

En cuanto a Leopoldo Zea, sus presupuestos filosóficos se mueven dentro del historicismo y el humanismo. Zea reconoce que ciertas filosofías en el siglo xx han sido más aptas para pensar la realidad latinoamericana que otras. La filosofía historicista al reconocer que la filosofía es hija de su tiempo, al insertarla en una dinámica histórica nos permite pensar más fácilmente en nuestras propias estructuras históricas que una filosofía *sub specie aeternitatis*. En cuanto al humanismo, Zea y otros piensan que es lo más característico de la filosofía latinoamericana. Se trata de un humanismo "abierto a las múltiples expresiones de lo humano. Humanismo derivado de la experiencia que, a lo largo de la historia, ha ido viviendo el hombre de esta América. Una nueva formulación del humanismo a partir de la experiencia de su insistente negación"⁹. El lema del humanismo de Zea es: "Los hombres son iguales, en cuanto son distintos".

Disiento de la idea de que el pensar latinoamericano debe caracterizarse por el humanismo. No creo que sea fácil encasillar a todo filósofo latinoamericano en un "ismo" tan debatido en nuestro tiempo. Ya hay pensadores en nuestro continente que se han hecho cargo del cuestionamiento del humanismo cuando menos a partir de planteamientos como los de Nietzsche, Heidegger, Foucault, Deleuze, Derrida, y los planteamientos althusserianos acerca del antihumanismo de Marx. Dicho sea de paso, Althusser ha tenido bastante eco en Latinoamérica, incluso en los teólogos de la liberación. Tampoco me siento cómodo en el historicismo como lo plantea el hegelianismo. Así que si los presupuestos de Zea son, como dice Miró Quesada, el historicismo cuasi-hegeliano y el humanismo, entonces me parece que el problema de la razón geopolítica debe pensarse a base de otros presupuestos.

De lo anterior, se deduce que el concepto de "geopolítica de la razón" parece estar fundado en ciertos presupuestos diferentes de Dussel a Zea, y quizás a otros. Entiendo que el concepto de "geopolítica de la razón" es válido, es fecundo y de poderosa fuerza decodificadora de cuestionables universalismos de la razón. Por ello, en lo que sigue, se trata de asumir dicho concepto, elucidándolo dentro de presupuestos distintos.

El texto con el que Michel Foucault inicia su célebre *Las palabras y las cosas* dice así: "Este libro nació de un texto de Borges. De la risa que sacude, al leerlo, todo lo familiar al pensamiento —al nuestro, al que tiene nuestra edad y nuestra geografía—, trastornando todas las superficies ordenadas y todos los planos que ajustan la abundancia de seres, provocando una larga vacilación e inquietud en nuestra práctica milenaria de lo Mismo y lo Otro. Este texto

⁹ Leopoldo Zea, *Latinoamérica, un nuevo humanismo*, Tunja, Ed. Bolivariana, Internacional, 1982, p. 25.

cita 'cierta enciclopedia china...'. Después de citar la enciclopedia china, continúa: "En el asombro de esta taxinomia, lo que se ve de golpe, lo que, por medio del apólogo, se nos muestra como encanto exótico de otro pensamiento, es el límite del nuestro: la imposibilidad de pensar esto"¹⁰.

Foucault nos dice que el texto de esta enciclopedia china es algo que nosotros no podemos pensar; nosotros, europeos dentro de un marco temporal y geográficamente determinado. Hay, pues, un espacio geopolítico desde el cual se piensa. De frente a "otro" pensamiento que no comparte esos parámetros geohistóricos nos sentimos inquietos y vacilantes, sentimos "un malestar difícil de vencer...". Ciertos pensamientos son imposibles de pensar dentro del cuadro real de un espacio-tiempo cultural. Desde Aristóteles, Linneo y Darwin el europeo piensa en una clasificación científica de los animales; lo que Borges nos presenta del pensamiento chino no podemos pensarlo en este espacio político que es Europa. Tal es lo que nos dice el filósofo francés. Está claro que con ello no se aboga por una abstracta universalidad del pensamiento, sino por su real historicidad y espacialidad. De hecho, lo que Foucault pasa a describir a lo largo de toda su obra son justamente esos códigos de la cultura, pero códigos geohistóricos, válidos en Europa y a lo largo de cierta época (Renacimiento, Época Clásica y siglo XIX). A partir de ahí, Foucault elabora los conceptos de episteme y a priori histórico como forma de pensar esa geohistoria del pensamiento. No entraré en ellos, pues los supongo conocidos.

Por lo tanto, nos encontramos con una crítica del universalismo de la razón. Con una máquina crítica que nos permite decodificar esos códigos que a primera vista se presentan con la pretensión de universalidad. Los ingenuos piensan que "el hombre" fue siempre un objeto del pensar humano, o que siempre se pensó desde él y se pensará en favor de él. "El hombre" del europeo, dice Foucault, existe en el espacio de una episteme, la del siglo XIX, teniendo como antecesora el espacio epistémico de la representación y como sucesora algo que todavía es incierto, pero que centellea en algunos luminosos textos nietzscheanos, marxianos y freudianos. Deleuze confirma esta crítica de la universalidad cuando afirma: "Es cierto que Foucault nunca ha dado gran importancia a lo universal y a lo eterno: esos sólo son efectos masivos o globales que proceden de ciertas distribuciones de singularidades en tal formación histórica, y bajo tal proceso de formalización"¹¹.

En efecto, probablemente el sentido más importante de lo universal sea el de la imposición por la vía de lo normativo. Pero es el poder a quien le interesa normatizar, y para ello se vale del saber; es el poder/saber quien establece criterios universalistas acerca de lo normal y lo patológico, de lo permitido y lo prohibido. Y esto nos lleva a otros de los presupuestos foucaultianos que han de servirme en el análisis de la razón geopolítica. El espacio social es una red de fuerzas, una red de poderes y contrapoderes. No un

¹⁰ Michel Foucault, *Las palabras y las cosas*, México, Siglo XXI, 1981, 12ª ed. p. 11.

¹¹ Gilles Deleuze, *Foucault*, Buenos Aires, Paidós, 1987, p. 120.

sistema meramente binario, sino una múltiple trama de relaciones de poder. Los discursos, con o sin pretensiones de verdad, son también ellos mismos parte del combate entre las distintas fuerzas que componen el espacio social. El espacio social es un espacio de fuerzas en pugna, y los discursos son tan múltiples como las fuerzas en lid. Para cada época y para cada sociedad se puede cartografiar el mapa de las fuerzas. Foucault lo llama el diagrama. Pero cada época y cada cultura tiene su diagrama de fuerzas.

Creo que son esos los presupuestos que se necesitan para una elaboración de una crítica geopolítica de la razón. Lo demás es arquitectura. Si bien es cierto que Foucault prefiere el análisis de los micropoderes, eso no significa en modo alguno que deba prescindirse del análisis de los macropoderes. En efecto, hablando de la lucha de clases afirma: "La lucha de clases puede no ser así la 'ratio' del ejercicio del poder y ser, sin embargo, la garantía de inteligibilidad de ciertas estrategias"¹².

Pues bien, el análisis geopolítico puede implicar un análisis tanto en términos de macropoder como de micropoderes. Desde la perspectiva de los macropoderes, el espacio social geopolíticamente considerado se delimita, como hace Dussel, en centro y periferia. Para la filosofía en discursos poder desde el centro y discursos del contrapoder. Aquí, sin embargo, conviene afirmar el instrumental analítico. No suponer que todo discurso desde el centro es un discurso de dominación; ni que todo discurso desde la periferia es uno de contrapoder. Es claro que los mismos filósofos latinoamericanos han encontrado "cajas de herramientas" conceptuales que les han ayudado a pensar la realidad latinoamericana. Es el caso del marxismo, del historicismo y del existencialismo. Es claro que algunos discursos o segmentos de discurso hechos en la periferia son meramente eco del discurso de dominación. Alguien muy sarcásticamente llamó a tales actitudes "herodianas".

Se ha criticado el mecanicismo que Dussel comete al tratar de interpretar los discursos nordatlánticos siempre en sentido de discurso de dominación, exclusión o discriminación. Creo que es importante en esto ser enteramente textualista. No imaginar que todo lo que dijo Aristóteles o Marx pueda encajarse tan fácilmente en una geopolítica de dominación. Más bien, identificar escrupulosamente —la genealogía es gris, decía Nietzsche— aquellos textos en los que el filósofo o el científico hace gala de su poder discriminatorio, excluyente. Nos puede parecer cínico el que Aristóteles afirme que lo no griego es simple barbarismo. Pero "cada época enuncia perfectamente lo más cínico de su política, como también lo más crudo de su sexualidad, hasta tal extremo que la transgresión tiene poco mérito"¹³.

Por lo tanto, tenemos así cuatro grupos de discurso: discurso poder desde el centro, discurso del contrapoder desde la periferia, discurso poder desde

¹² Foucault, "Poderes y estrategias" en: *Diálogo sobre el poder*, Madrid, Alianza Ed. 1985, p. 83.

¹³ Deleuze, op. cit. p. 82.

la periferia y discurso contrapoder desde el centro. El discurso poder desde la periferia suele hacerse eco del discurso poder del centro. Son las burguesías nacionales detentoras del poder, y los sabios que les sirven de maestros. Los discursos del contrapoder desde el centro pueden ayudar en la estrategia de los discursos contrapoder desde la periferia, por más que suelen presentar limitaciones. Como es el caso de Marx.

En efecto, Dussel tiene razón en buena parte de la crítica a Marx. Foucault mismo denuncia la herencia hegeliana en que cae Marx al mantener el laborismo, la consideración del hombre como "bestia de labor", según la expresión heideggeriana. Tiene razón Zea al denunciar la idea marxista de que el capitalismo tiene que expandirse planetariamente, arrollando en su camino todo lo que encuentre. Marx no pudo valorar en su justo valor a Bolívar. Sin embargo, a estas consideraciones hay una excepción, en efecto, analizando el caso de Irlanda, Marx dejó de pensar en la forma colonialista y se dio cuenta de que Irlanda, con su vigorosa resistencia, podría constituir una estrategia distinta frente al desarrollo del capitalismo. "Durante mucho tiempo creí que sería posible derrocar el régimen irlandés por el ascendiente de la clase obrera inglesa. Siempre expresé este punto de vista en el *New York Tribune*. Pero un estudio más profundo me ha convencido de lo contrario. La clase obrera inglesa nunca hará nada mientras no se libre de Irlanda. La palanca debe aplicarse en Irlanda. Por eso tiene tanta importancia el problema irlandés para el movimiento social en general"¹⁴.

Dussel, en un reciente libro, *Filosofía de la producción*, hace una introducción a un cuaderno inédito de Marx sobre la tecnología. Y resalta también el nuevo planteamiento de Marx con respecto a las colonias, por lo menos en lo que respecta a la producción técnica, y no sólo al comercio.

En cuanto a la metafísica de la subjetividad, Foucault pone a Marx junto con Nietzsche y Freud en el esfuerzo de descentramiento del hombre; de modo que no cabe insertar su pensamiento ni en el humanismo ni en el subjetualismo. En este punto, no tendría razón Dussel.

Habría que tener en cuenta también en la producción del discurso filosófico o científico algunos efectos retóricos como los de camuflaje. Se trataría de discursos poder que, sin embargo, adoptan el lenguaje de un discurso de contrapoder. O viceversa, los discursos de aquellos que escalan las jerarquías del poder y hablan en el discurso del poder, pero entre líneas, juegan con el discurso del contrapoder. "El gran juego de la historia es quién se amparará en las reglas, quién ocupará la plaza de aquellos que las utilizan, quién se disfrazará para pervertirlas, utilizarlas contra aquellos que las habían impuesto; quién, introduciéndole en el complejo aparato, lo hará funcionar de tal modo que los dominadores se encontrarán dominados por sus propias reglas"¹⁵.

¹⁴ Citado por Ludovico Silva. *Antimanual para uso de marxistas, marxólogos y marxianos*, Caracas, Monte Ávila Editores. 1979, p. 244.

¹⁵ Dussel, *Filosofía de la producción*, Bogotá, Ed. Nueva América, 1984. Cap. 2.

Pero es también posible hacer un microanálisis. Señalo algunas posibilidades. El tipo de filosofía que durante un período determinado se enseñó en colegios públicos y privados. El tipo de discurso filosófico que funcionó en universidades latinoamericanas. La presencia o ausencia de estudios del pensamiento latinoamericano en las universidades latinoamericanas. La represión real o verbal, directa o indirecta, ejercida contra este tipo de pensamiento. Y muchas otras cosas más.

* * *

Ya hemos visto a base de los textos de Foucault que se cuestiona el universalismo de la razón; cuestionamiento que se hace mucho más evidente en una geopolítica de la razón. Todo lo anterior, supone que a lo largo de la historia de la filosofía no podemos encontrar un modelo verdaderamente universal de la razón. Que las enunciaciones que se han hecho de la unidad y universalidad de la razón fallan. Y fallan muchas veces por razones geopolíticas. A lo cual hay que agregar fallas internas en el modo de concebir la razón. Por ejemplo, no he percibido que latinoamericanos denuncien algún discrimen del tipo geopolítico en la razón tal como la entiende Kant. Pero Hegel mismo se encargó de mostrar que la razón kantiana es estática. Y ello es suficiente para entender que una razón estática no puede ser un modelo universal de la razón, porque no da cuenta del desarrollo de la razón, de su real historicidad. A Hegel, a su vez, lo hemos visto caer en la trampa de una razón excluyente en cuanto niega la historicidad de los pueblos no europeos.

Ahora bien, después de Hegel vemos dos movimientos sobresalientes en el devenir de la razón. La una, que toma la palabra con Comte, consiste en el esfuerzo de la razón científica por absorber todos los contenidos de la razón humana. En Kant la moral quedaba todavía en el ámbito de un discurso metafísico (práctico). Comte asume la moralidad desde la base de una razón científica. Extiende, pues, los territorios que la ciencia en su ímpetu arrollador va haciendo suyos. Estamos en plena efervescencia de la racionalidad científica.

Pero paralelamente a este movimiento, y como consecuencia de él, la sociología (ciencia también) entra a considerar el conocimiento y la razón como fenómenos sociales. Digamos que se cierra el círculo. El avance de la razón científica obliga a la razón a estudiarse en el espejo de las racionalidades que de hecho han funcionado en la realidad social y política de los hombres. Y esta sociología del saber, producto de la misma razón científica, va a mostrar la socialidad de la razón, sus claros parámetros espaciotemporales. La razón supuestamente universal de la modernidad científica nos lleva, por un lógico desenvolvimiento de su propia dinámica, a percatarnos de la no universalidad abstracta de esa misma razón. Lo que se puede enunciar también de esta forma: después de Hegel la razón no logra mostrar su faz universal, sino, por el contrario, su efectiva realización particular en las culturas humanas. La razón funciona desde dentro del código de una cultura, como vimos con Foucault.

Pero hay todavía más. Si hoy invocamos la ciencia y la técnica como la

nueva racionalidad, hay que darse cuenta también de que los estudios de sociología de la ciencia mostrarán los marcos sociales y políticos de los que efectivamente se constituye la ciencia. No hay sólo una ciencia europea moderna. Hay la ciencia babilónica, claramente empírica y compatible con la religión. Hay la ciencia india; la ciencia china, que al decir de Needham no fue inferior a la ciencia europea. No puede, pues, invocarse la ciencia "sin más" como si fuese un fenómeno homogéneo.

Ni tampoco es homogéneo el tipo de racionalidad que hoy se conceptúa, que funciona en la ciencia. Bertrand Russell dijo alguna vez que en la ciencia todo era bastante claro hasta el siglo pasado. Pero, con la revolución relativista y especialmente con la revolución cuántica, la filosofía de la ciencia ha perdido esa claridad. En efecto, se había pensado en una ciencia determinista, materialista, racionalista, progresista y objetivista. El determinismo como filosofía dominante de la ciencia moderna hizo su quiebra con la física cuántica. El idealismo empezó también a entrar en la interpretación de la ciencia. Por ejemplo, en Eddington. Kuhn —y otros— han cuestionado el progresivismo científico. Lo rechaza si por él se entiende que penetremos cada vez más en la naturaleza de las cosas. El evolucionismo se ha interpretado en el desarrollo de la ciencia como un revolucionarismo. E incluso el racionalismo del desarrollo de la ciencia ha sido profundamente cuestionado, dando lugar a aspectos irracionales en la marcha de la ciencia. Es el mismo Kuhn, pero no sólo él, quien ha insistido en que en los momentos de crisis revolucionaria no bastan los argumentos y que el científico recurre a la persuasión. Alguien ha dicho que las nuevas teorías se imponen porque los defensores de las antiguas teorías ya no están vivos; dinámica de las generaciones. En una palabra, tampoco hay hoy un modelo universal de lo que es la racionalidad científica. Cada vez hay mayor énfasis en los aspectos históricos, políticos y sociales de la ciencia. El mismo Foucault ha desarrollado una arqueología y genealogía del saber, en las cuales se perfila muy claramente lo histórico y sobre todo lo político de la ciencia.

Si bien es cierto que a base de todo lo anterior se muestra que hay siempre parámetros espaciotemporales en los cuales se desarrolla la razón, no es menos cierto que tampoco podemos concluir en una mera razón local. Ello es falso de hecho y también lo es en una adecuada teoría de la razón. La pregunta fundamental en este ámbito es, pues: ¿Cómo entender la razón en forma tal que haga justicia a hechos claramente constatables acerca de su historicidad y geopoliticidad, pero que no la reduzca a un mero fenómeno local? En lugar de hablar de una abstracta universalidad es preferible el concepto de comunicación. A pesar de que Aristóteles se negó a comunicarse con los "bárbaros" al no reconocer su *lógos*, nosotros todavía nos comunicamos con Aristóteles. Sería absurdo decir que la filosofía de Aristóteles es hoy la filosofía universal. Pero sí es cierto que tanto nordatlánticos como sudatlánticos encontramos aspectos significativos en la obra del Estagirita. Todavía nos comunicamos con él. Lo que cada uno, o cada cultura, halla que tiene sentido leer a Aristóteles es bien diverso; pero siempre hay algo.

Y esto pasa también en la ciencia. La física aristotélica tal vez tenga poco que decirnos. Pero, de alguna manera, la geometría de Euclides sigue viva en la matemática actual. Se han propuesto varias interpretaciones que no es del caso considerar aquí; pero lo cierto es que aún nos comunicamos con Euclides. Y eso es suficiente. Aplico a la razón el *polemos* de Heráclito. La comunicación filosófica y científica es polémica. En la polémica damos razones aunque no sólo razones.

Sobre el tema de la geopolítica y el pensamiento crítico, ver también mi ponencia "Algunas condiciones sociopolíticas del pensamiento"¹⁶.

¹⁶ Carlos Rojas Osorio. "Algunas condiciones sociopolíticas del pensamiento", en: *Ponencias Primer encuentro nacional sobre la investigación y la enseñanza orientada al desarrollo del pensamiento*. Editado por: Ángel Villarini y Adalexis Ríos, Centro para el Fortalecimiento de la Docencia, Universidad de Puerto Rico, 1989.

INTRODUCCIÓN A UNA LECTURA POÉTICA DE LAGAR II

Gastón von dem Bussche Aranda

Lagar II debe ser leído al compás de *Lagar*, de donde ha "salido" originalmente en gran parte, más algunos poemas agregados y de los cuales un cierto número apreciable quedó sin realización plena. Por esta razón, hubiéramos preferido el criterio de la investigadora Ana María Cúneo, para su edición: que los poemas aún en trabajo, hubieran quedado en sección aparte, como objeto de lectura y observación sólo para estudiosos.

Y a propósito de "sección": tan casi del todo implícito está **este** *Lagar II* en el gran *Lagar* original publicado en 1954, que los poemas han sido agrupados —al parecer, por Gabriela misma— en las mismas secciones, y en el mismo orden de la obra madre, excepto el "Prólogo" ("La otra") y el Epílogo ("Último Árbol") que, en nuestra opinión, deben enmarcar igualmente, y darle su sentido pleno, también a este *Lagar II*, hijo casi por entero del gran *Lagar* primero.

"Lagar" es vocablo de raigambre campesina. De diversos modos, ha aparecido ya en la poesía mistraliana desde *Desolación*, su primer libro. En el gran "Nocturno" trágico-emocional de aquella obra, la oíamos ya clamar así a su Creador:

*¡Y en el ancho lagar de la muerte
aun no quieres mi pecho oprimir!*

Así pues, el "lagar" aparece en relación con la muerte. Pero, muy terriblemente, como si la muerte fuera la operación de la cosecha de la sangre humana, pero, fermentándola (transfigurándola, sentimos nosotros), convirtiéndola en una suerte de vino, de logro del ser en la propia muerte, como afirma Rilke de la "muerte propia". Agréguese a esto el bellissimo ciclo de los tres "Comentarios a Poemas de Rabindranath Tagore", donde ese sentido se sublima inefablemente.

Por otro lado, y también en *Desolación*, aparece esta sentencia admirable, entre los otros nueve mandamientos del "Decálogo del Artista".

"No te será la belleza sebo para los sentidos ni opio adormecedor, sino vino generoso que te encienda para la acción".

Se reitera, pero ahora respecto de la obra propia, es decir, sobre todo de la poesía, la concepción de la creación artística, como la de un "vino generoso" respecto del cual la sangre misma del creador (como se explicita en "El Suplicio") es la materia generadora.

En un caso para la Muerte y su trascendencia; en el otro, para la Vida y la creación artística, la noción visionaria de un cosechar la viña para hacer el

vino, vendimia final de índole espiritual, o vendimia existencial cuidadora y continua para mantener la vida que "cienda para la acción", es la misma operación del buen campesino secular o milenario de toda esa cultura fundamental, primigenia y constante que es la agri-cultura.

Nada de sorprendente. Hace ya muchos años que el maestro Jorge Elliott llamó a la autora de *Tala*, "el poeta rural por excelencia" de Latinoamérica y aun de toda la lengua española contemporánea.

¿Qué de extraño que el gran *Lagar* haya sido llamado "libro de la muerte y de la vida"? En él, como en este *Lagar II* que se le desprende, suenan ambas cuerdas: la profunda, espiritual y casi místicamente anhelosa de la Muerte, antes "La Enemiga", "La Contra-Madre del mundo" y ahora la Hermana amantísima y amadísima por cuya venida solamente se vive para partir con ella hacia la "Patria" real y verdadera, la del Más Allá; y la otra cuerda, cordial, incitadora de la luz, la alegría y la danza (así en "Convite a la Danza", "Paloma Blanca", las "Rondas"), la cuerda radiante de la vida.

Ambos tonos componen el registro final y general de la obra mistraliana, en ambos volúmenes.

LEYENDO LAGAR II

Leyendo ahora en libro la sucesión de este conjunto de poemas conclusos e inconclusos, se impone, ya desde los primeros, como un ámbito poético dentro del cual, episodios de la vida personal se enlazan y aun funden con toda espontaneidad, con arquetipos míticos y religiosos: el Mundo, la Muerte, la Tierra, el Fuego, la Gracia, la Esperanza, las Montañas, la Luna, el Mar... creando un clima dual de coloquialismo cotidiano —de acento muy rural— muy concreto y realista, pero tocado por la magia poética y la trascendencia existencial y espiritual. Lo mágico y lo sublime brotan y se proyectan a cada instante y a través de todo el proceso anecdótico y narrativo del poema.

Veamos dichos poemas. No todos, por ahora, en beneficio de la extensión de un artículo. Pero los textos poéticos que examinemos no lo serán por ser de los más logrados de la obra. Queden como inducción a la lectura poética completa de *Lagar II*.

No nos detendremos en los dos preciosos instantes iniciales "Convite a la Danza" y "La llama y yo cambiamos señas", sino para decir que, como antes y aún más ahora, la dimensión de la danza se identifica con el mayor estado de la dicha humana. Y que esa danza es, por sobre otras, la "ronda" infantil que acoge a toda la especie humana, elementos, minerales, hierbas, olas. "Convite a la danza" sirve deliciosamente, con ese trémolo final de desolación, como pórtico del libro, pero igual pudo haber ido en la sección "Rondas", culminación de lírica y pureza de este libro. "La llama y yo...", plantea muy plásticamente el trance casi secreto de la entrañable relación de este espíritu contador y cantador, con el arquetipo del fuego. El acercamiento da en fusión apasionada

y ello, en la *consumación* triunfal del propio ser por el Fuego devorador y purificador.

La "Balada de mi nombre" nos retrotrae a imágenes de la infancia de sí misma. Al "nombre" perseguido sin atraparlo, libérrimo como fue y aún es; el de sus años de niña y de adolescente. Es *Lucila*. La criatura del silencio, la inocencia, la belleza nupcial del floral adorno de las desposadas:

...gota de leche,
rama de mirto tan ligera

Evocamos el "llegar a ser reinas" de *Tala*, se nos sugiere que el lindo nombre quedado atrás —o en el fondo—, pero no perdido jamás, implica o consiste casi del todo en la plenitud amorosa, en unas aquí apenas aludidas bodas. Es, pues, el nombre de *la dicha*. Quedó en un *allá* y un *entonces* sólo como infancia profunda íntimamente vivida y como una adolescencia toda sueños en ensueños.

Lucila fue y es y vive hoy toda la dulzura, felicidad y plenitud poética y espiritual a que se ha aspirado en toda la existencia, en tanto *Gabriela*, reconocida y honrada mundialmente, carga con todo lo suyo, lo de las "edades feas" de la madurez y la vejez: cabellos blancos, boca con acidia. *Gabriela* ha sido el logro y la fama, pero a compás del trabajo esforzadísimo y del desgaste que suponen madurez y vejez, con sus tribulaciones, enfermedades y la consunción que supone la ancianidad. *Lucila* quedó *íntegra*, ya que se sumergió en el secreto trance de la edad feliz, sin mengua en el tiempo. Y allí se fue haciendo substancia del *alma*, esencia, perpetuidad contra el desgaste de los numerosos y pesados años. El hermosísimo poema va, a su vez, entregándose de a poco y es la expresión muy propia, a un mismo tiempo, legendaria y anecdótica, de su "saudade" permanente, de la nostalgia en el largo exilio de "la extranjería", por su propia esencia. *Lucila* equivale a decir "infancia y luz", anhelo de aquella vitalidad ideal desde la perspectiva de la temporalidad agónica, imbuida de mortalidad. Este último es el ámbito donde *está*; pero aquel es el ámbito donde *es*, con el nombre secreto de su ser, el nombre indestructible e inolvidable: el nombre de *Lucila*.

HACE SESENTA AÑOS

Polaridad semejante se plantea en "Hace sesenta años": la oposición entre "el largo cuento" de los días vividos; de sus sesenta años enfrentados a la evocada y casi recobrada imagen de la niñita que recién nacía. "Se nacía", dice el poeta-mujer, como para acentuar el prestigio apersonal y antianecdótico del suceso maravilloso en el inicio de estos largos años.

Y qué mínima cosa sutilísima era la recién nacida:

Ha sesenta años, Valle mío,
yo era un vagido que tenía
cabellos de aire, mirada de agua...

Ahora, desde la venerabilidad imponente de los sesenta años, se reconoce en todo ello, sin embargo, preciosos dones, cuando reitera bellamente diciendo:

*Son sesenta años huidos
y cuento mío se diría,
que me dieron gesto y mirada
y un vagido que no se oía.*

Suavísimos dones capitales, sin embargo, estos así otorgados a la frágil niñita Lucila, tan opuesta a aquella niñita ahijada suya, del "Recado de Nacimiento para Chile". Ésta será ahijada de la poderosa y dulce *Gabriela*.

*Le pusieron mi nombre
para que coma salvajamente fruta...*

Lo que confirma en la fuerza deliciosa con que, en contraste con el tierno y casi secreto "vagido" de Lucila, se imponen el grito y el llanto de esta nueva, recién nacida, Gabriela. Ésta hace el gran ruido de lo casi telúricamente vital, con ese gritar sin pausa y ese llanto imperioso:

*noticiando al barrio...
...importante como la Armada Británica,
sin querer aplacarse hasta que todos hubieran sabido...*

Lucila fue, y lo será por siempre, una breve y fina sombra ensimismada en un mundo ya poético de continuos y mágicos prodigios o "albricias". Casi siempre sola y concentrada en la aventura del mundo como vivencia y experiencia interior. *Silenciosa*. Y sin embargo, es de ella de quien se origina Gabriela Mistral, la conquistadora cuyas victorias le importan pronto muy poco, sintiendo que es en los signos sutiles del trabajo silencioso de Lucila, la casi muda, que surgirá y se entamará su voz poética más espiritual y estéticamente lograda.

Lucila fue y será, pues, la criatura de *la contemplación poética pura*, raíz de su ser. Se erguirá a la lucha por la vida, el amor y la poesía premunida del nombre que le será emblema declaratorio y escudo defensor —"Gabriela Mistral"—, pero sabiendo siempre que si bien la máscara y el peto toman su rostro y su pecho, sólo existen triunfalmente sobrepuestos, para salvaguardar el leve nombre suyo que designa a:

*la del bulto pequeñito,
de la gaviota, de la chinchilla,*

a la cual, sin embargo, junto a los preciosos dones "mínimos", le sucedió que:

*...me dieron los elementos,
las estaciones y los días,*

es decir, el espacio y el tiempo de la naturaleza, como ámbito suyo propio. Bienaventurada, pese a su orfandad del afecto paterno y a las durezas del medio que le procuraron traumas amargos y violentos, puede decirse que nació, en los éxtasis solitarios de su intra-infancia, aquella Lucila sin transcurso y ya inmortal.

Desde la perspectiva de los poderosos y logrados sesenta años de esfuerzo denodado y gloria universal, no se evoca ni se anhela ninguno de sus triunfos históricos; en realidad, ninguna otra imagen de su gran tránsito biográfico. Y todo se vuelve hacia la figurita de dulcísima fantasma de la niñita de los años felices de Montegrande. Son convocadas la imagen materna y la fraterna ("La Madre o la Marta") acaso, y se insinúa la imagen emblemática del poema "Cosas", de *Tala*: la de la mujer que entrega *el pan y la poesía* en un mismo gesto:

*Me busco un verso que he perdido,
que a los siete años me dijeron
Fue una mujer haciendo el pan
y yo su santa boca veo*

Imágenes dulce y cifradamente arcaicas, siempre frescas y feraces son recuperadas por la vieja memoria, para reincorporarse a la creatura frágil, sensibilísima, y a su hálito casi misterioso. A su lado, todo lo acaecido después no parece ya importar mucho.

Así, tan sólo la mujer del Valle "que me besaste el primer día", con su prestigio a la vez materno y de hada madrina, la "Madre" nitidamente evocada, la "Marta que bien mecía", son las que de verdad pueden contar, revelar la dimensión indecible de aquellos días, cuando aquella Mujer de la Tierra feraz la "encargara" (como preferiría decir Gabriela) y *la entregara* "al Dios Padre", creador de la vida siempre asombrosa y feliz, como también "a la huerta" y a la "viña", trasuntos terrestres del Paraíso.

Pero a la que cumple ya tantos años —que valen por una vida entera, en su sentir—, se le hace ahora patente la imposibilidad de re-unirse con la que fue originariamente; se le hace patente que ya no acierta del todo con el acto de confundirse con la que fue: *consigo misma*. Ahora vive entregada al mundo, más por obligación impuesta que por apetencia propia, en un tránsito o insuperable exilio, en un ex-trañamiento doliente e irremediable. ¿No será así en cada existencia, llegada al país de la ausencia que es la vejez, desde la cual, como único hábito, puede aún al menos "recordar", convocar, evocar?

*Pero a los mares que navego,
que son mares de extranjería,
y a las tierras que me encamino
con cien nombres de lejanía.*

*¿Cómo pueden llegar las dos¹
madres de nube o de neblina,
llamadas con grito vano
y sólo en sueños conocidos?*

¹La "Madre" y la "Marta".

LUTO

Es el mismo abismante "Luto" de *Lagar* por la misteriosa y trágica muerte de "Miguel", "Yin-Yin", el adorado hijo adoptivo. Esta pérdida esencial en su existencia (Petrópolis, Brasil, 1943) entramada con otras pérdidas: la de su fraternal Stefan Zweig y, en general, de toda la juventud atrocemente segada por la guadañera Muerte Universal, día tras día, anclada en las secciones "Guerra", de *Lagar I* y "Locas Mujeres", de *Lagar I y II*, secciones todas con la misma entraña desgarrada, y de "Luto 1" y "Luto 2".

En este *Lagar II*, ello aparece emblematizado por la hermosura de la sobria y poderosa elegía "Mi artesano muerto". Labriego, albañil, cortador de la caña, "asistido de ritmos" y joven, puesto que él iba a cavar la fosa para la mujer poeta y maternal, ella canta su increíble ausencia de la vida, su inconcebible desaparición de la existencia, como un absurdo general contra el cual todo lo vital y existente se resiste y protesta, agitado de ansia de amor, de necesidad de amor por el que parece haberse ocultado en juego o "fraude".

La desaparición sentida como inconcebible del amigo, hijo y servidor, del "compañero" (ver "Canto que amabas", en *Lagar I*) *acentúa* mágicamente la vitalidad de ese mundo real y el poeta, deudo y testimoniador, clama más que nunca, aunque con tremenda contención antilacrimógena, por la ahora rota integralidad de ese mundo (como, al revés en "La manca"); el planeta, el mundo, el orbe entero ya *no pueden* ser realmente, por la pérdida del "dedito de la niña". Ahora descubre, y sin poder aceptarlo, que con la ausencia del desaparecido:

todo está íntegro y sólo tú moriste

y que la Naturaleza, el ámbito de su trabajo, su amor de la mujer que ahora queda como mutilada de él, en fin, toda su contingente, rica y poderosa *realidad*, sólo existen porque le esperan como siempre, como cada día, cada mañana. Todo sabe que debe trabajar para él y ser trabajado por él.

Poco a poco, grado a grado de lenta, ininterrumpida y brutal evidencia, se va revelando implacable como *fatal e irreductible* y se vivirá desde ahora en adelante en el sentimiento y conciencia lacerantes de que *falta el amo natural* de este mundo, que es ante todo el de la Tierra ahora despojada, vaciada:

*Hay delante una tierra que era tuya
y se quedó como mujer sin dueño*

Todo reclama y *exige* su regreso, tanto en la actividad de un misterioso animismo, originado en la larga convivencia del hombre con los utensilios del trabajo diario en el centro vital de ambos, la tierra, donde se conjuga con frutos y elementos:

*Quiéren saber de ti, se mueven, gimen
hacia mí como rectos animales
en la noche, tus muros, y en el día
la sal me quema las palmas, la fruta*

*pregunta abierta y reteniendo el jugo,
el bananal bracea averiguándome,
y enróllanse y me siguen tus caminos
Hay delante una tierra que era tuya,
y se quedó como mujer sin dueño;
hay un taller de oro, unos tendales
de herramientas oscuras y azoradas,
y hay un olor de cafés y trapiches,
y hay sobre el campo una ancha levadura
que derramada sube, hierve y canta*

Pero el inconcebible desgarrón de la nada en la prieta y plena realidad humano terrestre, se impone con la brutalidad de un contrasentido existencial. La imagen final de la elegía es la misma dominante en "La Fuga" de "Muerte de mi Madre", de la tan anterior *Tala*. Mientras allí se va secando, haciendo *estéril* el mundo admirable de la madre y la hija, aquí *todo prosigue* sin detención alguna, como por inercia de la Tierra misma y de los hombres. Pero también aquí, la mujer-poeta-madre, vive finalmente en la dimensión de un inútil perseguir a un fugitivo perpetuo. Persecución, como la de la madre, anhelante, tierna, desesperada y hasta enloquecida, tanto como irreparablemente inútil. Pero "La Fuga" terminaba en la consumación de algún modo triunfal, por el trance del arquetipo del fuego y la enajenación. Aquí, cuando es esta "madre" la que sigue al hijo, hay el entreabrirse de una visión final ambigua, tanto de pérdida como de tierna y doméstica reaparición.

*Pero mi cuerpo se rompió en tu cuerpo
y tú ni yo juntamos sus pedazos,
porque los mediodías y el sol ácido
me muestran y me miden y me gritan
tu río seco, tu granja aventada,
el fraude de tu huída²
y el despunte sin fin de tu carrera.*

² Reproducimos el texto íntegro, según como lo autorizó Gabriela Mistral para la magistral edición y traducción francesa de Roger Callois, en 1946. Allí, en la ancha sección "Poemas inéditos", aparece mucho de *Lagar I* y de *Lagar II*, como Gabriela decidió que debía presentarse al público y como fuente exacta para traducciones. Estas son las versiones definitivas, y no las que por "dejadez" quedaron en los manuscritos microfilmados. Pasaron a ser eso que Gabriela llamaba "lastres". Pero lastres muchos ya totalmente logrados: "Clitemnestra", "Elogio del pueblo pequeño" (versificación de Gabriela) y muchos más que debemos agradecer a Consuelo Saleva y Doris Dana que hicieron la cosecha paciente y preciosa... aunque poco a sabiendas de Gabriela. Otro poema como "Electra en la Niebla", vio su edición definitiva en *Mundo Libre*, valiosa revista literario-poética de pocos años de duración. Allí Gabriela *eliminó* definitivamente la balbuceante estrofa final que quedó en el microfilme, y que NO VALE. También hay que cotejar los numerosos poemas finales que entregó a Esther de Cáceres, la admirable uruguaya, autora del espiritualísimo prólogo a la edición de *Poesías completas* de la colección Aguilar Premio Nobel: "La Contadora", "Balada de mi nombre", "Hace sesenta años", "¿A qué?", etc...

LUGAR VACÍO

He aquí un poema totalmente opuesto a "Mi artesano muerto", y que pertenece al orden más íntimo, entrañable y emocional del *Luto* ya explicado.

Si el artesano no puede ya ser recuperado, el ausente del "lugar vacío" *regresa* siempre, cada noche de anhelosa y angustiada soledad y despojamiento.

Pero hay "uno" —ese "otro"— que aparece por la morada que fue de la madre y del hijo. ¿Cómo atraviesa el ámbito sagrado en el que se reúnen noche a noche inefablemente el hijo muerto y la madre viva, en una trans-vida interior más misteriosa, pero más real que la contingente, ese "otro" al que se designa tajante e implacablemente como al "perdulario" y, ya sin tapujos, como al "Matador".

¿Sería pues el Asesino o, según se averiguó hoy, el instigador siniestro de la muerte de Yin-Yin, víctima inadvertida? Así lo ha contado estremecedoramente la propia Gabriela, al narrar la visita de cierto muchacho extraño a su casa de Petrópolis, para decirle que "él" y "los otros" habían procurado la muerte del adolescente, en venganza racial homicida. Otros factores ahora ya estudiados, confirman la duda más fuerte sobre el "suicidio oficial" de Yin-Yin³.

El poema opone el instante inaceptable, imposible, del matador por entrar en la casa que fuera la de su víctima y aún más, la intención aberrante de ocupar sus sitios predilectos, en tanto declara su atroz confesión.

"Imposible" intento, porque el Matador aprende con estupor que el muerto no se ha aniquilado ni anonadado. Que vuelve cada noche junto a la madre en vela perpetua de fe ciega. Que su acción cainita no ha logrado la esfumación de ser fantasma. El joven muerto, lleno de amor, vuelve cada noche al reclamo de aquella que vive sólo para esperarlo.

El clima persistente de "Luto, Locas mujeres", el psiquismo dominante —entendiendo "Psiquis" como los griegos, como "alma", y no sólo como "mente", en nuestras empobrecidas significaciones— es sólo *aparentemente* fantástico, sobre todo en el nivel emocional. Esta comunicación de los muertos y los vivos, y su mutua recuperación, no implica ningún delirio psicológico, sino la revelación poética de una realidad de segundo grado, vivida ya como un sueño o un ensueño: como *otra* realidad esencial. Fenómeno intenso en culturas fundacionales, como las del Nuevo Mundo, y que tiene un gran paralelo de hermandad con el mundo de *Pedro Páramo*, con el genio "subterráneo" de Juan Rulfo. Convivencia y reencuentro "natural" de los vivos y los muertos, como en el *Lagar* primero y en éste. Don fabuloso del genio de Mistral como de Rulfo, y no solamente un condicionamiento antropológico que les habría permitido sólo *ilustrar* al fenómeno, en lugar de encarnarlo y vivirlo tan sugestiva como magnéticamente, en una dimensión *intra*-espacio-temporal de auténtica y reveladora humanidad abismal.

³Léase "Imagen y palabra en la educación", en *El pensamiento educativo de Gabriela Mistral*, de Roberto Munizaga, Instituto de Chile, Editorial Universitaria, 1989.

LA LIANA

Estremecedor poema, "La liana" plasma en poderosa imagen y en situación casi ferozmente agónica —en el sentido dramático de "luchadora"— el trance de querer subir cada noche, desde la propia corporeidad hasta la imagen y ultrarrealidad del muerto amado y necesitado esencial y vitalmente; el hijo perdido y no perdido que allá "arriba", aguarda. Trance de brutal esfuerzo, sostenido por el poder dulcísimo del amor que, finalmente, llevará al éxtasis profano, pero también en substancia "re-religioso" (religión igual a "re-ligare") de la paz y gozo inefable del re-unirse.

La tensión del subir, contra la casi invencible gravedad física, por el duro árbol y enredadera como de fierro de la Noche de su alma, se plantea en una dicción tensa y acezante. Ese "subir el repecho" que está tan presente tantas veces con la condición vital y en el estado de ánimo de la poesía mistraliana: la montañesa chilena siempre en ascenso corporal y espiritual. Aquí, un difícil, a menudo interrumpido por la caída, pero *nunca vencido*, logro ascensionalmente invencible.

Y "La liana", la terrible y pobre "liana de mi cuerpo" es, en verdad, la nocturna, vehemente, anhelosa *oración* recuperadora, la fuerza del espíritu en la materia de su cuerpo, su pulso, sus miembros, su sangre, en locura poética gozosa y terrible; en fin, en humana y sobrehumana insistencia. El resultado, es uno de los colmos contemporáneos de la poesía del alma y de la sangre, en afán de dicha presentida desde el cierto esfuerzo formidable, cumbre poética en nuestra lengua y acaso en toda la poesía de este siglo sin fervor. "Trance", en verdad, y denodado; enajenado sólo en apariencia. Voluntad y deseo gozoso de sufrir, contra el peso brutal de la gravedad, de la tierra y la realidad concreta, hacia el "suyo" que espera arriba, y que es *más* ella misma que esta corporeidad pesada y estos sentidos y pasiones engañosas con las que la mujer-madre-poeta se yergue tensamente aquí abajo, sólo susceptible de redención y paz, y todavía ahora mismo, de esperanza dichosa, por el fuego contradictoriamente leve y suavísimo contra lo duro y resistente. Acto físico primero y sublime más tarde, del orar-ascender.

Tránsito vertical, como el del geysir, de la madre vaciada de su misma entraña y de sí misma, hacia el hijo en la altura, por medio del impulso y dinamismo invencibles de esta liana fina y tremenda, sinuosa y siempre hábil para retornar su invencible ascensión.

Oración ávida, frenética, derrotada muchas veces por la caída, y de inmediato, aún gimiente, rehecha en su seguir subiendo sin vencimiento, pese a nuevas caídas, hasta posar a la madre-poeta en las "llanuras espirituales" por las que ya clamaba en *Desolación*. Trabajo terrible, —¿hecho sólo para elegidos y sufrientes supremos?— que abarca toda la noche del alma humana, en un trasunto que es reflejo de segundo grado, de la ascensión mística, con el intento magno del re-ligarse del ente *existencial* con el ente del "ser". Esta "orante" no sube con su oración hacia "DIOS", pero sí hacia la razón, objeto y signo de su ser humano, hacia *su amor* humano más hondo y más alto, sublime. Sí,

ella se *convierte en la liana* en cuanto configuración certera de su jadeo ascensional; la liana, cuerda, lazo, tramo de amor que la Muerte no ha logrado cortar. Ella, la separadora por antonomasia, no puede serlo cuando el Amor sobrevive y trasciende aun al corte de la guadaña, y del mismo tajo mana la sangre, pronto solidificada, del continuado puente, vía, camino, cuerda, liana, en fin, de amor ininterrumpible.

Con el préstamo indecible de la oración de los elegidos, ella intenta febril, frenéticamente (obsérvese la dicción acezante de este poema mistraliano de los culminantes suyos) para su tremendo intento. Por su amor abismal en ella y purísimo arriba, se forja jadeo a jadeo el camino de la oración vertical definitiva —pues todas las oraciones son verticales, pero sin tanto anhelo, gozo y voluntad de “subir”, pues le ha sido concedido al amor humano, en ésta y en no muchas más ocasiones que, aún tronchado por la muerte, revele *en* el ser humano vivo— y —dentro de sus contradictorias contingencias— la dimensión de una especie de mística que es hermana menor de la Suprema, hasta en el final trasunto de un éxtasis:

*En esta noche, tú recoge
mi llamado, tómallo y tenlo;
duerme, mi amor, y por ella
hazme bajar mi propio sueño
y como era sobre la tierra,
así, amor mío, así quedemos*

MADRE BISOJA

Por necesidades de espacio, llegaremos hasta aquí con nuestra lectura poética de *Lagar II*, para proseguir en un segundo trabajo con su totalización. Es decir, más de la segunda mitad del libro, en el cual hay piezas extraordinarias y totalmente logradas; en nuestra opinión, sobre todo los “Nocturnos”, los “Oficios” y, magníficamente, el conjunto de “Rondas”, ahora no ya infantiles, cumbre lírica de este *Lagar II* y de lo más alto de la poesía mistraliana en cuanto a “poesía pura”.

Para cerrar ahora nuestro examen, hemos elegido el delicioso poema “Madre Bisoja”, “cuento” en tono casi popular, como que comienza con la frase signadora de los relatos folklóricos o populares chilenos, según declaración de la misma Gabriela muchos años antes (1938, en Montevideo):

Esta que era nuestra Madre...

Esta “Madre” nuestra es una de las “Locas Mujeres” del libro. Pero no es trágica como “Antígona”, “La que aguarda” o “Electra en la Niebla”, ni ígnea, real y mística a un tiempo como “La Cabelluda”, sino juguetona, como dicha desde la perpetua perspectiva de la infancia individual o de la comunidad.

Porque, en efecto, esta “Madre Bisoja” es nada menos que la Madre Tierra, pero no la ardiente Canidia, ni la poderosa Gea, sino una viejecita encantadora, que al mismo tiempo es una niña dichosa. Es la “abundancia” de la Madre-

Hija-Tierra, feraz, contenta, delirante de generosa alegría, llena de "ocurrencias" felices:

*Era la higuera de leche
y era la Osa encrespada
y era más, de ser la Roca
que da su flanco por dádiva*

*Y lo mismo la llamaban
la Verdeante que al parda,
o la Niña Dedos-Cortos,
o la Mujer Manos-Anchas*

*A todas las criaturas
soportó en rodillas anchas
y rebosando, ninguna
se le cayó de la falda*

*Y conturbaba su encuentro
por ser bisoja y doblada...*

Ya es el momento de aclarar lo de "bisaja", para los que lo han menester.

Este arrebatador y donairoso poema, casi entrañablemente folklórico, es hermano de "La Madre Granada" de los "Cuentos" de *Tala*. Cuentos para infantes y para adultos y sobre todo para poetas, "Charada" juego o jugarreta, pero preñado gozosamente de las más lindas y hondas significaciones. Es, en verdad, un mito, mito feliz de la Tierra, en verdad hermano de los cuatro grandes y abismales mitos de las "Historias de Loca", del libro maestro de 1938, *Tala*.

Bisaja es esta madre perpetua, encorvada y alegre, dueña de toda abundancia. Es decir, que tiene "dos ojos", pero, al parecer "independientes" y, además distintos:

*que un ojo suyo era negro
y el otro color genciana*

Y ya vamos entendiendo cómo aquí los formidables y mitos existenciales de *Tala* se forma un cuento donoso, pero de dimensiones planetarias y cósmicas. Pues de esos dos ojos dependen el planeta y el tiempo, pero sin solemnidad, sino en encanto arrebatador, divertido, mas, no por eso, exento de las mayores significaciones:

*A causa del ojo azul,
el día se adelantaba
y por el ojo sombrío
la noche abría sus arcas*

*Y tanto el azul crecía
que se volvía mañana
y todo el azul del mundo
sólo ella lo pastoreaba*

*Cuando el ojo azul dormía,
el negro se despertaba
y desde entonces él solo
regía en cuerpos y almas*

*Y van al trote los topos
ladeando las musarañas
y de marcha y procesión
la gran noche rebosaba*

*Y la bisoja iba abriendo
la noche como a tajadas,
y la procesión seguía
por sus quiebras y sus abras*

Y entonces, recomienza, o "recomenzaba" el ciclo mágico:

*Cuando al alba de regreso
la Madre era interrogada,
Gea, jugando a dos mundos,
ni levantaba la cara.*

*Y cuando se le reían,
ella sonriendo callaba
y a causa de su silencio
sus hijos la fabulaban*

"Sus hijos", es decir, la especie humana sobre todo, la gran fabuladora, y de entre ellos, en especial, naturalmente, esos infantes predilectos de su entraña y corazón, los poetas.

Y Madre Bisoja prosigue haciendo noche y día, por todo el tiempo planetario de los milenios, su juego regocijador pero lleno de sentido, de hacer nacer la noche, si abre el ojo negro y cierra el otro; o de hacer nacer el día, si abre el azul y apaga el negro, según la fábula que le observan los vivientes y en la que se complacen los grandes imaginativos adultos y niños, a un tiempo, los poetas y todos los artistas y soñadores verdaderos que en verdad "ven" y, por lo tanto, sorprenden y comprenden dichosos el juego mítico de abuela campesina de la Madre Bisoja. Y comprenden entonces, que para ella no hay tiempo, ni transcurso, ni desgaste, en la perpetua vitalidad de la Tierra vieja y niña siempre:

*Dicen que no envejeció
ni en el rostro ni en la marcha,
aunque envejecieron todos
los que ella amamantara.*

*Que le hicieron una tumba
para la hora llegada,
y ella reía, reía,
de ver cómo la cavaban*

Y, retomando la fresca tradición que se recrea en el poeta imaginador, la "contadora" (como se llama a sí misma en poema que examinaremos en la segunda parte de este trabajo) termina resumiendo alegremente este cuento sin principio ni término:

*Así era cuando nací
y es a mi tarde sesgada
y de sabido lo cuento
como quien dice charada*

Hasta aquí, por ahora, el examen de este *Lagar II*, a primera vista anecdótico y fácil, pero, en penetrándolo, complejo, altísimo y abismal, aunque con la sencillez rural, popular y clásica de lo aparentemente más espontáneo y directo. Sencillez tradicional y clásica, en la que es necesario adentrarse amorosamente, según la inmortal sentencia de Rilke:

"Sólo el amor puede penetrar la obra de arte. La 'crítica' no es más que una suma de malos entendidos más o menos certeros".

Con la naturalidad de la maestría superior, con la propiedad con que una abuela campesina se mueve entre sus utensilios, sus hierbas, sus árboles e injertos, su horno y sus terrones, esta mujer chilena universal se mueve simultáneamente entre los Misterios, los Arquetipos y Atavismos, los Elementos, en búsqueda, entre la Vida y la Muerte, de la dimensión inefable: La Gracia.

Al revés de Kipling, concluimos diciendo que lo que seguirá de este trabajo, no será "otra" historia, sino la misma, y muchas veces, ascendente.

REFLEXIONES SOBRE EL MODERNISMO: UNA DUALIDAD SIGNIFICATIVA

Jaime Concha

Años ochenta del siglo pasado: simétricamente, al inicio y al término del decenio, se publican dos libros destinados a tener, de un modo bien distinto, vasta repercusión en las letras hispanoamericanas; uno ve la luz en Nueva York, otro en el puerto chileno de Valparaíso; uno está hecho de poemas dedicados a un niño, el otro trae cuentos exóticos y piezas que se distribuyen a lo largo de "El año lírico"; uno es obra de un iluso por la emancipación de su patria; arte, el otro, de un joven forastero que viajó muy lejos, hasta un país en casi todo opuesto al suyo. *Ismaelillo* (1882) y *Azul...* (1888), junto con otros poemas y otras prosas publicados simultáneamente o un poco después (los de Gutiérrez Nájera y Díaz Mirón en México, de Julián del Casal en Cuba, de Silva en Colombia), trazan un primer círculo de innovación en lo que muy pronto, luego de leves oscilaciones —decadentismo, simbolismo— vendrá a llamarse definitivamente "modernismo". El modernismo es, por lo tanto, en su momento inicial, un corpus exiguo y disperso de escritura, que surge por aquí y por allá, independientemente de un nexo común entre los propios autores. A tal haz de escritos se lo dotará en seguida, con el correr de los años, de una conciencia significativa de renovación (el "espíritu nuevo" de tantas proclamas) y de una función artístico-cultural que, en virtud de circunstancias de orden político que afectan al continente, vendrá a adquirir una dimensión más amplia, étnica y a la vez histórica. Entre el *Darío* que en un juvenil artículo sobre Catulle Mendès postula:

"Se necesita que el ingenio saque del joyero antiguo el buen metal y la rica pedrería, para fundir, montar y pulir a capricho, volando al porvenir, dando novedad a la producción, con un decir flamante, rápido, eléctrico, nunca usado, por cuanto nunca se han tenido a la mano, como ahora, todos los elementos de la naturaleza y todas las grandezas del espíritu"¹

y el *Darío* que hacia el final de su vida, célebre ya, dirige *Mundial Magazine*, revista de "Arte, Ciencias, etc." en cuya portada dos columnas con viñetas incluyen todos los países de América Latina (Brasil, Haití...), más España, Portugal y las Filipinas, hay perfecta continuidad, pero hay también un gran trecho recorrido². No sólo el lenguaje artesanal ha cambiado, pues de técnico

¹"Catulle Mendès. Parnasianos y decadentes", *La Libertad Electoral*, 7 de abril de 1888. Tomo la cita de Juan Loveluck, "Introducción" a su edición de *Azul...*, Santiago, Zig-Zag, 1953, p. 22.

²Ver una reproducción de la portada en Ana María López, *El Mundial Magazine de Rubén Darío: Estudio e Índices*, Ph. D. Dissertation, 1979, hoja C, a continuación de la p. 43.

que era da paso a una gran operación de unidad cultural (casi "mundial"), sino que está de por medio el sentido que ha venido a depositarse sobre el valor y la proyección del modernismo. Darío ya no es un poeta entre otros; es un símbolo: cabeza y personificación de la latinidad.

Estamos todavía a fines de los ochenta, apenas en los noventa, años más, años menos. En este primer instante, la serie de obras innovadoras se concentra en un área bien determinada, al norte de las regiones americanas en que se habla castellano³. Los autores son nicaragüenses, mexicanos, cubanos, colombianos. Curioso paralelogramo de fuerzas, éste que pasa por el borde superior de la América del Sur (Silva vive un tiempo en Venezuela por actividades oficiales), atraviesa una isla aún en condición colonial, abarca la costa y la altiplanicie mexicanas y va a alcanzar, en el occidente de Nicaragua, las ciudades de León y de Managua donde Rubén reside habitualmente y hasta El Salvador, adonde viajará por cerca de un año, desde mediados de 1882 hasta la segunda parte del 83.

Hay algo más. Ya en los albores del proceso modernista se presenta una dualidad que, de manera multiforme y con cristalizaciones variadas, reaparecerá a medida que el movimiento se consolide. El mismo año que se imprime *Ismaelillo*, Martí está escribiendo otro tipo de poemas, el de sus *Versos libres*, que sólo habrán de conocerse póstumamente, en 1913. Cuando Darío los lea, podrá comprobar hasta qué grado había afinidad entre algunos aspectos formales del proyecto martiano y lo que él mismo había intentado en su *Azul...* Y así lo reconocerá⁴. La dualidad entre la poesía más bien íntima, personal, de *Ismaelillo* y el tono cívico, patriótico, de los *Versos libres*, se exteriorizará como contraste global entre la poesía de Martí, de un lado y, por otro, la orientación dominante en la poesía de Casal. Y esta dualidad insular se reproduce, cambiadas las condiciones que hacen de Cuba un caso dolorosamente excepcional aunque de acelerado desarrollo económico, en el par de escritores mexicanos: tono aquietado, a lo Musset en el verso, a lo Daudet en su prosa, en lo que toca a Gutiérrez Nájera; ademán tribunicio, heredero en lo principal del romanticismo liberal, en cierta vena de Díaz Mirón.

Ahora bien, en relación con los dos puntos esbozados: ¿cuál es la significación del viaje de Darío al sur del continente?; ¿es un vector estructural en las fuerzas que compondrán los movimientos del Movimiento?; ¿brota allí un nivel de conciencia que no habría podido desenvolver Darío en otra parte del ámbito hispano? Y: ¿qué sentido atribuir a la dualidad someramente descrita?;

³ Pedro Henríquez Ureña y Ángel Rama ya han tocado el punto, en libros bien conocidos cuyas referencias van más abajo. Sobre el contraste entre Darío y los poetas oligárquicos y liberales de Chile, hay estupendas páginas en un artículo de Fernando Alegría: "Darío y los comienzos del modernismo en Chile", in *Darío*, Departamento de Extensión Universitaria de la Universidad de Chile, 1968, pp. 82-93.

⁴ Cf. *La Nación*, de Buenos Aires, 8 de julio de 1913 (Ahora en la recopilación *Escritos dispersos de Rubén Darío*, a cargo de Pedro Luis Barcia, La Plata, 1968, pp. 334-339).

¿se filtra también en la producción de Darío?; ¿es posible interpretarla como el indicio de una tensión objetiva existente en el panorama modernista?

Cuestiones que han sido planteadas cien veces en la historiografía sobre el modernismo y que siguen, según creo, sin contestación adecuada. La dificultad para responderlas satisfactoriamente deriva en gran parte de las limitaciones intrínsecas de la explicación histórica y, sobre todo, de la casi imposibilidad para dar cuenta del fenómeno del cambio en las manifestaciones culturales.

Si las matemáticas, ciencia por tradición rigurosa, experimentan a comienzos de siglo un colapso de fundamentos (Frege), rearticulando alrededor de 1930 la filosofía de su propio hacer en las tres corrientes principales del logicismo, formalismo e intuicionismo (respectivamente: Russell-Carnap, Hilbert-von Neumann y De Brouwer) y se guían hoy al parecer, en su formidable y vertiginosa expansión, por supuestos marcadamente empiristas (v. Lakatos); si la física, que ha originado por lo menos dos revoluciones decisivas en nuestra imagen del mundo natural, no logra un consenso en torno a la precisa interpretación probabilística del método inductivo (Popper, Nagel, Hempel, Salmon), para no hablar del profundo desacuerdo de principio entre la versión indeterminista de la escuela de Copenhague (Bohr, Heisenberg) y los puntos de vista, tan contrarios, de un Einstein o de un De Broglie^{4b}; si la sociología, cosa a veces bastante absurda, llega a inventar en los Estados Unidos una explicación tan crasa de la conducta social como la "rational choice theory"—simple y simplista extrapolación de ideologías contemporáneas del mercado capitalista a las ciencias políticas y a las ciencias sociales⁵, ¿qué pedirle, Dios mío, a la pobre historiografía de los fenómenos culturales, cuando allí las infinitas variables "cualitativas" impiden la elaboración de una epistemología mínimamente convincente? Ni la deducción ni la inducción se hallan hoy libres de polvo y paja; y esto en disciplinas que, gracias a su ingente desarrollo, fijan el perfil de la verdad en este siglo que está por terminar. Por otro lado, los nexos causales y las formulaciones de procesalidad dialéctica abren siempre un confortable abismo doméstico a los pies de cualquier explorador. Todo es posible en este dichoso reino de la no —verificabilidad, todo es allí "decible". Ello determina que, a cien años de *Azul...*, no sepamos todavía qué diablos pasó en los orígenes del modernismo. Sobre este punto y, como buenos estudiosos que hemos sido de este movimiento, podemos unirnos al poeta de "Lo fatal" y repetir con plena autoridad

*¡y no saber adónde vamos,
ni de dónde venimos...!*

^{4b} Me refiero, por supuesto, a la teoría del campo unificado, que Einstein buscó toda su vida, y a la teoría de la fusión de De Broglie, que intentaba reducir la variedad de las partículas elementales (Ver el excelente libro de divulgación de E. I. Parnov, *At the crossroads of infinities*, Moscú, Mir Publishers, 1971, pp. 216-221).

⁵ Ver, entre otros, Kotaro Suzuma, *Rational choice, collective decisions and social welfare*, Cambridge University Press, 1983.

La explicación tradicional es perfectamente tautológica. Ella reza más o menos así: "movimiento de reacción ante el anquilosamiento del verso español"⁶. ¿Pero reacción por qué? ¿Qué lleva a juzgar insatisfactorio el estado de cosas existente en la poesía de España o de América Hispana? ¡Ah! —se nos dice— el ejemplo del verso francés. ¡Hombre, pues haberlo dicho! ¿Pero en qué reside este súbito valor de superioridad de la poesía francesa? ¿Por qué las traducciones de Bello, tantos años atrás, y de muchos otros románticos hispanoamericanos no produjeron una situación similar? O mejor: ¿qué lleva a constituir a la poesía francesa en una opción estética legítima para esos jóvenes del trópico —como no dejó de decir algún crítico chileno, racista de tomo y lomo?

El problema no tiene solución dentro del cuadro y del vaivén de las preferencias poéticas concebidas como un sistema cerrado. Se recurre, entonces, a otros términos como "sensibilidad" (Rodó) o "época" (Onís) que en nada contribuyen al esclarecimiento de la cosa y la hacen definitivamente abscóndita por lo vago, amorfo o inabarcable de las nociones. La empresa, ahora, ya no es sólo tautológica, sino a todas luces incoherente. Se busca definir el modernismo recurriendo a indefinibles, ya de hecho o por comprensión del concepto (sensibilidad), ya potencialmente o por extensión del concepto (época). Con todo, la apoteosis de la tautología y la incoherencia reluce en esta espléndida fórmula de Paz:

"el modernismo era el lenguaje de la época, su estilo histórico, y todos los creadores estaban condenados a respirar su atmósfera"⁷.

Lenguaje, Época, Estilo, Historia, Atmósfera: aquelarre de nociones de las cuales sabemos nada o muy poco, *grands mots* de la anti-explicación. Si despejamos la incógnita en la triple ecuación que nos ofrece Paz: el modernismo es un lenguaje de época, el modernismo es un estilo histórico, el modernismo como atmósfera de la creación, la cosa quedaría más o menos así: $a=a$, $a=a'$, $a=¡ah!$

En realidad, para entender el surgimiento del modernismo, hay que salir del sistema clauso de la poesía y observar otros órdenes de experiencia material y social. Es aquí donde el viaje de Darío a Chile cobra cabal significación. Un ejemplo concreto puede aclarar de modo preliminar lo que trato de decir. El soneto "Caupolicán", incluido en la segunda edición de *Azul...*, es el punto de confluencia de varias líneas estéticas (amén de otras coyunturas históricas e ideológicas prevalecientes en Chile): surco de un poema épico, el de Ercilla; creaciones escultóricas, las de Nicanor Plaza; ornamentación de jardines y de parques públicos, todas fundidas en el molde parnasiano suministrado por un Leconte de Lisle o un Hérédia. Esto implica que la perspectiva adecuada para enfocar el nacimiento del modernismo deba ser similar a la utilizada, por

⁶ Cf., por ejemplo, Max Henríquez Ureña, *Breve historia del modernismo*, México, FCE, 1954, pp. 9 ss.

⁷ Octavio Paz, *Cuadrivio*, México, Joaquín Mortiz, 1965, p. 13.

ejemplo, por el gran historiador Emile Mâle cuando atribuía la constitución del arte medieval en la Francia del siglo XII a una cuádruple o quintuple fuente: manuscritos del *Apocalipsis*, derivados del comentario de Beato de Liébana; arte oriental, en su doble fórmula helenística y siria; influencia del drama litúrgico en los motivos iconográficos; concepciones arquitectónicas y de escultura monumental de un Suger; e importancia de los lugares de peregrinación y de las tradiciones hagiográficas regionales⁸. Igualmente, en el caso de Darío, será una experiencia en cadena, diferenciada y unitaria a la vez, la que le permitirá ver inscritas en el mapa de la capital chilena las posibilidades de su proyecto poético: urbanística y jardinería, interior de palacetes y mansiones, ornamentación y decoración, objetos de lujo, libros de arte, revistas ilustradas, etc. Es la totalización de una forma de vida social, en los aspectos artísticos y de *confort* que le tocó conocer, la que ilumina los conatos todavía oscuros de su hacer, orientando su tentativa por rumbos precisos y leyendo en Mendès el sentido de su inmediata realización. El lector de Hugo se pone al día y se hace parnasiano, o simbolista, o decadente; el lector de poesía francesa se hace modernista, allá en Chile. La acumulación no procede de manera puntual y continua, sino que el cambio se produce integradoramente, por síntesis de una determinada experiencia social.

Todo esto es viejo, muy viejo. Está ya claro en los artículos y crónicas del mismo Darío en sus años chilenos (junio de 1886 - febrero del 89) y, sobre todo, en su opúsculo levemente posterior, *A. de Gilbert* (El Salvador, 1889). A. Marasso describió con acierto todos estos aspectos, sin extraer propiamente consecuencias explanatorias. Más cerca de nosotros, A. Rama y otros insisten en el mismo punto, aclarando la polaridad histórica y social que estaba en juego⁹. Pocos, sin embargo —que yo sepa— han reparado en un sugestivo pasaje de Pedro Henríquez Ureña, semiperdido en un libro que los latinoamericanistas tienden a olvidar más y más:

“Se ha acusado a Darío y a sus imitadores de excesivo apego a las tradiciones y modas del Mundo Antiguo; en realidad, toda aquella parafernalia extranjera no era más que un disfraz. Bajo la máscara, lo que vemos es la reaparición de la riqueza y del lujo en la América hispánica, con la prosperidad de las últimas décadas del siglo pasado (...). El conocimiento que Casal, Gutiérrez Nájera y Darío tenían de la riqueza y del lujo no era de simples lectores: los habían visto. Versalles era un nombre simbólico para la nueva vida de las ya prósperas ciudades de la América hispánica”¹⁰.

He aquí magníficamente formulado el problema, he aquí el problema en toda su magnitud. Porque, ¿cómo entender este “disfraz”, qué significa esta

⁸ Emile Mâle, *L'Arte religieux du XIIe au XVIIIe siècle*, Armand Colin, 1961, pp. 4 ss.

⁹ Ángel Rama, *Rubén Darío y el modernismo*, Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1970, pp. 27 ss.

¹⁰ Pedro Henríquez Ureña, *Las corrientes literarias en la América hispánica*, México, FCE, 1949, pp. 175-176

"máscara"? ¿Por qué justamente Versalles es el símbolo de una realidad tan diferente? ¿Cómo probar, cómo comprobar la validez de tan sugerente conexión?

Curiosamente, en el mismo *Azul...* es posible hallar una serie de momentos en que está presente el acto, el gesto o el hecho del disfraz. Ya se ha llamado la atención sobre el fragmento "Un retrato de Watteau" de la sección "En Chile", donde una aristócrata santiaguina ("santiaguesa", dice Darío) se disfraza de dama del Antiguo Régimen¹¹. Pero, la verdad, toda esta sección, tan decisiva para el tema que estoy planteando, está atravesada por la experiencia múltiple del disfraz. El "Álbum porteño" se abre con un cuadro de Valparaíso en que éste:

"viste por la mañana terno crema o plumizo, a cuadros, con sombrero de paño, y por la noche bulle en la calle del Cabo con lustroso sombrero de copa, abrigo al brazo y guantes amarillos, viendo a la luz que brota de las vidrieras los lindos rostros de las mujeres que pasan"¹².

Es la moda, el cambio y la variedad en el atuendo lo que está en la base de todo. El brillo del entorno material proyecta un aura de irrealidad sobre la noche y la gente del puerto. De irrealidad, es decir, de fantasía. Y la santiaguina que va a un baile de fantasía a la manera de una ninfa de Watteau ha sido precedida en el fragmento inmediatamente anterior, la segunda "Acuarela", por una mujer que sale de un coche elegante, una "Venus de Milo... vestida a la última moda de París" (*ibid.*, p. 46).

Pero no es sólo la franja de la alta sociedad la que se disfraza; lo hace también la naturaleza. El poeta-pintor comienza su primera "Acuarela" así:

"Había cerca un bello jardín, con más rosas que azaleas y más violetas que rosas. Un bello y pequeño jardín con jarrones, pero sin estatuas; con una pila blanca, pero sin surtidores..." (*ibid.*, p. 41).

El jardín doméstico tiene casi los mismos elementos que el parque público, pero no es igual a éste. Los ornamentos que faltan le dan su sello diferencial. Y en "Naturaleza muerta", luego de quedar deslumbrado ante el esplendor de flores y de frutas, el contemplador comprueba:

"Acerqueme, vilo de cerca todo. Las lilas y las rosas eran de cera, las manzanas y las peras de mármol pintado y las uvas de cristal" (*ibid.*, p. 48).

Aunque el final es de interpretación delicada, tengo la impresión de que Darío se mantiene en el justo filo de las dos vertientes: ni subraya escolásticamente el privilegio de lo natural, ni marca la hegemonía absorbente del arte a la manera de Wilde. El "joyero antiguo", de que nos habló en sus páginas

¹¹ Cf. Carlos Blanco, "La ideología de la clase dominante en la obra de Rubén Darío", *NRFH* t. XXIX, 1980, núm. 2, pp. 539-540.

¹² Rubén Darío, *Cuentos completos*, México, FCE, 1950, pp. 40-41.

sobre Catulle Mendès, está "volando al porvenir", sobre el vacío fatal del presente¹³. Y no es casual tal vez que, precisamente en estas prosas, las de *Azul...* que estoy comentando, ocurra la primera aparición sensible y fuerte de uno de sus símbolos preferidos (el cisne, p. 41) y que, en el instante de la subjetividad que cierra su "Álbum porteño" ("La cabeza", p. 45), Darío parezca descartar los metros tradicionales (: "¡Qué silvas! ¡Qué sonetos!"), en beneficio de una contemplación multi-artística que, de allí en adelante, será un rasgo esencial del modernismo¹⁴.

La noción hermenéutica (casi metáfora epistemológica) de *Las corrientes literarias* se carga de sentido, entonces, al ponérsela en correlación con estos datos textuales de *Azul...* La naturaleza y parte de la sociedad se enmascaran por cuanto en ellas habita el mismo principio que constituye el espíritu del nuevo arte: el principio de lo artificial. Pero la artificialidad no es vista ni sentida por él como rotundamente antitética a lo natural y a lo tradicional. Esta es la gran diferencia con los poetas y los movimientos franceses de la segunda mitad del Diecinueve, desde Gautier hasta Verlaine, desde el Parnaso hasta el simbolismo. Éstos llevan hasta sus últimas consecuencias la experiencia de lo artístico como lo anti-natural (Baudelaire) o como instaurador de una anhelada y peculiar ontología (Mallarmé). Darío fue también consecuente, pero consecuente con su propia modernidad, que no era de ningún modo idéntica a la francesa o a la europea, aunque participaba de ellas y en último término derivaba de ellas. En cierto sentido, es fácil caracterizar el modernismo como la expresión (o una de las expresiones) de la modernidad, siempre que se tenga en cuenta que esta modernidad fue, en la América Hispana, algo trunco y mutilado, entre otras cosas por ser algo ajeno y por ser parcial. Ajena, la modernidad se hace disfraz, pero un disfraz que no oculta sino que revela el cuerpo que lo traslleva; parcial, la modernidad exigirá de nuestro modernismo el exceso de lo universal, que funciona a la vez como cobertura y como compensación. Pero, ¡no se olvide!, se trata de una universalidad relativa, en relación a una región determinada y con relación a un déficit en la existencia social del poeta. ¿Plusvalía estética de la explotación? No únicamente, no en lo esencial. No únicamente: se trata de un aspecto cultural del fin de siglo. En el Museo de Berlín, comprobando la tendencia enciclopédica de la pintura allí dominante, Gautier escribe:

"On dirait qu'avant de s'élaner à de nouveaux destins, le monde sent le besoin de faire la synthèse de son passé"

No en lo esencial: proveniente del atraso centroamericano, Darío se ve enfrentado, a mediados de 1886, a la ostentación y al derroche. Sale del pasado y se instala bruscamente en el futuro, pues, visto desde allá, esto parece representar el progreso y la utopía. El ángel de "El porvenir" —notable poema

¹³ Ver arriba, p. 1.

¹⁴ Por cierto que no los descarta, ya que sus poesías finales emplearán esos mismos metros; pero esto es parte de esa dualidad significativa que no alcanzo a tratar aquí.

que Darío escribe en 1885 y que contiene una personal filosofía de la historia— se posa ya en las alturas de lo “azul”, principio que en adelante simbolizará el Arte y los poderes de su arte. Sin embargo, este ángel de lo azul vuela al porvenir con dos alas contrarias. Con una ilumina, irradia, inmaterializa, todo lo sublima; la otra —que no alcanza a ser raíz, como hubiera querido Martí— se parece más bien a las de “El pájaro azul”, el cerebro que Garcín el poeta hace estallar en París. Entre el avatar de la subjetividad suicida y el color de la más alta vida, adivinamos los extremos de nuestra modernidad, los que le tocaron a Darío en suertemuerte y por los que tanto, a veces, se lo suele condenar. Pero él la vivió (: esa modernidad), él los vivió (: aquellos extremos)

... azulmente...
 triunfalmente
 ...
 fatalmente

RILKE EN ESPAÑA

Manuel Peña Muñoz

Cartas a la "Contessina" Pía Valmarana. Tarjetas postales al príncipe Alejandro von Thurn. Desde Toledo, Ronda o Madrid, el poeta austriaco Rainer María Rilke escribe a las duquesas de Europa y se despide de ellas con un protocolar besamanos. Pero no solamente se cartea con la aristocracia. También con los intelectuales y artistas. El escultor Rodin o Lou Andreas-Salomé, su gran amor —que lo fue también de Nietzsche y de Freud— reciben sus esquelas redactadas con una caligrafía ordenada e impecable. Hoy, muchas instituciones han coleccionado estas cartas, testimonios de una época y de una visión poética del mundo. A través de ellas, Rilke deja traslucir sus sentimientos en un "tono plañidero de enrarecido violeta pálido" a la vez que manifiesta su asombro por España, especialmente ante la grandiosidad de Toledo y la salvaje belleza de la serranía de Ronda.

Por su propia voluntad se ha retirado de la Europa que queda más allá de los Pirineos. Al otro lado ha quedado un mundo exquisito, suntuosamente Belle Époque. Las elegantes abren quitasoles de encaje en Niza o en la Côte d'Azur. Los magnates lo pierden todo en las ruletas de Montecarlo. Thomas Mann escucha *Waltzes* en las terrazas de la Plaza de San Marcos en Venecia mientras mira revolotear a las palomas. Las condesas y baronesas no quieren perder al poeta y lo invitan a que permanezca todo el tiempo que quiera en sus palacios. La condesa Giustina le ruega que se quede más tiempo en el "Mezzanino" de Venecia. La princesa Marie von Thurn und Taxis lo invita a su castillo de Bohemia. Ha estado también en la isla de Capri en la Villa Discopoli. Pero Rilke desiste de ese imperio refinado e inicia un viaje por España que a poco de empezar, se torna en una huida, acaso en una búsqueda de sí mismo.

PASEOS POR LA CIUDAD DEL RÍO TAJO

Llega a la península por ferrocarril y por una rara intuición de poeta decide pasar una larga temporada en Toledo. Su asombro no tiene límites. Esa no es la España de tarjeta postal que él había intuido a través de las bailarinas de Zuloaga. Es ésta una España doliente, concorde con su mundo interior.

La visita a la imperial ciudad de Toledo, supone en su ánimo un verdadero arrobamiento místico. Cree ver a los ángeles conviviendo en igual medida con los muertos y los vivos. Le parece muy explicable "El Entierro del Conde de Orgaz". La atmósfera espiritual de esta ciudad infinitamente medieval y religiosa es tan evidente que hasta "los perros van a la iglesia y una vez allí se están con un comportamiento perfecto".

Se hospeda en el magnífico Hotel de Castilla y de inmediato sale a recorrer las callejuelas empedradas. Va subiendo y bajando escalinatas, cruzando arcos y portales, deteniéndose para observar un detalle mozárabe, un escudo de armas o una medusa de mampostería. Le interesa el barrio judío y la arquitectura de las sinagogas. Pasea después por la calle de Santo Tomás que lo conduce a la Iglesia de San Juan de los Reyes de cuyos muros penden alineadas las cadenas que un día llevaron los prisioneros. Allí contempla "lo inconfundible de las puertas, lo arriscado de las torres, lo hermético de los muros y más allá de toda medida, las rejas".

Penetra a la catedral que lo sobrecoge. En su interior aromado de incienso, admira un óleo de San Cristóbal y advierte que a su alrededor, entre las columnas salomónicas y por entre las tuberías del órgano, los mismos ángeles baten sus alas, bordan casullas y cantan a cuatro voces el *Stabat Mater* de Pergolesi. Esa misma noche, embelesado, escribe su primera carta a la princesa Marie von Thurn und Taxis, fechada el día de Fieles Difuntos de 1912. "Princesa, sea para usted la primera palabra: esperanza (...) Me he grabado todas las cosas en la memoria como si tuviese que sabérmelas mañana para siempre; los puentes, ambos puentes, este río, más allá del cual se extiende esta abierta profusión del paisaje abarcable a la mirada pero que aún no ha recibido su forma definitiva".

LECTURAS EN LA IMPERIAL CIUDAD DE TOLEDO

Al terminar la carta, intenta leer a Cervantes en español, pero concluye que en Toledo es imposible leer otra cosa que no sea el Antiguo Testamento. Para Rilke, el paisaje manchego es casi una revelación profética, como si mirar esos montes no domeñados y leer la Biblia fuese una misma cosa.

Lee los "alucinantes" cuentos de Hoffmann y prepara la edición y traducción de las *Cartas de la Monja Portuguesa*, María Alcoforado, pero desde luego, su repaso del *Flos Sanctorum* o *Vidas de Santos* del Padre Ribadeneira es lo que mejor decide su acercamiento cristiano a la ciudad. Hay en el poeta una apreciación cósmico existencial del paisaje y de la ciudad misma. Ve en todo cuanto le rodea una dimensión espiritual. También sus viajes previos no fueron sino una preparación para ver este universo divino en la tierra: "Avignon, Les Beaux, El Cairo, el desierto mismo, todos esos lugares no fueron sino espejos de mi anhelo de ver Toledo".

Pronto, su estadía toca a su fin. El frío es muy duro en el mes de noviembre y "la luna llena pone su cara junto a las cosas y las enfría, de suerte que al día siguiente, muy de madrugada, aparecen completamente pálidas".

IMPRESIONES DE CÓRDOBA Y SEVILLA

Su próxima ciudad es Córdoba. Le atraen sus callejas de vaga reminiscencia morisca. Ve los azulejos que decoran las fachadas y se asombra al ver los

geranios florecidos por miles en la penumbra de los patios. Escucha gotear los surtidores. Allí delante está la gran Mezquita, convertida para horror del poeta en un templo católico con campanario. Le parece inconcebible que se digan misas en un templo musulmán donde hace siglos se rindió culto a Alá. Comienza entonces a leer el Corán en un entusiasmo islámico que lo lleva a una verdadera "rabieta anticristiana". Pasajera, por lo demás, porque pronto vuelve otra vez a sentir la revelación de Dios en el paisaje de Ronda. Pero antes de llegar, por pura intuición, a esa ciudad enclavada en las montañas de Andalucía, decide pasar unos días en Sevilla. Así como Toledo fue una sorpresa que lo transformó, Sevilla fue para el poeta una enorme desilusión. Ya Teófilo Gautier en su *Voyage en Espagne* había considerado una exageración aquello de que Sevilla es una maravilla. Para Rilke la situación es parecida. Pasea por la Plaza de doña Elvira ornada de limoneros y contempla desencantado la Giralda y la Catedral "construida tan ambiciosamente como un espíritu de supertriumfo que incluso quisiera triunfar sobre Dios". Visita también el Parque de María Luisa y considera que estos "jardines son como una mesa de la que uno se acaba de levantar y todo parece feo y propio de ciudad pequeña, comercial y sin trascendencia".

En la catedral asiste a unas Octavas celebradas con motivo de las fiestas de la Purísima y allí también se siente ofuscado: "... y el detestable órgano, con un ruido empalagoso, hacía tan dulzón el espacio que parecía como si las colosales pilastras fuesen a desmayarse".

ENCANTO POÉTICO DE RONDA

Por fin abandona Sevilla que le pareció "antipática, por no decir hostil" y se encamina a Ronda. Mientras Prosper Mérimée ve en esta ciudad por todas partes "Cármenes" de pelo enmarañado, bandidos, "tocaes" de guitarra, contrabandistas y asaltantes de camino, Rilke ve iglesias rojizas coronadas por nidos de cigüeñas, y pequeñas palacios blanqueados a la cal, con sus patios tranquilos que miran a lo más profundo de los precipicios. Allá abajo, diminutos, los labriegos descansan bajo las encinas o miran pasar la ondulante estela de zinc que va dejando el Guadiaro.

Desde el Hotel Reina Victoria —que el diablo sopló al oído construir a los ingleses— escribe emocionantes cartas a la joven baronesa Sidonia Nádherny de Borutin. "Muy querida amiga. Todas las cosas entre nosotros siguen teniendo la misma vigencia que siempre tuvieron desde el principio hasta el extremo que yo siento sus cartas antes de llegar (...). Aquí en Ronda el aire es fuerte y magnífico; las montañas abiertas como para entonar los Salmos...; y agrupada sobre una altiplanicie una de las más antiguas y extrañas ciudades españolas".

Por las tardes, da largas caminatas aspirando el aire intensamente puro de ese verdadero balneario de montaña, donde todavía es posible "vivir a la española". A lo lejos, se perfila "un espacioso valle con parcelas de cultivo,

encinas y olivares y allá al fondo, como si hubiera recobrado todas sus fuerzas, se alza de nuevo la pura cordillera, sierra tras sierra, hasta formar la más espléndida lejanía”.

A menudo se pierde en los paseos vespertinos. La soledad es infinita en esos senderos reservados para los pastores y para los poetas. Se interna en el intrincado parque del Marqués de Salvatierra y contempla en lo alto “las medias tintas del cielo, los grises de color ceniza y los tonos rosa muy desvanecidos”. La luz de Ronda es también una luz divina que presta a la naturaleza un color sobrenatural. Las mismas casas con sus enlucidos a la cal tienen una luminosidad melancólica en las horas de la tarde, a tal punto, que el poeta intuye que se encuentra en “el país de las pátinas adorables”...

En el mismo Hotel, las visiones son de gran belleza: “En el jardín, los macizos están llenos de iris españoles de un intenso azul celeste y fuera, en el campo, florecen los almendros”...

Ronda, en suma, es la ciudad que va a completar la función espiritual y mística que el poeta había asignado a Toledo. Así lo atestigua él mismo en su profuso epistolario y también en su diario íntimo. Las experiencias vividas en Ronda, y en España en general, tuvieron una repercusión muy profunda a lo largo de su vida y Rilke las evocará siempre en términos de agradecimiento.

ADIÓS A ESPAÑA, ADIÓS A LA VIDA

La naturaleza sentida en soledad y expresada a través de estas cartas personales, preparará su corazón para su poesía posterior: “Para hacer un verso, se deben ver muchas ciudades, hombres y cosas: se debe aprender a conocer los animales, sentir el vuelo de los pájaros y saber los gestos de las diminutas flores cuando se abren al amanecer”. Y respecto de los recuerdos de su itinerario sentimental por España, agrega: “Es necesario saber olvidar los recuerdos, si son muchos y tener gran paciencia para esperar que vuelvan(...). Entonces puede suceder que en una hora insólita surja en medio de ellos, la primera palabra de un verso”.

Rilke, el autor de *Cartas a un joven Poeta*, de los *Cuadernos de Malte Laurids Brigge*, y de las *Elegías Duinesas*, abandonó pronto la península ibérica. Su epistolario español se cierra el 24 de febrero de 1913, día en que con la pluma del elegante Palace Hotel de Madrid rubrica la última y rápida carta a la baronesa Sidonia Nádherny de Borutin. Vuelve otra vez a Europa, al plomizo París. Lleva en su corazón un “apocamiento de ánimo”. No presentía que muchos años tarde sería sorprendido en un jardín con la muerte reservada a los poetas. Al cortar una rosa se clavó los dedos con una espina. Murió en el Valais suizo el 21 de diciembre de 1926. Antes de morir, alcanzó a escribir su epitafio:

Rosa, ¡Oh, pura contradicción, voluptuosidad de no ser el sueño de nadie bajo tantos párpados...!

BORGES NO EXISTE

Gerhard Köpf

Cuando se anunció la muerte del poeta Borges a un mundo, al que, desde hacía tiempo, ya nada podía perturbarle, me hallaba yo en Roma. Estaba en camino al cine, había abandonado el bus atestado en Barberini, asqueado por los apretones, los empujones y el aire pesado; había paseado hasta el final de la Tritone y, tal como acostumbraba, me había comprado unos periódicos en la Piazza Colonna, a los que les estuve echando un vistazo, al caminar por el Corso en dirección a la Piazza Venezia. Sobre el monumento a Vittorio Emanuele II, que siempre parecía estar recién pulido, caía el sol crepuscular, sumergiéndolo al *Altar de la Madre Patria* en una luz completamente irreal. Los volvía aun más risibles a los soldados de guardia inalcanzablemente lejanos y, de pronto, a ese trozo vomitado por el pasado lo hacía erguirse como una máquina de escribir gigantesca contra el cielo de Roma. Por un instante, permanecí parado en la acera angosta, siendo atropellado repetidas veces al empezar a leer los titulares. Ahí decía: *Borges il Minotauro malinconico. Il grande scrittore argentino è morto ieri a Ginevra all'età di ottantasei anni.* Debajo y al lado habían artículos de Carmelo Samoná y Antonio Tabucchi. Fotos de un anciano ciego quien, apoyado en su bastón, estaba sentado en un sillón digno de un Papa o de un dictador. El anciano exhibía su sonrisa maliciosa de reptil. Esas manos que sujetaban el bastón, habían acariciado un día las páginas del Edda en Reykjavik, un privilegio que en nuestro siglo se le concedió tan sólo a la joven reina de Suecia. Algo más me llamó la atención en el periódico: entre negrilla y media negrilla estaba la foto de una mujer muy delgada de fisonomía acongojada: María Kodama, la secretaria de Jorge Luis Borges y esposa suya sólo hace poco. Me acordé de un encuentro con Borges a fines de octubre de 1982 en la Academia de Bellas Artes de Baviera. Hasta me había hecho firmar un libro *Manual de zoología fantástica. Libro de los seres imaginarios.* El mismo Borges me parecía un ser imaginario y ¿acaso el orador principal no había terminado su discurso de homenaje, especulando que Borges al fin y al cabo no era más que una invención de Borges? Debo confesar que a mí, más aún que todos los ensayos sesudos, los poemas oscuros y los cuentos entrelazados en múltiples planos, más que todos los *Laberintos* y *Los espejos velados*, y *La biblioteca de Babel*, más que el *Aleph*, *Tlön*, *Uqbar*, *Orbis tertius* y el *Libro del cielo y del infierno*, más que la obra completa de este personaje rayano en el mito, me ha fascinado siempre un hecho: un poeta ciego llamado Borges era director de una Biblioteca Nacional. ¿Existía realmente ese poeta rodeado de leyendas o era acaso una fata morgana de Buenos Aires? Pero aquel entonces lo había tenido frente a mí, en persona. El gran Borges había firmado mi ejemplar del

Libro de los seres imaginarios. Qué firma tan extraña, qué rúbrica tan genial, que fueron trazadas con un bolígrafo común y corriente, ahí en la guarda. Me vinieron a la mente unas líneas del epílogo de *El Hacedor*, donde dice: "Un hombre se propone la tarea de dibujar el mundo. A lo largo de los años puebla un espacio con imágenes de provincias, de reinos, de montañas, de bahías, de naves, de islas, de peces, de habitaciones, de instrumentos, de astros, de caballos y de personas. Poco antes de morir, descubre que ese paciente laberinto de líneas traza la imagen de su cara".

A pesar de todo: Un poeta ciego de director de una biblioteca nacional, créalo quien quiera. O no obstante ¿podría ser posible? Precisamente en la metrópoli del tango. No, decidí tomar al ciego de director de una biblioteca nacional como un buen cuento que, vamos por mí, podía haberlo escrito un tal Borges, y el resto del mundo gustoso tragó el anzuelo, ya que este Borges no sólo era un experto en escribir esta historia, sino también en vivirla. Estaba entregado a estos pensamientos, cuando, al llegar a la Piazza Venezia, doblé hacia la izquierda, sin dejar de sonreírme de los policías de cascos tropicales blancos, quienes, ataviados de tal modo que resaltaba su obcecación por parecer viriles, tenían su comisaría aquí entre los bares de turistas. ¿Se habría aficionado Borges de ellos? A quien escribe como él, policías apuestos no deberían serle desagradables, pensé yo, dirigiendo mis pasos en dirección Vía Quattro Novembre. Al final de ella, donde comienza la Vía Nazionale, tendría que estar el cine. La calle era ligeramente de subida y en todo ese ruido insoportable del tráfico, en esa fetidez y en esa luz vespertina que corrompe, se me vino una anécdota a la mente, que, hacía algún tiempo, la había leído en un periódico. Borges, ya hacía tiempo convertido en leyenda y llamado vidente por sus admiradoras y admiradores, tuvo que hablar ante los estudiantes de la Universidad de Milán sobre el tema de la vejez y del envejecer. Dicen que, ya al empezar, había sido rechiflado por los estudiantes. Él, empero, había saboreado esto de tal manera que, renunciando a su conferencia, había agradecido irónicamente la bienvenida, declarándose dispuesto a contestar toda clase de preguntas. Las preguntas más tontas, el anciano las había ennoblecido al quedarse callado. Interpelado por el futuro, Borges había contestado: "El futuro probablemente no existe. Son recuerdos de lo pasado. Esperamos que el presente se realice o se contradiga. En realidad, yo ni siquiera sé quien soy. Lo he anotado algunas veces. Después, mi amigo Porzio me hizo recuerdo: Él es el otro, y Borges es aquel, a quien usted, al ser preguntado por su edad, le sigue la pista". Finalmente hubo gran aplauso, tan inexplicable como la rechifla al principio. Por último, dicen que Borges, el poeta ciego, les había dicho a los estudiantes: "Me asombra que ustedes me lean. Lean a otro. Addio". ¡Qué salida!

Había llegado yo al cine, a cuya entrada había uno de esos innumerables bares. Como ya vendían las entradas, pero aún no abrían las puertas hacia la sala de funciones, me senté en una de las pequeñas mesitas y pedí el expreso de rigor, me enfrasqué nuevamente en mis periódicos, buscando en los diversos ejemplares las necrologías de Borges y comencé a leerlas.

No llegué lejos, porque me dirigieron la palabra. Un hombre corpulento pidió permiso para tomar asiento a mi lado y no tardó mucho en pedirme parte de los periódicos. Callado, le alcancé unas hojas y me disponía a seguir leyendo, cuando el hombre barbudo, quien estaba demasiado abrigado, como noté yo en ese instante, emitió un fuerte suspiro, dándose una palmada tan fuerte contra la frente, que todos los clientes del bar se sobresaltaron por un instante y miraron hacia nuestra mesa. Debe haber sido un chasquido muy fuerte, ya que los romanos suelen ser absolutamente insensibles al ruido. El mundo a su alrededor puede venirse abajo o hacerse pedazos: un romano tomaría nota de esto a lo sumo, mirando con el rabillo del ojo y, quizás, apenas se encogería de hombros. El hombre corpulento gimió nuevamente, gritando ¡caramba! varias veces y bastante fuerte. No pude menos que sonreír, mirando interrogativamente a mi vecino por encima de los periódicos. ¡Caramba!, repitió él, pronunciando un nombre: Borges. Sonreí interrogante y el hombre contestó, preguntando, si yo esperaba la película. Sin tomar en cuenta mi respuesta, sacó un pasaporte de su bolsillo, identificándose como argentino. Me enteré de que había nacido en Buenos Aires, pero por mucho tiempo había evitado regresar a su país, por las condiciones políticas. Dijo que era artista. No dijo músico, pintor ni escritor, dijo: artista; y hablaba un alemán impecable. Su mirada vagaba de un lado a otro y se quedaba posada en las piernas de las romanas, sin embargo, él seguía hablando sin cesar. Contó de Buenos Aires, confirmando casi todos los clichés de esta ciudad, que le son familiares a un europeo. Se habló de tangos y avenidas anchas, de plazas enormes y del modo de vivir latinoamericano; él calificó a Buenos Aires como la más europea de todas las metrópolis sudamericanas y habló por los codos, hasta que interrumpí su locuacidad, preguntándole por Borges.

"Borges ¡Bah!", se rió a carcajadas. "Deje de hablar de Borges. ¿Qué sabe usted de Borges? ¿Qué sabe la humanidad de Borges? Borges es una mistificación. En realidad, de sólo pensar en su nombre, habría que persignarse. Unos amigos en Buenos Aires, quienes ya se han encontrado con él, ya lo hacen así. Lo juro. ¿Sabía usted que el tráfico en Buenos Aires se para, cuando Borges quiere cruzar la calle? ¿Qué sabe usted de Borges?". Y él rió y se calló y tomó un sorbo de mi taza. "Deje de hablarme de Borges", dijo, pasando la mano sobre los periódicos en la mesita delante de nosotros, "ése era uno que vivió su vida en los libros y en ninguna otra parte. Él buscaba la sabiduría y los secretos de los siglos y uno de ellos lo ha descifrado, aquel que habría de determinar su vida: que en el laberinto de la imaginación no puede haber ningún camino final. La lectura era para Borges la única posibilidad de cruzar por los milenios.

"Déjeme en paz", dijo el hombre barbudo, quien estaba demasiado abrigado, limpiándose el sudor de la cara con un pañuelo sucio de adorno de su chaqueta. "Cuando Borges escribía, me instruyó el argentino, "entonces vibraba el visillo ardiente de sus ojos. Él escribía de memoria. Por la noche reflexionaba y pensaba, luego vivía oración por oración y, al amanecer, o sólo al cabo de semanas o meses, dictaba las imágenes o historias concluidas". Dijo que un

joven escritor había escrito una vez, tras un encuentro con Borges, las siguientes líneas: "Sus cejas y sus pestañas titilaban animadas sobre sus ojos ciegos, mientras hablaba conmigo, como si los párpados en su rostro, como velas bajo su frente, se hubieran convertido en alas: las alas de sus ojos, que él las despachaba como palomas mensajeras o aerostatos de expedición, dejándolos circular alrededor del mundo entero y, a su retorno, haciéndose relatar por ellos, siempre todo de nuevo, para que no se le escape nada nuevo, ni viejo, que aún quede por descubrirse, para esconderlo, después de haberlo iluminado".

El extraño se calló un rato. Luego se encogió de hombros, tomó otra vez un sorbo de mi taza y comenzó a reír de manera tan conmovedora, que se sacudía y zarandeaba. "Todo eso está muy bien", escucho yo y veo al hombre barbudo golpearse los muslos carcajeando, y lo oigo reír a medias, y se ator con sus carcajadas y jadea, respirando con dificultad: "Todo eso está muy bien, muy bien, pero Borges jamás ha existido". Poco a poco, el hombre se va calmando: "El candidato con más perspectivas al premio Nobel de todos los tiempos es una ficción. Todos esos aspavientos misteriosos alrededor de espejos velados y laberintos: puro disparate, una solemne mentira, urdida de principio a fin, la malvada maquinación de un cerebro genial y sucio, que toma el pelo al mundo entero. Qué estoy diciendo: no una maquinación, una obra maestra. Borges no existe y nunca ha existido. Si usted me pide una botella de Grappa, le revelo el secreto. Oiga: no un vaso, una botella. Usted va a llegar todavía a tiempo a su película. Aún tenemos tiempo suficiente para recorrer el velo. Y, ¿cómo es?"

No vacilé ni un instante, me levanté, me dirigí al mostrador, volví con una botella y la puse delante del argentino, quien la abrió a toda prisa, llenó la taza de expreso algo nervioso, tragó el aguardiente de golpe y, acto seguido, volvió a llenar la taza. En eso fue que me llamaron la atención los dedos velludos del hombre. Otra vez se pasó el pañuelo de adorno por la cara. Por un rato, se quedó callado, bebió, volvió a llenar la taza, bebió nuevamente, antes de mirar al techo y empezar a hablar de nuevo, quizás demasiado fuerte:

"La memoria poética se asemeja a un espejo gigante, en el cual realidad e imaginación; verdad, mentira e invención flotan entrelazándose. Todos los poetas y obras de la literatura universal, hasta el mundo entero, desde hace tiempo ya imperturbable, se convierte en un tejuelo con el nombre de un poeta olvidado, que no es sino una partícula de polvo en el mosaico del Aleph, aquel símbolo omnimodo, dentro del cual se contrae el universo".

El argentino calló y bebió.

Pero la biografía de Borges, objeté yo, su figura, dije yo y le conté de su presentación en la Academia de Bellas Artes de Baviera y de su autógrafo en el *Libro de los seres imaginarios*.

El extraño reía y reía y tomaba la taza de café expreso, y no se cansaba de llenarla siempre de nuevo. Por cierto algunos dudaban de la ceguera de Borges, pero él era ciego, yo mismo lo había visto, aunque un poeta ciego como director de una biblioteca nacional siempre me había parecido raro.

Con un movimiento de su mano, el argentino hizo a un lado mis objeciones: "Embuste. Puro embuste, mentira y engaño. Borges no existe. Su biografía ha sido inventada, tal como ha sido inventado el tipo entero. Un niño de siete años, que ya escribe en dos idiomas. ¡No me haga reír! Eso créalo, quien quiera. Y más: su niñez en un suburbio de Buenos Aires, aquel 'Palermo de cuchillos y guitarras', la biblioteca paterna, la abuela inglesa Fanny Haslam de Staffordshire, versada en literatura, hasta su bisabuelo, quien en 1924 había tomado parte en la batalla peruana de Junín y, a la cabeza de la caballería colombiana, había dado el giro decisivo a la guerra de la independencia sudamericana. Todo eso no es cierto. Todo extraído del reino de la fábula. Cuentos, nada más que cuentos. No sostenía siempre este Borges que la realidad sólo era accesible a través del libro, siendo él mismo el glorioso punto final de una larga tradición, uno que se elogia a sí mismo en el poema: 'Al cabo de cincuenta generaciones vuelvo en la margen ulterior de un gran río que no alcanzaron los dragones del viking, a las ásperas y laboriosas palabras que, con una boca hecha polvo, usé en los días de Nortumbria y de Mercia, antes de ser Haslam o Borges'. Haslam o Borges. Ridículo eso. Lo mismo que sus lecturas de Schopenhauer, Carlyle y Whitman, y Macedonio Fernández, su maestro que lo inició a Borges en los secretos de las *metáforas*: todo pura mentira. Sus ensayos sobre la inexistencia, los ultraístas en Sevilla, su retorno a Buenos Aires, finalmente la *Historia universal de la infamia*: nada más que ficción, invento, pura fantasía, como todos los otros reflejos de ironía y horror. El laberinto del espíritu: una fata morgana". "Pues bien, inventado" —dije yo, transigiendo— "pero ¿inventado por quién?". El argentino volvió a llenar la taza. "Como es sabido, Borges escribía en su primera época, junto con su amigo Adolfo Bioy Casares, novelas policiales y cuentos detectivescos, que fueron publicados bajo el nombre Bustos Domecq o Biorges. Lo oyó usted: Bi-orges. La contracción de Borges y Bioy Casares. Estos libros han sido calificados de sátiras policíacas antiperonistas. De interés, por supuesto. No son los snobs y tarambanas que entran en escena, sino, sobre todo, tres personas. Primero el detective don Isidro Parodi(!) a quien, metido en la cárcel por una riña a cuchilladas, le permiten recibir en su celda a quien quiera, por lo tanto, no pudiendo hacer las indagaciones en persona, tiene que basarse en su propio juicio y en el parloteo de otros. Segundo el gran escritor Carlos Anglada, autor de las obras 'Veo y meo' y (sintomáticamente) 'Yo soy los otros' (¿Nota usted algo?) y tercero el personaje camaleónico Gervasio Montenegro, miembro de la Academia Argentina de Literatura, fanfarrón, bohemio, rompecorazones y también actor, que vive de los ingresos de aquel burdel que administra su esposa, la princesa Fiodorovna. Detective, gran escritor, actor: unidos bajo el título *Yo soy los otros*. Esto habla por sí solo, al margen de que, naturalmente, todos nosotros, tarde o temprano, nos asemejamos a la imagen que los otros se han formado de nosotros.

En una charla casi dos años antes de su muerte, ese supuesto Borges confesó: "El mundo —fatalmente— es real, yo —fatalmente— soy Borges. Esto simplemente quiere decir, que yo quisiera ser otro. Alguien a quien yo

no conozca. Yo me conozco demasiado bien. La vida es buscar la felicidad. Cuando uno busca su felicidad, llega finalmente a la conclusión, que las únicas personas reales son aquellas, que uno *no* conoce. La realidad es la desdicha. Pero afortunadamente mi memoria es débil y sólo he registrado los momentos felices. Los momentos tristes los he olvidado. Tengo la esperanza de morir pronto". En resumidas cuentas ¿qué significa Borges? Un nombre común y corriente. La guía telefónica de Lisboa está plagada de Borges: homén de burgo, bourgeois, borghese, burgués. Esto es otra vez típico Bioy Casares: Borges burgués, un ciego de quien Ernesto Sábato sostiene que ve mejor que cualquier otro en Buenos Aires. ¿Pero quién siquiera conoce a Bioy Casares? Bioy Casares está lejos de ser tan conocido como Borges, pero es un cerebro excepcional. Piense usted sólo en sus novelas *Plan de evasión* o *Dormir al sol* o *El sueño de los héroes*, piense usted en el *Diario de la guerra del cerdo*. ¿Ha leído usted sus *Historias de amor*? ¿Conoce usted el *Libro del cielo y del infierno*, que supuestamente ha compilado con Borges? Acuérdesese del prólogo firmado por J.L.B. y A.B.C., en Buenos Aires el 27 de diciembre de 1959: "Este libro es la reencarnación de otro más extenso, más lento y acaso menos exigente que hace años compilamos: algo de resignada biblioteca o de archivo impersonal había en él: cada uno de los diversos libros sagrados que la humanidad ha compuesto nos había legado una considerable cuota de páginas; ...Hemos buscado lo esencial, sin descuidar lo vivido, lo onírico y lo paradójico".

El hombre barbudo volvió a llenar la taza, pasándose el pañuelo de adorno por la cara.

"¿No le llama a usted nada la atención?", preguntó él, "¿No ha notado nada?, ¿Las iniciales A.B.C.? y ¿A quién se le ocurre escribir un prólogo para un libro del cielo y del infierno tres días después de Navidades? ¡Justamente el día de San Juan, el evangelista! ¿Que esto no signifique nada, que no señale nada? ¿Viniendo de un hombre como Adolfo Bioy Casares, viniendo de A.B.C.? ¿Sabe usted por qué Borges nunca ha escrito ninguna novela? Es que Borges jamás ha escrito línea alguna, porque Borges no existe. Borges es una invención de Bioy Casares, con el que él supuestamente escribía cuentos detectivescos y editaba antologías sobre cielos justos y crueles infiernos. Cada línea que apareció bajo el nombre de Borges, proviene de la pluma de Adolfo Bioy Casares. De A.B.C. ¿Acaso no le he mencionado las novelas maravillosas de Bioy Casares? Por cierto, un título usted lo habrá echado de menos, con justa razón. Sí: *La invención de Morel*. He ahí la clave del secreto. Lea usted la novela y se le caerá la venda de los ojos: Jorge Luis Borges es una invención de Bioy Casares. Él alcanzó el anhelo de todo escritor: hacer que sus propios personajes se volvieran de carne y hueso. Una biografía se la puede inventar, eso es un juego de niños, desde el inefable elogio a los caudillos Franco y Pinochet, hasta la osada declaración de que la democracia no es sino un abuso curioso de la estadística. ¿Qué resulta de esto? Muy sencillo: los miembros de la Academia Sueca en Estocolmo tienen que habérselas olido. Por eso vacilaban una y otra vez. Ese sí que habría sido un triunfo, si el Borges inventado por Bioy Casares hubiera recibido el Premio Nobel de manos del rey de Suecia. Lo habría

recibido aquel comediante de farándula, a quien Bioy Casares, en sus primeras épocas hace mucho mucho tiempo, había contratado, sacándolo de un teatro provinciano para que interpretara un sólo papel, que llegaría a ser el papel de su vida. El actor tan sólo tenía que limitarse a declarar los textos de Bioy Casares bajo el nombre de Borges y representar el rol del mismo poeta llamado Borges, quien podía evocar, a la vez, a Dios y al mundo. Todo buen actor puede hacerlo: Shakespeare y los Eddas, Claudel, Faulkner, Dante y los Conjuros de Merseburgo. Bajo la dirección de Bioy Casares, el actor memorizó la literatura universal. Pronto, sin embargo, empezó a sufrir de la vista, con lo que, al principio, ni Bioy Casares podía haber contado. Pero más tarde ese cerebro genial supo sacar provecho de aquello, dando a luz el mito del vidente ciego. Su ceguera no disminuyó su reputación, sino la sublimó, hasta convertirla en un culto: Jorge Luis Borges, nacido el 24.8.1899, fallecido el 14.6.1986. Ha muerto el actor; los textos emanados de la pluma de Bioy Casares son inmortales. La clave del secreto se encuentra en la novela *La invención de Morel*. A.B.C. no pudo menos que añadir a su propia novela un prólogo de Borges, el que Borges cierra con las siguientes palabras significativas: "He discutido con su autor los pormenores de su trama, lo he releído; no me parece una imprecisión o una hipérbole calificarla de perfecta". En este prólogo, Borges coloca a la novela de peripecias frente a la novela psicológica, la cual sólo quiere que olvidemos su carácter de artificio verbal. En resumidas cuentas, él se vuelve en contra de la triste murmuración general, de que nuestro siglo ha perdido el don de tejer tramas interesantes y de crear una nueva aventura novelesca, ya que inventar algo nuevo, se ha vuelto prácticamente imposible. Al inventar a Borges, Adolfo Bioy Casares ha dado una prueba brillante de lo contrario y, con buena mano, se ha aventurado en una empresa acaso la más ambiciosa. En el cuento de Borges: *Pierre Menard autor del Quijote*, dedicado a Silvina Ocampo, rompió una vez más este espejismo, al dotar al escritor Pierre Menard con la facultad de producir algunas páginas que coincidieran, palabra por palabra y línea por línea, con las de Miguel de Cervantes, basándose esto en aquel fragmento de Novalis, el cual en la edición de Dresden lleva el número 2005 y esboza el tema de la identificación total con un determinado autor. Por lo mismo, Borges cita en el prólogo de *La invención de Morel* sólo la primera estrofa del poema *Sudden Light* de Dante Gabriel Rosseti:

*I have been here before
But when and how I cannot tell:
I know the grass beyond the door,
The sweet keen smell
The sighing sound, the light around the shore.*

Borges omitió la segunda estrofa y también la tercera, con justa razón, ya que Bioy Casares se habría delatado con un verso como: *You have been mine before...*

El final de la historia es corto: "El actor, interpretando el papel de Borges, se volvió célebre en el mundo entero, lo que de otra manera nunca lo habría logrado. Bioy Casares permaneció fuera del escenario, escribiendo los textos

y atornillando su invención genial cada vez más: hasta el tope. La cosa se puso sería sólo cuando Borges fue afectado por aquel mal, al cual le temen todos los comediantes que envejecen: él ya no podía retener los textos. Ciego, como era, tenía que aprenderse los textos de memoria y ahora la memoria le estaba fallando. Bioy Casares buscó un remedio. Fue contratada una secretaria joven y guapa: María Kodama, nipo-argentina, la única persona a la que se le reveló el secreto de la ficción genial”.

“¿No había algo de un matrimonio fugaz que desembocó en el divorcio?” —así me pareció haber leído.

“¡Elsa, oh Elsa!, perpetuada en un poema de *Elogio de la sombra*, escrito en Cambridge en 1967, Elsa su pasión juvenil, ahora viuda y reencontrada (¿o inventada?) a sus sesenta y ocho años, la que regateaba con los rectores de universidad por los honorarios (20.000 dólares por un seminario semestral), la que exhibía capas y prendas de visón y la que mendigó un puesto diplomático para el hijo de su primer matrimonio. Pero entonces (dicen que) intercedió la mamá: Leonor Acevedo de Borges, asesora, crítica y lectora suya de todas las noches. Con su voz de recitadora de cabaret. Elsa contra Leonora ¡Oh ese Bioy Casares! María Kodama (dicen que) había sido ya a sus veinte años alumna de Borges”.

El extraño señaló la foto de la viuda en *La Repubblica* y en los otros periódicos delante de mí en la mesita. La botella de Grappa estaba casi vacía. El extraño barbudo estrechó la tacita de café expreso entre sus dedos velludos y cerrando el círculo dijo: “Y ocurrió un pequeño milagro: el anciano intérprete de Borges se enamoró de María Kodama. Cuando sintió que se aproximaba su fin, actuó como un millonario solitario: se casó con su secretaria y no sólo le legó todo el sueldo que Bioy Casares le había estado pagando todos esos años, sino también todos los derechos sobre las obras de Jorge Luis Borges. En cambio, María Kodama juró sobre la biblia no revelar nunca el secreto. Sólo yo lo conozco. Al fin y al cabo, he estudiado una y otra vez, palabra por palabra, *La invención de Morel*, pero igualmente podría yo ser el sacerdote que los casó a los dos y les tomó el juramento. Al fin y al cabo, nos encontramos aquí en Roma y una bendición nupcial no está sujeta al secreto de confesión”.

El argentino se pasó por última vez el pañuelo de adorno por la cara, me miró con ojos acuosos y observó, después de algún rato, con voz empañada: “De Bioy Casares el mundo no escuchará ni una sola palabra con motivo de la muerte de Borges. Ninguna necrología. Nada. Pero tampoco es necesario, ya que también esta variante la había considerado A.B.C., hacía tiempo. La clave está en *La invención de Morel*. Ahí dice expresamente en una parte: ‘Escribí mucho: me parece inútil buscar inevitables analogías con los moribundos que hacen proyectos de largos futuros o que ven, en el instante de ahogarse, una minuciosa imagen de toda su vida. El momento final debe de ser atropellado, confuso; siempre estamos tan lejos que no podemos imaginar las sombras que lo enturbian. Ahora dejaré de escribir para dedicarme, serenamente, a encontrar la manera de que estos motores se detengan’ ”.

ENSAYOS SOBRE EL ARTE DE ESCRIBIR *

Robert Louis Stevenson

I. ALGUNOS ELEMENTOS TÉCNICOS DE ESTILO EN LA LITERATURA

No hay nada más desalentador para el hombre que le muestren los resortes y el mecanismo de cualquier arte. Todas nuestras artes y ocupaciones yacen totalmente en la superficie; es sólo en la superficie donde percibimos su belleza, propiedad y significado; hurgar bajo esa superficie da por resultado el que nos sintamos desanimados por su vaciedad y escandalizados por la vulgaridad de los resortes y poleas. De igual modo, la psicología misma, al ser presionada hasta el refinamiento, descubre una odiosa vaciedad, más debido a nuestra propia culpa en el análisis que a cualquier cortedad propia de la mente. Posiblemente en la estética la razón sea la misma: aquellas revelaciones que parecen ser fatales a la dignidad del arte parecen serlo tal vez en proporción a nuestra ignorancia; y suele, no obstante, ocurrir que esos artificios conscientes e inconscientes que podrían considerarse como indignos de ser empleados por el artista serio, si tuviéramos la oportunidad de vincularlos con sus fuentes, son evidencias de una delicadeza del sentido más refinada que lo que imaginamos, e indicaciones de antiguas armonías en la naturaleza. Esta ignorancia, al menos, es en gran medida irremediable. Nunca aprenderemos las afinidades de la belleza, puesto que yacen muy a fondo en la naturaleza y muy atrás en la misteriosa historia del hombre. El aprendiz, por tanto, siempre recibirá de malas ganas cualquier detalle sobre el método, detalles que pueden ser expuestos, pero no totalmente explayados; más aún, basados en el principio establecido en HUDIBRAS, de que

*Mientras menos comprenden,
más admiran la destreza de manos*

muchos están conscientes de la disminución del ardor de su placer ante cada nueva revelación. Debo, en consecuencia, advertir a ese personaje tan conocido, el lector ordinario, que me encuentre embarcado aquí en una empresa sumamente desagradable: retirar y bajar el cuadro de la muralla y mirar en su respaldo; y, como el niño inquisidor, hacer añicos el juguete musical.

1. Elección de palabras

El arte de la literatura difiere de todas las artes hermanas porque el material con que trabaja el artista literato es el dialecto de la vida; de ahí emana, por

* Traducción, Tomás Gray P., 1985

una parte, una extraña frescura y contigüidad de apelación a la mente pública, la que está ya preparada para comprenderla; pero, por otra parte, de ahí también brota una limitación singular. Las artes hermanas disfrutan del manejo de un material plástico y dúctil, como la arcilla del modelador; sólo la literatura está condenada a trabajar en mosaico con palabras finitas y sumamente rígidas. Ustedes deben haber visto esos bloques, favoritos en los jardines infantiles: éste es una columna, ése un frontón, un tercero es una ventana o un jarrón. Con bloques de tamaño tan arbitrario como éstos es con lo que el arquitecto literario está condenado a diseñar el palacio de su arte. Pero esto no es todo; ya que, como estos bloques o palabras son la moneda corriente reconocida de nuestros asuntos cotidianos, aquí no existe posiblemente ninguna de esas supresiones por medio de las cuales las demás artes obtienen realce, continuidad y vigor; ningún toque jeroglífico, ninguna sombra inescrutable, como en la pintura; ninguna muralla en blanco, como en la arquitectura; por el contrario, cada palabra, frase, oración y párrafo debe moverse en una progresión lógica y comunicar un sentido convencional definido.

Ahora, el primer mérito que atrae en las páginas de un buen escritor, o la charla de un brillante conversador, es la adecuada elección y el contraste de las palabras que él emplea. En verdad, es un raro arte el coger estos bloques, rudamente concebidos para ser usados en el mercado o la barra, y por el tacto en su aplicación dotarlos con los significados y sutilezas más finos, devolverlos a su energía primitiva, adaptarlos ingeniosamente para otro uso, o convertirlos en un tambor que enardezca las pasiones. Pero, aunque este tipo de mérito es sin duda el más perceptible y sobrecogedor, está lejos de hallarse presente en todos los escritores. El efecto que producen las palabras de Shakespeare, su singular justicia, significado y encanto poético, es diferente, por cierto, del efecto de las palabras de Addison o Fielding. O, para tomar un ejemplo más próximo, las palabras de Carlyle parecen electrificadas en una energía de lineamiento, como los rostros de los hombres furiosamente conmovidos, mientras que las palabras de Macaulay, lo bastante aptas para comunicar su intención, lo adecuadamente armoniosas en el sonido, se deslizan no obstante de la memoria como elementos indistintos en un efecto general. Pero el primer tipo de escritores no posee el monopolio del mérito literario. Hay cierto sentido en el que Addison es superior a Carlyle; un sentido en el que Cicerón es mejor que Tácito, en el que Voltaire sobrepasa a Montaigne; y ciertamente no radica en la elección de las palabras; no yace en el interés o el valor del tema; no se encuentra en la fuerza del intelecto, de la poesía o del humor. Los tres primeros son sólo infantes para los tres segundos; y, sin embargo, cada uno es un punto particular del arte literario, excede a su superior en el total. ¿Cuál es ese punto?

2. La Trama

La literatura, pese a encontrarse separada debido al gran destino y al uso general que este medio ocupa en los asuntos humanos, es de todos modos un

arte como las demás artes. De éstas, podemos distinguir dos grandes clases: aquéllas que, como la escultura, la pintura, la actuación, son representativas o, como se suele decir en forma torpe, imitativas; y aquellas otras que, como la arquitectura, la música y la danza, son autosuficientes y meramente presentativas. Cada clase, por derecho de esta distinción, obedece a principios separados; sin embargo, ambos grupos pueden reclamar un terreno común de existencia, y puede afirmarse con suficiente justicia que el motivo y el fin de cualquier arte en general es el elaborar un molde; un molde que puede ser de colores, de sonidos, de actitudes cambiantes, de figuras geométricas o de líneas imitativas; de todos modos, un molde. Ese es el plano en que estas hermanas se encuentran; es por esto que son artes; y si está bien que a veces se olviden de su origen pueril, dirigiendo su inteligencia hacia tareas viriles, y realizando inconscientemente esa función necesaria de su existencia, la de elaborar un molde, sigue siendo imperativo que se elabore dicho molde.

La música y la literatura, las dos artes temporales, ejecutan su molde de sonidos en el tiempo; o, en otras palabras, de sonidos y de pausas. La comunicación puede realizarse con palabras entrecortadas, el negocio de la vida puede llevarse adelante sólo con sustantivos; pero eso no es lo que llamamos literatura; y la verdadera actividad del artista literario es tejer o urdir su significado, envolviéndolo alrededor de sí mismo; de modo que cada oración, por medio de frases sucesivas, llegue primero a constituir una especie de nudo, y luego, después de un instante de significado suspendido, se resuelva y se aclare. En cada oración bien construida debería poder observarse este nudo o enredo; de modo que (aunque en forma delicadísima), seamos llevados a adivinar, a esperar, y luego a recibir con agrado las frases siguientes. El agrado puede ser aumentado por medio de un elemento de sorpresa como, muy burdamente, en la figura común de la antítesis o, con mucha más sutileza, donde primero se sugiere una antítesis y luego se la elude diestramente. Cada frase, además, debe ser agradable en sí misma; y entre la implicación y la evolución de la oración debería haber un satisfactorio contrapeso de sonido; porque nada desalienta más a menudo el oído que una oración preparada solemne y sonoramente y que acaba en forma acelerada y débil. Pero tampoco debe ser dicho equilibrio demasiado chocante y exacto, porque la regla principal es la de ser infinitamente variado, interesar, desalentar, sorprender y, no obstante, siempre agradar; ser siempre cambiante, como quien dice, el enredo y, sin embargo, siempre producir el efecto de una ingeniosa pulcritud.

El malabarista juega con dos naranjas y nuestro placer al observarlo deriva del hecho de que ninguna de las dos naranjas es desestimada o sacrificada. Igual cosa ocurre con el escritor. Su molde, que pretende agradar al oído supersensitivo, es no obstante dirigido a través de todo el proceso y, primero que nada, a las exigencias de la lógica. Cualesquiera que sean las oscuridades o las complejidades del argumento, la delicadeza de la trama no debe sufrir o de lo contrario el artista prueba que no está a la altura de su intención. Y, por otra parte, no debe elegirse ninguna forma de palabras ni debe atarse ningún nudo entre las frases a no ser que nudo y palabras sean precisamente

lo que se necesita para adelantar e iluminar el argumento, porque el fallar en esto significa hacer trampas en el juego. El genio de la prosa rechaza el *cheville* (/N.T.: especie de percha o alfiler de gancho/) de modo tan enfático como las leyes del verso; y el *cheville*, debería tal vez explicarlo a algunos de mis lectores, es cualquier frase sin sentido o demasiado aguada que se usa para producir cierto equilibrio en el sonido. El molde y el argumento viven uno inserto en el otro; y es por medio de la brevedad, claridad, encanto o énfasis del segundo que nosotros juzgamos la fuerza y la propiedad del primero.

El estilo es sintético; y el artista que busca, por así decirlo, una percha desde la cual pueda urdir, toma a la vez dos o más elementos o dos o más enfoques del tema que tiene entre manos, los combina, implica y contrasta entre sí; y mientras, en cierto sentido, simplemente buscaba una ocasión para el nudo necesario, en el otro, se le encontrará habiendo enriquecido considerablemente el sentido o habiendo transado la tarea de dos oraciones en el espacio de una. En el cambio desde los sucesivos juicios simples del viejo cronista al flujo denso y luminoso de la narrativa altamente sintética, se halla implicada una gran cantidad tanto de filosofía como de ingenio. La filosofía la vemos con facilidad, reconociendo en el escritor sintético un enfoque de la vida mucho más profundo y estimulante y un sentido mucho más agudo de la generación y afinidad de los acontecimientos. Podríamos imaginar que el ingenio se ha perdido; pero no ocurre así, porque es precisamente ese ingenio, esas perpetuas bien concebidas estratagemas, esas dificultades superadas, este doble propósito conseguido, esas dos naranjas mantenidas bailando simultáneamente en el aire, que, conscientemente o no, le proporcionan ese deleite al lector. Y, aun más, es este ingenio, tan poco reconocido, el órgano necesario para esa filosofía que tanto admiramos. En suma, entonces, no es el más perfecto aquel estilo que, como dicen los tontos, es el más natural, porque lo más natural es la charlatanería inconexa del cronista; sino el que consigue el más alto grado de implicación elegante y plena en forma moderada; o, si su forma es inmoderada, entonces con el máximo beneficio de sentido y vigor. Incluso el desarreglo de las frases con respecto al (así llamado) orden natural es luminoso para la mente; y por medio de tal reversión premeditada pueden plantearse más pertinentemente los elementos de un juicio, o como se pueden amarrar con mayor perspicacia en una unidad las diversas etapas de una acción complicada.

La trama, entonces, o el molde: una trama a la vez sensitiva y lógica, una textura elegante y plena, ese es el estilo, ese es el fundamento del arte de la literatura. Los libros se siguen leyendo, es cierto, por el interés acerca del hecho o la fábula en la que esta cualidad se representa pobremente, pero de todos modos aún está ahí. Y, por otra parte, ¿cuántos libros seguimos leyendo y releendo con placer, siendo que su único mérito es la elegancia del tejido? Me siento tentado a mencionar a Cicerón; y, como el señor Anthony Trollope ha muerto, lo citaré. Es una dieta pobre para la mente, una muy descolorida y desdentada "crítica de la vida"; pero disfrutamos del placer de un molde sumamente intrincado y diestro, cada puntada un ejemplo a la vez de elegancia

y de buen sentido; y las dos naranjas, aunque una de las dos esté podrida, siguen bailando con gracia inimitable.

Hasta este momento he mantenido el ojo puesto principalmente en la prosa; porque, aunque en el verso también la implicación de la textura lógica es una belleza cimera, puede en dicha forma no obstante desatenderse. Se podría pensar que aquí se da un golpe mortal a todo lo que he venido sosteniendo; lejos de ello, es una nueva ilustración del principio en cuestión. Porque, si el versificador no se encuentra obligado a tejer un modelo que le es propio, se debe a que otro molde le ha sido impuesto formalmente por las leyes de la poesía. Porque esa es la esencia de una prosodia. El verso puede ser rítmico; puede ser simplemente aliterativo; puede, como el francés, depender totalmente de la (cuasi) regular recurrencia de la rima; o, como el hebreo, puede consistir en el artificio extrañamente caprichoso de repetir la misma idea. No importa en qué principio se base la ley, siempre que sea una ley. Puede que sea un mero convencionalismo; puede que no tenga ninguna belleza inherente, todo lo que tenemos derecho a exigir de cualquier prosodia es que le fije un molde al escritor y que lo que exige no sea ni demasiado fácil ni demasiado difícil. De ahí deriva el hecho de que para hombres de igual destreza resulte más fácil escribir poesía medianamente agradable que prosa razonablemente interesante; porque en prosa el molde mismo tiene que ser inventado, y las dificultades deben ser primero creadas antes de ser resueltas. De ahí, nuevamente, se deduce la peculiar grandeza del verdadero versificador: tales como Shakespeare, Milton y Víctor Hugo, a quien coloco junto a ellos como versificador solamente, no como poeta. Éstos no sólo tejen y anudan el tejido lógico del estilo con toda la destreza y fuerza de la prosa; no sólo llenan el modelo del verso con infinita variedad y sobrio ingenio; además, nos proporcionan un placer raro y especial, por el arte, comparable al del contrapunto, con que ellos siguen al mismo tiempo, y luego contrastan, y luego combinan, el doble molde de la textura y del verso. Aquí termina la línea del sonido; un poco más allá, la oración bien ordenada; e incluso, algo más allá, ambas alcanzan su solución en la misma sílaba sonora. Lo mejor que puede ofrecer el mejor escritor de prosa es mostrarnos que el desarrollo de la idea y el molde estilístico prosiguen de la mano, a veces gracias a un esfuerzo obvio y triunfante, y a veces con un gran aire de sencillez y naturalidad. Debido que derrota a otra dificultad, el escritor de versos nos deleita con una nueva serie de triunfos. Persigue tres propósitos donde su rival persiguió sólo dos; y el cambio es precisamente de la misma naturaleza que el que va de la melodía a la armonía. O, si prefieren ustedes que volvamos al malabarista, obsérvenlo ahora, ante el entusiasmo considerablemente aumentado de los espectadores, echando al aire tres naranjas en lugar de dos. Así es: a dificultad adicional, adicional belleza, y el molde haciéndose cada vez más interesante con cada nuevo elemento que se añade.

Y, sin embargo, no se debe pensar que la poesía constituye simplemente una adición; algo se pierde a la vez que algo se gana; y queda fácilmente detectable, al comparar la mejor prosa con el mejor verso, cierta notable dis-

tinción de método en la trama. Pese a lo firme que el versificador debe estirar el nudo de la lógica, deja no obstante para el oído flotando algo suelto el tejido de la oración. En la prosa, la oración gira alrededor de un pivote, bellamente equilibrada, y calza en sí misma con la pretenciosa pulcritud de un crucigrama. El oído nota y es singularmente agradado por este giro y equilibrio; en poesía en cambio, todo se desvía hacia la métrica. Es difícil encontrar pasajes comparables, porque o bien el versificador es desproporcionadamente el mejor de los rivales o, si no lo es, y aún persiste en su empresa más delicada, deja de ser tan ostensiblemente el rival inferior. Pero seleccionémoslo del mismo escritor, uno que era ambidextro; tomemos, por ejemplo, el Prólogo de *Rumour* a la Segunda Parte de *Henry IV*, una hermosa demostración de elocuencia en la segunda capacidad de Shakespeare, y coloquémosla contigua a la alabanza que hace Falstaff del sherris (jerez), Acto iv, Escena i; o comparemos la hermosa prosa conversada enteramente por Rosalinda y Orlando; comparemos, por ejemplo, el primer discurso de todos, el que le hace Orlando a Adán, con cualquier pasaje que ustedes quieran elegir —las siete edades de la misma obra, o incluso una muestra de nobleza tal como el adiós a la guerra de Otelo— y aun ustedes podrán percibir, si es que tienen oído para tal tipo de música, cierto grado superior de organización en la prosa: un ajuste más compacto de las partes; un equilibrio en el balanceo y el retorno como el de un péndulo vibrante. En asuntos temporales, no debemos quitarle a quienes tienen poco lo poco que poseen; los méritos de la prosa son inferiores, pero no son del mismo tipo: es un pequeño reino, pero independiente.

3. *Ritmo de la frase*

Con cierta anterioridad empleé una palabra que todavía espera una explicación. Cada frase, dije, debe ser bella; pero, ¿qué es una frase bella? En todos los puntos ideales y materiales la literatura, por ser un arte representativa, debe buscar analogías con la pintura y otras artes semejantes; pero, en lo que es técnico y ejecutivo, por ser un arte temporal, debe buscarlas con la música. Cada frase de cada oración, como una tonada o un recitativo en música, debería estar artificiosamente construida con largos y cortos, acentuados e inacentuados, como para agradar el oído sensitivo. Y de esto el oído es el único juez. Es imposible establecer reglas. Incluso en nuestro idioma de acentos y ritmos, ningún análisis puede descubrir el secreto de la belleza en un verso: ¿cuánto menos, entonces, de aquellas frases como son las que construyen la prosa, que no obedecen ninguna ley sino la de no ajustarse a ley y sin embargo agradan? Lo poco que sabemos de la poesía (y en cuanto a mí se lo debo todo a mi amigo el profesor Fleeming Jenkin) es, no obstante, particularmente interesante a este respecto. Nos han acostumbrado a describir el verso heroico como un pie de cinco yambos y nos duele y confunde cuando escuchamos, como lo hace un escolar concienzudo, poner en práctica nuestra propia descripción:

*All night / the dréad / less án / gel ún / pursúed **

Así recita el escolar; pero, aunque cerremos los oídos, nos aferramos a nuestra definición a pesar de su probada y cruda insuficiencia. El señor Jenkin no se satisfizo tan fácilmente y prestamente descubrió que el verso heroico está constituido por cuatro grupos o, si ustedes prefieren la frase, contiene cuatro pausas.

All night / the dreadless / ángel / unpursued

Cuatro grupos, cada uno de los cuales es enunciado prácticamente como una palabra: el primero, en este caso, un yambo; el segundo, un anfibraco; el tercero, un troqueo; y el cuarto, un anfimacro. Y, no obstante, sin ninguna otra libertad que la de infligir un dolor, triunfantemente lo había interpretado como cinco yambos. Procuren percibir, ahora, esta fresca riqueza de complejidad en la trama; esta cuarta naranja, hasta ahora no considerada y, sin embargo, volando en el aire junto a las otras. Lo que había parecido ser una cosa ahora aparece como dos; y, como algunos problemas en aritmética, el verso se puede leer a la vez en compases de cinco y de cuatro.

Pero, de nuevo, cuatro no es necesario. En verdad, no encontramos versos que contengan seis grupos, porque no hay cabida para seis en las diez sílabas; y no encontramos versos de dos porque una de las principales distinciones del verso con respecto a la prosa reside en la comparativa brevedad del grupo; pero es aún común encontrar versos de tres. Cinco es el número prohibido; porque cinco es el número de los pies; y si se eligiese el cinco, los dos moldes coincidirían, y se perdería inmediatamente esa oposición que es la vida del verso. Aquí tenemos una clave con respecto a los polisílabos, sobre todo en latín, donde son tan comunes y contribuyen con una arquitectura tan valiente en el verso; porque el polisílabo es un grupo que elabora la naturaleza. Si algún romano regresara desde el Hades* (marcial, por elección) y me dijera por cuál conducta de la voz se deberían enunciar estos versos tronantes: "Aut Lacedaemonium Tarentum" —para citar un caso—, sentiría como si entrara por fin al goce pleno del mejor de los versos humanos.

Mas, de nuevo, todos los cinco pies son yámbicos o se supone que sean; por la simple cuenta de sílabas los cuatro grupos no pueden ser todos yámbicos; como problema de elegancia dudo que cualquiera de ellos necesite serlo; y por elección, estoy seguro de que ningún par de ellos debería medir igual. La singular belleza del verso analizado anteriormente se debe, hasta donde el análisis nos puede conducir, en parte, es cierto, a la ingeniosa repetición de L, D, y N, pero en parte también a esta variedad de medida en los grupos. Los grupos que, como la barra en la música, rompen el verso para la enunciación, y no se dan en forma yámbica; y al declamar un verso denominado yámbico, puede ocurrir que jamás enunciemos un solo pie yámbico y, no obstante, existe un límite para este olvido de la pulsación original.

* N.T.: "Durante toda la noche el ángel intrépido y resuelto..." (Milton).

* N.T.: Hades = residencia de los muertos.

Athens, the eye of Greece, mother of arts^{1**}

Este verso, pese a todas sus excentricidades, es una buena línea heroica; porque, aunque apenas se puede decir que indica la pulsación del yambo, ciertamente no sugiere al oído ninguna otra medida. Pero, empecemos así:

Mother Athens, eye of Greece,

o simplemente, "Mother Athens", y se acaba el juego, porque se ha sugerido la pulsación trocaica. La escansión excéntrica de los grupos es un adorno; pero, en cuanto se olvida la pulsación original, cesan implícitamente de ser excéntricos. Lo que se busca es la variedad, pero si destruimos el modelo original, uno de los términos de esta variedad se pierde y regresamos a la equiparidad. Así, con respecto tanto a la medida aritmética del verso como al grado de regularidad en la escansión vemos que las leyes de la prosodia tienen un propósito común: mantener latente la oposición de dos esquemas seguidos simultáneamente; mantenerlos notablemente separados, aunque aún coincidentes; y equilibrarlos con tal donosura judicial ante el lector que ni se deje de notar ni se haga notoriamente evidente.

La regla del ritmo en la prosa no es tan intrincada. Aquí, también, escribimos en grupos, en frases, como yo prefiero llamarlos, porque la frase de la prosa es mucho más larga y se enuncia en forma mucho más indiferente que el grupo en el verso; de modo que no sólo existe un intervalo mayor de sonido continuo entre las pausas, sino que, por esa misma razón, las palabras están ligadas entre sí en forma más fácil por medio de una enunciación más sumaria. De todos modos, la frase es el estricto análogo del grupo y las frases sucesivas, como los grupos sucesivos, deben diferir ostensiblemente en longitud y ritmo. La regla de la escansión en el verso es la de no sugerir ninguna otra medida que la que se está usando; en prosa, la de no sugerir ninguna medida en absoluto. La prosa debe ser rítmica y tanto así como uno quiera; pero no debe ser métrica. Debe ser cualquier cosa menos verso. Una simple línea heroica puede muy bien pasar y no alterar el paso relativamente más extenso de la prosa; pero la secuencia de más de una línea de tal tipo puede producir una inmediata impresión de pobreza, insipidez y desencanto. Las mismas líneas entregadas con la enunciación medida del verso podrían quizás parecer ricas en variedad. Por la enunciación más sumaria propia de la prosa, como para una visión más distante, estas delicadezas de diferencia se pierden. Todo un verso se enuncia como una frase; y el oído pronto se cansa por la sucesión de grupos de igual dimensión. El prosista, en efecto, porque se le permite ser mucho menos armónico, está condenado a entregar una variedad de movimientos perpetuamente, en mayor escala y no debe jamás desalentar el oído con el trote de un metro dado. Y esta obligación es la tercera naranja que tiene que tirar al aire, la tercera cualidad que el prosista debe incorporar en su molde de palabras. Puede pensarse que ésta es una cualidad fácil en lugar

¹ Milton.

** N.T.: "Atenas, el ojo de Grecia, madre de las artes".

de una nueva dificultad; pero es tal la condición inherentemente rítmica del idioma inglés que el mal escritor (¿y debo tomar como ejemplo a ese admirado amigo de mi niñez, el Capitán Reid?), el escritor no experimentado, como Dickens en sus primeras tentativas de ser impresionante, y el escritor agotado, como cualquiera puede comprobarlo por sí mismo, todos tienden a caer de inmediato en la producción de verso malo. Y aquí debería intercalarse la pregunta pertinente: ¿por qué malo? Supongo que bastará con responder que ningún hombre construyó versos buenos por accidente, y que ningún verso puede sonar más que trivial cuando se entrega en forma de prosa. Pero podemos ir más allá de tales respuestas. El lado débil del verso es la regularidad de la pulsación, la que en sí misma es menos impresionante que el movimiento de la prosa más noble; y es justamente en este lado débil, y sólo éste, donde cae nuestro descuidado escritor. Una densidad y una masa peculiar, consecuente con la proximidad de las pausas, es una de las principales buenas cualidades del verso; pero nuestro versificador accidental, todavía siguiendo el paso ágil y los grandes gestos de la prosa, sólo aspira a imitar esto. Por último, ya que no se da cuenta de que está escribiendo en verso, no se le ocurre sacar esos efectos de contrapunto y oposición a que me he referido antes, describiéndolos como la gracia final y la justificación del verso y, si se me permite, del verso libre en especial.

4. *Contenidos de la frase*

Existe un desborde de opiniones acerca del ritmo y es natural que así ocurra; porque en nuestro idioma canoro el ritmo siempre está en el umbral. Pero no se debe olvidar que en algunos idiomas este elemento se halla, sino del todo, casi extinguido, y que en el nuestro probablemente está decayendo. La conversación pareja de muchos norteamericanos da la señal de alarma. Yo lo vería desaparecer con una sensación tan amarga como la de la desesperación, pero no debería perder la esperanza. Como en el verso ningún elemento es necesario (ni siquiera el ritmo), así, igualmente, en la prosa, otros tipos de belleza surgirán y tomarán el lugar y desempeñarán el papel de aquellos elementos superados. La belleza de la pulsación esperada en el verso, la belleza en la prosa de su melodía más extensa e irrestricta, pese a lo patentes que son para el oído inglés, ya permanecen calladas en los oídos de nuestros vecinos más cercanos; porque en Francia el acento oratorio y el molde de la trama han ocupado casi o del todo sus lugares; y el prosista francés se sorprendería ante los esfuerzos de su hermano al otro lado del Canal y de cómo buena parte de su trabajo, sobre todo INVITA MINERVA, es el evitar escribir en verso. ¡Tan maravillosamente distanciadas entre sí han divagado las razas en espíritu, y tan difícil es entender la literatura de nuestro vecino!

No obstante, la prosa francesa es notoriamente mejor que la inglesa; y el verso francés, sobre todo mientras Hugo viva, no podremos dejarlo a un lado. Lo que importa más a nuestros fines, una frase o un verso francés es fácilmente discernible como agradable o desagradable. Existe, entonces, otro elemento

de agrado que hasta aquí habíamos desestimado en este análisis: los contenidos de la frase. Cada frase en literatura está constituida de sonidos, así como cada frase musical está formada por notas. Un sonido sugiere, evoca, exige y armoniza con otro; y el arte de usar adecuadamente estas concordancias es el arte final en la literatura. Solía constituir un buen consejo a todos los escritores jóvenes el evitar la aliteración; y el consejo era sano, en cuanto evitaba la escritura ripiosa. Pese a ello, el consejo era una abominable tontería, y un simple desvarío de aquellos más que ciegos que no quieren ver. La belleza del contenido de una frase, o de una oración, depende implícitamente de la aliteración y la asonancia. La vocal necesita ser repetida; la consonante necesita ser repetida; y ambas exigen en voz alta ser perpetuamente variadas. Ustedes pueden seguir las aventuras de una letra a través de cualquier pasaje que les ha agradado especialmente; la encontrarán, tal vez, negada un rato, como para aguijonear el oído; la encontrarán luego disparada contra ustedes en una descarga cerrada; o la encontrarán convirtiéndose en sonidos congéneres, una líquida o labial confundiendo con otra; y van a encontrar aún una circunstancia diferente y más extraña. La literatura se escribe para dos sentidos: una especie de oído interno, ágil para percibir las "melodías inauditas"; y el ojo, que dirige la pluma y descifra la frase impresa. Bien; así como existen rimas para la vista, así también descubrirán que existen asonancias y aliteraciones; que donde un autor presenta la A abierta, engañado por el ojo y nuestro raro deletreo inglés, a menudo denota cierta ternera por la A llana; y que donde él presenta una consonante en particular, no es improbable que vuelva a anotarla aun cuando suene muda o se pronuncie con un valor diferente.

Aquí, entonces, tenemos un modelo nuevo —un modelo, para decirlo burdamente, de letras— que constituye la cuarta preocupación del prosista y la quinta del versificador. A veces es bastante delicado y difícil de percibir, y luego tal vez exquisito y dominante (digo, tal vez); pero otras veces, nuevamente, los elementos de esta melodía literal aparecen más evidentes y usurpan el oído. Resulta, entonces, cuestión de conciencia el seleccionar ejemplos; y como no puedo pedirle graciosamente al lector que me ayude, haré lo mejor posible dándole la razón o la historia de cada selección. Los dos primeros, uno en prosa, otro en verso, los elegí sin previo análisis, simplemente como pasajes encantadores que desde hace mucho tiempo resonaban en mi oído.

*I cannot praise a fugitive and cloistered virtue, unexercised and unbreathed, that never sallies out and sees her adversary, but slinks out of the race where that immortal garland is to be run for, not without dust and heat*¹.

¹ Milton.

* N.T.: "No puedo alabar una virtud fugitiva y enclaustrada, no ejercida ni respirada, que jamás sale y ve a su adversario, sino que se escabulle rehusando la carrera en que se disputa la guirnalda inmortal, no sin polvo ni calor".

Hasta "virtue" las letras corrientes S y R se anuncian ambas y se repiten moderadamente, y a modo de nota de gracia se da entero ese grupo casi inseparable PVF¹. En las siguientes cuatro frases, desde "that never" hasta "run for", se deja a un lado la careta y, salvo por una ligera repetición de la F y la V, todo el asunto regresa, casi demasiado premeditadamente, a la S y la R. En la frase final todas estas letras favoritas e incluso la A "llana", una preferencia tímida que apenas es perceptible, se descartan de un golpe y en un montón; y para hacer el quiebre más obvio, cada palabra termina con una dental, y todas salvo una con T, para lo cual se nos ha preparado cautelosamente desde el principio. La singular dignidad de la primera cláusula y este golpe de martillo de la final, contribuyen bastante al encanto de esta exquisita oración. Pero es justo admitir que la S y la R se usan en forma algo tosca.

In Xanadu did Kubla Khan (KANDL)

A stately pleasure dome decree, (KDLSR)

Where Alph the sacred river ran, (KANDLSR)

Through caverns measureless to man, (KANLSR)

*Down to a sunless sea.² (NDLS)**

Aquí he puesto el análisis del grupo principal a un costado de las líneas, y mientras más se observa, más interesante parece. Pero aún hay más sutilezas. En las líneas 2 y 4, la S ordinaria es muy delicadamente variada con Z. En la línea 3, la ordinaria A "llana" alterna dos veces con la A abierta, ya sugerida en la línea 2 y ambas veces ("where" y "sacred") en conjunción con la R ordinaria. En la misma línea F y V (una armonía entre ambas, pese a estar privadas de su camarada P) se contrastan admirablemente. Y en la línea 4 hay una notoria M subsidiaria, la que de nuevo ya fue anunciada en la línea 2. Me detengo por el cansancio, porque aún se podría decir más.

Mi siguiente ejemplo fue recientemente citado de Shakespeare como muestra del sentido del color del poeta. Ahora, yo no creo que la literatura tenga nada que ver con el color, o que los poetas tengan o no de esto un buen sentido; e inmediatamente atacé este ejemplo, ya que "purple" (púrpura) era la palabra que tanto había agradado al escritor del citado artículo, para ver si no había alguna justificación literaria para su uso. Se verá que acerté plenamente; y me atrevo a afirmar que el pasaje es excepcional, en verdad, en literatura; pero no fui yo quien lo escogió.

¹ Como PVF seguirá persiguiéndonos a través de nuestros ejemplos en inglés, tómese, a vía de comparación, este verso latino del cual constituye su principal adorno, y no me culpen por la libertad demasiado romana del sentido: "HANC VOLO, QUAE FACILIS, QUAE PALLIOLATA VAGATUR".

² Coleridge.

* N.T.: *Kubla Khan decretó / que se erigiese /*

un augusto edificio de placer en Xanadú

por donde corría el sagrado río Alph

a través de cavernas incommensurables para el hombre

hasta el mar sin sol.

*The BaRge she sat iN, like a BURNished throNE
 BURNt oN the water; the POOP was BeateN gold,
 PURPle the sails and so PUR Fuméd that (per)
 The wiNds were love-sick with them ¹.*

Alguien se preguntará por qué he colocado la F de "perfumed" en mayúscula; y contesto, porque este cambio de P a F es la completación de aquel otro de B a P, ya realizado tan diestramente. En verdad, todo el pasaje es un monumento de curiosa inventiva; y parece de poco valor citar las subsidiarias S, L y W. En el mismo artículo se citó un segundo pasaje de Shakespeare, una vez más como ejemplo de su sentido del color.

*A mole cinque-spotted like the crimson drops
 I' the bottom of a cowslip ¹.*

Es muy curioso, muy artificial, y no vale la pena analizarlo en detalle: lo dejo al lector. Pero, antes de darle la espalda a Shakespeare, me gustaría citar un pasaje para mi propio placer y para exhibir un verdadero modelo de todo tipo de arte técnico:

*But in the wind and tempest of her frown
 W. P. V ². F.*

*Distinction with a loud and powerful fan
 W. P. F. (st)
 (ow) L.*

*Puffing at all, winnows the light away
 W. P. F. L.*

*And what hath mass and matter by itself
 W. F. L. M. A*

*Lies rich in virtue and unmingled ³.
 V. L. M.***

De estos delicados y selectos escritores me volví con alguna curiosidad a un tocador del gran tambor —Macaulay. Tenía a la mano la edición de dos volúmenes y abrí al comienzo del segundo volumen. He aquí lo que leí:

¹ Anthony and Cleopatra.

* N.T.: "La barca en que ella se hallaba, como un trono bruñado, ardía en el agua; la popa con su color oro, Púrpuras las velas y tan perfumadas que El viento se había enamorado de ellas.

¹ Cymbeline.

* *Un lunar iridiscente como las gotas carmesí en el fondo de una vellorita.*

² La V es de "of".

³ Troilus and Cressida.

** *Pero en el viento y la tempestad de su ceño,*

Distinción con un sonoro y poderoso abanico,

Soplando apenas, desvanece toda luz

Y lo que tiene masa y materia en sí

Yace rico en virtud e inviolado.

*The violence of revolution is generally proportioned to the degree of the maladministration which has produced them. It is therefore not strange that the government of Scotland, having been during many years greatly more corrupt than the government of England, should have fallen with a far heavier ruin. The movement against the last king of the house of Stuart was in England conservative, in Scotland destructive. The English complained not of the law, but of the violation of the law **

Esto era navegar por aguas bastante tranquilas; nos encontrábamos de nuevo con nuestro viejo amigo PVF, aflorada por las líquidas en un solo cuerpo; pero, al seguir leyendo, volviendo la página, y al continuar tropezando con el PVF y sus acompañantes líquidas, confieso que la mente se me llenó de recelos. Esto no podía ser una jugarreta de Macaulay; debía responder a la naturaleza del idioma inglés. En una especie de desesperación, volví a la mitad del volumen y al llegar donde su señoría trata acerca del General Cannon, y recién viniendo de Claverhouse y Killiecrankie, aquí, con delecto explícito, he aquí mi recompensa:

*Meanwhile the disorders of Kannon's Kamp went on inKreasing. He Kalled a Kouncil of war to Konsider what Kourse it would be advisable to take. But as soon as the Kouncil had met, a preliminary Kuestion was raised. The army was almost eKsKlusively a Highland army. The recent viKtory had been won eKsKlusively by Highland warriors. Great chieFs who had brought siKs or seVen hundred Fighting men into the Field did not thinK it Fair that they should be outVoted by gentlemen From the Low Kountries, who bore indeed King James's Kommission, and were Kalled Kolonels and Kaptains, but who were Kolonels without regiments and Kap-tains without Kompanies **.*

¡Un instante de FV en todo ese mundo de Kas! No era el idioma inglés, entonces, el que se había convertido en instrumento de una cuerda, sino Macaulay el que era un chapucero incomparable.

Fue probablemente de este amor bárbaro por repetir el mismo sonido, más que por cualquiera otra intención de claridad, que adquirió ese irritante hábito suyo de repetir palabras; digo que es preferible lo uno a lo otro, ya que

* "La violencia de las revoluciones es por lo general proporcional al grado de mala administración que las han producido. No es raro, entonces, que el gobierno de Escocia, por haber sido durante muchos años más corrompido que el de Inglaterra, cayese en una ruina mucho más agobiante. El movimiento contra el último rey de la casa de los Estuardo fue conservador en Inglaterra y destructor en Escocia. Los ingleses no se quejaban de la ley, sino de la violación de la ley".

** "Mientras tanto, fueron creciendo los desórdenes en el Campamento de Cannon. Él citó a un consejo de guerra para considerar el curso que sería recomendable adoptar. Pero, en cuanto se reunió el consejo, se planteó una consulta preliminar. El ejército era casi exclusivamente un ejército de las Tierras Altas. La victoria reciente había sido obtenida exclusivamente por guerreros de las Tierras Altas. Importantes jefes que habían traído seiscientos o setecientos luchadores al campo no creían que debían ser superados en votos por caballeros de Irlanda y de los Países Bajos, que ciertamente eran portadores de comisiones del Rey Jaime y que se denominaban coroneles y capitanes, pero que eran coroneles sin regimientos y capitanes sin compañías".

tal recurso auditivo se halla más profundamente asentado y es más original en el hombre que cualquiera otra consideración. Pocos escritores, a decir verdad, tienen probablemente conciencia de la distancia a que pueden empujar esta melodía de letras. Uno, escribiendo muy diligentemente y preocupado sólo acerca del significado de sus palabras y del ritmo de sus frases, se sintió asombrado por el vehemente triunfo con que cancelaba una expresión para sustituirla por otra. Ninguna de las dos cambiaba el sentido; siendo ambas monosílabas ninguna podía afectar la escansión; y fue solamente al mirar hacia atrás lo que ya había escrito que se resolvió el misterio: la segunda palabra contenía la A abierta y durante casi media página había estado cabalgando en esa vocal hasta la muerte.

Debería agregar que en la práctica el oído no es siempre tan exigente; y los escritores corrientes, en momentos corrientes, se contentan con evitar lo que es áspero y, aquí y allá, muy de vez en cuando, con reforzar una frase o con ligar dos frases con un remiendo de asonancia o un momentáneo campanileo de aliteración. Para comprender lo constante que es esta preocupación entre los buenos escritores, incluso donde los resultados son menos importunos, basta con fijarnos en los malos. Ahí, en verdad, vamos a encontrar la cacofonía suprema, la sonajera de consonantes incongruas, sólo aliviadas por los hiatos quebra-mandíbulas, y frases enteras que no pueden ser articuladas por poderes humanos.

CONCLUSIÓN

Podemos enumerar ahora, brevemente, los elementos del estilo. Tenemos como peculiar del prosista, la tarea de mantener sus frases grandes, rítmicas y agradables al oído, sin permitir jamás que caigan en lo estrictamente métrico; peculiar del versificador la tarea de combinar y contrastar sus moldes dobles, triples y cuádruples, sus pies y grupos, lógica y metro —armonioso en la diversidad: común a ambos la tarea de combinar diestramente los elementos selectos del idioma en frases que resulten musicales en la boca, la tarea de tejer sus argumentos en un tejido de frases enteras y períodos redondeados—pero esto particularmente exigente en el caso de la prosa: y, de nuevo común a ambos, la tarea de elegir palabras adecuadas, explícitas y comunicativas. Empecemos ahora a ver lo intrincado que es cualquier pasaje perfecto; cuántas facultades, sean de gusto o razón pura, deben tenerse a mano para realizarlo; y por qué, una vez hecho, debería proporcionarnos un placer tan integral. Desde el arreglo de letras concordantes, que es un conjunto arabesco y sensual, hasta la arquitectura de la oración elegante y plena, que es un acto vigoroso de puro intelecto, escasamente falta alguna de todas las facultades del hombre que no se haya ejercitado. No podemos admirarnos, entonces, si las oraciones perfectas son escasas y aun más escasas las páginas perfectas.

MAX WEBER Y LA CIENCIA HISTÓRICA MODERNA*

Wolfgang J. Mommsen

El lugar intelectual que le corresponda a Max Weber —quizá el pensador más creativo de Alemania en el cambio de siglo— en el ámbito de las ciencias sociales y del espíritu contemporáneas no ha sido precisado hasta ahora de manera definitiva entre los investigadores. Sí está fuera de duda que el joven Max Weber se formó intelectualmente en el marco de la historia económica y que hay que situar sus primeras obras, especialmente *Die römische Agrargeschichte in ihrer Bedeutung für das Staats- und Privatrecht* (La historia agraria de Roma en su significación para el derecho privado y el derecho político), dentro de la historia del derecho y de las instituciones. Pero las opiniones están divididas respecto a la cuestión de si, y en qué medida, Max Weber funcionó, en la primera fase de su evolución científica, como historiador o ya como un economista con fuertes intereses sistemáticos. En un sector de los investigadores, como por ejemplo en Winckelmann, pero también en los primeros trabajos de Tenbrück, existía una cierta tendencia a valorar muy limitadamente, o incluso muy escasamente, la dimensión histórica de la primera obra de Weber. Existe unanimidad en que Max Weber evolucionó paulatinamente desde una posición próxima a la escuela histórica de la economía política —él se contaba así mismo entre los “jóvenes de la escuela histórica alemana”¹— a la de un científico social, que terminó entendiendo la relación entre las ciencias históricas y la sociología como una relación complementaria². Por supuesto que existen opiniones totalmente diferentes sobre la delimitación de las fases concretas de este desarrollo. Yo mismo tiendo a ver en el escrito de 1913 *Übereinige Kategorien der verstehenden Soziologie*³ una censura en lo que respecta a la evolución de Max Weber de historiador a científico social, una evolución que evidentemente sólo desemboca en una sociología sistemática definitiva en la versión posterior de *Wirtschaft und*

* Traducción de Joaquín Abellán.

¹ *Gesammelte Politische Schriften*, Tübingen 1958, 2. ed (citado en adelante como GPS), p. 22.

² Vid. Wolfgang J. Mommsen, *Max Weber, Gesellschaft, Politik und Geschichte*, Frankfurt 1982, 2. ed., especialmente 1818 y ss.; también Emmerich Francis, *Kultur und Gesellschaft in der Soziologie Max Webers*, en: Max Weber. *Gedächtnisschrift der Ludwig-Maximilians-Universität München*, ed. por K. Engisch, B. Pfister, J. Winckelmann, Berlin 1966, 89 y ss.

³ *Gesammelte Schriften zur Wissenschaftslehre*, Tübingen 1968, 3. ed (en adelante GWL), 489-540

Gesellschaft del año 1919/1920, la cual lógicamente hace retroceder la dimensión histórica a favor de una terminología teórica, atemporal en sus principios⁴.

Comúnmente —y yo creo que, en general, con razón— se ha llamado la atención sobre la oposición de Max Weber al método histórico practicado por los historiadores de su tiempo. Por el contrario, Friedrich H. Tenbruck ha insistido recientemente, basándose en la relación de Max Weber con Eduard Meyer, en la gran proximidad de Max Weber respecto a la ciencia histórica de su época y, además, ha hecho observar que los propios estudios de Weber sobre historia universal, pero sobre todo también sus conceptos, presuponen los trabajos de la ciencia histórica alemana coetánea y que, en varios aspectos, están contruidos sobre éstos últimos. Tenbruck dice que no se puede hablar, en ningún caso, de una fuerte oposición metodológica entre Max Weber y la corriente dominante de la historiografía política alemana de su época⁵.

Hoy ya no se puede pasar por alto que Max Weber sólo pudo construirse una posición metodológica propia, con un gran esfuerzo intelectual, en polémica con las posiciones y opiniones de su época. Su posición la tenemos en forma madura en el gran artículo sobre la objetividad y en los otros artículos metodológicos de los años 1903-1907, publicados en la llamada "Wissenschaftslehre". En sus primeros pasos científicos, como ya se ha dicho, Weber estaba comprometido con una ciencia jurídica orientada por una perspectiva histórica, y sus primeros trabajos sobre la *Geschichte der Handelsgesellschaften im Mittelalter* y *Die römische Agrargeschichte und ihre Bedeutung für das Staats- und Privatrecht* y el gran artículo para el *Handwörterbuch der Staatswissenschaften* sobre *Agrarverhältnisse im Altertum* están realizados desde una perspectiva básicamente histórica y se guían por el canon histórico de la ciencia histórica historicista y de sus disciplinas próximas, marcadas igualmente por el historicismo. Es verdad que, de antemano, se diferencian de los trabajos historicistas contemporáneos de similar orientación por su modo comparatista de considerar los asuntos y, en segundo lugar, por tomar en consideración de manera general y prioritaria los fundamentos económicos y sociales de los procesos históricos. Esta última característica se aplica, en especial medida, al estudio sobre *Die Agrarverhältnisse im Altertum*. Pero estos trabajos se mantenían enteramente en el marco de la tradición historiográfica contemporánea, en cuanto que su objetivo de conocimiento primero era la determinación de la peculiaridad específica de ciertas formaciones históricas —prescindiendo de un planteamiento comparatista— y de ningún modo la elaboración de estructuras, modelos de desarrollo o leyes de tipo general. En todo caso, sí se pueden encontrar planteamientos de un modelo de desarrollo evolutivo —concretamente en los escritos más pequeños sobre historia antigua, como, por ejemplo, en el artículo sobre las causas de la decadencia de la cultura antigua—. Pero ya en la Lección inaugural de

⁴ Vid. Mommsen, Max Weber, *Gesellschaft, Politik und Geschichte*, p. 202 y ss

⁵ Max Weber und Eduard Meyer, en: Max Weber und seine Zeitgenossen, ed. por Wolfgang J. Mommsen und Jürgen Osterhammel, Londres 1988 (en adelante, *Zeitgenossen*), 344-49.

Freiburg, en 1895, manifestó Max Weber con notable dureza su insatisfacción con el procedimiento clásico de la Economía política e, indirectamente, con la historiografía contemporánea como tal, la cual aspiraba a extrapolar líneas de desarrollo a partir de los procesos históricos pasados y aspiraba a obtener, desde éstos, criterios de valoración para el presente e indicaciones para la acción en el futuro. Este método se había empleado en su forma clásica en los trabajos historiográficos de Gustav Schmoller. En la Lección declaró Weber por primera vez, con la máxima firmeza, que la esfera de los valores, de donde el científico toma sus puntos de vista para la valoración de los procesos históricos o sociales, y la esfera de la investigación científica de las realidades tienen que separarse tajantemente la una de la otra. Llamaba la atención insistentemente sobre los peligros que había cuando —según el método de Schmoller, podemos añadir nosotros— se mira “al desarrollo económico sobre todo desde arriba: desde la altura de la historia de la administración de los Estados alemanes grandes” y cuando se persigue “la génesis de su administración y su comportamiento en los asuntos económicos y sociales...”, convirtiéndose de manera involuntaria en su apologeta; y, al revés, cuando se considera la historia como una sucesión de “luchas de emancipación de clases ascendentes”, existe con frecuencia la tendencia a optar por aquellas clases que sean las más fuertes bajo unas circunstancias dadas o que estén a punto de serlo⁶.

La ciencia histórica historicista tardía que creía poder encontrar en el pasado líneas de desarrollo objetivas, que pudieran servir como directrices para el presente, la encontró Max Weber primeramente en la Economía histórica; pero, en cuanto al contenido, funcionaba en igual medida en la historia general. La posición propia de Weber estaba ya entonces clara en un principio fundamental: para él no había duda alguna de que los ideales directores del trabajo científico no podían provenir de éste mismo, sino que debían incorporarse a éste, conscientemente, desde fuera. Pero esto debía hacerse por parte del científico con absoluta conciencia de lo que hacía. Max Weber no siguió adelante con la cuestión de qué consecuencias metodológicas debían derivarse de esta su oposición a la Economía histórica de Gustav Schmoller, que pretendía deducir las normas éticas en cierto modo del mismo proceso histórico, y no fue la última causa de que no lo hiciera una grave enfermedad que, como es conocido, lo tuvo sometido a tan grandes padecimientos entre 1898 y 1903 que casi lo incapacitó para el trabajo durante largos períodos de tiempo.

No es casual, por supuesto, que la vuelta de Weber a la actividad científica productiva, a partir de 1903, estuviera unida, desde el comienzo, a una discusión intensa sobre los problemas metodológicos de las ciencias culturales y de las ciencias sociales con orientación histórica —a éstas últimas se vincularía él a partir de entonces—⁷. En la búsqueda de su propia posición científica,

⁶ GPS, 23.

⁷ Para la exposición siguiente, vid. Wolfgang J. Mommsen, Max Weber und die historiographische Methode in seiner Zeit, en: *Storia della Storiografia*, 1983, nr. 3, 28-43.

Weber se encontró ante un doble dilema. Por una parte, se trataba para él de encontrar una posición propia, en la polémica entre la Economía teórica y la Economía histórica, entre la posición representada por Karl Menger y la representada por Gustav Schmoller. Por otra parte, consideraba imprescindible separarse de las construcciones históricas neorrománticas, tal como dominaban en un sector de la Economía política alemana, como por ejemplo en Roscher y en Knies⁸. Una aceptación sin matizaciones de las posiciones filosóficas del llamado materialismo histórico estaba asimismo fuera de su horizonte, aunque consideraba las tesis de Marx como hipótesis dotadas de una capacidad heurística máxima.

Weber mismo, como se ha dicho, provenía de una concepción historicista de la ciencia, pero estaba muy insatisfecho con la presentación de la Economía política que encontraba, por ejemplo, en Wilhelm Roscher. Weber desaprobaba la teoría organológica de Roscher sobre la sucesión de las formaciones sociales, para quien éstas, siguiendo a la escuela histórica del derecho, representaban un escalón determinado en el desarrollo del "espíritu del pueblo". Él criticaba esta posición de forma muy polémica como una "combinación de evolucionismo ético y de relativismo histórico", que era incapaz de responder a ninguna de las orientaciones metodológicas de las ciencias sociales. La determinación biológica de la historia en Roscher como suma de "procesos vitales de los pueblos"⁹, se le presentaba como un mero ocultamiento de los problemas y como un desplazamiento de los mismos a un nivel irracional. Al mismo tiempo, consideraba que el proyecto cognoscitivo subyacente en los trabajos de Roscher era insuficiente. Weber opinaba que si tomaba en serio la adhesión de Roscher a un método "histórico", habría que "atribuir a la Economía política... exclusivamente la tarea de reproducir intuitivamente toda la realidad de la vida económica, siguiendo a la ciencia histórica y con los mismos métodos que ésta, en contraposición a las aspiraciones de la escuela clásica de descubrir el operar uniforme y conforme a leyes de fuerza elementales en la variedad del acontecer"¹⁰. Pero, en realidad, decía Weber, Roscher estaba afirmando una teoría "orgánica" de la sociedad, que, en analogía con la biología, deduce leyes de desarrollo teleológico de las grandes unidades colectivas, como, por ejemplo, los pueblos. Para Weber, sin embargo, esta posición metodológica no está en consonancia ni con el proceder del historiador, que ordena los acontecimientos individuales significativos en el desarrollo de la cultura universal mediante la imputación causal, ni con el proceder de la Economía política teórica, a la que le interesa el desarrollo del conocimiento puramente nomológico. Max Weber

⁸ Vid. También de nuevo Wilhelm Hennis, "Eine Wissenschaft vom Menschen Max Weber und die deutsche Nationalökonomie der historischen Schule", en: *Zeitgenossen*, pp. 41-83, a quien, sin embargo, no podemos seguir en su tesis central de que la forma de ciencia social de Weber, como una ciencia social que se pregunta sobre todo por el hombre, está influenciada por Roscher.

⁹ *GWL*, 22.

¹⁰ *GWL*, 7.

intentó entonces, con gran decisión, salir del canon metodológico del historicismo tradicional —que se agotaba en la reproducción intuitiva de la realidad del pasado—, sin con ello ponerse a favor de una Economía política puramente teórica, que lograra una reconstrucción teórica de la realidad social permaneciendo ciega ante la dimensión de la historia y, por tanto, indirectamente, también ante la significación cultural de las formaciones sociales. La posición metodológica de Roscher, que, apoyándonos en las formulaciones de Weber¹¹, se puede denominar hegelianismo reducido a un nivel biológico-organológico, se había probado, según su opinión, como totalmente insatisfactoria. Con mayor fuerza valía esta calificación para el "emanacionismo" de las teorías sociales de Karl Knies¹².

Por lo que respecta a la relación entre las ciencias del espíritu y las ciencias naturales, existían en la filosofía de entonces dos teorías distintas, la de Windelband —que distinguía entre ciencias ideográficas y nomotéticas— y la de Rickert, que determinaba la peculiaridad de las ciencias culturales de otra manera totalmente distinta, en el sentido de que el conocimiento histórico de esas ciencias sólo era posible poniendo en relación determinados hechos históricos con los valores culturales objetivos. Max Weber optó decididamente por la posición metodológica de Rickert, sin llegar a afirmar totalmente la diferenciación entre ciencias culturales y ciencias naturales. Él descubrió aquí la posibilidad de desarrollar un concepto de historia social histórica, en el que el conocimiento nomológico ocupaba una función central, pero en el que, al mismo tiempo, consideraba como su objeto propio de conocimiento la determinación de la significación cultural de los fenómenos sociales a la luz de determinados valores últimos. Semejante forma de ciencia social era, en principio, incompatible con aquellas orientaciones metodológicas que tenían como meta descubrir procesos teleológicos objetivos o regularidades en la historia o en el sistema social. De esta manera, Max Weber adoptaba una posición intermedia entre la Economía teórica y la Economía histórica. Él optaba por una "ciencia social histórica", que ciertamente aspira a desarrollar teorías científico-sociales, pero, al mismo tiempo, ve su función propia en determinar la significación cultural de los procesos sociales. Weber atribuyó a las ciencias sociales la función —formulada clásicamente en el famoso artículo sobre la objetividad— de *investigar científicamente la significación para la cultura universal de la estructura económico-social de la vida en sociedad del hombre*¹³. En ese aspecto eran, según Weber, parte de las ciencias culturales, en el sentido de Rickert.

¹¹ GWL, 145 "...aquellos restos de las grandes ideas hegelianas, atrofiados y desviados —por su lado antropológico biológico—".

¹² Es difícil comprender cómo Wilhelm Hennis puede despachar esta dimensión "irracionalista" de la vieja Economía política, calificándola de mera falsificación de Weber, con el fin de obtener una diferenciación más fácil respecto a esta posición. Realmente el propio método de Hennis recuerda a esa estrategia de suponer en el otro investigador, que va a ser criticado, una modificación totalmente burda de sus propias opiniones para poder vencerlo más fácilmente.

¹³ GWL, 165.

Esta función sólo podía realizarse acudiendo a la dimensión histórica, que era la dimensión que podía indicar antes que nadie el lugar de determinadas estructuras socioeconómicas o procesos en el correr de la cambiante historia de la humanidad y que podía indicar, por consiguiente, la determinación de su significación cultural. La reconstrucción sistemática de determinados segmentos del proceso histórico —como tal, infinito— desde el punto de vista de su significación cultural se convertía en una parte esencial de las ciencias sociales; y, en ese sentido, éstas mismas tenían una naturaleza histórica, aun cuando no en el sentido de la ciencia histórica tradicional, que se agotaba en la reconstrucción intuitiva del acontecer pasado.

Para Weber era evidente, naturalmente, que la reconstrucción de segmentos significativos de la realidad pasada sólo podía realizarse con la ayuda de un instrumentario conceptual muy afinado o, dicho más exactamente, con teorías nomológicas adecuadas. En consecuencia, Max Weber se separó claramente de aquellas posiciones historicistas —como, por ejemplo, la de Dilthey— que pretendían retrotraer la historia, o las ciencias históricas, a la experiencia del mundo interior y que, por tanto, habían elevado a conceptos claves de una ciencia histórica comprensiva los conceptos de "erleben" y "nacherleben" (vivencia y revivir) y que pretendían arreglárselas básicamente sin teorías y modelos explicativos. Por el contrario, Max Weber reclamó que la Historia no podía ser, en ningún caso, una "reproducción de intuiciones" (empíricas) o una copia de "vivencias" anteriores, sino que, más bien, tiene la finalidad de reconstruir la realidad pasada bajo puntos de vista teóricos. "El más sencillo juicio histórico sobre la significación histórica de una realidad concreta, muy lejos de ser un simple registro de lo que se ha encontrado", representa "más bien, no sólo un edificio conceptual formado por categorías(...), sino que sólo" recibe "validez desde el punto de vista del contenido cuando nosotros traemos a la realidad dada el tesoro entero de nuestro conocimiento empírico nomológico"¹⁴. "Comprender" (verstehen) sólo puede ser una vía de explicación de los acontecimientos históricos, no puede sustituirlos.

Por otra parte, Max Weber consideraba que era imposible llevar la historia universal en su infinita complejidad a un sistema de conceptos teóricos cerrado. Cualquier forma de filosofía de la historia material, indistintamente del tipo que fuese, podía pretender ser legítima, en todo caso, como construcción hipotética, pero no como una reconstrucción objetiva de la totalidad del acontecer histórico. Por las mismas razones, rechazaba por inaceptable aquella ontología reduccionista —que se podía encontrar en Rickert—, que veía realizados en la historia un número limitado de valores culturales, aunque no delimitado con mayor detalle. Estaba claro desde un principio que Max Weber no podía hacer nada con la teoría de los valores culturales objetivos de Rickert. Ya en el artículo sobre Roscher se dice con referencia a Rickert: "...la teoría del conocimiento analiza y contrasta la significación de la relación con los

¹⁴ GWL, 277.

valores para el conocimiento histórico, pero ella, por su parte, no fundamenta el valor de los valores"¹⁵. Siguiendo a Nietzsche, Weber se distanció claramente de todas las construcciones materiales de la historia de naturaleza tan reduccionista: "el destino de una época cultural, que ha comido del árbol de la ciencia, es tener que saber que nosotros no podemos leer el *sentido* del acontecer universal desde los resultados, todavía mejorables, de su investigación, sino que tenemos que estar en situación de crearlo; tenemos que saber que las 'concepciones del mundo' no pueden ser nunca producto de un conocimiento empírico progresivo"¹⁶.

En realidad, Max Weber radicalizó, desde un espíritu nietzscheano, la posición de Rickert, que en el fondo equivalía al abandono de los elementos esenciales básicos de ésta, como ha mostrado recientemente Guy Oakes¹⁷. Max Weber tomó de Rickert realmente la teoría de la "relación con los valores" (*Wertbeziehung*), con la que nosotros reconocemos como significativos un conjunto de fenómenos históricamente dados y con la que, consiguientemente, se convierten en individualidades históricas, pero él le dio a esta teoría un giro decisionista, que originariamente no se encontraba en Rickert en absoluto¹⁸: "presupuesto trascendental de toda ciencia cultural es, no que nosotros encontremos valiosa una 'cultura' determinada o una cultura en general, sino que nosotros somos hombres culturales, dotados de la capacidad y de la voluntad de tomar una posición consciente respecto al mundo y de darle un sentido"¹⁹.

Esto equivalía a un abandono de aquellas formas de pensamiento histórico que parten de que la historia lleva en sí misma un sentido objetivo, que el científico puede descubrir, al menos por trozos, y de incluso aquellas posiciones que consideran que es posible una reconstrucción objetiva de la historia como tal, al menos en sus rasgos fundamentales. Weber no consideraba posible una reconstrucción definitiva, y como tal válida, de la realidad, fuese en la forma de un sistema de proposiciones teóricas o fuese en la forma de una teoría de la historia de carácter universal formulada explícitamente; y no la consideraba posible porque toda reconstrucción de la realidad pasada —por muy amplia que fuese aquella— se realiza bajo determinados criterios valorativos, que, como tal, son de naturaleza distinta a la investigación de la realidad y, en último término, proceden de la elección subjetiva de los valores por parte de

¹⁵ GWL, 47.

¹⁶ GWL, 154.

¹⁷ Guy Oakes, Max Weber und die südwestdeutsche Schule: Der Begriff des historischen Individuums und seine Entstehung, en: W. J. Mommsen und W. Schwentker, eds., Max Weber und seine Zeitgenossen, Göttingen 1988, pp. 590 y ss.

¹⁸ Pero, sin embargo, parece como si el propio Rickert, bajo la influencia de Max Weber, hubiera modificado su teoría de los valores culturales objetivos en el sentido de la elección subjetiva de los valores por los individuos. Vid. Guy Oakes, Rickert's Value Theory and the Foundations of Webers's Methodology, en: *Sociological Theory*, vol. 6, 1988, 38 y ss.

¹⁹ GWL, 180.

la personalidad responsable. Por eso, Weber pudo escribir en el artículo sobre la objetividad: "la significación de la formación de un fenómeno cultural y el fundamento de esta significación no pueden tomarse, fundamentarse y hacerse comprensible desde ningún sistema conceptual de leyes por muy perfecto que fuera, pues aquella significación presupone la relación de los fenómenos culturales con las ideas de valor. El concepto de cultura es un concepto valorativo"²⁰.

Se le puede criticar a esta posición, y se ha hecho en repetidas ocasiones, que acaba en un subjetivismo y decisionismo sin límites. En realidad, para Weber el camino que Rickert había emprendido, es decir, el de aceptar la existencia de un determinado número de valores culturales objetivos, estaba tan obstruido como el de Hegel o el de Marx, quienes negaban que los valores culturales y la realidad empírica fueran de naturaleza heterogénea. El propio Weber vio la salida a este dilema, del que era muy consciente, en una reinterpretación del teorema de la "relación con los valores" de Rickert. Ésta no tenía nada en común con los juicios de valor —en la interpretación de Weber, en todo caso—, sino que, por el contrario, habría una vía, según él, para separar claramente "relación con los valores" (*Wertbeziehung*) y "juicios de valor" (*Werturteil*). La operación conceptual de la "relación con los valores" abría la posibilidad de reconstruir objetivamente segmentos de la realidad pasada a la luz de determinadas perspectivas, que, como tales, remiten a posiciones valorativas subjetivas, sin tener que hacer afirmaciones sobre la validez objetiva de éstas. En otras palabras, la validez empírica y, lo que es más importante, el control intersubjetivo de las afirmaciones científicas no quedaba afectado por la cuestión de la validez objetiva de las posiciones valorativas que subyacían a aquéllas. El medio para realizar esto se le presentaba a Max Weber en el concepto del "tipo ideal". Precisamente porque a los tipos ideales sólo les atribuye una cualidad nomológica, no poseyendo ningún carácter de realidad, no hay inconveniente en construirlos bajo la comparación ideativa de determinados aspectos que se estimen culturalmente significativos y utilizarlos después como instrumento conceptual para describir procesos históricos o sociales en una forma que tematice la dimensión de su significación cultural. También se dice: "el fin de la construcción de los tipos ideales no es hacer notar lo genérico sino lo peculiar de los fenómenos culturales"²¹. Los tipos ideales hacen posible una imputación, lógicamente correcta, de los acontecimientos y de las cadenas de acontecimientos a la luz de perspectivas culturalmente significativas, que, por su parte, están ancladas en posiciones valorativas meta-científicas.

Semejante determinación del carácter y de la posición de los tipos ideales en el proceso del conocimiento histórico o del conocimiento de las ciencias sociales —que Weber no tendía entonces a separar con radicalidad el uno del

²⁰ GWL, 175.

²¹ GWL, 202.

otro— tiene como consecuencia que se excluye de antemano la posibilidad de la reconstrucción de la realidad con la ayuda de un sistema de tipos ideales cerrado. La construcción de tipos ideales, y por tanto la construcción de las interpretaciones de la realidad social pasada, está condicionada ella misma históricamente y de aquí se deriva, con otras palabras, el carácter efímero, pero también la virginidad, de todo el conocimiento de la ciencia cultural.

A pesar de la arbitrariedad de principio de la construcción de tipos ideales de diferente especie, según los objetos y, lo que es más importante, según los ideales culturales específicos de cada observador, Weber consideraba el método de los tipos ideales como un progreso decisivo respecto a la práctica usual del historiador de "tomar los criterios de sus juicios del 'material', es decir, dejar salir 'la idea', en el sentido de ideal, de la 'idea' en el sentido de tipo ideal". "El atractivo estético de tal procedimiento", explicaba Weber, seduce al historiador a "confundir la línea donde ambos se separan —una deficiencia que, por una parte, no permite un juicio valorativo y que, por otra, tiende a negar la responsabilidad de uno mismo por sus juicios"²². Weber, por el contrario, estaba decididamente a favor de "separar tajantemente la relación de la realidad con los tipos ideales en sentido lógico y el juicio valorativo de la realidad con los tipos ideales"²³.

Al menos en este punto, Max Weber se separó claramente de las tendencias dominantes en la ciencia histórica de su época, aunque concediera ocasionalmente —como ha hecho observar Tenbruck²⁴— que los problemas teóricos de la relación con los valores no se planteaban con la misma fuerza para los historiadores políticos, que en cierto modo estaban en medio del proceso histórico mismo, que en disciplinas como la Economía política o la ciencia social. Pero el propio Weber se vio obligado a defender su posición expresamente frente a Eduard Meyer, quien acababa de publicar un escrito sobre *Theorie und Methodik der Geschichtswissenschaft* (Teoría y metodología de la ciencia histórica), en el que había afirmado que el contenido propio del trabajo histórico era la reconstrucción de los procesos causales que unen el pasado con el presente²⁵. Y esta especie de objetivismo espontáneo se oponía diametralmente a su propia concepción de la heterogeneidad existente entre la esfera del ser y la esfera de los valores. A él le importaba proporcionar un modo de consideración de la realidad histórica que tratara las estructuras y/o procesos sociales desde el punto de vista de su significación cultural, referidas a los valores últimos, sin tildar su propia interpretación de objetivista, es decir, como si estuviera materializada en el propio proceso histórico, a diferencia de la práctica de la Historia de su época. Por este motivo le irritaba la argumentación de Eduard Meyer, que tendía a la reconstrucción objetiva de cadenas causales

²² GWL, 199 y s.

²³ GWL, 200.

²⁴ Tenbruck, Max Weber und Eduard Meyer, p. 346, en referencia a GWL, 193.

²⁵ Para un análisis más detallado, vid. Mommsen, Max Weber und die historiographische Methode, 35-37.

reales en el devenir de la historia universal, sin preocuparse por las premisas gnoseológicas que pudiera hacer posible semejante reconstrucción. Frente a esta posición, Weber argumentaba con considerable fuerza: "nuestro interés por los valores, no sólo la relación causal objetiva de nuestra cultura con la cultura helénica, va a determinar el ámbito de los valores culturales decisivos para una historia de la cultura helénica"²⁶.

La gran energía con la que Max Weber atacó toda forma de realismo conceptual ingenuo, tal como lo encontraba en la ciencia histórica contemporánea, sólo en apariencia está en contradicción con la circunstancia de que él siguiera aferrado por principio al método de la "comprensión" (*verstehen*). Todavía en la última versión de *Wirtschaft und Gesellschaft* (Economía y Sociedad), que representa, sin duda, una casuística de tipos ideales universales de la acción social, y en donde la dimensión histórica se confina al nivel de mero material, se considera que no se debe abandonar la captación comprensiva de la acción social: "sociología (en el sentido en que se entiende aquí esta palabra, utilizada de muchas maneras) quiere decir: una ciencia que quiere comprender explicativamente (*deutend*) la acción social y, por esta vía, explicarla causalmente en su devenir y en sus efectos"²⁷. Claro que Max Weber insistía, al mismo tiempo, en lo que podríamos llamar "desmitologización" de la operación de la "comprensión", en oposición directa a las formas vulgarizadas de la tradición diltheyana, según la cual el historiador, gracias a la intuición comprensiva de sus objetos, era capaz de realizar una reconstrucción inmediata de la realidad pasada. Weber, por el contrario, pensaba que "la sorda indiferenciación de la 'vivencia'" tenía que romperse "para que pudiera acometerse incluso el primer comienzo de una 'comprensión' real de nosotros mismos"²⁸. Comprender es imprescindible como vía de aprehensión del sentido subjetivamente pensado de la motivación de los agentes, pero al mismo tiempo como "comprensión explicativa"²⁹ para la aprehensión del contexto de sentido al que pertenece realmente una acción comprensible según su sentido subjetivamente pensado. Bajo otro aspecto, la comprensión es un medio imprescindible para "distinguir y desarrollar la dimensión significativa de los respectivos objetos de investigación a la luz de cualquier posición valorativa"³⁰. La aprehensión del contexto de sentido lograda a través de la comprensión, al que "pertenece una acción realmente comprensible, según su sentido subjetivamente pensado"³¹, es simultáneamente el presupuesto para la correcta imputación de acontecimientos o cadenas de acontecimientos históricos, no importa de

²⁶ GWL, 259.

²⁷ *Wirtschaft und Gesellschaft. Grundriss der verstehenden Soziologie*, Tübingen 1976, 5 ed., (en adelante citada como WuG), p. 9.

²⁸ GWL, 104.

²⁹ GWL, 547.

³⁰ Vid. Mommsen, "Verstehen" und "Idealtypus", en: Max Weber, *Politik, Gesellschaft und Geschichte*, 222.

³¹ WuG, 4.

qué clase, a determinados valores culturales últimos. Sin embargo, Weber no se cansaba de señalar que el método de la "comprensión" tiene que ser siempre controlado, al reconstruir racionalmente los contextos descubiertos, por el criterio de la rectitud racional: "la comprensión siempre tiene que ser controlada con los métodos usuales de la imputación causal tanto como sea posible, antes de que, incluso una explicación (Deutung) manifiesta, se pueda convertir en una explicación comprensible, válida"³². En este sentido, comprender y explicar son, en general, en Max Weber, complementarios³³.

Con todo ello se hacía el camino expedito para la utilización expresa de un conocimiento nomológico en la ciencia de la historia. Weber seguía estando a favor de conceptos muy afinados en la ciencia de la historia, fuese construyendo tipos ideales, fuese con conceptos que tuvieran como fin la ordenación y determinación de la peculiaridad de realidades complejas. "Precisamente porque los contenidos de los conceptos históricos son necesariamente mudables, tienen que estar necesariamente formulados con precisión"³⁴. Weber no tenía ningún tipo de comprensión para la concepción de la historiografía contemporánea, para la que, de modo representativo, se cita a Friedrich Meinecke, de que la esencia de la historia habría que buscarla en la libertad de la personalidad creadora. En esta concepción subyacía, como decía él, "la rara idea de que la dignidad de la ciencia o de su objeto reside en aquello que nosotros no podemos conocer en general e *in concreto*"³⁵. Asimismo consideraba que era un error, extendido entre los historiadores, el que se pudieran establecer determinadas regularidades de naturaleza causal para los "movimientos de masas" y no para la acción que se realice bajo el principio de la voluntad libre, concretamente, de los grandes individuos. En efecto, él consideraba necesario, en el campo del conocimiento histórico, desarrollar una teoría de la "causación adecuada", es decir, de la reconstrucción lógica de los procesos de desarrollo tomando en consideración de entre la cantidad de hechos relevantes desde el punto de vista causal —por principio, infinita— sólo aquellos factores causales que debieran ser estimados como relevantes desde determinados puntos de vista.

En su obra posterior, Max Weber abandonó progresivamente este modo de construcción de los conceptos poniéndose a favor de desarrollar modelos de tipos puros que sigan el principio de la rectitud racional, es decir, el principio de la reconstrucción teórica de formas de interacción social bajo "condiciones ideales", como dirían los científicos naturales. Estos modelos teóricos puros, en los que desembocan, en cierto modo, todos los conocimientos de la historia universal, servían como medios para la reconstrucción lo más racional posible de la realidad social, y precisamente midiendo, por regla general, el grado de

³² GWL, 428.

³³ Vid. también W. J. Mommsen, *Wandlungen im Bedeutungsgehalt der Kategorie des Verstehens*, en: Christian Meier und Jörn Rüsen, *Historische Methode*, München 1988, 207 vs.

³⁴ GWL, 209.

³⁵ GWL, 46, nota.

coincidencia o de desviación de la situación empírica existente respecto a estos conceptos. En los últimos años de su vida, Max Weber elaboró con gran energía, y cada vez de una manera más diferenciada, su casuística de la acción social. Y no lo fue la última causa de esto el prestar un servicio a la ciencia de la historia. "La construcción de los conceptos de la sociología toma su *material*, como paradigmas, de manera esencial, aunque no de modo exclusivo, de las acciones que también son relevantes desde el punto de vista de la historia. Construye sus conceptos y busca sus reglas, sobre todo, *también* desde el punto de vista de si puede prestar con ello un servicio a la imputación causal histórica de los fenómenos culturalmente importantes"³⁶.

A medida que Max Weber encontraba su propia posición metodológica, es decir, la de una "ciencia social histórica" que se interesaba cada vez menos por la reconstrucción material sistemática de determinados segmentos del proceso histórico universal desde determinados puntos de vista y que sí se interesaba, en cambio por la reconstrucción sistemática de todos los tipos de interacción social conocidos en la historia y de todas las formaciones sociales en todas sus variantes; a medida que Weber encontraba esta posición metodológica fue decreciendo, en su obra, la discusión con la ciencia histórica de su época. Como fundamento para sus propios estudios de historia universal, los trabajos de los historiadores le siguieron siendo imprescindibles, y a veces no dudaba en mostrar expresamente su reverencia ante la ciencia histórica, como en la conocida carta a Georg von Below, de 21 de junio de 1914³⁷. Pero fue tomando cada vez mayor distancia respecto a las posiciones metodológicas del historicismo ulterior, tal como estaba representado por Friedrich Meinecke y, en una forma aun más rígida, por Georg von Below. Él mismo no tenía ninguna inclinación a reducir la considerable significación del Estado moderno en la historia, pero, para él, la historia abarcaba toda la extensión de la disciplina, incluyendo concretamente la historia social y económica. En ese sentido, no tenía nada en común con el estrecho planteamiento historiográfico de la escuela dominante, que se limitaba a estudiar el papel del Estado nacional, tal como lo había hecho de la manera más marcada Treitschke.

Por otra parte, consideraba que la posición contraria de Lamprecht de hacer una historia "morfológica" —que pretendía reconstruir las leyes inmanentes del desarrollo de las individualidades colectivas de los pueblos, elevándolas a criterio de la historia científica de nuevo cuño— estaba aun más equivocada que el realismo conceptual de sus oponentes que escribían historia política convencional³⁸. Esto significaba, en su opinión, un paso en la dirección equivocada, pues la función de la historia no consistía, según él, ni en una mera descripción o "copia" intuitiva de la realidad pasada, ni en la búsqueda

³⁶ WuG, 9

³⁷ Georg von Below, *Der deutsche Staat des Mittelalters*, Leipzig 1925, 2. ed., XXIV.

³⁸ Vid. W. J. Mommsen, *Max Weber und die historiographische Methode*, 30-40, así como Sam Whimster, *Die begrenzten Entwicklungsmöglichkeiten der Historischen Soziologie im "Methodenstreit"*: Karl Lamprecht und Max Weber, en: *Zeitgenossen*, 380 y ss.

de regularidades históricas del tipo que fuesen, sino en la adecuada imputación de situaciones, acontecimientos o procesos históricos a modelos explicativos teóricos, a los que atribuía una significación relevante desde el punto de vista del modo de vida³⁹. Refiriéndose directamente a Lamprecht, escribió en una ocasión a Willy Hellpach, que estaba próximo a esos métodos morfológico-psicologistas: "La ciencia histórica actual no es 'descripción' (Beschreibung), sino algo totalmente distinto"; en el futuro tendrá que tener un objetivo distinto al de formar leyes: las leyes son, para ella, uno entre varios medios —un medio muy importante, pero nunca el objetivo de la investigación—⁴⁰.

En *Wirtschaft und Gesellschaft*, Max Weber estableció de nuevo su posición respecto a la ciencia de la historia con mucha precisión. Las "ciencias empíricas de la acción, Sociología e historia", se dice aquí, tienden ambas, cada una a su manera, a la captación de los contextos de sentido y del contenido significativo de la acción social "con sentido", la primera, con la finalidad de desarrollar sistematizaciones teóricas de tipos ideales, es decir, de tipos "puros" con el objetivo de captar racionalmente la realidad social en sus diversas formaciones; la última, con el fin de imputar causalmente los acontecimientos o situaciones históricas a un proyecto de desarrollo histórico, idealmente pensado, que tiene su punto de orientación por lo general, aunque no siempre, en el presente. En esas imputaciones históricas, que, en cuanto a su forma, se realizan de manera narrativa, los tipos ideales desempeñan el papel de enlace entre el análisis empírico y determinadas posiciones valorativas. Esas imputaciones que permiten que se haga manifiesto el modelo de interpretación de nuestra propia existencia, del que, si no, sólo somos conscientes de una manera no reflexiva, no clara. La Historia y la Sociología son ciencias, como tales, complementarias, que mantienen entre sí una relación de mutua referencia, incluso en los puntos en que más se alejan entre sí por sus objetos respectivos, y que tratan del mismo tema, de las posibilidades de la acción individual y creadora en un mundo dominado por la rutinización, la burocratización y la racionalización formal.

Max Weber, por consiguiente, puede figurar entre los científicos sociales de su época como un pensador que estuvo sistemáticamente muy próximo a la ciencia de la historia y que esperaba encontrar una resonancia positiva y una continuidad precisamente entre los historiadores. Es evidente que, al principio no fue ese el caso. El grueso de la ciencia histórica alemana estaba demasiado atado a una concepción historiográfica, comparativamente tradicionalista, guiada por la actuación del Estado y por la individualidad de los grandes estadistas políticos y pensadores, como para poder aprovechar fructíferamente para sus propios trabajos el planteamiento de Max Weber, quien,

³⁹ Vid. también GWL, 7, nota 2, en donde se critica como totalmente equivocada la reconstrucción de Lamprecht de la historia alemana por utilizar un determinado esquema de desarrollo.

⁴⁰ Carta a Willy Hellpach, 3 de abril de 1905, Zentralarchiv der DDR, Abt. Merseburg Nachlass Max Weber, Rep. 92.

por su lado, tenía una orientación social en sentido global y, por otro, presuponía una precisión conceptual y una utilización explícita de la teoría. Una excepción viene constituida, en efecto, por Ernst Troeltsch, cuyos estudios sobre *Die Soziallehren der christlichen Kirchen* (Las doctrinas sociales de las iglesias cristianas) descansan, en muchos aspectos, en los planteamientos de sociología de la religión, que Max Weber había desarrollado por vez primera en sus estudios sobre "La Ética protestante y el espíritu del capitalismo". Ernst Troeltsch presenta en detalle las tesis de Weber, desarrollándolas en aspectos importantes, en sus trabajos posteriores, especialmente en su brillante estudio sobre *Die Bedeutung des Protestantismus für die Entstehung der Modernen Welt* (La significación del protestantismo para el nacimiento del mundo moderno)⁴¹.

El historiador más prestigioso y relevante de los años veinte, si se cuenta el número de alumnos que se remiten a sus posiciones científicas, Friedrich Meinecke, reconoció absolutamente la gran significación intelectual de Max Weber, pero nunca pudo familiarizarse con esta roca intelectual. La posición del historicismo tardío de Meinecke, que rechazaba toda teoría en la historia, permaneciendo amarrado, por el contrario, a un método de intuición y empatía estetizante, era en realidad incompatible con el planteamiento metodológico de Max Weber. El único historiador que recogió entonces, de modo consecuente, la doctrina de los tipos ideales de Weber, así como su método comparativo para la historia universal, aunque transformando algunas de sus premisas capitales, fue Otto Hintze. Sólo sus análisis comparados de la historia del Estado constitucional moderno, desde sus comienzos en el mundo bajomedieval, alcanzan la amplitud de horizontes de la sociología de Max Weber así como su precisión conceptual.

En realidad sólo se ha cambiado esta imagen después de la II Guerra Mundial, al hilo de los esfuerzos por renovar la ciencia histórica alemana, que, por supuesto, como ha mostrado Winfried Schulze recientemente⁴², se han ido haciendo con paso muy vacilante. Los historiadores descubrieron en Max Weber a un sociólogo que ofrecía una base para una colaboración más estrecha entre la historia y las ciencias sociales, base que era compatible con el canon metodológico, al menos en amplios sectores. La "sociología comprensiva" de Weber no exigía a la ciencia de la historia que abandonara por completo sus tradiciones metodológicas y, sobre todo, su confianza en las técnicas de la "comprensión" y de la intuición y que se sometiera, al mismo tiempo, a las concepciones metodológicas de las ciencias sociales empíricas. Al contrario, Weber parecía estar en algunos aspectos incluso en la tradición del pensamiento hermenéutico, como trató de demostrar Dieter Henrich en su gran estudio sobre la teoría de la ciencia de Max Weber, publicado en 1952, y no en la tradición del positivismo lógico. Henrich interpretaba la sociología de Weber

⁴¹ Ernst Troeltsch, *Die Bedeutung des Protestantismus für die Entstehung der Modernen Welt*, Beiheft 2 der *Historischen Zeitschrift*, München/Berlin 1924.

⁴² Winfried Schulze, *Deutsche Geschichtswissenschaft nach 1945*, München 1989.

como una teoría de "historia formal", que vendría definida por una sucesión de interpretaciones valorativas, pero no como una teoría universal de la sociedad, como hizo Talcott Parsons⁴³.

Esta circunstancia facilitó el acceso de la ciencia histórica alemana, en los años cincuenta, no sólo a las interpretaciones materiales de Max Weber sobre importantes aspectos de la historia occidental, sino también a su posición teórica. Sobre la base de la metodología de Weber podía perseguirse la investigación de fenómenos individuales y de cuestiones teóricas conjuntamente. Además, la teoría weberiana de los tipos ideales resultó muy buena ayuda para el trabajo del historiador, como mostró especialmente Theodor Schieder en su ponencia de respuesta a Hans Freyer sobre Sociología e Historia en el Congreso de Historiadores celebrado en Marburg en 1951⁴⁴. La metodología de Weber suministraba un instrumental conceptual para una forma moderna de historia tipológica, que seguía las huellas de Jakob Burckhardt, pero que al mismo tiempo evitaba sus imprecisiones lógicas y su habitual manera de argumentación sin contextualizar. En realidad, Weber encarnaba, como observó acertadamente Stuart Hughes en 1962, un punto de encuentro de la historia y las ciencias sociales en un momento en que estas últimas se habían hecho más ciegas para la dimensión histórica del cambio social. En los años cincuenta y sesenta, la historiografía alemana se fue deshaciendo progresivamente de sus reservas frente a las ciencias sociales, en gran parte bajo la influencia de Max Weber. Especialmente Theodor Schieder, pero también Werner Conze, mostraron el camino para una nueva historia social, que trabajaba sobre todo con tipos ideales. En este laborioso proceso de la paulatina renovación metodológica de la historiografía alemana en las décadas siguientes a 1945, gran parte de las armas intelectuales procedían de Max Weber.

En las últimas décadas se ha alterado básicamente la situación en este aspecto. Al comienzo, Max Weber sirvió como arma en la lucha por el reconocimiento de la historia social dentro de la ciencia histórica alemana; sirvió realmente como el principal testigo de la posición hegemónica que habría de atribuirse a la "historia de la sociedad" dentro del marco de las disciplinas históricas. Hoy, Max Weber es reconocido en general, y de manera creciente también en la ciencia internacional, como un gran impulsor que ha mostrado caminos para una interpretación precisa y dirigida por conceptos claros de los fenómenos históricos en los más variados campos.

Hoy ha crecido la semilla que sembró Weber, cuya obra, sin duda, se apoyaba sobre los hombros de los grandes historiadores del siglo XIX. En el campo de la historia antigua, desde los trabajos de Moses Finley, Alfred Heuss y Arnaldo Momigliano, se ha prestado una creciente atención a los plantea-

⁴³ Dieter Henrich, *Die Einheit der Wissenschaftslehre Max Webers*, Tübingen 1952, 58.

⁴⁴ Estas tesis se encuentran desarrolladas con posterioridad en Theodor Schieder, *Der Typus in der Geschichtswissenschaft* en: Th. Schieder, *Staat und Gesellschaft im Wandel unserer Zeit*, München 1958, 172-187; el mismo, *Geschichte als Wissenschaft: Eine Einführung*, München 1965, pp. 167, 201-07.

mientos metodológicos de Max Weber, aun cuando no a sus teorías materiales, que están superadas en muchos aspectos. En la historia medieval, su conocida investigación sobre "Die Stadt" (La ciudad) ha despertado de nuevo una gran curiosidad. La cantidad de planteamientos para la investigación en la historia moderna que remiten a Max Weber directa e indirectamente, no se puede ya dominar⁴⁵.

Frecuentemente ha jugado un papel en esta situación el hecho de que Max Weber lograra traducir teoremas de Karl Marx a una teoría más universal, libre de parcialidades materialistas. Esto satisfacía de manera especial las necesidades del pensamiento actual. Así se han recibido, en repetidas ocasiones, en la ciencia histórica de corte occidental algunos teoremas de origen marxista y parece como si ahora se estuvieran haciendo esfuerzos en el marxismo-leninismo por superar la rigidez de sus propias posiciones teóricas mediante la vuelta a la sociología de Max Weber.

Otro punto de vista, asimismo relevante, es que Weber trató la relación del sistema social tecnocrático moderno con la esfera de la cultura de una manera que sigue siendo aún válida hoy. La relación antinómica entre racionalidades formales y valores culturales supremos, o dicho de otra manera, entre "sistemas de vida y personalidad" puede valer precisamente como un eje intelectual de su obra. En este punto es importante ver que la obra de Weber no se agota en una mera crítica de la civilización técnica moderna de corte burocrático. Al contrario: aunque Weber consideraba irreversible, al menos por el momento, el triunfo del racionalismo formalista y de su cómplice institucional, la burocracia moderna, y formulaba, por lo tanto, un pronóstico menos favorable para las sociedades individualistas del mundo occidental, no se equivocó, sin embargo, como muchos de sus colegas sociólogos, adoptando una actitud de protesta radical anticivilizatoria. Pero él estaba lejos de valorar positivamente, sin reparo alguno, el desarrollo de la civilización técnica moderna y de su triunfo en todo el globo terrestre. Por el contrario, él quiso mostrar que todo está en peligro si el desarrollo sigue avanzando, sin trabas, por el camino emprendido. Evidentemente, él se negó a dar recetas concretas sobre qué hacer e indicó las razones por las que la ciencia no es capaz básicamente de suministrarlas, incluso por las que no debería hacerlo, aun cuando esto le fuera posible. Lo que la ciencia puede hacer es darle claridad al individuo, no aliviarle sus propias decisiones vitales. Y no es ésta la última razón por la que la obra de Max Weber es de total actualidad, en concreto para una ciencia de la historia que no puede creerse ya segura, como si lo creían nuestros abuelos, de que el proceso de la historia universal lleve su sentido, en cierto modo, dentro de sí mismo y de que éste se pueda extraer de una cantidad grande de acontecimientos, con una cuidadosa interpretación del pasado, para servir luego de directriz de la acción de, al menos, las elites ilustradas.

⁴⁵ Para una visión de conjunto, vid., el volumen Max Weber, *der Historiker*, ed., por Jürgen Kocka, Göttingen 1986, que contiene las ponencias del Congreso Internacional de Historia de Stuttgart.

EL INQUISIDOR COMO ANTROPÓLOGO*

Carlo Ginzburg

La analogía sugerida en el título¹ me vino en mente por primera vez durante un congreso sobre la historia oral realizado en Bologna hace una decena de años. Historiadores de la Europa contemporánea, antropólogos y estudiosos de historia africana como Jack Goody y Jean Vansina discutían sobre los diversos modos de utilizar los testimonios orales. De improviso me vino en mente que también los historiadores que estudian sociedades mucho más antiguas (como por ejemplo la Europa tardomedieval o de la primera edad moderna) sobre las que tenemos una cantidad considerable, o incluso enorme, de documentos escritos, utilizan a veces testimonios orales: de manera más precisa, los registros escritos de testimonios orales. Las actas procesales emanadas de los tribunales laicos y eclesiásticos podrían ser comparadas, en efecto, con las libretas de apuntes de los antropólogos en las que se ha registrado un trabajo de campo realizado algunos siglos atrás.

Las diferencias entre inquisidores y antropólogos son obvias, y no vale la pena perder tiempo en subrayarlas. Las analogías (incluida aquella entre imputados e "indígenas") me parecen menos obvias y por eso más interesantes. Me propongo analizar estas relaciones tomando como punto de partida las investigaciones que he desarrollado, utilizando sobre todo documentos inquisitoriales, sobre la historia de la brujería en la Europa de la Edad Media y de los inicios de la Edad Moderna.

El retraso con que nos hemos dado cuenta del incalculable valor histórico de las fuentes inquisitoriales es algo bastante sorprendente. En un primer momento, como se sabe, la historia de la Inquisición se había desarrollado (casi siempre de manera polémica) en una óptica exclusivamente institucional. Más tarde, los procesos inquisitoriales comenzaron a ser utilizados por los historiadores protestantes que deseaban celebrar la actitud heroica de sus antepasados frente a la persecución católica. Un libro como *Nuestros protestantes*, publicado a fines del 800 por Emilio Comba², puede ser considerado una

*Versiones precedentes de este ensayo han sido leídas en un congreso sobre la Inquisición (De Kalb, Illinois, octubre 1985) y en un seminario realizado, por invitación de Ernst Gellner, en el Department of Anthropology de la Universidad de Cambridge (abril 1988).

¹ Desde un punto de vista distinto se puede ver el hermoso ensayo de R. Rosaldo, *From the Door of His Tent: The Fieldworker and the Inquisitor in Writing Culture The Poetics and Politics of Ethnography* a cargo de J. Clifford y G.E. Marcus, Berkeley and Los Angeles 1986, pp. 77-79 (pero es interesante todo el volumen).

² Venecia 1897.

continuación, en el plano archivístico, de la tradición iniciada en el siglo XVI por Crespín con su *Histoire des Martyrs*. Los historiadores católicos, en cambio, fueron extremadamente contrarios a utilizar en sus investigaciones las actas inquisitoriales: de un lado, por una tendencia más o menos consciente a redimensionar las repercusiones de la Reforma; del otro, por un sentimiento de incomodidad frente a una institución considerada en el ámbito de la misma Iglesia romana cada vez con mayor embarazo. Un docto sacerdote friuliano como Pío Paschini (a quien guardo un sentimiento de gratitud por haberme facilitado, hace ya treinta años, el acceso al archivo entonces inaccesible de la Curia Arzobispal de Udine) no hizo uso alguno, en sus investigaciones sobre la herejía y la Contrarreforma en el confín oriental de Italia, de los procesos inquisitoriales conservados en ese archivo³. Cuando entré por primera vez en la gran sala rodeada de armarios en los que se conservaban, en perfecto orden, casi 2.000 procesos inquisitoriales, sentí la emoción de un buscador de oro que se encuentra inesperadamente en un filón inexplorado.

Se debe señalar, sin embargo, que en el caso de la brujería la actitud reacia a utilizar procesos inquisitoriales fue compartida por mucho tiempo tanto por los historiadores confesionales (católicos y protestantes) como por los de formación liberal. La razón es evidente. En ambos casos faltaban elementos de identificación religiosa, intelectual o simplemente emotiva. Habitualmente la documentación proporcionada por los procesos de brujería era considerada como una mezcla de rarezas teológicas y de supersticiones campesinas. Estas últimas eran vistas como intrínsecamente irrelevantes; las otras podían ser estudiadas mejor y con menor dificultad basándose en los tratados demonológicos impresos. La idea de detenerse en largas y (al menos así parecía) repetitivas confesiones de hombres y mujeres acusados de brujería era poco atractiva para los estudiosos a cuyos ojos el único problema histórico aceptable era el de la persecución de la brujería, y no el de su objeto.

Hoy una postura del tipo parece probablemente anticuada, superada, aunque sí, no lo olvidemos, hace poco más de veinte años era compartida por un historiador ilustre como Hugh Trevor-Roper⁴. Pero mientras tanto la situación ha cambiado profundamente. En el panorama historiográfico internacional la brujería ha pasado de la periferia al centro, hasta convertirse en un tema no sólo respetable sino incluso de moda. Se trata de un síntoma entre tantos otros de una tendencia historiográfica ya consolidada, identificada oportunamente por Armando Momigliano: el interés por el estudio de grupos sexuales o sociales (mujeres, campesinos) representados de manera generalmente inadecuada en las llamadas fuentes oficiales⁵. Sobre estos grupos los "archivos de la represión" proporcionan testimonios particularmente ricos.

³ Cfr. A. Del Col, *La Riforma cattolica nel Friuli vista da Paschini* en *Atti del convegno di studio su Pio Paschini nel centenario della Nascita* s.l.n.f. pp. 123 sgg. sobre todo p. 134.

⁴ *The European Witch-Craze of the 16th and 17th Centuries*, London 1969 p. 9.

⁵ Cfr. A. Momigliano, *Linee per una valutazione della storiografia del quindicennio 1961-1976*; en "Rivista Storica italiana" LXXXIX (1977) p. 585 sg.

Pero en el caso de la importancia adquirida por la brujería cuenta también un elemento más específico (aunque sí ligado al precedente): la influencia creciente que sobre la historia ha ejercido la antropología. No es casualidad que el clásico libro sobre la brujería entre los Azande, publicado por Evans-Pritchard hace más de cincuenta años, haya proporcionado a Alan Macfarlane y Keith Thomas un marco teórico para sus estudios sobre la brujería en el siglo XVII⁶.

El que de la obra de Evans-Pritchard se puedan desprender múltiples motivos interpretativos es algo que está fuera de dudas: pero la comparación entre las brujas de la Inglaterra del seiscientos y sus colegas Azande debería ser completada con una comparación, sistemáticamente evitada en los estudios más recientes, con las brujas que en el mismo período eran perseguidas en el continente europeo. Se entiende que la singular fisonomía de los procesos de brujería en Inglaterra (comenzando por la falta casi absoluta de confesiones fundadas sobre el sabba) deba ser reconducida a las características específicas del sistema legal vigente en la isla. En efecto, a los historiadores que desean reconstruir las creencias sobre la brujería compartidas por la gente común, los procesos de brujería conducidos en Europa continental proporcionan un material mucho más rico que el de los ingleses.

En este punto, las ambiguas implicaciones de la analogía entre antropólogos ex inquisidores (e historiadores) comienzan a aflorar. Las evasivas confesiones que los inquisidores trataban de arrancar a los acusados ofrecen al investigador informaciones que busca, naturalmente, con fines muy distintos. Pero mientras leía procesos inquisitoriales he tenido a menudo la impresión de estar situado detrás de los jueces para espiar sus pasos, esperando, justamente como hacen ellos, que los presuntos culpables se decidieran a hablar de las propias creencias, a cuenta y riesgo propios, naturalmente.

Esta vecindad con los inquisidores contradecía, en alguna medida, mi identificación emotiva con los acusados. Pero en el plano cognoscitivo la contradicción se configuraba de manera diversa. El impulso de los inquisidores en busca de la verdad (su verdad, por supuesto) nos ha entregado una documentación extremadamente rica, es cierto, pero también profundamente forzada, dadas las presiones físicas y psicológicas que caracterizaban los procesos de brujería. Las sugerencias de los jueces eran particularmente evidentes en las preguntas relativas al sabba: el fenómeno que, a los ojos de los demonólogos, constituía la esencia misma de la brujería. En situaciones como estas los acusados tendían a repetir, más o menos espontáneamente, los estereotipos inquisitoriales difundidos de una punta a la otra en Europa por predicadores, teólogos y juristas.

Las ambiguas características de la documentación inquisitorial explican probablemente el porqué muchos historiadores hayan decidido concentrarse

⁶ Cfr. E.E. Evans-Pritchard, *Witchcraft, Oracles and Magic among the Azande*, London 1937; A. Macfarlane, *Witchcraft in Tudor and Stuart England*, London 1970; K. Thomas, *Religion and the Decline of Magic*, London 1971.

en el estudio de la persecución de la brujería, analizando modelos regionales, categorías inquisitoriales, etc.: una perspectiva más tradicional pero también más segura respecto del tentativo de reconstruir las creencias de los acusados. Y, sin embargo, las ocasionales referencias a los brujos Azande no pueden esconder la evidencia: entre los numerosos estudios que en los últimos veinte años se han dedicado a la historia de la brujería europea son poquitos los que verdaderamente se han inspirado en la investigación antropológica. La polémica que hace algún tiempo se desarrolló entre Keith Thomas y Hilred Geertz ha demostrado que el diálogo entre historiadores y antropólogos comporta no pocas dificultades⁷. En este ámbito, el problema de la documentación resulta decisivo. A diferencia de los antropólogos los historiadores de las sociedades del pasado no son capaces de producir las propias fuentes. Desde este punto de vista los volúmenes de archivo no pueden ser considerados como los equivalentes de las cintas magnéticas. Pero ¿disponen realmente los historiadores de una documentación que permita reconstruir —más allá de los estereotipos inquisitoriales— las creencias sobre la brujería difundidas en la Europa medieval y de inicios de la Edad Moderna? La respuesta se debe buscar en el plano de la calidad y no en el crudamente cuantitativo. En un libro que se separa de la tendencia dominante en la investigación sobre la brujería, Richard Kieckhefer ha trazado una distinción entre estereotipos doctos y brujería popular, basada en un examen detallado de la documentación anterior al año 1500 (considerando, injustamente, repetitiva la sucesiva a aquella fecha). Ha insistido sobre la importancia de dos tipos de documentos: las denuncias de las personas que se consideraban injustamente acusadas de brujería, y las declaraciones de aquellos que eran llamados a testimoniar en los procesos de brujería⁸. Según Kieckhefer las denuncias y las declaraciones nos dan una imagen mucho más atendida de las creencias populares sobre la brujería que las confesiones de los acusados. En esta perspectiva la analogía entre los procesos de la Inquisición y los apuntes tomados por un antropólogo en el curso de su trabajo de campo tendrían para el historiador un significado sustancialmente negativo: la presencia de esos remotos antropólogos sería tan embarazosa como para obstaculizar el conocimiento de las creencias y los pensamientos de los infelices indígenas conducidos a su presencia.

Esta conclusión me parece excesivamente pesimista como trataré de demostrar continuando la reflexión sobre la analogía de la que había partido. Sus bases son textuales. En ambos casos nos encontramos frente a textos intrínsecamente *dialógicos*. La estructura dialógica puede ser explícita, como en la serie de preguntas y respuestas que caracterizan un proceso inquisitorial o una transcripción de las conversaciones entre un antropólogo y su informador.

⁷ Cfr. H. Geertz y K. Thomas, *An Anthropology of Religion and Magic*, en "Journal of Interdisciplinary History", VI (1975), pp. 71-109.

⁸ Cfr. R. Kieckhefer, *European Witch-Trials. Their Foundations in Popular and Learned Culture, 1300-1500*, Berkeley, Ca., 1976.

Pero puede ser también implícita, como en las notas etnográficas que describen un rito, un mito o un instrumento. La esencia de lo que llamamos "actitud antropológica", es decir el confrontarse prolongado entre culturas diversas, presupone una perspectiva dialógica. Sus bases teóricas, desde el punto de vista lingüístico (no psicológico) han sido subrayados por Román Jakobson en un pasaje muy denso orientado a definir "las dos secciones cruciales y complementarias del comportamiento verbal": "el discurso interno es esencialmente un diálogo, y (...) cada discurso citado es *hecho propio* y reformulado por quien hace la cita, sea que se trate de una citación de un *alter* o de una fase anterior de *ego* (*dije*)"⁹. En una perspectiva menos general, otro gran estudioso ruso, Mikhail Bakhtin, ha insistido en la importancia del elemento dialógico en las novelas de Dostoevskij¹⁰. Según Bakhtin, éstas se caracterizan por una estructura dialógica o polifónica, en la que los personajes son considerados como fuerzas contrarias: ninguno de ellos habla a nombre del autor, o identificándose con el punto vista del autor. Sería algo fuera de lugar discutir aquí sobre las observaciones de Bakhtin sobre el género específico en el cual debieran situarse las obras de Dostoevskij. Pienso, sin embargo, que la noción bakhtiniana de texto dialógico puede iluminar algunas características que de tanto en tanto salen a la superficie de los procesos inquisitoriales de brujería.

Los personajes que vemos enfrentarse en estos textos no se encuentran, como es obvio, en el mismo plano (lo mismo se podría decir, aunque en un sentido diverso, para los antropólogos y sus informantes). Esta desigualdad en el plano del poder (real o simbólico) explica por qué la presión ejercida por los inquisidores para arrancar a los acusados la verdad que buscaban era, en general, coronada por el éxito. Estos procesos se nos presentan, fuera de repetitivos, monológicos (para usar uno de los términos favoritos de Bakhtin) en el sentido de que generalmente las respuestas de los acusados no hacen más que repetir las preguntas de los inquisidores. En algún caso excepcional, sin embargo, nos encontramos frente a un diálogo vero y propio: percibimos las voces distintas, diversas, incluso directamente contrastantes. En los procesos de la región del Friuli, de los que me ocupé muchos años atrás, los *benandanti* brindan largas descripciones de las batallas nocturnas que solían combatir en espíritu, contra las brujas, para lograr la fertilidad de los campos. A los ojos de los inquisidores estos relatos no eran otra cosa que descripciones camufladas del sabba de las brujas. Pero, no obstante sus esfuerzos se necesitó medio siglo para superar la distancia entre las expectativas de los inquisidores y las confesiones espontáneas de los *benandanti*. Tanto esta distancia como la resistencia de los *benandanti* a las presiones de los inquisidores indican que nos encontramos frente a un estrato cultural profundo, del todo extraño a la cultura de los inquisidores. La misma palabra *benandante* era desconocida para ellos: su

⁹ Cfr. R. Jakobson, *Language in Operation*, en *Mélanges Alexandre Koyré*, II: *L'aventure de l'esprit*, Paris 1964, p. 273. Las cursivas están en el texto.

¹⁰ Cfr. M. Bakhtin, *Dostoevskij*, trait. Torino 1968.

significado (¿se trataba de un sinónimo de "brujo" o, al contrario, de "anti-brujo"?) fue, en cierto sentido, la puesta en juego de la larga lucha que viera contraponerse en Friuli, entre 1570 y 1650 aproximadamente, a inquisidores y *benandantes*. Al final esta disputa semántica fue resuelta por quien tenía más poder (sucede siempre así, como saben bien los lectores de Alicia a través del espejo). Los *benandantes* se transformaron en brujos¹¹.

El valor etnográfico de estos procesos friulianos es extraordinario. No sólo las palabras sino los gestos, silencios, reacciones casi imperceptibles como un sonrojarse improvisadamente fueron registrados por los notarios del Santo Oficio con una minuciosidad puntillosa. A los ojos profundamente recelosos de los inquisidores cada mínimo indicio podía sugerir una vía para llegar a la verdad. Naturalmente estos documentos no son neutrales; la información que nos dan no es para nada "objetiva". Deben ser leídos como el producto de una relación específica, profundamente desigual. Para descifrarlos debemos aprender a tomar de detrás de la superficie lisa del texto un sutil juego de amenazas y miedos, de ataques y retiradas. Debemos aprender a desenredar los hilos variopintos que constituían la trama de estos diálogos.

No es necesario recordar que en los últimos años los antropólogos se han hecho cada vez más conscientes de la dimensión textual de su actividad. Para los historiadores que a menudo (no siempre) se ocupan de textos, ésta no es, a primera vista, una gran novedad. Pero la cuestión no es tan simple. El hacerse conscientes de los aspectos textuales de la actividad del etnógrafo ("¿qué hace un etnógrafo? escribe" ha observado irónicamente Clifford Geertz)¹² implica el superamiento de una epistemología ingenuamente positivista aún hoy sostenida por muchos historiadores. No existen textos neutrales: también un inventario notarial implica un código que debemos descifrar. "Cada discurso citado", como observaba Jakobson, "es *hecho propio* y reformulado por quien hace la cita". Hasta aquí, todo bien. Pero ¿es lícito ir más allá, hasta sostener, como han hecho recientemente, de manera más o menos explícita, algunos historiadores y antropólogos (además de varios filósofos y críticos literarios) que un texto está en grado de documentarse a sí mismo, o sea el código en base al cual está constituido? El refinado escepticismo que inspira el rechazo del llamado "error referencial" no sólo lleva a un callejón sin salida: es, de hecho, insostenible. La comparación entre inquisidores y antropólogos resulta, también desde este punto de vista, iluminadora. Hemos visto ya que una realidad cultural contradictoria puede surgir también de textos fuertemente controlados como los procesos inquisitoriales. La misma conclusión se puede extender a los textos de las relaciones etnográficas.

Un escéptico radical podría objetar a este punto que un término como "realidad" (o incluso "realidad cultural") es ilegítimo: lo que está en juego

¹¹ Cfrs. de quien escribe, *I benandanti, Stregoneria e culti agrari tra Cinquecento e Seicento*, Torino 1966.

¹² Cfr. C. Geertz, *The Interpretation of Cultures*, New York 1973, p. 19.

aquí serían solamente voces diferentes al interior del mismo texto, no realidades diversas. Contestar a una objeción del tipo le parecerá a alguno una pérdida de tiempo: después de todo, la integración de diversos textos en un texto de historia o de etnografía se basa en la referencia común a algo que debemos llamar, *faute de mieux*, "realidad externa". Y, sin embargo, estas observaciones escépticas aluden, aun si es de manera indirecta, a una dificultad real. Intentemos dar un ejemplo.

En 1384 y 1390 dos mujeres, Sibillia y Pierina, fueron procesadas por la Inquisición milanesa. Los procesos se han perdido; nos han quedado solamente las dos sentencias, muy detalladas (en una es citada largamente una sentencia precedente). Estos documentos fueron descubiertos a fines del siglo pasado por Ettore Verga, que los analizó en un ensayo muy agudo¹³. Desde entonces han sido estudiados varias veces, desde puntos de vista diversos. Richard Kieckhefer, en su ya citado *European Witchcraft*, ha vinculado estos procesos con un "rito o fiesta popular"¹⁴. Esta afirmación suena como un homenaje a la desacreditada tesis de Margaret Murray, que sostenía la realidad física del sabba de las brujas: homenaje sorprendente porque bien miradas las confesiones de las dos mujeres milanesas están llenas de detalles rodeados de una aureola mística. Cada jueves solían dirigirse a una reunión presidida por una misteriosa señora, Madonna Horiente. Allí se encontraban todos los animales, que excepción del burro y del zorro; participaban también individuos que habían sido decapitados o ahorcados; en el curso de las reuniones se hacía resucitar a bueyes muertos, etc. En 1390, una de las mujeres, Sibillia, dijo al inquisidor, Beltramino da Cernusculo, que seis años antes había confesado a otro inquisidor, Ruggero da Casale, de haberse dirigido habitualmente "al juego de Diana que llaman Erodías" (*ad ludum Diane quam appellant Herodiadem*) saludándola con las palabras "bene stage Madona Horiente". Esta serie de *appellativi* (Diana, Erodías, Madonna Horiente) parece a primera vista desconcertante: pero la solución es muy simple. Tanto Sibillia como Pierina hablaban sólo de Horiente: la identificación de esta última con Diana o Erodías había sido sugerida por el inquisidor, Ruggero da Casale. Éste, a su vez, se había dejado guiar por el célebre *Canon episcopali*: un texto redactado a inicios del siglo décimo (pero que se inspira con toda probabilidad en un capitular franco) en el que se hablaba de ciertas mujeres supersticiosas definidas como secuaces de Diana y de Erodías. La misma identificación había sido aceptada como obvia por el segundo inquisidor, Beltramino da Cernusculo, que la había atribuido implícitamente a Pierina: en la sentencia se lee que ella se dirigía "*ad ludum Diane quam vos appellatis Herodiadem*" (al juego de Diana que *ustedes llaman Erodías*)¹⁵. Aparentemente estamos frente al acostumbrado fenómeno

¹³ Cfr. E. Verga, *Intorno a due inediti documenti di stregheria milanese del secolo XIV*, en "Rendiconti del R. Istituto storico lombardo di scienze e lettere", s. II, 32 (1899), pp. 165-188. Véase ahora, de quien escribe *Storia notturna. Una decifrazione del sabba*, Torino 1989, pp. 68-70 e passi.

¹⁴ Cfr. R. Kieckhefer, *European Witchcraft*, cit. p. 21-22.

¹⁵ Cfr. *Storia notturna*, cit. p. 68.

de proyección de estereotipos inquisitoriales sobre un estrato de creencias folklóricas. Pero aquí las cosas son más complicadas. Estos personajes femeninos de la religión folklórica nos llevan a una innegable unidad subterránea. Perchta, Holda, dame Habone, Maddona Horizonte son variantes locales de una única diosa femenina, profundamente ligada al mundo de los muertos. ¿Qué otra cosa era la *interpretatio romana o bíblica* (Diana o Erodía) propuesta por los inquisidores si no un tentativo de capturar esta unidad subterránea?

Sostener que los inquisidores hacían mitología comparada sería evidentemente absurdo. Pero la existencia de una continuidad entre la mitología comparada que nosotros practicamos y las interpretaciones de los inquisidores es innegable. Ellos traducían, o mejor dicho trasponían en un código distinto y menos ambiguo creencias sustancialmente extrañas a su cultura. Lo que hacemos no es, a fin de cuentas, muy distinto: no sólo en teoría sino, a veces, también en la práctica. En el caso que estamos discutiendo, por ejemplo, la documentación de que disponemos resulta contaminada por la interpretación de los inquisidores. Nuestra tarea de intérpretes parece mucho más fácil cuando, como en el caso de los *benandantes*, los inquisidores no entendían. Cuando entendían (o al menos entendían un poco más) la dimensión dialógica del proceso se atenúa o incluso desaparece: y la documentación, para quien quiera reconstruir las creencias de los acusados, parece menos valiosa, menos pura.

Pero decir "contaminada por la interpretación" es no hacer justicia a la agudeza antropológica de los inquisidores; debemos agregar "pero también iluminada". Sugerencias interpretativas más o menos fragmentarias, sugeridas por inquisidores predicadores y canonistas, nos dan elementos preciosos que nos permiten completar las lagunas de la documentación. Veamos otro ejemplo. Johannes Herolt, un fraile dominicano que desarrolló una intensa actividad como predicador hacia la mitad del siglo xv incluyó en su colección de sermones una larga lista de supersticiosos. Entre éstos estaban "aquellos que creen (*credunt*) que durante la noche Diana, llamada en lengua vulgar *Unholde*, o sea *die selige Frawn* (la señora beata) se mueve con su propio ejército, recorriendo grandes distancias (*cum exercitu suo de nocte ambulet per multa spacia*)". Esta cita ha sido tomada de una edición de los *Sermones* de Herolt, publicada por primera vez en Colombia en 1474. En ediciones sucesivas, aparecidas en Estrasburgo en 1478 y 1484, a la lista de sinónimos de Diana se añaden *Fraw Berthe* e *Fraw Helt* (este último en sustitución de *olde*)¹⁶. El texto de Herolt tenía ecos evidentes del *Canon episcopi*: hay mujeres (decía este último) que "credunt se et profitentur nocturnis horis cum Diana paganorum dea et innumera multitudine mulierum equitare super quasdam bestias, et multa terrarum spatia intempestae noctis silentio pertransire..." (sostienen que de noche cabalgan sobre ciertas bestias junto a Diana, diosa de los paganos, y a una gran multitud de mujeres; que recorren grandes distancias en el silencio de

¹⁶ Cfr. *ibid.*, pp. 78-79.

la noche profunda...)¹⁷. Pero Herolt no citó el *Canon* a la letra: lo usó como un esquema, agregando o eliminando detalles en base a su experiencia personal, o sea de aquello que podríamos llamar su trabajo de campo. La referencia a las cabalgaduras animales desaparece; algunos sinónimos de Diana, ligados a las creencias locales germánicas, fueron añadidos o sustituidos por el autor primero y luego por los editores; a Diana misma se le atribuye un ejército (*cum exercito suo*). Este último detalle es, de entre todos, el más singular. Según me parece, éste no aparece ni en los textos clásicos ni en los medievales. Esto sin embargo se explica fácilmente si se coloca en el contexto de las creencias folklóricas relacionadas, un poco por toda Europa, con la "caza salvaje" (*Wild Hunt, Wilde Jagd, chasse sauvage*) o con el "ejército furioso" (*wütischend Heer, mesnie furieuse*). En el texto de Herolt, Diana es presentada a la cabeza de un ejército de ánimas. Este texto relativamente precoz confirma la hipótesis, que he expuesto en otra parte, de una conexión entre este estado de creencias (documentadas ya en el *Canon episcopi* y luego confluidas en el *sabba*) y el mundo de los muertos¹⁸. Se podría objetar que esta interpretación coincide en un cierto sentido con la de los inquisidores o predicadores como Herolt. Ellos no eran estudiosos neutrales, no involucrados: su finalidad —no raramente conseguida— era la de inducir a otras personas (acusados, oyentes, fieles en general) a creer en lo que ellos consideraban la verdad. ¿Esta continuidad entre las fuentes y las más antiguas interpretaciones implica quizá que es imposible sustraerse al tejido de las categorías usadas por aquellos lejanos antropólogos —los predicadores, los inquisidores?

Una pregunta del tipo parece reproponer las objeciones, ligadas a una actitud radicalmente escéptica, que surgen del ya recordado rechazo del "error referencial". Es, sin embargo, verdad que en este caso nos encontramos frente a un escepticismo de dimensiones más circunscritas, que surge de las características específicas de la documentación que estamos discutiendo. Pero aun esta forma de escepticismo moderado parece injustificada. Nuestra interpretación puede ser controlada recurriendo a una comparación mucho más amplia que la que tenían a su disposición los inquisidores. Además, podemos utilizar los casos en los cuales la falta de comunicación en el plano cultural entre jueces y acusados permitía, paradójicamente, el surgimiento de un verdadero diálogo —en el sentido de encuentro no resuelto de voces en conflicto, según propone Bakhtin. Antes me he referido al caso de los *benandanti*, llamándolo excepcional. No se trata sin embargo de un caso único: la espléndida documentación sobre las "mujeres de fuera" sicilianas, descubierta algunos años atrás por el folklorista danés Gustav Henningsen en el Archivo Histórico Nacional de Madrid muestra que en la Europa del siglo XVI existían otros ejemplos documentados de creencias inmunes a los estereotipos inquisitoriales¹⁹. De modo más general

¹⁷ Cfr. *Reginonis abbatis Prumiensis libri duo de synodalibus causis et disciplinis ecclesiasticis...*, a cargo de F.W.H. Wasserschleben, Lipsia 1840, p. 335.

¹⁸ Véase ahora el ya citado *Storia notturna*.

¹⁹ Cfr. G. Henningsen, *Sicilien: ett arkaiskt mönster för sabbaten*, en *Häxornas Europa, 1400-1700*,

se debe subrayar que la difusión de un fenómeno, tal vez documentado de manera fragmentaria, no puede ser asumido como índice de su importancia histórica. Una lectura atenta de un número pequeño de documentos, conexos quizá a un núcleo restringido de creencias, puede ser mucho más iluminadora que una enorme cantidad de documentos repetitivos. Ciertamente, los historiadores de las sociedades del pasado no pueden producir los propios documentos, como hacen hoy los antropólogos o como hacían, hace tanto tiempo, los inquisidores. Pero si quieren interpretar estos documentos tienen algunas cosas que aprender de ambos.

a cargo de B. Ankarloo y G. Henningsen, pp. 170-190 (he leído el ensayo en la versión inglesa de inminente publicación).

SARMIENTO O LA MODERNIDAD RADICAL*

Carlos Ossandón B.

El análisis se centrará en la obra *Facundo* del argentino Domingo Faustino Sarmiento, publicada originalmente en Chile en el diario *El Progreso*, en 1845.

I. Esta obra se inicia con la evocación del propio caudillo Facundo. Sarmiento no llama tan sólo una figura histórica anclada en un pasado reciente (el caudillo había sido asesinado en 1835, hacía diez años), sino principalmente una leyenda o la construcción social de un imaginario. Se ve que lo que le interesa es dicha construcción o transfiguración, su "sombra terrible" (D.F. Sarmiento: *Facundo*, Biblioteca Ayacucho, Venezuela, 1977, p. 7), la capacidad de sobrevivencia del mito en el hombre y en la realidad argentinos, así como su encarnación en Rosas. Esta evocación no es un acto cualquiera. Pretende traer aquello que sustenta la condición actual de la Argentina. Lo evocado por Sarmiento posee una doble y complementaria cualidad: es socialmente elaborado y fundante. No tiene, sin embargo, desde su perspectiva, un contenido paradigmático o modélico. Su representación despierta del sueño o de la confusión, deja dispuesto, pero no constituye por sí mismo un programa orientador de nuevos comportamientos.

Pienso que uno de los nudos "que no ha podido cortar la espada" (*Facundo*, p. 9) y que explica el drama de la Argentina según Sarmiento, se vincula con la disociación existente entre lo socialmente elaborado, el secreto que esconden las tradiciones populares o el propio Facundo, y las exigencias o modificaciones que imponía el proyecto moderno-civilizador. Sin regulaciones arquetípicas, sin legados o mandatos culturales propios, el proyecto que compromete a Sarmiento tendrá que ser creado necesariamente *ex-nihilo*¹. A la ausencia de orígenes ancestrales se une el exceso de capacidad deductiva, el desarraigo y la carencia de "sentido práctico" (p. 113) que, según Sarmiento, mostró en alto grado la generación *unitaria*, inmediatamente anterior². Estos son algunos

* Ponencia presentada en el Tercer Congreso Internacional de la Sociedad Latinoamericana de Estudios sobre América Latina y el Caribe-SOLAR, Santiago de Chile 19 al 22 de noviembre de 1991.

¹ Un análisis del significado que para Sarmiento tiene el acto de escribir ante la necesidad de superar un "vacío de discurso" y de modernizar, se encuentra en Julio Ramos: "Saber del otro: escritura y oralidad en el *Facundo* de D.F. Sarmiento", en *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*, F.C.E., México, 1989.

² Arturo Andrés Roig ha examinado el cuestionamiento que la generación rioplatense de 1837 hizo a la generación de la Independencia (La Ilustración y la "Primera Independencia", en *Cuadernos Americanos*, Editorial Libros de México, México, mayo-junio, 1983). Parte de la argu-

de los factores que explican la sentida debilidad del nuevo proyecto (son asesinados los héroes de *Amalia* de José Mármol y el joven unitario es devorado por el *Matadero* de Esteban Echeverría) así como su extremo voluntarismo. A aquél no se renuncia aun cuando —dice Sarmiento— “los pueblos en masa nos den la espalda” (*Facundo*, p. 14).

Por el carácter de los elementos involucrados, el nudo trasciende la realidad argentina y la época de Rosas. El ámbito es América Latina y extremando las cosas la metafísica misma. Hemos dicho que la construcción que opera en *Facundo*, su transformación en mito, traduce un impasse bastante radical. Para el proyecto sarmientino el impasse explica una ausencia de fundamento en el plano del imaginario social. Es en este plano que se sitúa “el secreto” (p. 7) según el propio Sarmiento. Todo esto le exige superar la debilidad profunda, constitutiva, de su proyecto: su irrealidad, su falta de raíces o, lo que es lo mismo, su carácter profano, no consagrado. Hay en Sarmiento una tendencia perseverante, compulsiva, por quebrantar la opacidad natural de sus ideas, su extrañeza, para cargar a éstas de un simbolismo movilizador. No deja de tener importancia en esta dirección su reconocimiento del carácter literario y político, y no meramente histórico, de su texto, así como el hecho de que éste se abra con un signo de exclamación. Pienso que Sarmiento logra su propósito, resignificando y universalizando su ideario. Nuestro autor constata con satisfacción que su “pobre librejo” (p. 19) ha tenido la fortuna de encontrar lectores apasionados en la propia Argentina de Rosas “hasta hacerse él mismo, en las hablillas populares, un mito como su héroe” (p. 19). Sarmiento no comete el error de oponer a la capacidad de mitologización del pueblo conceptos fríos, por racionales que parezcan. El peso simbólico que hace caer sobre su ideario va más allá de un simple recurso retórico. Con este peso intenta remediar lo que no tiene y recomponer así los lazos o condiciones desde los cuales un nuevo imaginario puede ser posible. La falta de fundamento en las tradiciones o elaboraciones propias lo sustituye dando a dicho ideario una plusvalía de energía, amén de las razones explícitamente declaradas (inmigración europea, educación, prensa libre, etc.)³. Esta sobrecarga expresó una resistencia reconocida por el propio Rosas: “el libro del loco Sarmiento es de lo mejor que se ha escrito contra mí: así es como se ataca, señor; así es como se ataca”⁴. Su

mentación romántica contra la ilustración americana se mantiene en la crítica que Sarmiento hace a los unitarios. Su pensamiento es tributario de la reacción de los románticos europeos contra el siglo XVIII y la revolución francesa.

³ Sobre los modos de construcción de las categorías, la comprensión romántica de la realidad social y la “voluntad de símbolo” en el *Facundo*, ver Arturo Andrés Roig: “El *Facundo* como anticipo de una teoría del discurso”, en *Revista Argentina de Lingüística*, Mendoza, N° 1-2, 1988. Del mismo autor: “Barbarie y feudalismo en las páginas del *Facundo*”, en *Cuadernos de la Comuna*, Municipalidad de Puerto San Martín, N° 16, 1989. Sobre el valor de lo simbólico en la obra que examinamos, ver también Didier T. Jaen: “A propósito del *Facundo*”, en *Cuadernos Americanos*, Editorial Libros de México, México, marzo-abril, 1983.

⁴ Adolfo Sandías: *Historia de la Confederación Argentina*, Ed. Universitaria de B. Aires, 2a. edición, 1973. Citado en *Facundo*, B. Ayacucho, Venezuela, 1977, p. 19, nota 21.

significado es, no obstante, todavía más profundo que esa resistencia, atestiguando una apetencia ontológica, de participación en el ser.

Sarmiento encara así la enorme empresa de crear un mundo. El proyecto moderno-civilizador se enmarca en esta exigencia radical. Usando una expresión de Ricardo Rojas esta empresa manifiesta "la intensidad de su pasión"⁵. La recurrencia a Europa, el empleo de categorías fuertemente ideológicas o la aplicación del modelo de la conquista del Oeste (cita expresamente a Fenimore Cooper)⁶, no debe confundir respecto de lo que puede ser su propósito esencial. Planteadas así las cosas, el conflicto se hace más dramático todavía. Más que a la imposición de un mundo sobre otro —cuestión que admite grados de imposición o dominio, mestizajes, etc.— su deseo de mundo expresa una arremetida total, totalizadora, desbordante. Sarmiento no es sólo un rebelde. Echa sobre sí la tarea de armar un rompecabezas cuyas piezas no calzan o no están en la realidad del imaginario social. Mientras todo empuja en sentido contrario, su texto alcanza a ratos un tono delirante, como si adelantara el génesis, la creación del mundo. Tanto el nudo que se propone desatar, como su ambición más profunda, pueden hacer patente —más allá de sus especificidades o detalles— una de las constantes o *aporías* más perturbadoras de la historia política y cultural latinoamericana, y que el propio argentino contribuye a estatuir. Discrepo con Sarmiento cuando se define a sí mismo como "un ente raro"⁷ o cuando se cree ver en él tan sólo un europeizante. El deseo de mundo o la necesidad de volverlo a construir, así como la discusión sobre sus bases, principios o métodos, cruza parte importante de nuestra historia cultural. Podríamos decir que es uno de los motivos conductores del ensayo latinoamericano. La aspiración a darnos formas culturales y sociales, desde las cuales reconocernos o revalidar identidades, ha sido un factor de agitación, movilización y lucha activa entre nosotros. En la propia Argentina el problema planteado por Sarmiento, y lo que deja pendiente (el pueblo y sus tradiciones), será recogido por autores muy diversos, tales como Ricardo Rojas, Ezequiel Martínez Estrada, Eduardo Mallea, Alberto Caturelli o Rodolfo Kusch.

Quizá en otra ponencia habría que examinar cómo otros autores latinoamericanos se hacen cargo de las categorías con las cuales Sarmiento fundamenta su arremetida. Estoy pensando no sólo en José Martí quien en 1891, como es bien sabido, intentará fracturar los propios ejes y articulaciones del discurso sarmientino, proponiendo criterios nuevos de intelección y proyección, sino también en Francisco Bilbao quien en 1856 desplazará el significado de la "barbarie" y en 1863, ante la invasión de Francia a México, hará una crítica a Hegel y a Cousin, a la razón de la "civilización", a aquella que en su

⁵ Ricardo Rojas: *El pensamiento vivo de Sarmiento*, Editorial Losada, Buenos Aires, 2a. edición, 1944, p. 11.

⁶ James Donald Fogelquist: "Cooper y Sarmiento: el tema de la civilización y la barbarie", en *Cuadernos Americanos*, Editorial Libros de México, México, enero-febrero, 1981.

⁷ Cronología de Nora Dottori y Silvia Zanetti, en *Facundo*, op.cit., p. 356.

esfuerzo por reencontrarse a sí misma tiende a justificar el bombardeo de tres días a Acapulco⁸.

II. El deseo de mundo cala hondo en Sarmiento. Su propuesta se ubica en un plano elemental y fundacional. Si bien su pensamiento configura tradición en América Latina, no es por cierto el primero en advertir lo que se juega en este continente. Antes que él, Simón Bolívar supo calibrar la importancia de sentar bases o de tener un orden capaz de expresar a este "pequeño género humano"⁹.

Sarmiento carga las tintas, radicalizando todo aquello que amenaza su mundo. Pienso que no son propiamente dos mundos distintos y opuestos los que se exponen en su texto, uno más poético y bárbaro otro más racional y civilizado, cuestión que al límite abriría una esperanza de síntesis o pacto. Se asiste más bien al esfuerzo ingente, primario, de trascender lo fáctico, lo natural, e incluso la nada misma. Lo que se compromete es la posibilidad de tener una sociedad o, más básico todavía, una forma. En sus *Recuerdos de Provincia* (1850) dice: "en mi vida tan destituida, tan contrariada, y, sin embargo, tan perseverante en la aspiración de un no sé qué elevado y noble, me parece ver retratarse esta pobre América del Sur, agitándose en su nada"¹⁰. Esta aspiración encierra, en su origen, la violencia propia de todo acto fundacional¹¹. Para nacer o modernizar (que viene siendo lo mismo) había que liberar a América de todo aquello (indios, gauchos, caudillos, extensión, soledad, despoblado) que naturalmente lo impedía. La otredad de la modernidad queda definida como una no-realidad. Así se fundamenta metafísicamente el genocidio indígena.

El proyecto sarmientino no es uno más, al lado de otros posibles. Utilizando una expresión de Mircea Eliade, constituye más bien una "experiencia primordial"¹². Es la transformación del caos en cosmos. Dicha transformación requiere de un corte o ruptura, que establezca una diferencia entre lo significativo y lo que no tiene significación, entre el ser y la nada, entre "la civilización y la barbarie" en lenguaje sarmientino. Trasladada a este espacio, la posibilidad de tener una "res pública" (*Facundo*, p. 31) o una "forma civil" (p. 68) enfrenta su propia necesidad de mantención en el ser, teniendo que exorcizar la amenaza permanente de nihilización o de barbarización (pp. 70-71-74) que pende sobre

⁸ Ver Carlos Ossandón B.: "La re-signación en América Latina", en *Literatura y Libros, La Época*, 27 de enero de 1991; "José Martí: Bases para repensar América Latina", en *Mensaje*, N° 403, octubre, 1991; "La política latinoamericana de Francisco Bilbao", en *El Pensamiento en Chile, 1830-1910*, Nuestra América Ediciones, Santiago de Chile, 1987.

⁹ Simón Bolívar: "Contestación de un americano meridional a un caballero de esta isla" y "Discurso de Angostura", en *Escritos políticos*, Alianza Editorial, Madrid, 3a. edición, 1975.

¹⁰ D.F. Sarmiento: *Recuerdos de Provincia*, Editorial Sopena Argentina, Buenos Aires, 9a. edición, 1961, p. 103.

¹¹ René Girard: *La violence et la sacré*, Grasset, Paris, 1985.

¹² Mircea Eliade: *Mito y Realidad*, Guadarrama, Barcelona, 4a. edición, 1981; *Lo Sagrado y lo Profano*, Guadarrama, Barcelona, 4a. edición, 1981.

lo que es. Frente a la única alternativa posible: la cosmización, se alzan o están al acecho los demonios, las larvas, la anticultura. Facundo es un "genio bárbaro" (p. 96), que no conoce "el sentido de las palabras" (p. 247), con quien "las formas se degradan" (p. 96). La batalla se da contra "una fuerza extraña a la civilización" (p. 96), contra los "ojos negros, llenos de fuego" (p. 81) del caudillo, contra todo aquello instintivo o brutal que subyugando o dominando trastoca la construcción de la ciudad necesaria.

La operación es tan violenta como radical. Pocas veces se siente más a América que con Sarmiento. El miedo es carne viva. Dice: "La muerte, el espanto, el infierno, se presentan en el pabellón y la proclama del general de los Llanos" (p. 121). También la fascinación frente a lo temido o rechazado. Desde este miedo a lo más elemental, Sarmiento levanta la única estrategia de sobrevivencia o de salvación que le parece legítima. Se crean así las condiciones para crear o signar lo dado. "Día vendrá —anuncia— que el nombre de Rosas sea un medio de hacer callar al niño que llora, de hacer temblar al viajero en la obscuridad de la noche" (p. 237). El miedo encarnado, racionalizado, aparentemente superado por la civilización, le permite trascender o mitigar lo abismal intuido, más allá de Facundo o Rosas, en la propia poesía (p. 40). Es también el miedo, o la necesidad de cubrirlo, el que reduce el pueblo a folklore. El método de articular el discurso desde el temor original, o desde la inseguridad, liga a Sarmiento a un dispositivo que ha operado en América Latina a partir de condiciones similares. Se podría sostener que la ausencia de mundo, su precariedad o rotura, la desorientación que causa la inexistencia de dioses compartidos o legitimados, así como la vergüenza que motiva la desnudez o el vivir de prestado, constituyen fuentes de inspiración y de desasosiego importantes en América Latina.

Sarmiento deja así planteado un problema de fondo. En una carta de 1868 dirigida a José Victorino Lastarria, dice: "es mi ánimo acercarme a un orden más elevado. ¿Lo conseguiré? La situación es difícil. Toda base falta"¹³. Facundo y Sarmiento ¿no son parte del "enigma" (*Facundo*, p. 68) que él mismo se encarga de atender o resolver?¹⁴. La urgencia de contar con un orden, de tenerlo a como dé lugar, explica el confesado "delito de lesa *americanismo*" (*Facundo*, p. 229), su apelación desesperada a Inglaterra y Francia. Se puede decir que este deseo de mundo, tan desbordante en Sarmiento, es hasta el día de hoy deseo no realizado¹⁵.

La evocación es el método que propone Sarmiento. También, la búsqueda

¹³ Carta de Sarmiento, diciembre 6 de 1868, en *Correspondencia entre Sarmiento y Lastarria 1844-1888*. Anotada por María Luisa del Pino de Carbone, Buenos Aires, 1954, p. 62.

¹⁴ Santiago Montserrat: "Sarmiento y nosotros", en *Realidad*, Vol. III. N° 8, Buenos Aires, 1948, p. 184.

¹⁵ La carencia o más bien la precariedad de metarrelatos homogeneizadores e integradores, así como la visión de una realidad fragmentada, *pastiche*, sin cristalizaciones estables, ha inducido a pensar últimamente en la existencia de un cierto postmodernismo *avant la lettre* en América Latina.

de "observadores competentes" (p. 10) capaces de penetrar en una realidad singular o de leer adecuadamente a Bolívar (pp. 16-17). América Latina queda, así, abierta a interpretaciones o evocaciones nunca acabadas, múltiples, y que habrá que hacer o rehacer una y otra vez.

¿UN FUTURO DEMOCRÁTICO PARA AMÉRICA DEL SUR?

Ernesto Ottone

I. LA CENTRALIDAD DEMOCRÁTICA EN EL FIN DEL SIGLO XX

Los análisis de los procesos globales a nivel mundial son coincidentes en señalar que los ritmos de la historia se han acelerado enormemente, y que la vertiginosidad de las transformaciones en curso hacen tremendamente difícil de atrapar el sentido de estos cambios.

La rapidez del proceso de globalización, el veloz desarrollo de las ciencias y su aplicación casi instantánea a la generación de nuevas tecnologías en campos tales como el de la información, los microprocesadores, la creación de nuevos materiales y los avances en la biogenética, han dejado atrás en pocos años el paradigma productivo de la era industrial y han abierto paso a la era postindustrial, planetaria, de la información o como se la quiera llamar, que supera todas las fronteras y se extiende de manera irresistible en todo el planeta, imponiendo una competencia global del cual ningún país puede substraerse sin entrar en un proceso de rápido declive, quedando de hecho "fuera del mundo"¹.

Esta poderosa tendencia a la interdependencia y a la unidad mundial se ha visto fuertemente reforzada por el desplome de la forma comunista de desarrollo de la sociedad industrial surgida con la Revolución Rusa, configurada como bloque económico-político después de la Segunda Guerra Mundial y constituido como modelo en disputa y alternativa a la economía de mercado en el plano económico y a la democracia liberal en el plano político durante todo el período de la postguerra, llamado de guerra fría.

El proceso de reforma en curso en la Unión Soviética y el desmembramiento del espacio imperial soviético en medio de todas sus tremendas turbulencias, aparecen marcados por una aspiración predominante de sus habitantes de caminar hacia una economía de mercado y una democracia liberal, lo cual termina de quitar toda capacidad de convocatoria al modelo de planificación centralizada y a la llamada democracia socialista.

También las alternativas que se denominaron como "tercera vía" y que se ensayaron en los países del tercer mundo, protagonistas a partir de los años

¹ Para el análisis de esos procesos ver: Toffler, Alvin, *El cambio del Poder*, Plaza y Janés Editores, Barcelona 1990. Naisbitt, John; Aburdene, Patricia, *Megatendencias 2000*, Edit. Norma, Bogotá 1990. Gaudin, Thierry, *2100 Récit du Prochain Siècle*, Payot, Paris 1991.

50 de los procesos de descolonización, caracterizados por la postulación de vías intermedias, economías mixtas y formas políticas más o menos autoritarias de signo nacional, populistas o socialistas, atraviesan profundas crisis, han perdido fuerza en el escenario mundial y surgen interrogantes sobre el sentido mismo de sus propuestas.

La construcción económica y política de "liberación nacional" ha ido perdiendo su legitimidad fundacional vigente en las décadas anteriores y experimenta un fuerte agotamiento político cruzado por el estancamiento económico, los conflictos internos étnicos, religiosos, tribales, generacionales y sociales y la ausencia de autoridad y respaldo para representar sus sociedades.

Ello ha abierto pasos en Medio Oriente, África y parte de Asia a situaciones extremadamente explosivas, tanto a nivel de las relaciones entre los países como al interior de ellos y a fuertes interrogantes sobre el futuro, presentándose alternativas integristas que plantean oponerse a la modernidad y enfrentar globalmente su identidad a la de Occidente, como también alternativas de apertura orientadas a realizar un gigantesco esfuerzo dirigido a conciliar su tradición cultural con el imperativo democrático².

En América Latina y en el resto de Asia, salvo excepciones muy particularizadas como Cuba y Vietnam, la concepción de la economía de mercado y la democracia liberal predominan sin contraposición como tendencia principal de "sentido común" de organización de la sociedad.

Esta situación novedosa, alimenta naturalmente algunas visiones triunfalistas en Occidente que llegan a identificar la situación actual con el fin de la historia³, resucitando nuevos determinismos.

Como siempre, la realidad parece ser mucho más compleja. Sin lugar a dudas, las sociedades que han podido acumular los elementos científicos tecnológicos que encarnan la modernidad son aquellos del primer mundo: los Estados Unidos de América, Europa, Japón y los recién llegados de Asia y no es casualidad que esos procesos se hayan dado siempre en el seno de economías de mercado y las más de las veces, bajo sistemas democráticos clásicos. Se puede por tanto, en general, coincidir con Toffler cuando señala "...el nuevo hecho es que en la medida que las naciones hacen la transición hacia la economía supersimbólica avanzada, necesitan más autorregulación horizontal y menos control descendente. El control totalitario obstruye el progreso técnico"⁴.

Sin embargo, este mundo de la era de la información y de la postguerra fría que se está conformando, dista mucho de ser un mundo de avances simétricos y armoniosos. Si bien tiende a ser unitario, en su interior crecen las desigualdades, la pobreza y las exclusiones, no se detiene el deterioro físico del planeta y los conflictos regionales no siempre pueden ser resueltos a través de la negociación, como lo prueba el reciente conflicto del Golfo Pérsico.

² Ver al respecto: Hussein Mahmoud, *Versant Sud de la Liberté*, La Découverte, Paris, 1989.

³ Fukuyama, Francis, "The End of History" *The National Interest*, Summer 1989.

⁴ Toffler, Alvin, *op.cit.*, p. 539.

Una modernidad auténtica para todos, aparece todavía al final de un largo camino por recorrer. Las "mega-tendencias" no son entonces tan globalmente felices como las ven algunos autores, en particular Naisbitt y Aburdene, y la centralidad científica, tecnológica, económica y militar del mundo desarrollado conlleva enormes desequilibrios entre los hombres y entre los hombres y la naturaleza.

La complejidad de los efectos de esta centralidad se expresa con fuerza en el plano político-cultural. La creciente transferencia de su estilo de vida y de lo que pudiéramos llamar su cultura de masas, es también portadora de su modelo económico y de su régimen de organización política.

Esta inevitable transferencia, junto con plantear fuertes interrogantes para las autonomías e identidades culturales del mundo en desarrollo, entrega una legitimidad sin precedentes a los principios democráticos y de los derechos individuales tales como ellos se han ido comprendiendo en la tradición teórica contemporánea de las ciencias políticas.

Cada vez más, cuando se habla hoy en día de democracia, se comienza a hablar en el mundo entero de la misma cosa: de un sistema político institucional en el cual tienen validez un conjunto de reglas y procedimientos que garanticen un gobierno representativo, un electorado formado por toda la población adulta que vota sin intimidación por opciones diferentes y en donde cada voto tiene igual valor.

En dicho sistema, los derechos individuales deben ser irrestrictamente garantizados, las minorías respetadas y el pluralismo y la alternancia en el poder considerados como un valor permanente⁵.

Es a partir de ese consenso básico, compartido por unos y por otros, que se construyen las lecturas diversas, los intereses y las demandas de desarrollo democrático en el terreno económico, social y participativo.

El consenso de que las reglas y procedimientos democráticos no constituyen un aspecto "formal" sino sustantivo y real, es una tendencia mayor en la historia de nuestros días, que ha tenido un impacto tremendamente positivo para América del Sur y que le ha dado una fuerza enorme a los procesos de democratización que se llevaron a cabo en la década de los 80.

II. ALCANCES Y FRAGILIDADES DE LAS DEMOCRACIAS EN AMÉRICA DEL SUR

Hemos señalado con anterioridad que en la realidad conformada por los procesos independentistas de principios del Siglo XIX en América del Sur, convivieron dos elementos. Junto al elemento de ruptura, presente en las ideas y la acción de los sectores criollos que se escindieron de la metrópoli colonial,

⁵ Ver al respecto: Bobbio, Norberto, *Diccionario de Política*, Siglo XXI, México, 1981, págs. 496-507.

inspirados en los principios liberales de la ilustración, y en quienes predominaba la aspiración democrática-republicana, también existió el elemento de continuidad encarnado "en la persistencia en el poder real de una oligarquía de origen colonial que controla los factores productivos y que los utiliza para asegurar su dominio político⁶, aquello que con lucidez el estadista chileno Diego Portales definió como "el peso de la noche".

El Estado oligárquico, que enmarcó institucionalmente dicha realidad, combinó por tanto un discurso liberal y constituciones republicanas inspiradas en los principios de la ilustración y una práctica mucho más particularista, señorial y autoritaria donde la ciudadanía real y el manejo de la "cosa pública" se realizó al interior de una élite más o menos cerrada.

Tampoco la forma de organización estatal, que comenzó a instaurarse a partir de la segunda década del siglo xx, que por prudencia hemos denominado como Estado post-oligárquico y que albergó los procesos de modernización e inclusión social, no se expresó, salvo en Chile y en Uruguay, en una forma democrática más o menos clásica, sino que asumió formas autoritarias, caudillistas revolucionarias y populistas. Así sucedió con la Argentina de Perón, con el Brasil de Getulio Vargas, con la Revolución Nacionalista en Bolivia, con el gobierno militar populista de Velasco en Perú, con el Gobierno de Pérez Jiménez en Venezuela y con el de Rojas Pinilla en Colombia.

El sueño contenido en los análisis del desarrollismo de los años 50, que preveía que los procesos de modernización y crecimiento económico llevarían a la región por la lógica de las cosas (urbanización, escolarización, secularización) a un proceso en que la preponderancia del sistema democrático sería inevitable, no se verificó en los hechos.

Las múltiples heterogeneidades de los países de la región hicieron que la historia no siguiera las vías que marcaba la razón y la experiencia de los países centrales, sino sus propios originales y muchas veces tortuosos caminos.

El crecimiento y la modernización técnica, con poca equidad y las más de las veces con poca democracia, que se vivió en la región, generó hacia fines de los años 60 y comienzos de los años 70 lo que Lechner ha denominado "inflación ideológica", promovida "por la amenaza de disolución y de atomización del orden social traído consigo por la modernización (secularismo y marginalización)"⁷.

Tal inflación llevó a un enfrentamiento de "relatos globales" y polarizaciones que dejaban poco espacio a una cultura democrática, pues a la propuesta de liberación nacional y revolución popular se respondió enseguida, o incluso preventivamente, con la propuesta total de seguridad nacional y el estableci-

⁶ Ottone, Ernesto, "La transformación del Estado en América Latina. Desarrollo histórico y visión del futuro" en: *Diseños para el cambio*, varios autores. Ed. Nueva Sociedad, UNIFAR/PROFAL 1987, p.

⁷ Lechner, Norbert, "Problemas de la democratización en el contexto de una cultura post moderna", citado por J.J. Brunner *Diseños para el cambio*, varios autores, Ed. Nueva Sociedad UNIFAR/PROFAL, 1987, pág. 54.

miento de los regímenes autoritario-militares que caracterizaron la América del Sur de los años 70.

Este somero recorrido histórico, nos muestra la extrema fragilidad de la democracia en América del Sur como experiencia histórica concreta más allá de su invocación recurrente para cubrir situaciones de los más diversos signos.

De allí, la novedad y la importancia de la fuerza y la extensión que adquiere la aspiración democrática como fenómeno compartido y masivamente extendido, que se expresa en los procesos de transición que culminan con el fin del gobierno militar en Chile en mayo de 1990.

Cuando hablamos de la novedad en la aspiración democrática, no nos referimos a una aspiración de democratización en el sentido de mayor protagonismo popular y respuestas a demandas de justicia e igualdad, aspiración que también existió ayer en las experiencias revolucionarias y populistas; nos referimos a una aspiración inédita en su extensión a la revalorización de las reglas, las instituciones y los procedimientos de la democracia liberal a la aludida valoración sustantiva de la que solía llamarse "democracia formal".

Sin duda, una de las causas de esta revalorización es la ya referida clausura del principal referente ideológico del relato global revolucionario.

La otra, más particular y significativa, se liga a la experiencia de los regímenes autoritarios militares. Tales regímenes, con la excepción del caso brasileño primero y del chileno después, quienes llevaron a cabo efectivos procesos de modernización aún cuando con altos costos sociales y con violación de los derechos humanos, en los otros países no contribuyeron a la modernización, tuvieron altos costos sociales y violaron las libertades individuales; es decir, fueron experiencias globalmente negativas.

Fue esta globalidad negativa la que también revalorizó en definitiva la alternativa democrática y seguramente contribuyó a impedir la tentación autoritario-militar en los países que no experimentaron esos regímenes.

Los años en que se iniciaron los procesos de transición a la democracia en América del Sur son los años en que la crisis económica en un número importante de países tuvo su más alta expresión, cuando el crecimiento se detuvo, la inserción mundial de la región se hizo más desfavorable, se agudizó la concentración de la riqueza, aumentó la exclusión y la pobreza y se acentuaron la obsolescencia industrial y tecnológica y la depredación de los recursos naturales.

La aspiración democrática, que fecunda los procesos de transición democrática, extrae de las arbitrariedades vividas su revalorización de las reglas y de la crisis atravesada, sus demandas de equidad.

Pese a que los procesos de transición democrática en América del Sur no pueden ser evaluados en su conjunto, por ser algunos muy recientes (Chile, Paraguay), es posible señalar algunas características que tienen una mayor generalidad:

1. Desvalorización en todos ellos de las propuestas globales en torno a un principio articulador cualesquiera que él sea (clase, nación, ideología, seguridad

nacional) y fuerte valorización de una cultura de negociación y de compromisos que muestran una conciencia colectiva de la fragilidad de la democracia como organización política y un temor compartido de su pérdida.

Los mecanismos y utopías revolucionarias no tienen respaldo popular, como tampoco la nostalgia autoritario-militar. Fenómenos como el de Sendero Luminoso en Perú, que arranca su dimensión de una situación particular de frágil integración nacional, es leído tal como el terrorismo en Chile y la violencia en Colombia, más que como expresión ideológica, como una patología a ser enfrentada por el conjunto del sistema democrático.

2. En varios países, incluyendo algunos que no tuvieron experiencias autoritario-militar, se presentan fuertes dificultades para enfrentar la crisis económica, poder dar respuesta a las demandas sociales que tienen expresiones súbitas y violentas, lograr los equilibrios macroeconómicos que permitan un mínimo de estabilidad, controlar las hiperinflaciones, en fin, lograr un funcionamiento no patológico de la economía que permita retomar el crecimiento, consolidar los procesos democratizadores y responder a las demandas sociales.

3. La reconstrucción democrática presenta pocas novedades en términos de una institucionalización que permita reflejar eficazmente el nuevo sentido común democrático. Existen dificultades de canalización de la participación de generación de estructuras partidarias modernas capaces de evitar que "predominen las pasiones por sobre los intereses"⁸ y que se puedan construir escenarios de conflicto y negociación. Se tiende a mantener sistemas políticos con mucho de la herencia populista, con prácticas autoritarias y donde el nuevo consenso democrático no logra plasmarse en formas modernas y estables de convivencia democráticas generándose, en opinión de Touraine, situaciones⁹ en la cual la muchedumbre es la que establece una relación más y más directa con un líder, con una opinión pública desestructurada".

En palabras de María Herminia Tavares de Almeida¹⁰ ... "La consolidación de instituciones y prácticas democráticas en un terreno minado por el desorden inflacionario resulta ser un desafío titánico. Entre el personalismo populista y el desgobierno, entre la prepotencia tecnocrática y la ausencia de conducción política, entre la presidencia centralizadora y la oposición irresponsable, la democracia no puede salir fortalecida. Esta debilidad se acentúa incluso habiendo elecciones libres, participación irrestricta y una amplia competencia política sin resultados preestablecidos, tal como lo prescribe el modelo ideal".

Estas observaciones tienen sin duda una fuerte ilustración en la trayectoria de países como Perú, Argentina y Brasil.

⁸ Tavares de Almeida, María Herminia, "El reformismo democrático en tiempos de crisis" en: *Capitalismo, Democracia y Reformas*, N. Lechner, editor, FLACSO, Santiago, 1990, p. 213.

⁹ Touraine, Alain, "¿Cómo aumentar la capacidad de decisión política de los países latinoamericanos?", en: *Pensamiento Iberoamericano*, Número extraordinario, Madrid, 1991, p. 371.

¹⁰ Tavares de Almeida, María Herminia, *op.cit.*, p. 214.

4. Las demandas de los sectores más desfavorecidos de la población no están teniendo las respuestas que permitan neutralizar las tendencias regresivas de la distribución del ingreso y los efectos sociales negativos de los procesos vividos en la región.

El que estas demandas sean articuladas con dificultad por la debilidad de los sectores excluidos y segmentados no significa que no tengan grave urgencia y que potencialmente no pongan en peligro la democracia.

Las demandas hoy no son articuladas de manera alternativa y revolucionaria y admiten una respuesta gradual y por partes, pero la incapacidad del sistema político de procesarlas abre posibilidades de agregación antisistémica y se expresa ya hoy en explosiones súbitas, (reacciones violentas ante las alzas en Brasil, Argentina, Perú, Venezuela) crecimiento de conductas antisociales en los sectores marginales urbanos, particularmente entre los jóvenes, crecimiento de economías subterráneas ligadas al tráfico de drogas, elementos que pueden generar apoyo a medidas hiper-represivas de quienes ven en cuestión su seguridad.

Todos esos elementos muestran la inconveniencia de pensar que el actual sentido común democrático está instalado para quedarse en sociedades cada vez más inequitativas. El consenso actual sobre el valor en sí mismo de las reglas y procedimientos democráticos puede erosionarse y recobrar vigencia visiones que fueron poderosas en la cultura política de ayer, cuando predominaban los relatos globales mesiánicos de uno u otro signo.

III. EL FUTURO DE LA DEMOCRACIA EN AMÉRICA DEL SUR: EL DESAFÍO DE LA MODERNIDAD

De las características antes señaladas se desprende que el futuro de la democracia en América del Sur no está inscrito en una prolongación de las tendencias actuales en los procesos democráticos. Aun cuando las situaciones son diversas y hay realidades más consolidadas que otras, la modificación de tendencias en distintos grados aparece como una necesidad generalizada.

Tal modificación se tendrá que hacer tomando cada vez más en cuenta las transformaciones económicas globales y la necesidad de adaptarse a ellas de la manera más conveniente a los intereses de la región.

Las opciones autárticas hoy en día no sólo pondrían en cuestión las bases materiales mínimas para la existencia de la democracia, sino que generarían un proceso de descomposición donde probablemente solo un fuerte autoritarismo permitiría hacer funcionar las sociedades.

Generar condiciones para retomar el camino del desarrollo, que permita una inserción internacional diferente, significará un enorme esfuerzo interno de los países y también cambios en el actual entorno internacional y en la actitud de los países desarrollados, que permitan aliviar a la región de los obstáculos tremendos que significan la deuda externa y las actuales barreras al comercio internacional.

Este esfuerzo ha sido definido por CEPAL en una clave pragmática y no ideologizada como el de la transformación productiva con equidad¹¹.

En esencia, este planteamiento señala la necesidad de elevar la competitividad a través de una incorporación del progreso técnico a todos los ámbitos del proceso productivo, de tal manera de no basar dicha competitividad en los bajos salarios ni en la sola abundancia de los recursos naturales (aspectos que en el nuevo paradigma productivo que se abre paso a escala mundial tiende a perder relevancia)¹², sino a través de los elementos básicos del desarrollo que son portadores de futuro: la producción, aprendizaje y difusión del conocimiento y la calidad de los recursos humanos disponibles.

Este esfuerzo deberá ser sistémico. En el mundo de hoy, el éxito de las economías suponen no sólo buenas empresas, sino un sistema económico, social y político donde funcionen tanto el Estado como la sociedad civil, el sistema financiero y las relaciones laborales, la infraestructura tecnológica y el sistema educativo; es el conjunto de este funcionamiento lo que permitirá una inserción competitiva exitosa y estable.

Sin embargo, este impulso modernizador no anulará automáticamente, pese a sus requerimientos sistémicos, los efectos de segmentación, exclusión y desintegración, aquello que tempranamente Sunkel señaló como los efectos desintegradores a nivel nacional de la integración transnacional¹³, que las nuevas tendencias globales tienden a agudizar.

Se requerirá un esfuerzo deliberado, que contraponga la tendencia a generar sociedades duales donde algunos sectores se incorporan a la modernidad y otros la viven como exclusión.

El tema de la equidad, de la integración social, de la desegmentación del orden, de la extensión de la ciudadanía política a una ciudadanía social y económica, deberá ser parte de este esfuerzo y conjugarse con el proceso modernizador.

Es enfrentando ese doble desafío que se podrá establecer una democracia estable capaz de responder al doble requerimiento de libertad y justicia social. La búsqueda de respuesta a ese doble desafío revitaliza en América del Sur el tema de la reforma o el reformismo, tanto en lo metodológico como en lo sustantivo.

En lo metodológico, alcanza hoy actualidad la feliz intuición de Medina Echavarría cuando denunciaba, en 1975, el tabú que en esos años se mantenía contra la idea de reforma, señalando que ese tabú ponía¹⁴ "en consecuencia en olvido todo lo que en la historia se ha debido al escalonamiento paciente de sucesivas reformas oportunas que si carecen de sí misma del halo luminoso

¹¹ CEPAL, *Transformación Productiva con Equidad*, Santiago, 1990.

¹² Ver Toffler, Alvin, *op.cit.*, pp. 465-467.

¹³ Sunkel, Osvaldo, "Capitalismo transnacional y desintegración nacional en América Latina", *Trimestre Económico* 150, México, abril-junio 1971.

¹⁴ Medina Echavarría, José, "América Latina en los escenarios posibles de la distensión", *Revista de la CEPAL*, segundo semestre 1976, Santiago de Chile, pág. 62.

de las grandes fórmulas radicales, capaces ciertamente de movilizar grandes esfuerzos, no tienen que pagarse, sin embargo, con dosis cuantiosas de sacrificio y sufrimiento" y en cuanto a los contenidos, como bien señala María Herminia Tavares de Almeida¹⁵, "...El destino mismo del reformismo, al Sur del Ecuador, depende de su capacidad de formular y viabilizar alternativas de reforma capaces de compatibilizar el establecimiento de una estructura económica eficiente con niveles aceptables de bienestar social para el conjunto de la población."

El proceso de reformas dirigido a consolidar una democracia estable para el futuro de América del Sur debería entonces, entre otros, abordar los temas siguientes:

a) La necesidad de acompañar los procesos de estabilización económica y modernización competitiva con medidas redistributivas, dirigidas a los sectores que el proceso de modernización continúa excluyendo de su dinamismo, tales como el establecimiento de políticas tributarias que permitan aumentar el gasto social, la capacitación masiva a los microempresarios y trabajadores por cuenta propia, la focalización de políticas dirigidas a los grupos más vulnerables, entre otros.

b) El potenciamiento del rol socialmente compensador del Estado, dejando atrás la polémica "más Estado o menos Estado", procurando en verdad el menor Estado posible con la mayor eficacia imaginable.

Es evidente que hoy un Estado empresario y centralizador no es funcional a los desafíos de competitividad e innovación. Sin embargo, en sociedades como las de América del Sur con grandes heterogeneidades e incluso con problemas de integración, el rol necesario del Estado para asegurar las reglas y el terreno para la estabilidad económica y el crecimiento y para contrapesar las dinámicas inequitativas de la dinámica económica, no necesariamente a través de intervenciones directas, pero sí a través de mecanismos de regulación, protección y compensación en terrenos como la vivienda, la salud, la educación, resulta fundamental para aumentar las oportunidades de aquellos que los mecanismos del mercado tienden a excluir.

c) El privilegiar la concertación social como mecanismo permanente de legitimación de consensos básicos y metas compartidas.

Estos consensos básicos deben, sin embargo, tender a trasladar su razón de ser de un miedo compartido a un pasado indeseable (regímenes autoritarios, hiperinflación ideológica y polarizaciones) hacia contenidos de futuro deseable. Se deben encontrar nuevos fundamentos de unidad y solidaridad democráticas. En este sentido, la actual madurez democrática lo es respecto al pasado, pero quizás constituye la infancia de una democracia más laica del futuro, capaz de vivir sin drama conflictos de interés porque tiene en los términos de Germani¹⁶

¹⁵ Tavares de Almeida, María Herminia, *op.cit.*, p. 219.

¹⁶ Germani, Gino, "Democracia y Autoritarismo en la Sociedad Moderna" en: *Los límites de la democracia*, CLACSO, Buenos Aires, 1985.

“un núcleo prescriptivo básico” sólido, que permite escenarios de conflictos y fórmulas de negociación.

d) El impulsar el desarrollo, fortalecimiento y protagonismo de *actores sociales diferenciados*, que representen intereses particulares “...como las mujeres, los grupos étnicos, los grupos regionales, los gremios, los sindicatos, los grupos económicos”¹⁷. A esta enumeración habría que agregar y no en último lugar los jóvenes, quienes junto a movimientos de “civilización” como los consumidores y los grupos ambientalistas y ecologistas y a partidos políticos modernos darían vida a una *ciudadanía real* capaz de generar la unidad nacional como espacio común que admite y conjuga las diferencias. Un espacio en donde los legítimos particularismos no destruyan la conciencia nacional, sino la construyan sobre bases laicas que admitan como un valor la diferencia y la contradicción, y desconfíen de la uniformidad.

e) La necesidad de responder a necesidades cada vez más diversificadas y heterogéneas también en el plano político-administrativo que deben conducir a formas de organización política más flexibles, descentralizadas, atentas al “fenómeno local” y a la desagregación de la opinión pública, única manera de generar una integración nacional de cara al futuro, y que genere formas reales de participación y protagonismo, que seguramente diferirán grandemente en forma y contenido a las movilizaciones ideológicas de las sociedades de masas de la era industrial.

f) El otorgar a la educación una atención central, a la vez como factor de modernización (de competitividad auténtica) y de equidad, a través de la generación de una moderna ciudadanía que “no se agota en la esfera política del voto y la igualdad formal ante la ley” (sino más bien) “apunta a la cohesión social, a la equidad en la distribución de las oportunidades y los beneficios y a la solidaridad en el seno de una sociedad compleja y diferenciada”¹⁸.

Si Toffler, al igual que los demás analistas de la prospectiva, tiene razón y el conocimiento tiende a transformarse en la fuente de poder de más alta calidad en el mundo, no cabe duda que la transformación del actual sistema educacional, que hoy genera segmentación, en uno que tienda hacia la apertura de oportunidades, resulta central para la democracia del siglo XXI.

Finalmente, el consolidar democracias estables en América del Sur que interactúan con el mundo, plantea el tema de la identidad cultural y la modernidad.

g) Aun cuando la contradicción entre identidad cultural y modernidad no se presenta en las formas tan complejas y dramáticas como en otras regiones en desarrollo (África, Asia, Medio Oriente) y sin duda es fuertemente diferente en países como Perú y Bolivia, de fuertes culturas precolombinas y Argentina

¹⁷ Touraine, Alain, *op.cit.*, pág. 371.

¹⁸ Brunner, José Joaquín, “Una estrategia educacional para la transformación productiva con equidad” (Borrador de discusión), mimeo, Santiago de Chile, mayo de 1991.

y Uruguay, de abrumadora inmigración europea, el problema tiene plena actualidad.

¿Es que la democracia moderna integrada cada vez más transnacionalmente borraría indefectiblemente toda traza del yo nacional singular? La respuesta parecería ser positiva si es verdad que "en la economía del mundo del capitalismo contemporáneo la 'norteamericanización' aparece, por lo mismo, como un rasgo inseparable de la modernidad (y) de allá vienen los impulsos del modernismo, allá van a dar las modernidades y los modernismos que tuvieron ocasionalmente origen en la periferia"¹⁹ y si también es verdad que la "mundialización" de la cultura podría llevar a lo que alguien llamó "la insulsa estandarización de las civilizaciones" (F. Jullien)²⁰.

Sin duda, entre la visión resignada de la pérdida de toda singularidad y la perspectiva de la preservación imposible de una virginidad cultural que en verdad nunca existió, se plantea quizás otro camino: el de leer de manera positiva el mestizaje de la región, su heterogeneidad, su distorsionada capacidad de recibir lo de afuera viéndolo como opción de inserción singular. Quizás en la hibridez se encuentra ese yo que por ser híbrido tiene una mayor capacidad de existir en un mundo donde los actuales rasgos de uniformidad no son sino la infancia de una nueva diversidad. Se trataría por tanto de apostar una "democracia mestiza"²¹.

Refiriéndose a J.M. Arguedas, Adriana Valdés nos señala: "su propuesta es la de una identidad producto de una actitud de asimilación selectiva, crítica y trastocadora; una actividad astuta que parte de la conciencia de la propia identidad de origen cuyo vigor no está en el rechazo de lo culturalmente nuevo, sino en la capacidad de incorporarlo, aprovechando cuanto sea un aporte, pero sin subordinarse en cuanto a puntos de vista"²².

Quizás sea esta la forma de abordar el tema de la identidad cultural desde una perspectiva moderna para América del Sur, la de una democracia capaz de usar su mestizaje para actuar e interactuar en un mundo cambiante.

¹⁹ Brunner, José Joaquín. "Los debates sobre la modernidad y el futuro de América Latina". En: *Diseños para el Cambio*. Editorial Nueva Sociedad, UNITAR/PROFAL, Caracas, 1987, pág. 113.

²⁰ Citado por Valdés, Adriana, "Mujeres, Culturas, Desarrollo" (Perspectivas desde América Latina), CEPAL, 1991, pág. 28.

²¹ Ver: Ferrara, Pasquale, "Autoritarismi e Transizioni in América Latina", *Andes N° 10*, 1990, pág. 120.

²² Valdés, Adriana, *op.cit.* pág. 28.

LA FRONTERA CARBONÍFERA, 1840-1900

Luis Ortega¹

Las ciudades y pueblos carboníferos nacieron en un territorio allende los lindes de la presencia real del estado chileno, al punto que ya en plena "era del carbón" (1845), uno de los pioneros de su explotación, el Dr. John Mackay, luego de visitar Coronel y Lota, prefirió continuar sus trabajos "en el Andalién, al lado de la civilización y en el tranquilo puerto de Talcahuano". Respecto de Arauco, hacia 1878, se afirmaba que "antes del carbón de Lebu, la Baja frontera era salvaje" y que sólo las explotaciones hulleras la habían convertido en "una comarca civilizada"².

En efecto, la zona que más tarde devendría en la región carbonífera era, a mediados del siglo pasado, un área de "tierras nuevas" que dos fenómenos de diversa naturaleza convirtieron en un territorio de frontera³. Hasta entonces, la presencia chilena había sido tenue. Más aún, aquélla había sido una zona de tránsito a la que en el siglo XVIII huían los indios de depósito y donde en las primeras tres décadas del siglo XIX encontraron asilo los chilenos al margen de la ley⁴.

Sin embargo, desde los primeros años de la década de 1840 se inició un cambio fundamental, producto, por una parte, del creciente empuje del Estado chileno que se tradujo en una paulatina expansión hacia el sur; en ese desplazamiento, la cuenca carbonífera de Arauco constituyó el flanco occidental de la "Frontera". De otra parte, el fenómeno comprendió el inicio de la explotación de los yacimientos de carbón, la que pronto adquirió las características de empresa capitalista en su forma clásica. Se conformó así un frente pionero en un doble sentido: geográfico y económico, el que tuvo una expresión social también nueva en sus ciudades y pueblos⁵.

¹ Departamento de Historia, Universidad de Santiago de Chile. El autor agradece la colaboración de la profesora Diana Veneros en la elaboración de este estudio.

² John Mackay, *Recuerdos y apuntes. 1820-1890* (Concepción, 1912), pp. 22-23. *El Lota*, 10.III. 1878.

³ No se emplea el término "frontera" sólo en el sentido territorial; se le entiende como un fenómeno cultural en movimiento.

⁴ Mario Góngora, "Vagabundaje y sociedad fronteriza en Chile (Siglos XVII a XIX)", en *Cuadernos del Centro de Socioeconómicos*, N° 1, 1966, p. 3.

⁵ Luis Ortega, "The First Four Decades of the Chilean Coal Mining Industry, 1840-1879", en *Journal of Latin American Studies*, vol. XIV, part 1, 1982, pp. 1-32. Para antecedentes remotos, Louis de Armond, "Frontier Warfare in Colonial Chile, en *Pacific Historical Review*", vol. 23, 1954, pp. 125-132.

En términos generales, los territorios fronterizos siempre han constituido focos de atracción para los marginados⁶. De ello derivan fenómenos sociales, entre los cuales resalta el vagabundaje, el cual no fue ajeno al área entre Coronel y Lebu. Pero la emergencia de las explotaciones de carbón también contribuyó a la debilidad del arraigo en la zona. En otras palabras, la presencia del trabajo asalariado, sin convertirse éste aún en la relación social de producción dominante, comenzó a corroer las bases del régimen de producción tradicional en la zona circundante. Ese tránsito, de una forma de organización de la fuerza de trabajo a otra distinta, dio como resultado un tejido social débil, empleo ocasional, ociosidad, población flotante y otros rasgos de sociedad fronteriza. Entre éstos, el desarraigo fue de gran importancia en los primeros años de estas poblaciones y si bien en Coronel y Lota hacia fines de la década de 1860, éste constituía un problema en vías de superación, en Lebu diez años más tarde era aún motivo de preocupación. Allí la población minera se caracterizaba por una extraordinaria movilidad y con regularidad en las épocas de cosecha un importante número de trabajadores abandonaba "los piques y sus hogares con el fin de emplearse en los campos de la zona". En búsqueda de solución a este fenómeno, que no sólo devolvía al minero a la tierra de nadie, sino también restaba un importante número de brazos a las labores de explotación, se concibieron proyectos que incluían la asignación de viviendas a bajas rentas y pequeños lotes de tierra que podían "ser cultivados por los mineros en sus horas de ocio... asegurando así una población residente"⁷. Pero tales proyectos se enfrentaron a obstáculos que hicieron muy difícil su éxito: la frontera no era sólo una vivencia, sino también una imagen en el minero que contribuía a su movilidad.

Pero también los conglomerados de población del carbón constituyeron puntos de anclaje, aun cuando en su interior y periferia inmediata se presentaran los caracteres típicos de una sociedad fronteriza. La presencia de los juegos, "las carreras de caballo... las canchas de bolos, todo lo que da lugar a erigir ramadas y consumir licores"⁸, que tipifican a tales zonas, se registra desde los albores de esos poblados. Además, en torno a ellos se constituyó un mundo de seres expectantes.

Algunos eran bandoleros rurales, los que aún a comienzos de la década de 1870 constituían motivo de preocupación para las autoridades civiles. Un gran número de criminales bien armados y abastecidos de munición asaltaban y robaban en los alrededores de Arauco y Lebu, habiéndose incluso algunos plegado a y combatido con Orélie Antoine⁹. Otros eran campesinos y los demás vagos no errantes, habitantes de los extramuros de villas, pueblos y ciudades,

⁶ Góngora, p. 34.

⁷ B.P. Bidder, *Report on the coal mines of Lebu* (Manuscrito, Lebu, 1879), p. 49.

⁸ Góngora, p. 10.

⁹ Cornelio Saavedra, *Documentos relativos a la conquista de Arauco* (Santiago, 1870), pp. 252-253, 259-261.

pero siempre prontos a concurrir a aquéllos y sus bodegones, chinganas, ramadas, tabernas, canchas de bolos y reñideros de gallos¹⁰. Todos eran proclives a la bebida, pendencieros y propensos a resolver sus diferencias —entre ellos y con la autoridad— de acuerdo con su propio estilo de vida, en el que el recurso de la violencia física era algo natural. Estas características fueron heredadas por aquellos que se asentaron en los pueblos —patrones y trabajadores— quienes recurrieron habitualmente a la fuerza para solucionar problemas de propiedad y laborales.

La documentación de gobierno y la judicial, así como la prensa, ofrecen una amplia visión del fenómeno fronterizo. Éste se presentó con mucha fuerza en las décadas de 1850 y 1860, para declinar, mas no desaparecer, por lo menos a nivel de conductas colectivas, en las tres siguientes. Sin embargo, dichas fuentes no permiten cuantificar las diversas manifestaciones del problema¹¹. Indican sí, que la sociedad que se estructuró en torno a las minas de carbón, si bien no fue itinerante, tampoco se asentó firmemente en el territorio, por lo menos hasta las dos últimas décadas del siglo XIX. Pero ello no fue más que otra expresión de la estrecha relación que existe entre la marginalidad social y la geográfica¹².

Desde el punto de vista cuantitativo, la población de los centros de la zona del carbón creció, según los datos que se incluyen en el cuadro siguiente. Demás está decir que la información censal contiene gruesos errores y distorsiones,

POBLACIONES CARBONÍFERAS, 1865-1900

	1865	1875	1885	1895	1907
Arauco	-	1.181	3.452	3.008	2.540
Colico	-	-	-	3.059	3.881
Coronel ¹	4.274	8.222	6.322	9.571	13.231
Curanilahue	-	-	-	400	6.185
Lebu ²	562	5.783	3.387	5.483	3.343
Lota ³	3.636	5.467	9.891	9.568	10.732
Plegarias	-	-	-	1.559	-
Total	8.472	20.653	23.142	32.648	39.912

¹ Incluye Boca Maule, Buen Retiro, Corcovado, Merquín, Playa Blanca, Playa Negra, Puchoco, Puchoquito, Schwager.

² Incluye Boca Lebu y Lebu.

³ Incluye Colcura, Chambeque, Lota y Lotilla.

Fuente: Censos de Población, años respectivos.

¹⁰ Memorias de los Intendentes de Arauco y Concepción, de los Gobernadores de Lebu y Lautaro, 1859-1881; todos en *Memorias del Ministerio del Interior* (MI), años correspondientes.

¹¹ A los documentos señalados en la nota anterior, se agregan los volúmenes para las décadas de 1850 a 1870 del Archivo Judicial de Concepción (AJC), Sección Criminal y la prensa de Coronel, Lebu y Lota.

¹² Alastair Hennessy, *The Frontier in Latin America* (London, 1975), *passim*.

producto, en la mayor parte de los casos, de deficiencias metodológicas y, como en el caso de los datos correspondientes a 1885, debido a interferencias de orden político con fines electorales. En todo caso, esta información constituye un buen indicador de tendencias que demuestran un sostenido ritmo de crecimiento, omitido el espacio intercensal 1875-1885, que inicia una declinación a fines de siglo.

Desde el punto de vista de la evolución física de los principales centros poblados —Coronel, Lebu y Lota— éstos presentan una trayectoria común: de orígenes extremadamente reducidos, se convirtieron en conglomerados populosos con activos centros comerciales y una vida social marcada por el conflicto, el contraste y el rigor.

Lota fue el poblado de mayor crecimiento. Coronel y Lebu, luego de una década de vigoroso aumento de población, pasaron por un período de estancamiento que sólo se revirtió, en el caso del primero, a fines de siglo. Lebu, en cambio, experimentó un descenso poblacional debido principalmente a la apertura, en los años 1880, de los yacimientos de Colico y Carampangue.

Hacia 1845, Coronel era "la soledad más completa (y) ni un rancho se encontraba en sus playas... pero en las lomas vecinas se veía una que otra habitación, donde vivían los primeros moradores que por ahí se establecieron en pequeños lotes de terrenos comprados a los indios primitivos que aún poblaban esos contornos en reducido número". Lota presentaba un panorama muy similar; allí, en el sector que más tarde sería conocido como Lota Alto, ya se explotaban algunas "bocaminas", en torno a las cuales se habían construido algunas precarias viviendas¹³.

Diez años más tarde, los caseríos se habían transformado en pueblos que bordeaban los mil habitantes. Coronel fue descrita entonces como "una bonita población que prospera día a día". Lota, en cambio, fue calificado como un "pueblo mezquino, ahogado en su crecimiento por hallarse rodeado de un sólo establecimiento cuyos intereses todo lo absorben(sic)". En realidad, se trataba de poblaciones pequeñas con limitado desarrollo de infraestructura¹⁴.

A partir de los últimos años de la década de 1850, Coronel y Lota experimentaron un rápido desarrollo poblacional y físico, producto del acelerado crecimiento de la explotación de carbón¹⁵. Así, durante los años sesenta no sólo creció el número de habitantes, sino también se trazaron calles y plazas y se instalaron las primeras escuelas y hospitales, los que si bien mostraron deficiencias, cubrieron necesidades apremiantes. Asimismo, en esos años aparecieron las primeras iglesias. Por otra parte, las primeras viviendas poco a poco comenzaron a dar paso a dos tipos de construcciones habitacionales; en primer lugar, a las viviendas erigidas por las empresas para su personal técnico

¹³ Mackay, pp. 22-23.

¹⁴ Paulino del Barrio, *Noticia sobre el terreno carbonífero de Coronel i Lota i sobre los trabajos de explotación en el emprendidos* (Santiago, 1857), pp. 98-99.

¹⁵ Luis Ortega, *La industria del carbón de Chile entre 1840 y 1880* (Santiago, 1988), pp. 68-75.

—mayoritariamente compuesto por extranjeros— y personal administrativo: sólidas y con comodidades básicas, como chimenea y cocina¹⁶. Por otra parte, aparecen las viviendas de la masa de mineros, que dada su precariedad, fueron descritas como un conjunto de “miserables chozas”¹⁷.

Desde los primeros años de la década de 1870, la empresa implementó en Lota un amplio plan de reestructuración en el sector alto, el que consultó la construcción de viviendas de “ladrillo, cemento, teja i chimenea” —que eran galpones divididos en doce “departamentos”— y la nivelación y pavimentación de calles con adoquín, mejoramiento de aceras y alumbrado público con gas en los sectores más concurridos. A pesar de ello, pocos años más tarde, en 1886, se decía que las casas de Lota Alto, “esparcidas por aquí y allá, presentaban el aspecto de la más horrorosa miseria”¹⁸.

Junto con ello, en esa década florecieron nuevos pueblos mineros. Entre otros, Lebu. Fundado en 1860, hacia 1875 se había convertido en un pujante centro minero-comercial. Las aldeas de Puchoco y Puchoquito, asociadas a las explotaciones iniciadas por William G. Délano y Federico Schwager, crecieron en población y, en el caso de la segunda, se organizó acorde con el modelo de las villas carboníferas inglesas —tan fielmente— al punto de llegar a parecer un “rincón trasplantado del condado de Durham (N. E. de Inglaterra)”. En efecto, la “Compañía de Carbón de Puchoco” edificó extensos galpones “bien contruidos de ladrillo o adobe i techo de teja...divididos proporcionalmente, teniendo cada departamento su respectiva chimenea”. Además, la empresa entregaba a sus trabajadores agua y carbón gratis. Sin embargo, todo aquello no compensaba la realidad de “escualidez y suciedad, comunes a todas las aldeas mineras”. La mayor parte de las calles de estos poblados eran lugar de entretención para los más pequeños; en ellas (campeaba) el trompo, la pelota, el volantín i todo aquello que la juguetona e infantil inteligencia del niño concebía¹⁹.

Hacia fines de siglo, tanto en Coronel como en Lota, algunos sectores de la planta urbana experimentaron importantes mejoras que los diferenciaron del resto de la población. Coronel era entonces una bullente ciudad dotada de servicios básicos tales como hospital y lazareto, y de mercados bien abastecidos de pescado fresco, verduras y carne a precios bajos²⁰. Contaba además

¹⁶ Leonidas García, “Estado actual de las minas de carbón fósil de Lota i Lotilla en la provincia de Concepción”, en *Anales de la Universidad de Chile*, 1861, p. 29. Martín Palma. *Un paseo a Lota* (Valparaíso, 1864), pp. 119-120.

¹⁷ Robert N. Boyd, *Chili: sketches of Chili and the Chilians During the War 1879-1880* (London 1881), p. 38.

¹⁸ José Angulo “Una excursión a Lota”, en *El Mercurio*, 2.XI.1876. Boyd, p. 12. Francisco Marcial Aracena, *Apuntes de viaje* (Valparaíso, 1884), p. 291. Albert Davin, *50.000 milles dan L’Ocean Pacifique* (Paris, 1886), p. 138.

¹⁹ Quinto Censo Jeneral de Población, 1875 (Valparaíso, 1876), pp. 92-93. Aracena, p. 338. Boyd, p. 36. *El Imparcial*, 5, 1.1888.

²⁰ William H. Russell, *A Visit to Chile and the Nitrate Fields* (London, 1890), p. 35.

con numerosas "amenidades"; entre éstas, su teatro, punto focal del centro ciudadano. En este sector se habían erigido buenos edificios construidos con ladrillos manufacturados en las fábricas de los alrededores. Entre los edificios más notables se contaban el de la aduana, la estación, la casa de ingenieros del ferrocarril y los edificios públicos. La plaza estaba bien trazada y adornada con una elegante torre de reloj. Contigua al sector central y en calles polvorientas, se situaba un área comercial, donde predominaban los apellidos alemanes, españoles, ingleses e italianos. También allí, pero bordeando con los últimos sectores habitacionales, se agrupaban bares, cafés, salones, casas de empeño y prostíbulos; esa era la zona donde Coronel concentraba sus "defectos, los que en todo caso no alcanzaban a llegar al ojo del observador"²¹. En los arrabales, el aspecto de la ciudad cambiaba dramáticamente. Allí, donde encontraban su refugio los más pobres, los elementos con que se construían las casas recordaban a los del campo: caña, estera, arcilla y barro —los materiales más baratos— y su apariencia miserable no era siquiera mitigada por los jardines, pequeños cultivos y árboles frutales que se mantenían en cada patio²².

En Lota, cuya población había aumentado en forma importante, se había acentuado el contraste entre el sector Bajo y el Alto. El primero, si bien poseía una planta regular, era de construcciones desordenadas y de mala calidad, las más. Su nutrido comercio, del cual también participaban numerosos extranjeros, lo hacía un poblado muy activo; sus numerosos lugares de entretención constituían un compacto núcleo en el sector sur-poniente. Allí, en forma más marcada que en los alrededores de la plaza, las construcciones eran desordenadas y precarias. Las calles y aceras no conocían de cuidados, por lo que en verano se cubrían de nubes de polvo mientras que en invierno se convertían en lodazales difíciles de transitar²³. Lota Bajo era por el día un activo centro comercial y administrativo; por las noches, su vida estaba dominada por la algarabía, las diversiones y el alcohol. Y también por las riñas, los asaltos y los robos: como en el título de una canción, muchas décadas más tarde, la noche era brava en Lota²⁴.

Lota Alta, en cambio, a pesar de su trazado irregular definido por la topografía, era una zona de construcciones de mejor calidad, si bien diferenciadas. El área habitada por el personal técnico, los gerentes y la capa administrativa superior, era de buenas casas que rodeaban a los edificios de la empresa; una zona de transición donde se encontraban la iglesia, el teatro y el comercio, la separaban de los galpones que constituían las habitaciones de los mineros. Las calles estaban asfaltadas y las aceras pavimentadas y aún cubiertas por baldosas en algunos sectores²⁵.

²¹ Ibid., p. 36.

²² Ibid.

²³ La prensa local informaba a menudo acerca de estos problemas.

²⁴ Véase la prensa local a fines de siglo. La referencia es a la canción de Patricio Manns "En Lota la noche es brava".

²⁵ Aracena, p. 291. Boyd, p. 12.

Hacia el mar, se encontraba el ya famoso "Parque de Lota", notable por sus hermosos y bien trazados jardines; en su centro, el "palacio", la "apoteosis del estuco" o la "más grande ofensa al ojo del visitante"²⁶: la mansión de doña Isidora Goyenechea de Cousiño.

Mas, si bien los últimos años del siglo XIX evidenciaron progresos tangibles —entre ellos la habilitación de hospitales, un mayor número de escuelas y un considerable número de mejores habitaciones—, algunos problemas de larga data siguieron vigentes; unos atenuados, otros con la misma fuerza. Entre éstos, problemas atinentes a vivienda, salud e higiene y educación, en el ámbito de las condiciones materiales y de los servicios públicos. En el ámbito social, problemas derivados del desorden, alcoholismo, violencia, prostitución, desarraigo y criminalidad.

En términos generales, la habitación de la mayoría de la población, aun de aquellos que la recibían de las empresas, era deplorable. La vivienda del minero y su familia era de reducidas dimensiones, sin agua potable, alumbrado o servicios higiénicos y desprovista de ventanas. Una habitación servía de cocina, comedor y estar; otra de dormitorio para toda la familia, generalmente numerosa. Los alrededores inmediatos servían de botadero de basura y escusado. Sin duda, este factor explica, en gran medida, los agudos problemas de higiene y salud que aquejaban a estas poblaciones. Si las condiciones higiénicas eran deplorables, asimismo era la promiscuidad inevitable²⁷. La alta incidencia relativa de casos de incesto, estupro y violencia contra mujeres, que registra la estadística a lo largo del período 1861-1900, confirma este rasgo²⁸.

Las deficiencias en la higiene no estaban confinadas a las precarias viviendas de los pobres en donde, en todo caso, éstas llegaban a extremos. Salvo los sectores más desarrollados desde el punto de vista de su infraestructura (los menos) el resto de los pueblos padecía de los efectos de condiciones —a tal punto precarias— que en 1896 un periódico local las calificaba de "muy envenenadas"²⁹. El listado de males, cuya continuidad los hace cubrir el período 1855-1890, era largo e incluía problemas en el abastecimiento de agua potable, la eliminación de aguas servidas y materias fecales que, a la usanza de todas las poblaciones nuevas, se hacía en cualquier lugar en las cercanías de las viviendas. Asimismo, el de la basura y otros, como los originados por los mataderos clandestinos y la adulteración y mala calidad de los alimentos. Este último factor, expresado en la venta de carne en mal estado, de azúcar, leche y vino adulterados, de carne de perro por de oveja, de tabaco mezclado con hierbas y en el uso de pesos y medidas fraudulentos³⁰.

²⁶ Russell, p. 37.

²⁷ Las referencias a estos problemas en la prensa y en las memorias de los gobernadores son frecuentes durante todo el período 1860-1900.

²⁸ *Anuario Estadístico de la República de Chile*, años 1861 a 1899.

²⁹ *La Esmeralda* (Coronel), 13.I.1896.

³⁰ Del Barrio, p. 96. *El Lotino*, 4.X.1896. *La Esmeralda*, 10.IV.1880, 5.VI.1898, 15.VI.1899, 9.IX.1900. *El Picaflor* (Lebu), 13.IV.1874.

El agua consumida por la mayoría de la población muchas veces ya había sido empleada por un nutrido contingente de lavanderas, o en ellas se habían vertido basuras y aguas servidas. Los desechos eran arrojados en cualquier lugar, a tal extremo que, en el año 1899, la playa del sector llamado Chillancito en Lota era un verdadero "botadero de basuras", como también lo eran numerosas calles y los sitios eriazos. Por su parte, los mataderos clandestinos existentes en todos los poblados causaban serios problemas debido a la eliminación de desechos que creaban focos infecciosos y de malos olores³¹.

No sorprende, entonces, que los problemas de salud fueran de tal seriedad, que la propia autoridad se vio obligada a declarar en 1877 que, en Coronel y Lota, "el estado sanitario de la población (dejaba) mucho que desear". En el año 1879, el Intendente de Lebu hacía comentarios similares, indicando que ello no sólo se debía a las precarias condiciones de vida, sino también a las altas demandas físicas impuestas por las faenas; ya entonces, los efectos de dos años de crisis habían agudizado las deficiencias³².

Las enfermedades más comunes eran las "afecciones de las vías respiratorias, laringitis, bronquitis, pneumonías, pleuresías... reumatismo articular agudo, la tuberculosis y tisis que todos los años exige un gran número de víctimas i las afecciones de las vías digestivas reinantes con preferencia en el verano, como gastritis, catarros gastrointestinales i diarreas fatales sobre todo para los niños de poca edad"³³. No mencionados por el Intendente, pero no por ello menos perniciosos, eran los efectos de las enfermedades venéreas como resultado de la temprana y extensa práctica de la prostitución. Ya en 1857 se señalaba que la "enfermedad endémica más común (era) el mal venéreo", cuya incidencia en el total de las enfermedades registradas se mantuvo alta hasta fines de siglo³⁴. Este problema fue causal de gran inquietud y debate. En 1875, alegando en favor de la reglamentación de la prostitución, un diario informaba que "el doctor Ramón Allende Padín (había) dado a luz en un cuadernito un trabajo utilísimo para la juventud", con el título de *De la reglamentación de la prostitución como profilaxis de la sífilis*³⁵.

Asimismo, junto con las enfermedades enumeradas, las poblaciones eran diezmadas con regularidad por epidemias. "Desapareció la viruela, pero vino la difteritis (sic), conocida con el nombre vulgar de "membrana", decía en informe el intendente de Arauco en 1879³⁶. En efecto, las epidemias causaban estragos —"mortandad considerable" según la autoridad— sobre todo la viruela, cuyo paso se registró en 1857, 1865, 1877, 1880, 1888, 1890 y 1897.

³¹ Este era un problema recurrente; un amplio reportaje en *La Esmeralda*, 11. iv. 1880.

³² Archivo del Ministerio del Interior (AMI), vol. 792, pieza 48, foja 1, Memoria del Intendente de Concepción, 18. iv. 1877. AMI, vol. 793, pieza 32, Informe del Intendente de Arauco, 1. v. 1879.

³³ AMI, vol. 792, pieza 48, foja 3.

³⁴ Del Barrio, p. 151. A pesar de los numerosos problemas que creó el ejercicio indiscriminado de la prostitución, sólo se reglamentó su práctica en el año 1900; *La Esmeralda*, 1. iv. 1900.

³⁵ *La Esmeralda*, 10. v. 1875.

³⁶ AMI, vol. 793, pieza 32.

La mortalidad cobraba naturalmente su mayor número de víctimas entre los niños de 0 a 8 años. Con todo, un cálculo inicial para períodos de normalidad, es decir sin epidemias, sitúa en alrededor de 60 por ciento la muerte de menores en el total de decesos³⁷.

A pesar de los esfuerzos de las compañías, de la autoridad y de la Junta de Beneficencia del Departamento de Lautaro por mejorar las condiciones higiénicas y dotar a los pueblos de hospitales, estos problemas sólo habían sido atenuados a fines de siglo.

Junto a tales dificultades, las durísimas condiciones de trabajo y los frecuentes accidentes en las minas y en la superficie, que derivaban en numerosas muertes y mutilaciones, imponían una existencia precaria. En efecto, los antecedentes antes mencionados perfilaron el escenario de una vida cotidiana caracterizada por una fuerte carga de violencia. Esta era, por una parte, la expresión de una actitud de vida y, por otra, una manifestación de rebeldía. Sólo el tiempo morigeró, mas no eliminó, ese rasgo tan propio de los pueblos del carbón.

Un factor que contribuyó en gran medida a imponer un sello de violencia en la vida cotidiana fue la amplia y temprana difusión de lugares en los cuales la población masculina encontraba entretenimientos. Los billares (con y sin expendio de bebidas alcohólicas), las chinganas (con y sin canto), los bodegones, las canchas de bolos, los despachos de licores, las cervecerías y los reñideros de gallos, eran numerosísimos³⁸. La clientela —al decir de la prensa— era masiva, especialmente los sábados y domingos después del pago quincenal³⁹. En estos negocios se producían grandes aglomeraciones e incidentes que, de lo más insignificante, podían pasar a desórdenes que convulsionaban a pueblos enteros.

En un vivo recuento de estas prácticas, en 1872 el Gobernador de Lebu informó al Ministro del Interior que la fuerza de policía a su disposición no podía mantener el orden en un pueblo en que, "desde el sábado hasta el domingo a las 10 p.m., el gran número de chinganas, que no baja de 35, (eran) invadidas por los dos mil mineros de los diferentes establecimientos carboníferos...siendo...imposible sofocar los desórdenes sin la ayuda de la tropa armada"⁴⁰.

Un año más tarde, el Gobernador de Arauco se vio obligado a dictar un bando en el que disponía

que todos los mineros entregasen las armas de fuego que muchos de ellos tenían en

³⁷ Cálculo basado en datos del Anuario Estadístico.

³⁸ Un registro de estos establecimientos en los pueblos y villas de Arenas Blancas, Colcura, Corcovado, Coronel, Laraquete, Lota Alta, Lota Bajo, Patagual, Playa Blanca, Puchoco, Puchoquito y Yovilo en el año 1881, arroja un total de 268; dato en "Matrícula de las diversiones públicas", en *La Esmeralda*, 12.1.1881.

³⁹ El recuento acerca de este aspecto de la vida diaria es nutrido en la prensa durante todo el período en estudio; también en la documentación oficial (véase nota siguiente).

⁴⁰ Memoria del Gobernador de Lebu 1872, en MI 1873, anexos, pp. 71-72.

*su poder i en un plazo determinado, para evitar por este medio cualquier avance o desorden en jente que en medio de sus libaciones no reconocen más que sus perversas i malas inclinaciones*⁴¹.

No eran estos problemas de fácil solución. Todavía en 1875 el Gobernador de Lebu señalaba que, a pesar de aumentos en la dotación policial —hechos posibles por aportes de los empresarios— la custodia del orden estaba “mui lejos todavía del pie en que debe colocarse la policía en esta ciudad, donde se reúnen hasta mil mineros los domingos, fuera de los numerosos habitantes de los campos vecinos”⁴².

En aquellos lugares todo era permitido. Con regularidad se producían “riñas callejeras” entre mineros a manera de entretención, o escándalos por parte de las “mujeres perdidas” que, en Lota, dominaban la calle Cousiño. Tales sucesos eran seguidos por gran cantidad de público y, en la mayoría de las ocasiones, se acusaba a las chinganas de ser lugares en donde se cometían “grandes desórdenes”⁴³. Pero estos incidentes no ocurrían sólo allí.

También tenían lugar en las ramadas y carpas que se instalaban en los márgenes de las canchas de “carreras a la chilena” que existían en las inmediaciones de los pueblos. En la de Yovilo, inmediata a Coronel, se erigían numerosas ramadas y carpas cuyo atractivo eran “las tonadas y la popular zamacueca, las empanadas fritas, cazuelas, mistela, cerveza, etc.”. También allí “algunas parejas de bípedos, decididos sin duda por el box, ejercitaban la pujanza de sus puños, dándose varios trucos, por donde Baco les dejó entender”⁴⁴. Las ramadas seguían vigentes a fines de siglo y aún se les tenía por sitios de perdición, en donde se cometían “crímenes i otros desórdenes”, lugares de embriaguez y centros de orgías⁴⁵.

Pero un incidente menor, como el arresto de un compañero de juego o la orden de cierre de un bodegón o chingana, podía con facilidad dar paso a desórdenes mayores, motines y alzamientos. Un caso ocurrido en 1863 en Lota, es ilustrativo acerca del mundo de las entretenciones y de las actitudes y reacciones colectivas de los mineros, en las que se imbricaban una solidaridad básica, con la rebeldía expresada en el desafío a la autoridad y la opción por la acción. Según el Subdelegado, Santiago Ferrer, la noche del 20 de abril

un tumulto de peones del establecimiento del señor Cousiño amotinados asaltaron al Sargento de policía José Santos Parra y a dos soldados, quitándole a los reos que conducían, que habían asaltado una casa.

Según el Subdelegado,

la resistencia fue inútil, porque la fuerza que lo rodeaba le dio a conocer (a Parra)

⁴¹ Memoria del Intendente de Arauco 1873, en MI 1873, anexos, p. 70.

⁴² Memoria del Gobernador de Lebu 1875, en MI 1875, anexos, p. 255.

⁴³ *La Frontera* (Lebu), 12. VIII. 1872. *El Lota*, 21. IV. 1878. *La Esmeralda*, 24. IX. 1882.

⁴⁴ *La Esmeralda*, 6. X. 1880.

⁴⁵ *Ibid.*, 2. I. 1889. Sesión de la Municipalidad de Lebu del 15. V. 1874, en *El Picaflor*, 20. VI. 1874.

muy pronto el peligro en que se encontraba. El soldado Juan Jara se defendió de la multitud que lo rodeaba, saliendo herido en la frente con un tajo al parecer con cuchillo o con la misma bayoneta que lograron quitarle. El soldado Bartolomé Meza concurrió en su defensa disparando su fusil, logrando herir (a bala) a Rosario Ormeño y a José Betancur en la cabeza con la culata de su fusil.

Las declaraciones de los detenidos y las investigaciones del sumario arrojan valiosos indicios acerca de varios aspectos de la vida en estos poblados, en particular acerca del mundo de los trabajadores. Registradas en los Archivos Judiciales, las declaraciones de estos testigos populares hechas frente a la autoridad, suelen suministrar noticias valiosas, auténticas y ricas sobre situaciones y cosas concretas. Los informantes proporcionan datos sobre sí mismos y sobre su medio. Con seguridad, tales testigos a veces falsean los hechos, mas siempre presentan el cuadro típico de una situación, una imagen general verdadera de lo que quieren describir tal como existe en su medio, precisamente para hacer verosímil su declaración⁴⁶.

En el caso antecedente señalan que en el incidente participaron un mayordomo de mina, un barretero, un carrero y un transeúnte que anteriormente había trabajado en las minas, pero que había sido expulsado por "robo i mal carácter". Es decir, había tomado parte un grupo representativo de trabajadores de mina y de habitantes del pueblo. Hombres de entre 25 y 30 años, solteros, analfabetos a excepción de uno, todos eran naturales de pueblos de la provincia de Ñuble (tres eran de Quirihue). Los "caudillos" —Miguel Soto y Florindo Cariqueo— no pudieron "ser habidos" por haberse fugado para el Departamento de Rere, esto es, hacia los cerros del oriente. Estas características han sido registradas en otras causas examinadas.

La declaración del detenido José Betancur (ex trabajador de Lota, soltero, analfabeto, 25 años), a pesar de haber sido hecha a la autoridad, entrega importantes datos sobre la actitud de vida del trabajador

esa noche se hallaba en casa de una mujer que por apelativo a ha oído nombrar Goloza, en cuya casa había reunidos muchos hombres que al parecer eran mineros a quien no conoció, porque hacen pocos días había llegado de Quilacoya, donde reside. Que cuando sintió un tiro de fusil salió para afuera como igualmente toda la gente que había en la casa... Que oía voces en el tumulto de peones que decían 'quitemos los presos que llevan los soldados'⁴⁷.

Las palabras de Betancur resumen lo que era la actitud de vida del minero. Dispuesto a la diversión en el pueblo después de una agotadora jornada de trabajo, inclinado a la bebida y a las mujeres (según Rosario Ormeño una había sido la causa de la reyerta), desarraigado y errante; resuelto, solidario con sus

⁴⁶ Mario Góngora, *Origen de los "inquilinos" de Chile Central* (Santiago, 1960), pp. 21-22.

⁴⁷ AJC (Criminal), legajo 193, pieza 9, Subdelegación de Coronel. Causa contra Miguel Soto, Pascuala Valenzuela y otros por insubordinación y desorden, 25.IV.1863.

similares al extremo de arriesgarlo todo, siempre propenso a sumarse a una riña.

Incidentes como el descrito declinaron hacia fines de siglo. Es que ya entonces habían aparecido en los pueblos otras entretencciones las que, sin desplazar a las tradicionales y explosivas, contribuyeron a distender la vida cotidiana. En efecto, desde la década de 1870 parece haber existido un esfuerzo concertado para introducir espectáculos y distracciones más acordes con las normas y pautas morales que los empresarios esperaban ver desarrolladas en la fuerza de trabajo. Así, las compañías fomentaron juegos como carreras, palo ensebado, rompecabezas, volantín, carreras de burros y gatos (con fuegos artificiales amarrados a sus colas y guiados por alambres). En ocasiones como la celebración de la independencia nacional o, como en el caso de Lota, en el día del cumpleaños de la dueña de la empresa, tales entretencciones eran ampliamente practicadas⁴⁸.

También se hicieron otros esfuerzos, como el propiciar la actuación de circos. En noviembre de 1877, el circo Filadelfia se presentó en Coronel y Lota con gran afluencia de público. El éxito coronó comúnmente este tipo de espectáculos durante todo el período estudiado⁴⁹.

El teatro se convirtió, asimismo, en una gran atracción. Los de Coronel y Lota registraron, desde mediados de los años 80, presentaciones de la jerarquía de la compañía "The Serpentine" de Miss Stella Follet y Aldo Martini, de compañías de zarzuelas y de magos como "el célebre prestidigitador el Conde Patrizio", entre otros, los cuales actuaron ante públicos desbordantes⁵⁰.

El deporte también fue ensayado como una forma de aplacar ímpetus. Las primeras prácticas deportivas registradas corrieron por cuenta de la población inglesa, la que desde 1882 organizó regatas. Durante el desarrollo de las mismas, algunas veces los participantes se trezaron "a lo que es combo i chope de bote a bote, saliendo agarrados" hasta la playa. A partir de 1887, la prensa registraba "desafíos" entre los clubes de cricket de Coronel, Concepción y Lota y, de tiempo en tiempo, aquellos con los "once", o equipos de oficiales de los navíos de guerra de S.M. británica al ancla en la bahía⁵¹.

Estos clubes intentaron masificar las prácticas deportivas eligiendo para ello fechas significativas, como la independencia nacional, el cumpleaños de la Reina Victoria y año nuevo. Así, el 19 de septiembre de 1893, el Coronel Cricket Club organizó "juegos atléticos" que tuvieron una concurrencia de más de dos mil espectadores y que comprendieron carreras de 100 yardas, un cuarto, media y una milla, vallas, lanzamientos de la bala, de la pelota de cricket, saltos alto y largo y carreras de ensacados, todo amenizado por el orfeón del pueblo. Mientras todas estas pruebas eran ganadas por individuos

⁴⁸ *El Lota*, 23.IX.1876.

⁴⁹ *Ibid.*, 11.IX.1877. *La Esmeralda*, años 1892 a 1896.

⁵⁰ *El Lota*, 1.II.1888. *La Esmeralda*, años 1892 a 1897.

⁵¹ *La Esmeralda*, 1.IX.1882.

de apellidos ingleses, en las celebraciones del pueblo ocurrían riñas que dejaban dos muertos y heridos⁵². Años más tarde, los mineros optaron por el football y organizaron un club en Coronel, el Francisco Bilbao, que sostenía encuentros con el Unión Internacional de Boca Maule y con el Royal Victoria de Talcahuano. Entonces ya corrían otros tiempos y los motivos parecían ser también otros, pues los visitantes de Talcahuano eran recibidos con "un saludo a los compañeros que tan dignamente nos vienen a visitar"⁵³.

Con todo, en los trabajos en las minas y en el ámbito de las relaciones laborales, los conflictos y el recurso de la fuerza continuaron y, en gran medida, desde allí se legitimó su empleo.

En efecto, los dueños de yacimiento no vacilaban en recurrir a métodos violentos con el fin de zanjar diferencias en relación a la delimitación de sus propiedades. Esto acaeció con mucha frecuencia en las décadas de 1850 y 1860, sobre todo en Coronel, en donde los lindes eran más difusos. Así, en 1861, Jorge Rojas se querelló contra un tal Scipión Borgoño por haber dirigido una "pandilla de peones que asaltaron a los trabajadores que trabajaban a cuenta suya una mina en el sector del Merquín. Ello dio lugar a que hubiese venido otra pandilla de peones del establecimiento del señor Rojas en defensa de los trabajadores del Merquín, causándose el desorden consiguiente". Ambos grupos, armados de "palos, picos y palas", se trabaron en una gresca general de la que resultaron heridos de los dos bandos. Rojas acusó al Subdelegado Santiago Ferrer de abusos en el desempeño de su cargo al haber concedido favores especiales a Borgoño y a Federico Schwager, para que éstos invadieran su propiedad y destruyeran sus instalaciones⁵⁴.

En enero de 1862, Jorge Rojas se querelló contra Federico Schwager "por delito de fuerza" y "para prevenir los hechos de vandalismo que por más de una vez ha cometido ese Schwager", el que ahora había "ocurrido a las vías de hecho i con fuerza armada (cometiéndolo) desórdenes sin ejemplo en su propiedad". A fin de cuentas, el caso quedó en nada, no sin que antes Schwager hubiese impedido con su guardia armada el ingreso del juez instructor de la causa a su propiedad⁵⁵. Sin duda, la violencia de la vida en la frontera carbonífera era manifiesta y ubicua.

En cuanto a los conflictos de la fuerza de trabajo, éstos siguieron —desde los primeros años— dos caminos hasta su conclusión: el de la huelga y el estallido con características insurreccionales.

Ambos fenómenos aparecieron, eventualmente, en forma complementaria, aunque no siempre la huelga derivó en enfrentamientos violentos. Ambas fueron reacciones espontáneas frente a situaciones que, desde el punto de

⁵² *El Lota*, I, I y 25.II.1888. *El Imparcial* (Coronel), 26.II.1888. *La Esmeralda*, 13.XI.1887.

⁵³ *La Defensa* (Coronel), 25.XII.1904, I.I.1905.

⁵⁴ AJC (Criminal), legajo 149, pieza 8, 9.VIII.1861. Legajo 155, pieza 8, 13.XII.1861.

⁵⁵ AJC (Criminal), legajo 193, pieza 1, 9.I.1862. En 1897, la familia Rojas fue acusada de asaltar las instalaciones de una compañía francesa que entonces explotaba los yacimientos de Puchoco Rojas, *La Esmeralda*, 11.VII.1897.

vista de los mineros, constituían abusos, arbitrariedades e injusticias por parte de la autoridad o los patronos. La rebeldía expresada en tales conductas se manifestó en forma temprana, esto es, junto con la estructuración de los pueblos carboníferos, según lo indican las fuentes. Fueron estallidos generados en forma abrupta, sin dirección ni trascendencia. En otras palabras, fueron movimientos propios de una etapa "pre-industrial", cuya desaparición fue tan veloz como su irrupción⁵⁶. Tales revueltas y motines pueden ser insertos en la categoría de aquellos movimientos —estudiados por varios autores— cuya base es el precepto acuñado como "the moral economy of the crowd". Esto es, la reacción inconsciente y espontánea de la multitud —en regímenes aún caracterizados por la fuerte gravitación de un modelo patriarcal de sociedad y en una fase aún precapitalista— frente a cualquier virtual amenaza al derecho de subsistir. El concepto "the moral economy of the crowd" involucra un límite más allá del cual la masa, amenazada su existencia y continuidad, reacciona con ferocidad, aunque las más de las veces desorganizadamente, frente a lo que considera fundamentalmente una injusticia o transgresión moral, o ruptura de un modelo de relaciones económico-sociales tradicionalmente respetadas⁵⁷.

La primera huelga registrada data de 1854 y está relatada en la causa seguida contra Antonio Bustos (soltero, 25 años, analfabeto, natural de Cauquenes, barretero) y José María Figueroa (soltero, 25 años, natural de Quirihue, analfabeto, barretero), por, según la acusación, "el desorden que han cometido en el mineral de Lota, sublevando a los trabajadores e impidiendo la explosión (sic) de las minas".

Con todo, los procesados tuvieron oportunidad de presentar su versión de los hechos y exponer las razones de su acción, que nunca negaron. Según Bustos, él nunca antes había estado preso, pero ahora lo estaba.

*por haber resistido él y sus compañeros a trabajar en el mineral de Lota, en razón a que no se les pagaba el mismo salario que antes i porque tampoco habían nombrado carretilleros para que sacaran el carbón*⁵⁸.

El testimonio de Bustos apunta al origen de no sólo ese incidente, sino de muchos otros que le siguieron: la modificación unilateral por parte de los patronos de las condiciones de contrato acordadas, especialmente en lo relacionado con el salario. La respuesta, que en ocasiones degeneró en violencia, fue siempre altiva. En su testimonio, Figueroa reconocía estar preso por

haberse resistido a trabajar en el mineral de Lota en razón a que le quieren disminuir

⁵⁶ George Rudé, *The Crowd in History, 1730-1848* (London, 1891), pp. 1-5.

⁵⁷ Véase James Scott, *The Moral Economy of the Peasant* (Londres, 1984). E.J. Hobsbawm & George Rudé, *Captain Swing* (Londres, 1969). E.P. Thompson, "The Moral Economy of the English Crowd", en *Past and Present*, N° 50, 1965. Louise Tilly, "The food riot as a form of political conflict in France", en *Journal of Interdisciplinary History*, vol. II, 1971. E.J. Hobsbawm, *Primitive Rebels* (Manchester, 1959)

⁵⁸ AJC (Criminal), legajo 148, pieza 9, 2. xi. 1854.

el valor de su salario, i que no sólo él, sino todos los que allí trabajan han hecho la misma resistencia.

Figueroa, de acuerdo con su declaración, se

*había comprometido con don Guillermo Lionro a trabajarle por un año en las minas, bajo ciertas condiciones que los dueños o administradores no han cumplido i que, por lo tanto, el confesante i sus compañeros se creen exonerados de seguir en el trabajo si no se les paga según sus fatigas*⁵⁹.

Bustos y Figueroa fueron sobreesidos y puestos en libertad. En otras ocasiones, sin embargo, como en las minas de Jorge Rojas, en 1857, un Subdelegado podía intentar reprimir a "todos los peones (que) habían formado un complot para no trabajar", haciendo "dar de azotes a un peón"⁶⁰.

En 1872, en pleno período de auge, la Compañía de Lota se negó a conceder un aumento de salarios como lo pedían los mineros. El resentimiento de éstos ante esa negativa fue prolongado y derivó en un estallido, coincidencia o no con el apogeo de las diversiones, en una noche de domingo, cuando "la peonada de la Compañía se amotinó y se fue sobre la tropa que había en Lota Baja, es decir, en el pueblo, resultando de la riña dos soldados heridos y dos peones y una mujer muertos"⁶¹.

Ante la gravedad de los sucesos, el propio Intendente Aníbal Pinto se dirigió a Lota acompañado del comandante de policía y de un piquete de soldados. Éstos no sólo sofocaron el motín y restablecieron el orden, sino que regresaron a Concepción con 150 peones acusados de haber tomado parte en los enfrentamientos, los que fueron enviados a trabajar a las faenas de construcción del ferrocarril⁶². Tres meses más tarde, violentos incidentes en aquellas obras dejaron un saldo de ocho muertos y grave destrucción⁶³.

El alzamiento de Lota fue considerado por la prensa como la culminación de tensiones acumuladas durante semanas, en las que se enfrentaron, por una parte, las demandas de la fuerza de trabajo y la negativa de la empresa, por otra. Es más, se aseguraba que ese tipo de sucesos podía repetirse en otros establecimientos carboníferos si no se aumentaba el salario "en proporción del alza del (precio) del carbón"⁶⁴.

En períodos de crisis, como en la segunda mitad de la década de 1870, las huelgas arreciaron ante la reducción del salario y la prolongación de la jornada de trabajo. Entonces, los conflictos que con mucha frecuencia ocurrieron en Coronel y Lota, se extendieron a la provincia de Arauco, a las minas de Maquegua, en donde se sublevaron 400 trabajadores, "porque no se les

⁵⁹ Ibid.

⁶⁰ AJC (Criminal), legajo 152, pieza 17. Querrela contra Subdelegado de Coronel Bernabé Concha por abusos, 16.xi.1857.

⁶¹ *La Revista del Sur*, 28.v.1872.

⁶² Ibid.

⁶³ AJC (Criminal), legajo 202, pieza 22, 7.viii.1872.

⁶⁴ *La Revista del Sur*, 28.v.1872. *La Democracia* (Concepción), 29.V.1872.

pagaba sus salarios". En Lota, el número de mineros en huelga a mediados de 1875 superó los mil quinientos⁶⁵.

En los años 80 se registraron nuevos movimientos huelguísticos, las más de las veces de breve duración. En algunas ocasiones el conflicto fue causado por el alza en el precio del aceite que los mineros adquirían a las compañías para sus lámparas; en otras, por los castigos y multas impuestos por las compañías en forma inconsulta, o por los allanamientos de viviendas realizados por los guardias⁶⁶.

En los años noventa, la causa más frecuente de huelga fue el continuo retraso por parte de las compañías en el pago de los salarios, los que en ocasiones se cancelaban con tres, cinco y hasta once meses de demora. Asimismo, el creciente uso de la ficha como medio de pago llevó a los mineros a "las huelgas y otros males... en señal de justísima protesta"⁶⁷.

Todos estos movimientos huelguísticos tempranos adolecieron de la falta de un alto grado de sofisticación en su organización. Las más de las veces, se carece de información acerca de sus resultados. Con todo, tuvieron un impacto tal, que llegaron a ser motivo de información en la prensa londinense⁶⁸. Es más, esas huelgas preludivieron los paros ya más organizados y de mayores dimensiones que se registraron en la zona a partir de 1902.

Más aún, anexa a la preocupación causada por tales movimientos, una nueva preocupación comenzó a afligir a los empresarios: la de una posible coordinación de los mineros con huelguistas en otras zonas del país. En efecto, la probable presencia en Coronel, en julio de 1890, de uno de los principales protagonistas de las huelgas del norte, llevó a 50 vecinos (empresarios mineros y comerciantes) a solicitar de la autoridad la adopción de medidas policiales preventivas. Ello, pues existían "fundados motivos para creer que las peonadas de los establecimientos carboníferos e industriales del Departamento" estaban dispuestas a seguir el ejemplo de las "huelgas sucesivas de trabajadores en Iquique, Pisagua, Antofagasta y Valparaíso, seguidas por saqueos y otros actos de vandalaje... que la fuerza pública ha sido impotente para sofocar en su origen"⁶⁹. La preocupación era justificada, pues ya se conocían las huelgas y los violentos alzamientos y motines que solían estremecer los pueblos carboníferos y que a veces acarrearaban secuelas inmanejables.

Ya ha sido indicado que estas eclosiones se producían a raíz de diversos motivos. A veces por conductas solidarias, o como resultado de tensiones laborales. Recurrentes en las décadas de 1850 a 1870, en las dos siguientes no fueron tan frecuentes, aunque sí más violentas.

Las más de las veces, cientos y aun miles de mineros se lanzaban a las calles

⁶⁵ *La Revista del Sur*, 12, 17 y 19.vi.1875; el diario iguala la huelga a una "sublevación".

⁶⁶ *La Esmeralda*, 12.xii.1886, 20 y 22.xii.1896.

⁶⁷ *Ibid.*, 10.v.1896, 30.i.1898 y 6.vi.1902.

⁶⁸ *The Pacific Mail*, 16.vii.1875.

⁶⁹ *El Imparcial*, 26 y 30.vii.1890.

con el fin de resolver allí situaciones que, desde su punto de vista, constituían agravios. En octubre de 1884, el arresto de algunos de ellos por ebriedad y desorden, motivó que Lota fuese remecida por un motín que derivó en varias muertes y en el incendio del cuartel de policía, no sin que antes la turba se hubiese apoderado de las armas del servicio y hubiese puesto en libertad a los detenidos. Luego, fueron saqueadas varias casas comerciales. En esta ocasión, como en otras, la policía poco pudo hacer y no fue posible solicitar auxilio a Coronel y Concepción, pues los amotinados cortaron las líneas telegráficas y el teléfono⁷⁰.

En otras oportunidades, las turbas atacaron la vivienda de algún funcionario que había tenido un comportamiento violento con algún minero⁷¹; en todas estas ocasiones existió un móvil de solidaridad entre la masa de trabajadores. Así, en 1888, nuevamente ante el arresto de algunos colegas por ebriedad y desorden, los peones de las faenas de construcción del ferrocarril a Curanilahue, auxiliados por numerosos mineros lotinos, se amotinaron y, como en 1884, avasallaron a la guarnición de policía y asaltaron su cuartel, el que, luego de ser liberados los presos, fue saqueado e incendiado. Luego, "envalentonados los revoltosos y engrosado su número con más mineros i gente del pueblo, hasta llegar más o menos a quinientos", procedieron a saquear numerosas tiendas⁷².

La respuesta de la autoridad fue siempre la misma. Dada la escasa dotación policial se solicitaba auxilio a los pueblos y ciudades vecinos. De ellos eran enviados refuerzos policiales y, desde Talcahuano, buques de la Armada con tropas. Antes de que tales refuerzos arribaran y entraran en acción, las propias empresas procedían a la 'pacificación' inicial, armando a sus vigilantes y empleados quienes arremetían contra los insurrectos. El resultado era también siempre el mismo: un saldo de muertos, especialmente mineros, de heridos y de arrestos. Más tarde, los representantes del orden se encargaban de restablecer de manera plena la normalidad⁷³.

Poco a poco, estos hechos dieron paso a otro tipo de enfrentamientos, más organizados y pacíficos. Ellos fueron propios de otra etapa, en que, si bien los pueblos y ciudades carboníferos continuaron registrando incidentes, éstos ahora aparecieron confinados a una dimensión menor y directamente relacionados con los últimos rasgos de sociedad fronteriza: el ocio, la vagancia y las entretenimientos propios de tal tipo de sociedad en formación y con tendencia a la anomia.

Los mineros continuaron enfrentando a la muerte en las minas y en las oscuras calles de las noches pueblerinas. Sin embargo, cuando los cielos nocturnos de las ciudades y pueblos del carbón fueron rotos por el cometa Biela

⁷⁰ *El Sur*, 4.IX.1884.

⁷¹ *Ibid.*, 5.III.1887.

⁷² *La Libertad Católica* (Concepción), 4.IX.1888. *El Sur*, para el mismo día.

⁷³ *La Esmeralda*, 20.XII.1896. *El Sur*, 22.XII.1896.

—pocos días antes que naciera el nuevo siglo— muchos de ellos, que no habían vacilado en enfrentarse a las armas, sintieron “un pánico terrible a los días críticos” que se avecinaban. Es más, aunque pueda parecer curioso, muchos no quisieron “trabajar ni dormir”⁷⁴. Al fin, sólo la magia y la naturaleza los doblegaron, pero sólo por unos días...

⁷⁴ *La Esmeralda*, 12.xi. 1899.

ESCRITURA DE MONJAS DURANTE LA COLONIA: EL CASO DE ÚRSULA SUÁREZ EN CHILE*

Adriana Valdés

I. INTRODUCCIÓN

En el año 1984, se publicó en Chile la *Relación autobiográfica* de Sor Úrsula Suárez, en una cuidadosa edición crítica de Mario Ferreccio Podestá, con un estudio preliminar de Armando de Ramón. En la edición participó también Mario Rodríguez Fernández, y se contó con la colaboración de la Biblioteca Nacional. Es curioso que este texto no haya suscitado mayor revuelo en el momento de su publicación, aunque algunos años más tarde concitó importante interés crítico (véase Montecino, 1987, publicado en 1990, y Cánovas, 1990).

El presente trabajo parte de la lectura de ese relato, del interés y de las perplejidades que hoy produce. Desde esa perspectiva, procura ubicarlo en el conjunto de la producción literaria de las mujeres en la época colonial, ver qué lugar tienen los relatos del convento dentro de esa producción, entrar en las convenciones que rigen dichos relatos—condiciones también de la escritura de Úrsula Suárez— y contribuir así a su más amplia difusión y lectura.

Un propósito tal vez más ambicioso, y que sólo queda esbozado, es el de pensar cómo se alteraría el actual ordenamiento de la literatura colonial si en ella comenzaran a incluirse textos hasta ahora desvalorizados o mal leídos. Ésta es una tarea que ha sido emprendida por estudiosos de la literatura colonial fundamentalmente en relación con los textos amerindios, como puede verse en la bibliografía consultada, y con un importante aporte de la investigación sobre el fenómeno de la colonización como hecho cultural en diversas latitudes. También se han producido estudios que incorporan la perspectiva del género a los estudios literarios de la época. Ambas perspectivas convergen en la consideración particular que se da a los textos producidos en condiciones culturales de desventaja, por parte de grupos de una o de otra manera sometidos. Aportan posibilidades de lectura interesantes en relación con los escritos conventuales de la Colonia, entre los que este trabajo destaca especialmente el relato de Sor Úrsula Suárez.

* El presente trabajo sigue de cerca un texto mío, "El espacio literario de la mujer en la Colonia", preparado en 1990 para el Memorial de América Latina (Brasil). Agradezco a Pedro Lastra, Patricio Lizama, Eliana Ortega, Ana Pizarro y Alberto Sandoval su amigable ayuda, sin la cual no habría tenido acceso a los materiales en que se basan ambos trabajos. Agradezco también a Sonia Montecino y a Soledad Bianchi por haberme insistido en la lectura de Úrsula Suárez.

2. LAS ESCRITORAS EN LA ÉPOCA COLONIAL

Hay pocas escritoras coloniales cuyos nombres figuren en las historias literarias. La gran excepción es, por supuesto, Sor Juana Inés de la Cruz. Su talento y extraordinaria productividad "nos ha bendecido y condenado a la vez, porque ha tenido que representar 'la voz femenina' de la misma manera que el Inca Garcilaso [...] lo mestizo y lo americano" (Adorno, 1988).

Al recorrer (por ejemplo) la *Historia de la literatura, Época Colonial*, de Cedomil Goic (1988), el nombre de Sor Juana reaparece en diversos géneros literarios. Las otras menciones de mujeres no son muchas. Hay una que provoca legendaria curiosidad, pero casi ninguna reflexión crítica: Catalina de Erauso (1585-1650), la Monja Alférez, autora de "Relación verdadera de las grandes hazañas y valerosos hechos que una muger hizo en veinte y cuatro años que sirvió en el Reyno de Chile y otras partes al Rey nuestro señor, en ábito de soldado, y los honrosos oficios que tuvo ganados por las armas, sin que la tuvieran por tal muger hasta que le fue fuerza el descubrirse, dicho por su misma voca viniendo navegando la buelta de España en el galeón San Joseph del que es capitán Andrés de Outón del cargo del señor general Tomás de la Raspu, que lo es de los galeones de la plata, en 18 de setiembre de 1624 años". Su narración es tan excepcional como su vida. Las mujeres, apartadas por su sexo de las tareas de la conquista y la guerra, carecían del espacio de las crónicas históricas. También la poesía épica era un "dominio del discurso" propio de los hombres. En teatro, sólo suele mencionarse a Sor Juana; lo mismo ocurre al hablar del romancero.

En el género autobiográfico, el nombre más conocido es *Sor Francisca Josefa del Castillo* (1671-1742), llamada la Madre Castillo, que nació y murió en Tunja, Colombia, y cuyas obras "Vida" y "Afectos" se han descrito como profundamente ascéticas y como "un conjunto de la más pura y elevada mística"¹. En un reciente libro de Jean Franco (1989) sobre el género y la representación en México, dos nombres de "escritoras a pesar de sí mismas", de monjas místicas que escriben sus experiencias a instancias de sus confesores, se añaden al de la Madre Castillo. Se trata de la *Madre María de San Joseph* (1656-1736), "religiosa augustina recoleta, fundadora en los conventos de Santa Mónica en la ciudad de Puebla y después en el de la Soledad de Oaxaca", y de la *Madre María de Jesús Tomelín* (1574-1637), "angelopolitana y religiosa, en el insigne convento de la Limpia Concepción de la Ciudad de los Angeles en la Nueva España y natural de ella", cuya historia fue escrita, a instancias de su confesor, por otra religiosa que le servía de amanuense, pero no podía revelarle qué escribía². Asunción Lavrin (1983) menciona también a *Sor María Petra de Tri-*

¹ Juan B. Bueno Medina, en el prólogo a la *Vida* de la Madre Castillo (Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, Bogotá, 1942).

² "Ambas, hija" —dice Sor María de Jesús a su amanuense— "cumplimos con la obediencia;

nidad, religiosa capuchina de Querétaro cuyas obras se conocen sólo a través de los extractos hechos por su confesor y biógrafo (1792), a *Sor Sebastiana Josefa de la Santísima Trinidad* (México), que murió en 1757, y a otras autoras. Las recopilaciones latinoamericanas no recogen todavía a *Sor Úrsula Suárez* (1666-1749), cuya "Relación de las singulares misericordias que ha usado el Señor con una religiosa, indigna esposa suya, previniéndole siempre para que sólo amase a tan Divino Esposo y apartase su amor a las creaturas; mandada escribir por su confesor y padre espiritual" fue publicada en Chile recién en 1984, bajo el título simplificado de *Relación autobiográfica*. Puede conjeturarse que éstos son sólo algunos nombres de monjas escritoras; hay (o hubo) manuscritos de este tipo en muchos conventos latinoamericanos. En este género parece haberse concentrado la escritura de las mujeres durante la Colonia, al menos si se juzga por la cantidad de autoras³.

Un primer acercamiento permite entonces distinguir quizá tres grandes grupos temáticos en los escritos coloniales de mujeres. El menos numeroso, el de los vinculados a la conquista y a la guerra, como los de la Monja Alférez o los de Isabel de Guevara (una epístola fechada en Asunción, en 1556). El segundo, copioso, como ya se dijo, el relato del convento. Y el tercero es el del acceso a una palabra más prestigiosa y con otras convenciones: la de la literatura de la época. En este tercer grupo está por cierto Sor Juana, y con ella —a una distancia muy prudente, claro— la Poetisa Anónima y la Amarilis Indiana; a más distancia todavía, varias otras, que menciona Luis Monguió, para afirmar que "Sor Juana Inés de la Cruz es una cima; pero no una cima en un páramo, sino en una cordillera"⁴.

3. EL RELATO CONVENTUAL

De estos tres grupos de textos, dos corresponden a los objetos tradicionales de estudio de las letras coloniales; el otro, en cambio, tiene una condición distinta. Los estudios literarios de la Colonia han incluido siempre crónicas y cartas, además de obras propiamente literarias, desdibujando de paso el límite

tú con la del Prelado que te manda que no me manifiestes nada y yo con la de Dios que gusta que se escriban las maravillas que por su bondad infinita ha obrado y obra en esta vil creatura..." Véase Jean Franco, p. 195.

³ En este género, el trabajo de Luis Monguió citado más adelante nombra también a la quiteña Sor Gertrudis de San Ildefonso (1652-1709), autora de "La perla mística escondida en la concha de su humildad", a la guayaquileña Sor Catalina de Jesús Herrera, nacida en 1717, autora de "Secretos entre el alma y Dios", y a doña Francisca de Tolosa, de Nueva Granada.

⁴ Doña Elvira de Mendoza y doña Leonor de Ovando, ambas de Santo Domingo; doña Catalina de Eslava, doña María de Estrada Medinilla y Sor Teresa Magdalena de Cristo, de México; doña Jerónima de Velasco y Sor Juana Mariana de Jesús, del Ecuador; Sor Juana de Herrera y Mendoza, doña Josefa de Azaña y Llano, doña Josefa Bravo de Lagunas y Villela, doña María Manuela Carrillo Andrade y Sotomayor, doña Juan Calderón y Badillo, Marquesa de Casa Calderón, todas ellas peruanas. Datos y valoraciones sobre ellas se encuentran en Monguió (1983).

entre realidad testimonial y ficción. En cambio, los escritos autobiográficos de las monjas han estado sujetos a un doble olvido. No han sido canonizados del punto de vista religioso, como lo fueron los de Santa Teresa; tampoco, entonces, han accedido al lugar de los cánones literarios. No parecen haber conocido —salvo la Madre Castillo y, ahora último, Úrsula Suárez— mayor sobrevida en cuanto a publicación. Sin embargo, al decir de Jean Franco, fue en los conventos donde se produjo una forma propia de cultura femenina en la época colonial.

Es posible pensar en los escritos de convento ubicándolos entre los más problemáticos de los discursos de la época. Si nos basamos en el perspicaz análisis de Rolena Adorno (1988 b), parecen colocarse en la contracara de los valores entonces dominantes: no pueden identificarse con "la cultura" ni con "la razón" (de ahí, como se verá, muchos de los sinsabores de Sor Juana), ni tampoco con "lo varonil, lo público, lo cortesano o lo caballeresco". Su ámbito está más próximo a "la naturaleza, la pasión, lo femenino, lo doméstico y lo rústico", es decir, a todos los rasgos desvalorizados, todos aquellos rasgos que el escritor colonial americano —Huamán Poma es ejemplo notable— procuraba borrar de su propio discurso, para apropiarse de los valores prestigiosos "de la milicia cristiana". La reivindicación del sujeto amerindio pasaba por una "desfeminización" de su imagen y de la cultura nativa, considerada inferior, cobarde y pasiva por los conquistadores, y sus estrategias eran dos: la racionalización, por una parte, y la erradicación de la magia y de la brujería, por otra.

En este contexto, los relatos de las monjas se ubican en un lugar particularmente sospechoso. Según Asunción Lavrin (1983), en los escritos de las monjas era común encontrar hechos sobrenaturales, experiencias asimilables a la mística, éxtasis; solían también profetizar, anunciar muertes, hacer milagros de alcance doméstico, ver al demonio y hacer viajes espirituales a países remotos. Los límites entre estas experiencias, la superstición, la magia y la brujería eran tenues, y cuestión de opinión. De ahí surgen muchos rasgos analizables del discurso del convento, y también las razones para explicar que estuviera sumergido durante mucho tiempo, sin formar parte de los estudios de literatura colonial. Los tiempos cambian: puede percibirse actualmente un desplazamiento del interés crítico hacia esos discursos⁵.

Dicho desplazamiento se explica mejor en el marco de la ampliación del concepto mismo de literatura, en función del cambio de los valores de las sociedades. Como dice Margarita Zamora (1987) citando a Eagleton —quien a su vez juega con una frase de una comedia de Shakespeare— "some are

⁵ Aparte de la obra de Jean Franco, existe un libro al cual lamento no haber tenido acceso: Electa Arenal y Stacy Schau, *Untold Sisters, Hispanic Nuns in Their Own Writings*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1988. Cabe citar también los trabajos de Sonia Montecino (1987, publicado en 1990) y de Rodrigo Cánovas (1990) sobre Úrsula Suárez. A estas instancias recientes es imprescindible añadir los valiosos trabajos de Asunción Lavrin, muy citados en este texto.

born literary; others achieve literariness; others have literariness thrust upon them"⁶. Es decir, puede ser que, en el momento de la producción de un texto determinado, el concepto vigente de literatura no sea suficientemente amplio como para acogerlo; en un momento posterior, el concepto de literatura puede haber variado, y haber surgido un consenso que sí otorga carácter literario a un determinado tipo de discurso. Como hipótesis, podría plantearse que el relato conventual es hoy, y dadas nuestras actuales posibilidades de lectura, un relato susceptible de leerse como un discurso literario. (Será necesario retomar este tema más adelante). Si esta hipótesis fuera correcta, podría considerarse que la escritura de las monjas es uno de los casos más notables de discursos sumergidos —ocultos, suprimidos, reprimidos— durante el período colonial.

Uno de los muchos motivos de la falta de crítica sobre los relatos conventuales (y por lo tanto, de un consenso sobre su posible valor) puede estar en su difícil relación con el tema religioso. Un José Toribio Medina, por ejemplo, miró sin interés alguno los textos de Úrsula Suárez, y apenas los menciona; Ferreccio (1984) atribuye esa actitud a su "larvado anticlericalismo". En el otro extremo, hay panegiristas o propagandistas, que hacen suyos todos los supuestos del escrito monjil, añadiendo su admiración y sus adjetivos a una glosa del texto. Hay también críticos católicos, que se sienten con escasa libertad para abordar la crítica; frases muy cautelosas, como que los textos "se aproximan a la mística" delatan una incomodidad particular. La relación entre estos escritos y la ortodoxia es, en efecto, incómoda. Abordar lo religioso en el texto, como experiencia y como tema literario, es muy difícil desde cualquiera de estas dos perspectivas. Sin embargo, el tema religioso, con todo lo problemático que pueda resultar, no puede evitarse: sería condenarse a no poder leer esos escritos.

Es posible que el interés que hoy resurge ante las narraciones conventuales provenga de que se ha creado en los últimos años la capacidad de una lectura diferente, en que oposiciones como la de clericalismo/anticlericalismo dejan de plantearse. (Sin resolverse, se desplazan, como tantas oposiciones a lo largo de la historia). La noción de un texto como espacio multidimensional en que se mezclan y chocan muchas escrituras, la noción de *imaginario*, la noción de *discurso* (por oposición a obra), la posibilidad de lecturas múltiples, entre ellas las psicoanalíticas, han ido conformando una práctica de lectura que puede efectivamente interesarse muchísimo en los avatares de este imaginario colonial femenino, inserto en el primero de los grandes macrorrelatos que tuvieron vigencia en América Latina: el macrorrelato religioso⁷. Podríamos tal vez imaginar este macrorrelato como un enorme altar barroco americano, en que

⁶ La frase es originalmente de *Twelfth Night*: "some are born great; others achieve greatness..."; etcétera.

⁷ El macrorrelato religioso, según Jean Franco (1989), fue sustituido por el macrorrelato nacionalista y luego por el macrorrelato de la modernización, en el caso de México.

todas las urgencias y pasiones humanas encuentran un lugar —sólo que los lugares son completamente distintos a los producidos por nuestro imaginario actual. Desde ese punto de vista, resulta una tarea fascinante rastrear, en estos textos conventuales, la trayectoria de la imaginación y del deseo de las mujeres en un marco decididamente *otro*. La experiencia de lectura a que ellos invitan no es principalmente la de identificación emotiva —aunque el encanto sorprendente de un texto como el de Úrsula Suárez pueda de pronto producirla, a través de los siglos— sino una experiencia más bien cognitiva: contrastar las expectativas del texto con las propias, sorprenderse, cuestionar los propios supuestos.

4. EL MARCO DE LA ESCRITURA DE MONJAS

a) *El imaginario canónico: el guión común de los relatos autobiográficos*

Aparte de los hechos sobrenaturales y maravillosos que Asunción Lavrin (1983) indica como propios de los escritos de las monjas —voces divinas, éxtasis, profecías, viajes espirituales, incluso estigmas, en algunos casos— los textos se caracterizan, dice, por un aire de abatimiento, de melancolía. Esta observación se confirma al leer *Mi vida*, escrita por la Madre Castillo. “Si el Esposo está cubierto de ofensas”, decía un libro de ejercicios espirituales dedicados en esa época a las religiosas, “la esposa no debe rodearse de risas. La vida religiosa se emprende para asumir el sufrimiento del Esposo”.

El título del capítulo xxxiii de la vida de la Madre Castillo puede servir de resumen de muchos otros, e ilustrar el vínculo entre tormentos, religiosidad y hechos sobrenaturales: “Reitérase la persecución de las criaturas. Enviuda su hermana, y pretende entrar al convento, y sufre mucho por esto la Madre Francisca. Deseo de padecer males corporales. Consíguelo. Aparécese Satanás, y con especiosos racionios le causa, como a Job, tormentos indecibles” (p. 123). Hasta la tranquilidad ocasional, la paz espiritual, se siente como culpable. “Como yo me hallara con grande dilatación y paz del alma, sólo fiada y asida de Nuestro Señor, y me pareciera andar mi alma por unos hermosísimos campos, que entendía ser el ejercicio de las virtudes, en compañía de Nuestro Señor, un día me pareció que llegándose mi alma a su Señor, entendía esta pregunta: *¿Quieres tú reposar en mí, o que yo descance en ti?* Conocía que el descansar... que se llamaba en el alma era enviarle trabajos, y se sentía inclinada a que Nuestro Señor descansara en ella” (p. 138). La fórmula del Señor era por demás ambigua; en ese esquema, el alivio era éticamente imposible, y el deseo del alma de la Madre Castillo correspondía al sacrificio como clave de la vida monástica y como *leitmotiv* de ese camino de perfección.

En este sentido, la relación autobiográfica de Úrsula Suárez aparece como muy excepcional, dado el temple de la autora: era una monja que se “finaba de la risa”, como decía ella, sin dejar por eso de amar, en su muy particular y galana manera, al Dios Esposo.

Jean Franco contribuye también a caracterizar algunas de las convenciones de un género: el de la narración de la propia vida, pero contada como material de una hagiografía posible. En las narrativas de las monjas encontramos infancias excepcionales, con un agudo sentido de haber sido elegidas por Dios, y muchas veces con fuerte rechazo a la familia natural, para preferir la familia del convento (lo que, desde la perspectiva de estos relatos, era signo de virtud). Hay casos de niñas de vocación precoz, que querían ir al convento a los cinco años, antes, incluso, que la precoz Úrsula. Durante las infancias, habrá episodios en que interviene el demonio. Y en todas las historias el arrepentimiento es principal: puede ser un gran episodio, equivalente a una conversión, aun estando ya de monjas profesas, o puede ser un tema recurrente. Todos estos rasgos están presentes en la narración de la monja chilena, que en esto se ciñe al imaginario canónico.

De todas las convenciones del género, la más importante es decir que se escribe por obligación, para cumplir con el confesor, y quejarse por el trabajo y el disgusto que significa tanto la escritura como la revelación de intimidad que éste implica. Es útil profundizar un poco en esta escritura obligada y en sus consecuencias.

b) *La palabra obligada: el papel del confesor*

Las monjas escribían su vida a exigencia de su confesor. Las motivaciones declaradas de los confesores eran varias. Una, la de dar a conocer a los demás las virtudes de la monja en cuestión, para ejemplo; así, el confesor hacia los elogios fúnebres, o escribía la vida de la monja, para lo cual la escritura de ella servía como material bruto. (A propósito de la palabra bruta o inmediata, decía Blanchot que "es extremadamente reflexiva, está cargada de historia, presenta lo absolutamente extraño..."). El proceso de *editing*, montaje y otras formas de manipulación de este material bruto, hasta transformarlo en ejemplo de conducta, debe haber tenido aspectos de gran interés para el análisis ideológico.

Otra motivación es expresada textualmente así: "Porque como buen pastor quería reconocer muy de espacio los passos y sendas por donde caminaba esta Oveja; porque no es fácil reducir a la oveja descarriada, o perdida, si el Pastor no se hace Argos para observarle los movimientos" (Fray Sebastián de Santander y Torres, autor de la vida de la Madre María de San Joseph (que vivió en Oaxaca), Sevilla, 1725, citado por Jean Franco, 1989). Se puede ver que este confesor era contemporáneo de los confesores de Úrsula Suárez. Se puede acotar que este procedimiento se aplicaba a monjas de clausura, sobre cuya sumisión a la Iglesia podía existir menos duda que sobre la de otras mujeres, ajenas a los conventos. Se puede decir también que existía una motivación que en forma benigna puede calificarse de pastoral, y en forma menos benigna —y más histórica— puede tratarse de inquisitorial. Las monjas en esto transitaban por una senda muy angosta y peligrosa. La misma Sor Juana hablaba de que "no quería ruidos con el Santo Oficio", lo que era más que comprensible.

El Manual de los Inquisidores (Emeric, 1376, glosado y acotado por Peña, 1587) hacía unas descripciones tan minuciosas de las más inverosímiles herejías, que otra convención del género autobiográfico en las monjas era un recurso que el mismo manual adjudicaba a los herejes: declararse por completo ignorantes, ponerse a merced del confesor⁸.

Digo que la senda era angosta, porque tenía de lado y lado un precipicio. Por un lado, la racionalidad y el conocimiento, del que las mujeres estaban excluidas, según los saberes de la época, debido a la humedad propia de su sexo y a su natural "rudeza": "la frialdad y la humedad hicieron de ellas hembras, y la frialdad y la humedad son contrarias al ingenio y a la habilidad". (Juan Huarte de San Juan, citado por Asunción Lavrin, 1983). Las acusaciones contra Sor Juana Inés de la Cruz apuntaban a la soberbia de querer superar esa condición natural. El precipicio del otro lado era el de caer en el pseudo-misticismo, en la mistificación, lo que históricamente era muy frecuente (Jean Franco, 1989, dedica un capítulo entero a la mujer "ilusa, afectadora de santos, falsos milagros y revelaciones divinas", como se caratuló un proceso de la Inquisición en la Nueva España). El confesor era quien debía guiar a la monja, someterla a disciplinas rigurosas, para evitar que fuera engañada por el demonio: los fenómenos místicos eran especialmente sospechosos de ser producto de este mal espíritu, que se cebaba en las debilidades propias del sexo femenino. En ese sentido, cabe reconocer que el confesor debía asumir además la responsabilidad de la ortodoxia de las monjas a quienes confesaba, lo que en esa época no era poca carga. (Le cabía también, en el límite de la responsabilidad, delatarlas).

Una tercera motivación, no explicitada, proviene de algo que en términos actuales podríamos llamar la división de roles dentro del macrorrelato religioso. En efecto, a los hombres les estaba reservado el predicar, el razonar, el conocer los textos, el estudiar, el conocer el mundo y el tratar con los hechos externos. Todo ello estaba vedado a las mujeres, por su naturaleza poco favorecida. Sin embargo, Dios compensaba estas limitaciones dándoles especiales aptitudes, de que los hombres carecían: la posibilidad de oír voces, tener visiones, tener revelaciones del futuro. Si ambos estaban vueltos hacia la divinidad, podríamos decir que hombres y mujeres veían aspectos distintos de ella. El confesor se nos transforma en este caso en una figura menos edificante que la del hagiógrafo, el pastor o el inquisidor. Es posible también verlo como el envidioso o como el *voyeur*: hablar, por ejemplo, del goce perverso del excluido, en relación con las experiencias místicas. Pero esto no puede hacer olvidar que su lugar era el del poder y del control que se percibían como absolutos. Basta leer algunas de las monjas para darse cuenta de cómo podían sumirlas en la total

⁸ "La séptima consiste en la *autojustificación*. Interrogáis al acusado sobre un artículo de fe, y os responde: "Pero señor inquisidor, yo soy un hombre sencillo y sin instrucción... yo no sé nada de esas preguntas y de sus sutilezas... por nada del mundo quisiera correr el riesgo de equivocarme..." (Emeric y Peña, 1376 y 1578, p. 150).

desesperación, declararlas poseídas por el demonio o instrumentos suyos, prohibirles cualquier actividad, a su gusto: el confesor era el instrumento del aparato colectivo de poder, y en su nombre podía ejercer también las más mezquinas tiranías personales. El estudio escéptico de las relaciones entre confesor y confesada está aún por hacerse.

En un plano puramente textual, cabe destacar que el papel del confesor tenía relación con establecer cuál de todos los sentidos del texto era el legítimo (el verdadero: es decir, el aceptado por la autoridad⁹) y cuáles eran ilegítimos y erróneos. En este caso, se unen el interés de la autoridad patriarcal, el de la unidad del sentido, y el de la certidumbre del origen: las revelaciones tenían que venir de Dios —y no del demonio— y el juez de su procedencia era, por cierto, el confesor¹⁰. Los textos de las monjas eran, pues, un material bruto y peligroso: debían ser regulados, para prevenir el desparramo del sentido. Paradójicamente, la lectura actual se interesa más en ese desparramo, en esa multiplicidad posible, y el relieve que ha tomado la consideración de estos textos viene a ser una especie de rescate, un intento de leerlos desde su propia realidad textual, y no sólo desde los cánones represivos que rigieron originalmente su escritura y su lectura.

5. ÚRSULA SUÁREZ: RESCATE DE UNA ESCRITURA EMPAREDADA

Para ilustrar una tarea como ésta, resulta especialmente adecuado el texto de la relación autobiográfica de la monja chilena Úrsula Suárez, hasta hoy —y hasta lo que sabemos al escribir este artículo— escasamente comentada, y sólo en Chile¹¹. La edición, hecha en Santiago en 1984, fue una verdadera operación de rescate, tras lo que su prologuista Mario Ferreccio llamó "el emparedamiento del nombre de Úrsula Suárez".

Hacia el final de su vida, y también hacia el final de su relato, Sor Úrsula Suárez, tras un proceso de conversión, arrepentimiento y unión con Dios, hace dice lo siguiente: "*Todos mis pecados fueron engañar a los hombres por vengar a las mujeres por las que ellos han burlado, y desde antes de cambiar los dientes*

⁹ La verdad, en los siglos XVI y XVII, es aquello garantizado por la autoridad. Existe una verdad "suprahistórica" a la cual los hechos deben conformarse: tal es uno de los principios de la historiografía de entonces (Cfr. Zamora, 1987).

¹⁰ Véase Culler, Jonathan, *On Deconstruction. Theory and Criticism after Structuralism*, 1982: "Phallogocentrism unites an interest in patriarchal authority, unity of meaning, and certainty of origin" (p. 61).

¹¹ Antes de la publicación, se mencionan en el prólogo las referencias de don José Ignacio Víctor Eyzaguirre (1850), quien estuvo empeñado en "incorporar el nombre de Úrsula entre los autores coloniales chilenos". Don José Toribio Medina (1878), como ya se dijo en el texto, mantuvo sus distancias. Pasan muchos años antes de las referencias históricas de Juan de Guernica, en 1944, que glosa en 1981 Sor Imelda Cano Roldán. Hubo también "una simpatética remembración" de Braulio Arenas (1982). Todas estas menciones se encuentran en Ferreccio (1984). Después de la publicación, hubo trabajos de Sonia Montecino (1987, publicado en 1990), y de Rodrigo Cánovas (1990).

empecé a vengar a las mujeres con grande empeño" (p. 231). En el marco de narraciones de monjas, que acaba de señalarse en grandes líneas, esta declaración dista mucho de ser típica. Quiero decir que, después de trazar el marco de las narraciones de monjas, como lo hemos hecho, la *Relación de las singulares misericordias que ha usado el Señor con una religiosa, indigna esposa suya, previniéndole siempre para que sólo amase a tan Divino Esposo y apartase su amor a las creaturas, mandada escribir por su confesor y padre espiritual* —así la tituló ella— no es una repetición, ni una variante que sólo interese por ser chilena. Me atrevería a decir, tras haber leído a la latinoamericana más nombrada a este respecto (la Madre Castillo), y haber conocido las referencias a sus contemporáneas y a sus modelos (Franco, 1989, Cánovas, 1990) que Úrsula Suárez es una especie de fenómeno en este género sumergido: una escritora nata, que se quejará mucho de escribir "mandada por su confesor y padre espiritual", pero cuya escritura excede en mucho ese mandato, y, leída desde una perspectiva actual, parece abrir un espacio amplio entre texto y canon, donde aparecen sentidos múltiples y susceptibles de desparramarse. Sor Úrsula no se propone ser rebelde, sino obediente, pero su escritura es en ese sentido sorprendente, como ella misma.

En relación con la vida de la Madre Castillo, por ejemplo, cuyo temple melancólico y sufriente se espejea en lo monótono de su narración, el relato de Úrsula presenta diferencias notables. Por una parte, su lenguaje es familiar y vívido: se trata de "un testimonio lingüístico (...) de difícil parangón en el ámbito hispánico", por cuanto "manifiesta un estrato de la expresión lingüística que no suele aflorar en la documentación escrita" (Ferrecio, 1984). Particularmente interesante resulta esta afirmación si consideramos la barrera que existe entre la escritura y la oralidad, y se aborda el texto de Úrsula como la más cercana aproximación que hoy resulta posible a la oralidad perdida de las mujeres de la época colonial. El relato es dinámico, con gran presencia de diálogos, con una fuerte carga corporal y sensorial, con imágenes impregnadas de emotividad y temperamento ("y allí en la tierra postrada lloraba con grandes ansias y tenía el corasón como cosido con la tierra", p. 104). Una muestra:

"Como a una cuadra [del convento] sentía un aire suave y blando, con un olor suavísimo que llegaba a mí, penetrando mis sentidos, que paresía estar fuera de mí con tan gran alegría, que no cabía en mí. Ya yo conosía este aire y olor, porque siempre que iba salía como a resebirme, y antes que llegase a mí lo sentía venir, y deseaba que llegara, aunque así que a mi cuerpo tocaba, se estremesía y temblaba, y la piel se enerisaba tanto que la criada lo conosía y desía: "¿que tienes frío que te tiembla el cuerpesito?" Yo le desía, "Camina apriesa, que ya me da el olor de las monjas"; ella desía: "¿Hay niña más habladora? ¿cuál es el olor de las monjas?..." (p. 105).

* Existe discrepancia entre mi interpretación de este pasaje y la contenida en el excelente estudio de Cánovas (1990).

Tampoco era insensible a los encantos de los hombres: de uno, decía que lo estaba mirando a escondidas desde el coro, "porque era hermoso y bisarro". Sin embargo, manifestaba su horror al matrimonio con la viveza propia de su estilo: "¿yo había de consentir que con hombre me acostasen?; primero he de horcarme, o con una daga degollarme, o el pecho atravesarme" (p. 124). En otro episodio hace equivaler matrimonio y muerte; en otro más, confunde casamientos con prostitución¹². Y, como ya se dijo, se consideraba vengadora de las mujeres, y burladora de los hombres, a quienes tenía acceso debido a la curiosa costumbre de las "devociones", que existía en conventos de toda América (Lavrin, 1983).

Las "devociones" eran amistades particulares que entablaban algunos caballeros con las monjas, en los locutorios; a veces, según el relato de Úrsula, se trataba de caballeros "hipocondríacos", es decir, aquejados de melancolía, que buscaban consuelo para sus tristezas en la amistad y la gracia de la conversación monjil. A cambio, hacían contribuciones al bienestar de la monja: vestuario, alhajamiento de celdas, alimentos (cada celda era como una casa, con sirvientes y allegados, donde se cocinaba, también; Úrsula iba a su celda "a comer y a senar"). Los sentimientos de los caballeros tenían una denominación especial. Como de las monjas, esposas de Cristo, no podían *enamorarse*, se *endevotaban*. La picardía de la burladora Sor Úrsula se expresa en episodios múltiples y divertidos, a los que no es del caso referirse aquí. Baste decir que ella se preocupa de dejar muy en claro que nunca usó las "mangas anchas", ni soportó que alguien pusiera mano en ellas; a lo más, dice con ironía, "en la faldriquera" (pp. 179-180-181).

Bendecida desde niña por la comunicación directa con Dios —de ello se hablará más adelante— Úrsula, entonces una joven monja, explicaba al Señor en largos diálogos que su trato con "endevotados" era cosa de su mocedad, y lo hacía cómplice de sus enredos y de sus tareas vengadoras (p. 190). El Dios de Úrsula es indulgente, y si en el proceso de arrepentimiento le da algunos sustos —le habla desde el aire para reprenderla, diciéndole "no eres digna de alabarme vos" (p. 198), es para que su atípica historia pueda llegar al lugar común de las historias de otras monjas: un arrepentimiento tan profundo que ella concluya que es menos que la tierra, "luego soy nada" (p. 200), sentimiento

¹² Narra haber salido de niña a lo largo de una acequia (para no perderse de su casa) en busca de una "varita de virtud", yendo tan lejos que encontró "unos cuartos vasíos y sin puertas, donde se cometían tantas desvergüensas que era temeridad esta, siendo de día y no solas dos personas habían en esta maldad, sino 8 ó 10; y esto no había ojos que lo viesen, sino los de una inosente, que no sabía si pecado cometían. Yo pensaba eran casamientos, y así todos los días iba a verlos. En uno dellos diome gana de contar a mi madre destos casamientos, y díjele: 'Mamá, tantos como se casan' (...) Así que se informó de mí de ello, dijo: 'No hablan las niñas de casamientos ni se meten en ellos'; y me los pegó". Tal vez lo más interesante de todo es la lección que de ello deriva la niña: "Yo estuve atenta a la reprensión, que todas las veces que me asotaban, en medio del susto atendía a lo que se me desía para no haserlo más, y esta vez entendí que *no era malo irlos a ver, sino el haberlo hablado*, conforme lo que se me había aconsejado que no hablara de eso; y después volví como siempre a verlos" (p. 108).

ineludible en los relatos de conversión y cambio de vida¹³. Cuando la invita a la santidad, la invita como es, "disparatada", pues le hace falta en el cielo "una santa comedianta". Y ella contesta que si ha de ser santa, no quiere ser "santa friona", que quiere decir sin gracia, sosa (pp. 230-245-246).

La historia de esta monja excepcional entra, sin embargo, plenamente en el tema de la relación de las escrituras de las monjas con la autoridad. Úrsula es, como las demás, un autora, pero no una autoridad; la autoridad es la del confesor. Su relación autobiográfica es "mandada escribir por su confesor y padre espiritual". La *propiedad* del texto era del confesor; tanto que uno de ellos dijo haber quemado cuadernos de Úrsula, de lo que ella se queja ante otro de los confesores. La autoridad y la propiedad se extiende a los secretos de la monja. Y, si bien la resistencia a la escritura es, como se vio, un tópico de estos escritos, es difícil no conmoverse cuando Úrsula, resistiéndose a revelar un secreto, dice: "Ay, miserable de mí, que lo tengo que desir, y que, como el pes, por mi boca y manos he de morir" (p. 202).

Sin embargo, tal vez lo más interesante de la relación de Úrsula con el poder del confesor —y, a través de él, con toda la autoridad patriarcal de la iglesia— es el juego de la *doble autoridad*. Como ya se dijo, es común en los relatos del convento la presencia de una comunicación directa con Dios. La monja, enteramente sometida al confesor, opone a la palabra de éste otra palabra: "estas hablas", dice Úrsula con cuidado, sin identificarlas, para evitar los "ruidos del Santo Oficio". Es muy curioso, y hasta confunde un tanto la lectura, encontrarse con un "me dijeron" o "esta habla que tengo a vuestra paternidad comunicada me dijo" (p. 99), "díseme esta habla" (p. 122). Tal vez un texto más explícito es el siguiente: "me dijeron, parésememe fue dentro de mi interior, esto porque fuera dél ninguna persona lo pudo haser, porque ninguna había, ni aunque la hubiera y viera mis lágrimas no pudiera saber qué motivo las causaba de lo que yo en mi interior pensaba" (p. 123). Úrsula oía *voces*, razonaba con esas voces, dialogaba con ellas: su texto no indica la procedencia —de Dios o el diablo, siempre le cabe la duda, y el texto deja entrever las prohibiciones del confesor a atribuirles a Dios.

La oposición entre el "habla" misteriosa y la palabra canónica del confesor plantea claramente, una vez más, la existencia de un campo de conocimiento de la divinidad que en esa época era considerado más propio de las mujeres. El espacio limitado "de mujer y de encerrada", según dice la carta de otra monja colonial de Chile, se amplía gracias a ese campo propio de las mujeres: el de una revelación sin intermediarios, pero en un lenguaje a veces cifrado. (Los sueños de Úrsula tienen una fuerza plástica y alegórica muy especial, que los deja sujetos a la doble lectura de la simbología de su tiempo y de simbologías posteriores, como la psicoanalítica). Las hablas son fantasiosas, imaginativas,

¹³ Hubo una Sor Tadea Ignacia, que se perdió en un convento, y fue encontrada en el huerto, bajo unas hojas, sinceramente convencida de que estaba convirtiéndose en gusano; Lavrin, 1983.

sorprendentes para ella; le permiten predecir muertes, prever el futuro, y, entre cosa y cosa, tratar de atemorizar al confesor: "mire vuestra merced que yo suelo adivinar..." También entran en polémica directa: "Díjome esta habla: 'Dile que si acaso ignora que...'" (p. 220). Las hablas tomaban también partido por Úrsula cuando ésta debía tolerar "malos estilos, bufidos, gritos y ultrajes" (p. 254) de un padre confesor. "Señor", le dice Úrsula al habla, "¿qué quieres que haga: por los confesores gobiernas las almas; yo debo sujetarme a su ditamen, pues él sabe yo soy una simple mujer: dalde conosimiento a él" (p. 255).

Dentro del tema de la doble autoridad, es notable observar la relación trilateral que se establece entre las hablas, Úrsula y el confesor, en uno de los momentos más intensamente religiosos de todo el relato. Úrsula, habiendo pasado por el profundo arrepentimiento y el reconocimiento de sus errores, se siente inspirada a repetir las palabras de San Pablo: "Señor, qué quieres que haga?" Cuenta entonces: "Vino mi confesor; díjele cuanto me pasaba y las cosas que me habían hablado; díjome no dijese lo que había dicho San Pablo, sino (...) las palabras de la Virgen Santísima: "Ecce ancilla..." (He aquí la esclava...) (...) Yo lo desía porque el padre lo había mandado, no con la eficacia que había dicho las de San Pablo, porque estas las digtó mi corasón(...) Díjome esta habla: Yo puse en vos las palabras de San Pablo porque quiero *que prediques como él*" (p. 202). Y el confesor, entonces, se enoja: "Está muy bueno, que quiere ser la del conosimiento..."

Cabe observar aquí que la estrategia de poder —tal vez inconsciente— de Úrsula pasa, como la de otras monjas, por la revelación, el trato directo con un conocimiento ajeno al canónico y muchas veces opuesto a él, del cual ella sinceramente se arroga la representación. Muchas son sus protestas de humildad y de ignorancia, lo que es prácticamente un recurso tanto estratégico como retórico en este tipo de narrativa, y que ella usa además con ironía: "que a las mujeres, y más las de mi jaés, nada se les puede creer" (p. 195). Lo cierto es que sus sueños dicen otra cosa: "Yo, con el deseo de ganarlo (un jubileo), fui a toda priesa a subir, mas veí que sólo hombres subían; dije: 'esto no es para mujeres...' (...) Yo, con mi vivesa, cogí por en medio a toda priesa, y dejé a los hombres atrás..." (p. 226).

6. EL TRASFONDO CONVENTUAL Y EL ESPACIO DE SOR JUANA

La literatura del convento, aparte del interés que por sí misma tiene, otorga un trasfondo muy especial a la lectura de la obra de Sor Juana Inés de la Cruz. Al adentrarse en ese mundo, surge con mayor claridad el alcance y las dificultades de la empresa de Sor Juana.

Las monjas tomaban la palabra diciendo que lo hacían obligadas —en caso contrario, tomar la palabra no hubiera sido un acto lícito. (La misma Sor Juana declara que lo único que ha escrito por propia iniciativa fue el *Primero Sueño*).

Además, al tomar la palabra, lo hacen desde la esfera que les es propia: la de la experiencia emotiva y mística. La escritura —“los testos”— es algo que dicen no entender, poniéndose a salvo de las diversas acusaciones posibles, ya sea de presunción *contra natura* o —más temible— de herejía. A la prohibición de tomarse la palabra se suma la prohibición de ubicarse en el lugar de la razón: incluso en el campo religioso, dada la división de roles a la que antes hacíamos referencia, el dominio de la razón y de la argumentación estaba reservado a los hombres.

El tema de la fuerza de la mujer era necesariamente un tema conflictivo. Según su biógrafo, el confesor de Sor Juana, Padre Antonio Núñez de Miranda, consideraba que, daba la belleza, el talento y el encanto de Juana Inés, habría sido gran castigo de Dios haber dejado que ella se mantuviera en la vida secular: sólo podría hacer mal en el mundo, puesto que sus prendas la llevarían a dominar a muchos hombres¹⁴. “La mujer dominante” —dice Asunción Lavrin (1983)— “no era aceptable para los pensadores y educadores religiosos del siglo XVII”. (Dice también que, en el esquema de la época, destinar tantas perfecciones al mundo, y no a Dios, habría sido desperdiciarlas).

El recurso al poder de la revelación directa —las “hablas” de Úrsula Suárez, por oposición a la palabra y a “los testos” de los pensadores y educadores religiosos— no fue el recurso de Sor Juana, y esto la transforma en una notable excepción. En efecto, las monjas —en apariencia totalmente sometidas y obedientes— derivaban de su particular relación mística con Dios una cierta ventaja sobre sus confesores y las autoridades eclesiásticas; si bien se arriesgaban a traspasar los límites de la ortodoxia, también apostaban a un aspecto del conocimiento de la divinidad en el cual la tradición patriarcal les reconocía ventajas especiales. Y su recurso al misterio, a lo inexplicable, era también un modo de escapar del terreno severo de la argumentación, temible corral ajeno en el cual quedaba en evidencia su desventaja de instrucción y de disciplina en el saber.

Sor Juana elige enfrentar a los varones en el terreno que éstos habían considerado como propio: el terreno de la razón, del entendimiento, del estudio, de la disputa pública. Al hacerlo, niega explícitamente que ese terreno esté vedado a las mujeres por la naturaleza o por la voluntad divina¹⁵. Su gesto, entonces, es radicalmente opuesto a las estrategias de poder que consciente o inconscientemente habían utilizado hasta entonces las autoras de los relatos conventuales, y por ello mucho más osado y peligroso.

Su autobiografía, también, tendrá un sello distinto: no importará a su madre para irse al convento —como hizo Úrsula Suárez, cumpliendo con la tradición del relato conventual— sino para irse a “estudiar y cursar la Univer-

¹⁴ P. Juan de Oviedo, S.J., *Vida del P. Antonio Núñez de Miranda*, S.J. (México, 1702), citado por Lavrin, 1983, p. 89.

¹⁵ Sor Juana Inés de la Cruz, “Respuesta de la poetisa a la muy ilustre Sor Filotea de la Cruz”, *Obras escogidas*, décima edición, Espasa-Calpe Mexicana, S.A., México, 1959, p. 161 y ss.

sidad", "mudándome el traje", es decir, vistiéndose de hombre. Su vicio¹⁶ era "el amor de las letras": "si hubiese sido" —dice— "por amor de Dios, que era lo acertado, cuánto hubiera merecido!" ("Respuesta...", en *Obras escogidas*, p. 145). Lo mismo sus triunfos, y lo que narra ella con una emoción muy parecida al éxtasis: la capacidad de relacionar los conocimientos de diversos dominios de la ciencia, por ejemplo, o de probar su razón frente a un contrincante.

El trasfondo del relato conventual aporta también otra idea a la consideración de la obra de Sor Juana. Ésta se compone, en su inmensa mayoría, de textos propiamente *literarios* (ya sea sagrados o profanos). Su autobiografía se limita a la *Respuesta* ya citada. Ella misma no es su propio personaje, ni aun en la lírica amorosa, donde adopta las formas que convienen a la ocasión y al tema: habla un hombre, habla una mujer, habla un sujeto sin distinción de género. Se aprecia así lo enorme que puede ser, en esa situación vital, el espacio de libertad abierto por la literatura. A quien considere las convenciones barrocas como una cárcel o una camisa de fuerza, la trayectoria de Sor Juana puede hacerlas aparecer también como medio para obtener ciertos márgenes de maniobra¹⁷.

Sólo la ficción literaria podía abrirle ese espacio, y permitirle tomar la palabra desde un hablante de otro sexo, o hacer abstracción de las limitaciones históricas del género femenino, o hacer suyas las hablas de los negros o los nahuatl, o asumir la burla y la crítica sin un inmediato compromiso personal. La literatura, además, era un terreno relativamente al margen de la tarea inquisitorial, tan minuciosa cuando se aplicaba al relato conventual: "pues una herejía contra el arte no la castiga el Santo Oficio, sino los discretos con risa, y los críticos con censura; y esta, *iusta uel iniusta, timenda non est...*" ("Respuesta...", en *Obras escogidas*, p. 41). Sólo la literatura —bajo la forma, por ejemplo, del *sueño*— permitía conquistar nuevos espacios, explorar nuevas experiencias, escapar del guión único (y del personaje autobiográfico único y más vulnerable) al que parecía condenado todo relato conventual.

7. ALGUNAS LÍNEAS FINALES

Puede decirse que en los estudios literarios coloniales se está produciendo una ampliación del espacio literario tradicional. Las actuales perspectivas de lectura han ido modificando la noción de lo que es un texto literario; se han desplazado

¹⁶ "Bendito sea Dios, que quiso fuese hacia las letras, y no hacia otro vicio que fuera en mí casi insuperable..."

¹⁷ Jean Franco destaca la capacidad de Sor Juana para descolocar las convenciones existentes sobre las mujeres, que van "desde el camuflaje de la alegoría, el disfraz de la parodia, el remedo de lo que entonces se aceptaba como discurso femenino (obediencia, negación de una misma) hasta el anonimato, y su reverso, el primer plano para una autora señalada como de género femenino" (p. 25).

los valores y los intereses de lectura, y a esa luz aparecen como valiosos textos diferentes a los hasta hoy incluidos en historias y comentarios. Se trata de los textos —fundamentalmente amerindios— que no calzaban con los cánones literarios, y que por ese motivo muchas veces no habían accedido ni siquiera al espacio de la publicación. Utilizando la famosa imagen de Eliot, estos textos no vienen ahora a sumarse a una secuencia de valores ya establecida, sino en realidad, por presencia, a modificarla; a matizar las jerarquías, a crear nuevas oposiciones y a modificar las posibilidades de lectura de los textos más canónicos.

Este trabajo propone pensar también en otros textos coloniales desvalorizados, que tampoco calzaban con cánones literarios vigentes al momento de su producción y que casi no han accedido a la publicación: los escritos del convento, ámbito cultural específicamente femenino durante la Colonia. El espacio que así se abre es sumamente amplio, y aquí sólo se ha pretendido mostrar algo de lo que podemos saber actualmente del marco de esa escritura; presentar el caso de Úrsula Suárez, a modo de incitación al estudio de otros, y tratar brevemente de decir qué pasa, desde esa perspectiva, con la lectura de Sor Juana Inés de la Cruz. La mayor parte de una investigación de este tipo, por cierto, está aún por hacer: la aspiración es sólo la de abrir perspectivas. En el caso de la literatura chilena, se trata también de rescatar a Úrsula Suárez como una de las voces más frescas, atractivas y sorprendentes que han escrito desde la posición de la mujer.

Cabe reiterar, por último, que la tarea se abre ahora desde una concepción de literatura, y de lectura, que ha variado en el tiempo. El control del origen, de la autoridad, del sentido —la verdad como autoridad— era el eje del sistema colonial de organización del imaginario, y pasada la Colonia este eje se mantuvo, traspasando los diversos discursos, incluso los del nacionalismo y los de la modernización. Es mucho más reciente el rescate de la idea de cultura —y de literatura— como un campo plural de fuerzas, en que no sólo existen las históricamente dominantes; y también es más reciente el interés por recoger los discursos diferentes, y por retrazar un mapa de la cultura en que aparezcan las tensiones entre los discursos coexistentes en una misma época. En esa tarea, uno de los discursos que hay que considerar es el discurso de las mujeres; en Chile, uno de los puntos de partida —al menos cronológicamente, pero en otras dimensiones también— es el relato de Sor Úrsula Suárez.

Santiago de Chile, febrero de 1992

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

- ADORNO, ROLENA: "Nuevas perspectivas en los estudios literarios coloniales hispanoamericanos", *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, año XIV, N° 28, Lima, segundo semestre de 1988, pp. 11-27.
- , "El sujeto colonial y la construcción cultural de la alteridad", *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, año XIV, N° 28, Lima, segundo semestre de 1988, pp. 56-68.

- _____, "La Ciudad Letrada y los discursos coloniales", *Hispanérica*, año XVI, N° 48, diciembre de 1987.
- ARENAL, ELECTA: "Sor Juana Inés de la Cruz: Speaking the mother tongue", *University of Dayton Review*, Vol. 16, N° 2, Spring 1983, pp. 93-106.
- BNASSY-BERLING, MARIE-CÉCILE, "Humanisme et Religion chez Sor Juana Inés de la Cruz", *La Femme et la Culture au XVIIe Siècle*, Paris, Editions Hispaniques, Serie "Recherches" N° 38, Publications de la Sorbonne, Serie "Histoire Moderne" N° 17, 1982.
- CANOVAS, RODRIGO, "Úrsula Suárez (monja chilena, 1666-1749): la autobiografía como penitencia", *Revista Chilena de Literatura* N° 35, abril de 1990, pp. 97-118.
- CASTILLO Y GUEVARA, SOR FRANCISCA JOSEFA DEL (1671-1742), *Mi vida*, Bogotá, Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, 1942.
- CHANG-RODRÍGUEZ, RAQUEL: "Mayorías y minorías en la formación de la cultura virreinal", *University of Dayton Review*, Vol. 16, N° 2, Spring 1983, pp. 23-34.
- CHINGHILLA AGUILAR, ERNESTO, "El Siglo XVII novohispano y la figura de Sor Juana Inés", *University of Dayton Review*, Vol. 16, N° 2, Spring 1983, pp. 53-62.
- CONCHA, JAIME: "La literatura colonial hispanoamericana: problemas e hipótesis", *Neohelicon*, Vol. 4 (1-2), Budapest, 1976, pp. 31-50.
- DURÁN, MANUEL: "Hermetic Traditions in Sor Juana's *Primero Sueño*", *University of Dayton Review*, Vol. 16, N° 2, Spring 1983, pp. 107-116.
- EMERIC, NICOLAU, y FRANCISCO PEÑA, *El Manual de los Inquisidores* (1376 y 1578), Introducción y notas de Luis Sala-Molins, Barcelona, Muchnik Editores, 1983.
- FRANCO, JEAN: *Plotting Women. Gender and Representation in Mexico*. New York, Columbia University Press, 1989.
- GOIC, CEDOMIL: *Historia y crítica de la literatura hispanoamericana, Volumen I, Época Colonial*, Barcelona, Editorial Crítica, 1988.
- JOHNSON, JULIE GREER: *Women in Colonial Spanish American Literature-Literary Images*, Westport, Conn., Greenwood Press, 1983.
- LAVRIN, ASUNCIÓN: "Values and meaning of monastic life for nuns in colonial Mexico", *The catholic Historical Review*, Vol. LVIII, N° 3, october 1972, pp. 367-387.
- _____, "Unlike Sor Juana? The model nun in the religious literature of Colonial Mexico", *University of Dayton Review*, Vol. 16, N° 2, Spring 1983, pp. 75-92.
- LIZAMA, PATRICIO: "Sor Filotea y Sor Juana: la conversión y la denuncia", *Discurso Literario, Revista de temas hispánicos*, volumen 6, número 1, Oklahoma State University, s/f.
- MONGUIÓ, LUIS: "Compañía para Sor Juana: Mujeres cultas en el Virreinato del Perú", *University of Dayton Review*, Vol. 16, N° 2, Spring 1983, pp. 45-52.
- MONTECINO, SONIA: "Identidad femenina y escritura en la relación autobiográfica de Úrsula Suárez: una aproximación", en *Escribir en los bordes*, Congreso Internacional de literatura Femenina Latinoamericana 1987, Carmen Berenguer y otras (comp.), Santiago, Editorial Cuarto propio, 1990.
- MORAÑA, MABEL: "Barroco y conciencia criolla en Hispanoamericana", *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, año XIV, N° 28, Lima, segundo semestre de 1988, pp. 229-251.
- PAZ, OCTAVIO: *Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe*, Barcelona, Seix Barral, 1982.
- PERELMUTER PÉREZ, ROSA: "La estructura retórica de la *Respuesta a Sor Filotea*", *Hispanic Review*, Vol. 51, N° 2, Spring 1983.
- RAMA, ÁNGEL: *La ciudad letrada*, Montevideo, Fundación Internacional Ángel Rama, 1984.
- SABAT DE RIVERS, GEORGINA: "Sor Juana Inés de la Cruz", en Íñigo Madrigal, Luis (coord.), *Historia de la Literatura Hispanoamericana*, Tomo I, Época Colonial, Madrid, Ediciones Cátedra, S.A., 1982, pp. 275-293.
- _____, "Sor Juana y su 'Sueño': antecedentes científicos en poesía del Siglo de Oro", *Cuadernos Hispanoamericanos*, N° 310, abril de 1976.
- _____, "El Neptuno de Sor Juana: Fiesta barroca y programa político", *University of Dayton Review*, Vol. 16, N° 2, Spring 1983, pp. 63-74.

- SABAT DE RIVERS, GEORGINA, y ELÍAS RIVERS, "Prólogo", en *Sor Juana Inés de la Cruz, Obras Selectas*, Barcelona, Noguer, 1976, pp. 13-44.
- SANDOVAL SÁNCHEZ, ALBERTO: "Aportes para una canonización de Juan Ruiz de Alarcón en la literatura latinoamericana", *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, año XIV, N° 28, Lima, segundo semestre de 1988, pp. 281-290.
- SUÁREZ, ÚRSULA (1666-1749): *Relación autobiográfica*. Prólogo y edición crítica de Mario Ferreccio Podestá, estudio preliminar de Armando de Ramón. Santiago de Chile, Biblioteca Antigua Chilena, 1984.
- ZAMORA, MARGARITA: "Historicity and Literariness: Problems in the Literary Criticism of Spanish American Colonial Texts", *Modern Language Notes*, 102:2, marzo de 1987.

TESTIMONIOS

SIETE AÑOS DE REPUBLICANISMO LIBERAL

ALBERT EINSTEIN

Originalmente

ALFONSO

Prólogo

Este libro de recuerdos pertenece al Almirante Alfonso, el más grande de los
Yerros de la República, y es el primer volumen de una serie.

En la actualidad la publicación de literatura es casi imposible en España, y
esta obra, por sus características, merece ser publicada.

El primer volumen de esta obra es el libro de Alfonso, el más grande de los
Yerros de la República, y es el primer volumen de una serie.

Este libro de recuerdos pertenece al Almirante Alfonso, el más grande de los
Yerros de la República, y es el primer volumen de una serie.

En la actualidad la publicación de literatura es casi imposible en España, y
esta obra, por sus características, merece ser publicada.

El primer volumen de esta obra es el libro de Alfonso, el más grande de los
Yerros de la República, y es el primer volumen de una serie.

Este libro de recuerdos pertenece al Almirante Alfonso, el más grande de los
Yerros de la República, y es el primer volumen de una serie.

En la actualidad la publicación de literatura es casi imposible en España, y
esta obra, por sus características, merece ser publicada.

El primer volumen de esta obra es el libro de Alfonso, el más grande de los
Yerros de la República, y es el primer volumen de una serie.

Este libro de recuerdos pertenece al Almirante Alfonso, el más grande de los
Yerros de la República, y es el primer volumen de una serie.

En la actualidad la publicación de literatura es casi imposible en España, y
esta obra, por sus características, merece ser publicada.

El primer volumen de esta obra es el libro de Alfonso, el más grande de los
Yerros de la República, y es el primer volumen de una serie.

Este libro de recuerdos pertenece al Almirante Alfonso, el más grande de los
Yerros de la República, y es el primer volumen de una serie.

En la actualidad la publicación de literatura es casi imposible en España, y
esta obra, por sus características, merece ser publicada.

El primer volumen de esta obra es el libro de Alfonso, el más grande de los
Yerros de la República, y es el primer volumen de una serie.

Este libro de recuerdos pertenece al Almirante Alfonso, el más grande de los
Yerros de la República, y es el primer volumen de una serie.

SIETE AÑOS DE RECUERDOS POLÍTICOS

ALBERTO EDWARDS

(Segunda parte)

ANEXOS

INTRODUCCIÓN

Los *Siete años de recuerdos políticos* de Alberto Edwards causaron en su tiempo enorme revuelo y no fueron pocos los que salieron al camino a refutar sus juicios. En verdad la polémica en torno a estos artículos se centró en Agustín Edwards, y sus posibilidades presidenciales como sucesor de Pedro Montt.

El primero en salir a la palestra fue Herman Echeverría Cazotte, secretario de la Presidencia en los últimos meses de Pedro Montt, quien en *El Diario Ilustrado* del 27 de septiembre de 1912 entró a rebatir el artículo de Alberto Edwards de días antes, *Alrededor de un moribundo*. Sobre el mismo tema se publicaba también ese día y en el mismo diario un artículo firmado por Renato Valdés que continuó en la edición del 30 de septiembre.

Pero la discusión más álgida fue la que se dio entre Alberto Edwards y Guillermo Rivera, dirigente del Partido Liberal, diputado por Valparaíso por tres períodos consecutivos desde 1900 y senador por otros dos a partir de 1909. Guillermo Rivera era dueño, director y redactor del diario *El Día* de Valparaíso, y desde esas columnas inició el fuego. Comenzó a polemizar con Alberto Edwards en una columna editorial del 29 de septiembre de 1912, titulada *Los partidos y sus jefes* desde donde lanzó sus dardos en contra del Partido Nacional, hogar político de ambos Edwards, Alberto y su primo Agustín, el presidenciable.

Más aún, al día siguiente, en una carta abierta, firmada por él mismo, Rivera se lanzaba ya no sólo contra el Partido Nacional sino contra Alberto Edwards en persona.

Esta carta fue reproducida por *La Mañana*, periódico de la capital que el 2 de octubre entró también a la polémica como segundón, para apoyar a Rivera, en una columna titulada *Siete años de ilusiones*.

Edwards tuvo que responder la carta abierta de Guillermo Rivera, y lo hizo en *El Mercurio* del 2 de octubre. Entre tanto, los conservadores desde *El Diario Ilustrado* (2 y 3 de octubre de 1912) y desde *La Unión* (1 y 3 de octubre de 1912) tomaban palco y daban consejos amigables a los contendores.

Ciertamente no se trata de una polémica sustantiva ni rica en ideas. Sin embargo, ella nos permite adentrarnos en los vericuetos del quehacer político del parlamentarismo, observar las rencillas de grupos personalistas, apreciar

el papel del dinero durante las elecciones, así como la importancia de los lazos familiares y sociales en el quehacer político; también nos permite acercarnos a la cultura cívica imperante. Por otra parte, esta polémica nos pone en guardia y nos obliga a tomar cierta distancia ante la pluma seductora de Alberto Edwards.

Además de la polémica que levantaran los *Siete años de recuerdos políticos*, nos pareció importante entregar también los otros escritos de Edwards que aparecieron en *El Mercurio* al mismo tiempo que los recuerdos políticos. Pensamos que ellos sí que son fundamentales para comprender el pensamiento político e historiográfico de Alberto Edwards así como también el proceso de crisis del régimen parlamentario.

Edwards es un hombre muy crítico de la época que le toca vivir; se siente inmerso en una crisis profunda. Si bien tiene una mirada irónica ante la frivolidad oligárquica (10 de julio de 1912) cuando se trata de explicar la crisis política, los dardos no van dirigidos a la elite sino a la acción histórica del liberalismo (15 de julio de 1912) y a los partidos políticos de su época, a los que califica de "anacronismos vivientes y nada más" (27 de julio de 1912).

Es interesante observar en estos artículos el cambio que se produce entonces en las esperanzas políticas de Edwards, al pasar de la fe en los partidos y en el régimen parlamentario a creer en un "hombre" capaz por sí solo de "crear" el orden político.

En efecto, en *El camino y los obstáculos* (27 de julio de 1912) veía una salida a la crisis en el rejuvenecimiento de los partidos, y en *Gobierno parlamentario* (28 de agosto de 1912) proponía reformar el régimen político, según el modelo inglés, para hacerlo activo y eficaz. En cambio en una entrevista que le hiciera *El Mercurio* poco después (7 de octubre de 1912) ya no veía otra solución que un "hombre" que impusiera el principio de autoridad como antes lo hicieran Portales y Montt; una vez que ese hombre de características mesiánicas lograra crear el orden, entonces se podría resolver el otro problema más importante del país: el problema monetario.

Sus ideas sobre la cuestión monetaria las desarrolla Edwards en dos artículos (*Sobre el cambio*, 19 y 21 de agosto de 1912) que fueron parte de un intercambio con Alejandro Silva de la Fuente, quien escribía en *El Diario Ilustrado*. Hemos creído de interés presentar aquí también la respuesta de Silva a Edwards (20 de agosto de 1912).

Así, estos artículos que hemos presentado como anexo a la serie *Siete años de recuerdos políticos* constituyen un interesante testimonio para apreciar el teje y maneje de la política en los tiempos del parlamentarismo, así como también para comprender la evolución del pensamiento político e historiográfico de Alberto Edwards. En efecto, en su análisis político ya están presentes algunas de las ideas fundamentales que luego imprimirán el sello característico a su interpretación histórica: por ejemplo, el valor de la espontaneidad frente a la creación ideológica, la valorización del orden y de la autoridad, su visión elitista de la política, su rechazo visceral al liberalismo, y por último la esperanza en

un hombre capaz de crear la estabilidad política, origen del mito portaliano de tan enorme influencia años más tarde en la política chilena.

Para los estudiosos de Edwards y en general de la historia de Chile será de enorme interés, no dudamos, conocer estos artículos suyos que hemos rescatado de páginas olvidadas de *El Mercurio*.

Sofía Correa Sutil

VERDAD HISTÓRICA

*El Diario Ilustrado, 27 de septiembre de 1912, pág. 1 **

Alrededor de un moribundo

Don Pedro Montt llegó á la Presidencia en la plenitud de sus admirables facultades de carácter, de inteligencia y sobre todo de extraordinaria actividad.

Los que le conocimos íntimamente en aquel entonces y los que le acompañamos hasta el último instante de su vida, pudimos observar cómo su espíritu se conservó entero en el decaimiento físico que lo minó lentamente hasta arrastrarlo á la tumba.

Su exquisita sensibilidad, obra de un corazón bien puesto, se sobrexitaba por cualquier pequeño incidente así como en los más grandes acontecimientos.

Le vimos emocionado profundamente en los principios de su gobierno, cuando el señor Elizalde, al presentar sus credenciales de Ministro del Ecuador, rememoró á don Manuel Montt, cuya memoria guardaba don Pedro con idólatra veneración; más tarde, intranquilo y nervioso, en dos ocasiones distintas, al saber que sus amigos Benjamín Errázuriz y Luis Izquierdo habían sido arrastrados á duelo por don Alfredo Irarrázaval; profundamente afectado con la noticia de ciertos pugilatos: uno en los pasillos del Congreso y otro en el Club de la Unión, en los cuales habían salido mal parados dos de sus amigos; y llorar... llorar... lo vimos muchas veces: en Buenos Aires al ser ovacionado por multitudes delirantes, en Calama al escuchar el discurso de una pequeña colegiala; en los momentos de la transmisión del mando supremo, al hacer notar que por primera vez durante su Gobierno, el Ministro del Interior renunciante se había negado á acompañarlo en el acto de la designación del sucesor; el 15 de Agosto de 1910, el día antes de su muerte, al abrazar por último vez en Chesburgo, á su viejo amigo, don Rafael Sotomayor.

Estos fenómenos de excesiva sensibilidad eran extraños para nosotros que, á juzgar al Presidente por sus maneras bruscas, toscas, casi primitivas, lo creíamos incapaz de manifestaciones de este género.

Y era que el señor Montt tenía un defecto de educación. Se le podían

* Reproducido en *El Día*, Valparaíso, 28 de septiembre de 1912.

aplicar perfectamente las palabras con que un célebre novelista ha retratado á uno de sus personajes: "no conocía los artificios de la etiqueta y por carácter y por costumbres era refractario á la mentira discreta y á los amables embustes que constituyen la base fundamental de la cortesía". Como él llevaba siempre el corazón en la mano, quería que asimismo lo llevaran los demás y su bondad extrema no toleraba las coqueterías frecuentemente falaces de la conversación fina. En él no había disimulo y tenía las grandes virtudes cristianas en crudo y sin pulimento, como un maciso canto del más hermoso mármol, donde el cincel no ha trazado ni una raya siquiera.

De aquí que las emociones, más ó menos intensas, se tradujeran en el señor Montt, en lágrimas, no en palabras.

Todo le preocupaba en exceso; todo, menos lo que se refería á su persona.

Los ataques que le dirigían, la enfermedad que lo agotaba, la falta de descanso reparador, no eran materias sobre las que se detuviera á meditar, obsesionado únicamente por las cuestiones que atañían á la cosa pública.

En la noche del 29 de Agosto de 1910, un ataque de angina puso en peligro su existencia.

Al día siguiente, el 30, los que, sabedores de la noticia, habían acudido á la Moneda á imponerse de la salud del Presidente, le vieron aparecer: pálido, demacrado, llevando en su semblante las huellas de la fatal dolencia, pero con su carácter entero como en el primer día, y dirigirse á su despacho para celebrar la diaria conferencia que todas las mañanas tenía con el señor Director de Obras Públicas.

Entre las personas que en esos momentos se encontraban en las habitaciones particulares del Presidente, se notaban á los señores don Agustín Edwards y don Elías Fernández Albano.

¿Cómo habían sabido la noticia del ataque?

El secretario del Presidente, llamado á la Moneda en las primeras horas de la mañana del 30, é impuesto de la gravedad de la situación por los doctores Moore y Oyarzún, comunicó la noticia inmediatamente, por teléfono, al Ministro del Interior, señor Edwards.

Y el señor Ministro en un "acto primo" que revela nobleza de sentimientos y altura de miras, antes de ir á la Moneda fué á casa del señor Fernández Albano, le participó la noticia y le expresó que, en su concepto, y en el caso tan probable de que el Presidente tuviera que abandonar su puesto, correspondía al señor Fernández asumir el mando, ya que su carácter de amigo íntimo de S.E., sus condiciones personales, grata á los hombres de ideas más opuestas, eran una garantía de tranquilidad en el Gobierno de la República, y él, el señor Edwards, estaba dispuesto á renunciar inmediatamente el cargo de Ministro del Interior.

En ese mismo día el señor Edwards citó á sus colegas á un consejo de Ministros, en el cuál se acordó presentar inmediatamente la renuncia á fin de dejar al Presidente en completa libertad de acción.

El señor Ministro del Interior puso en conocimiento de S.E., esta patriótica resolución, y el Presidente, aún ignorante de la gravedad de su mal, manifestó

al señor Edwards que esta determinación la creía anticipada, pues pensaba que no era necesario retirarse del Gobierno.

Entonces pasó lo que es difícil de referir.

Ante el lecho del ilustre moribundo, mientras los enemigos más encarnizados de su Gobierno enmudecieron y esperaron respetuosos la expresión de su voluntad, los elementos secundarios del partido monttino, diputados jóvenes y bulliciosos, sin criterio, sin experiencia, sin conocimientos, que tuvieron la osadía de querer ser mentores del ilustre enfermo, se empeñaron en que fuera Vicepresidente de la República el propio señor Edwards, que ya voluntaria y anticipadamente había renunciando á ese honor y que en un momento de debilidad cedió á las péfidas influencias de sus amigos.

El señor Montt supo resistir á esas pretensiones.

Dolorosas debieron ser para el señor Montt las horas en que, enfermo y abatido el cuerpo, pudo su espíritu comprender lo que significaba la resistencia de sus amigos políticos y la vuelta atrás del señor Edwards.

Tenía por él el Presidente un afecto paternal.

Lo había acariciado cuando niño, en el hogar del más querido de los amigos —era nieto de la gran mujer que había sido su entusiasta partidaria— y le tributaba la más exquisita consideración, lo había alentado en sus estudios, lo había seguido en sus empresas de industrial progresista y de hombre de trabajo enérgico; había sido su consultor en sus estrenos políticos; había sido, en fin, el Ministro de Relaciones de su Gobierno durante un largo período, y era en la actualidad Ministro del Interior y, constitucionalmente, le correspondía el elevado cargo de Vicepresidente de la República.

Pero... Hay en Chile una tradición, una gran tradición, y es ella que un candidato á la Presidencia no ocupe, en vísperas de un cambio de Gobierno, ni siquiera el Ministerio del Interior.

El señor Edwards era candidato á la Presidencia de la República.

Es cierto que él se había apresurado á declarar que no era candidato á la Presidencia.

Pero... es cierto también que el señor Edwards se había apresurado á renunciar la posibilidad de ser Vicepresidente, y á poco había vuelto sobre sus pasos.

El señor Montt quiso dejar en su reemplazo un hombre que tuviera la madurez necesaria para respetar esa gran tradición.

Y habiéndose excusado el señor Fernández Albano, pidió al Excmo. señor Barros Luco el sacrificio de aceptar este cargo. Y ante la excusa del Excmo. señor Barros Luco, insistió de nuevo con el señor Fernández Albano, quien aceptó con la condición de contar con el apoyo de todos los partidos políticos.

Y cosa curiosa. Los únicos que resistieron su concurso al señor Fernández fueron... los propios nacionales, los amigos íntimos del señor Edwards, que cedieron después de una resistencia tan enérgica como deshonrosa.

Son estos propios amigos los que, por beneficiar al señor Edwards, quieren presentar este acto del Presidente Montt como una de sus fallas; cuando, por el contrario, es un acto glorioso en su gloriosa vida de estadista.

Supo resistir, por amor á su patria, todas las influencias del cariño, las atracciones del recuerdo, las contemplaciones de la gratitud, que lo ligaban personalmente al señor Edwards y á su familia.

Supo, todavía, resistir hasta las conveniencias claras y manifiestas de su propio partido.

Y todo esto por respeto á las instituciones y á las tradiciones de la República.

Pero esos amigos íntimos del señor Edwards, adulterando los hechos, hacen nacer esa postrera resolución del Presidente de una campaña de odio que, según ellos, encabezaran personas en quien tenía concentrado el señor Montt todos sus afectos.

Esa alusión, además de ser cobarde, por cuanto va dirigida á quien no puede defenderse, carece en absoluto de valor histórico.

Herman Echeverría Cazotte

RECUERDOS POLÍTICOS

El Diario Ilustrado, 27 de septiembre de 1912, pág. 1

Hemos venido leyendo con natural y creciente interés las crónicas políticas de siete años, que don Alberto Edwards ha estado publicando en el transcurso de los últimos meses en las columnas de "El Mercurio".

Alejados, por natural instinto de lo que se relaciona con las evoluciones de nuestros partidos y con las intrigas internas de los círculos políticos, maniobras que no siempre hemos logrado comprender; abominando, más bien dicho, de la mayor parte de estos intereses y ambiciones personales que en Chile calificamos con el honroso título de política; y sobre todo esto, faltos del conocimiento personal suficiente sobre los hombres que han venido representando nuestra comedia parlamentaria de la última época, hubiéramos deseado que otros hombres de mejores aptitudes y más autoridad tomaran á su cargo las rectificaciones de esta relación que, como toda obra humana, adolece de errores, y con mayor razón cuando ella ha sido engendrada casi á raíz de sucesos no ajenos, por cierto, á las pasiones y á los intereses de los partidos y de sus hombres.

Pero la parte activa, entusiasta si se quiere, que nos correspondió en la campaña á que dió lugar la peregrina candidatura presidencial del acaudalado y joven político don Agustín Edwards, y á la cual se refiere en sus artículos su pariente y amigo don Alberto, nos coloca en la obligación de rectificar hoy día algunos pequeños errores que á nuestro humilde juicio se han deslizado en medio de los recuerdos no siempre imparciales que este distinguido escritor é ilustrado político está haciendo.

Pregúntase el señor Edwards, don Alberto, en su último artículo, al tratar de los sucesos desarrollados alrededor de la enfermedad que imposibilitó al

alogrado Presidente Montt para continuar en su puesto de trabajo y de lucha por qué no debía ser Agustín Edwards Vicepresidente?

La respuesta es sencilla, sencillísima: porque el mismo Presidente Montt, la parte más respetable de su propio partido y la gran mayoría de los demás partidos, es decir el país casi entero, y sobre todo las personas que más conocían y podían apreciar los merecimientos ó ineptitudes del señor Edwards, no lo aceptaban como Vicepresidente. Y no lo aceptaban por la razón igualmente sencilla de que no lo juzgaban con la madurez, el acierto y la preparación necesarias para el desempeño de tan alto y transcendental destino.

“Dejemos á un lado el interés político y las pasiones, dice el señor Edwards, don Alberto, Agustín era el Ministro del Interior; estaba llamado por la Constitución á reemplazar al primer magistrado; no pesaba sobre él indignidad alguna; era un Ministro parlamentario y político, apoyado por una fuerte mayoría en ambas Cámaras; pertenecía al mismo partido que el señor Montt...”.

Sin embargo, en esos días se hacían gestiones activas, por muchas personas de todos los partidos, que no juzgaban suficientes esas condiciones para hacer al señor Edwards Vicepresidente, en el sentido de que el primer puesto del Estado quedara en poder de persona merecedora de más respetos y que ofreciera mayores garantías al país.

¿Eran inusitados, incorrectos ó ilegales esos anhelos?

Oigamos lo que dice al respecto el más respetado comentador de nuestra Carta Fundamental, don Jorge Huneeus:

“El caso de impedimento temporal del Presidente de la República ha ocurrido en dos ocasiones. El Ministro del Interior, señor Joaquín Tocornal, subrogó al general Prieto, en calidad de Vicepresidente de la República, desde el 29 de Febrero de 1840 hasta el 11 de Julio del mismo año. El Ministro Irarrázaval subrogó al general Bulnes, etc., etc...” En el primero de los casos citados, el señor Tocornal fué nombrado Ministro del Interior el día antes de aquél en que quedó encargado de la Vicepresidencia y parece seguro que se le nombró para el primer cargo precisamente para que ejerciera el segundo.”

“La verdad es, continua el señor Huneeus, que, como lo han observado muy bien los señores Lastarria y Carrasco Albano, es inaceptable el sistema que el art. 74 (65) y con él los arts. 75 y 78, establecen para la subrogación del Presidente. Ni los Ministros ni los consejeros de Estado reciben investidura alguna del pueblo, y siendo así, no se concibe, dentro del sistema democrático y republicano, que se les confie, en ningún caso y por ningún tiempo, el ejercicio de la Presidencia del Estado. Este sistema guarda lógica con el que la Constitución ha establecido en su art. 83 á propósito de la responsabilidad del Presidente, á quien ha querido rodear, mientras gobierna, de las inmunidades de que disfrutaban los monarcas constitucionales. No debe, por consiguiente, sorprender que á un funcionario colocado en tales condiciones, se le haya conferido la enorme facultad de designar por sí y ante sí, aunque sea violando todos los principios, la persona llamada á ejercer temporalmente la primera magistratura de la nación.”

¿Qué debió haber hecho, qué le aconsejaban al señor don Agustín las

prácticas políticas, los precedentes establecidos, al presentarse el lamentable caso de verse impedido el Presidente para continuar en el desempeño de su honroso cargo?

El camino estaba trazado, con mayor fuerza todavía si se piensa en la forma en que se había constituido el Gabinete y los elementos que habían entrado en él: la delicadeza, la prudencia, el respeto por el Presidente amigo, aconsejaban al señor Edwards presentar inmediatamente su renuncia para dejar al Presidente en completa libertad de acción. ¡Tanto más, cuanto circulaban ya rumores de sus pretensiones presidenciales!

¡Esa renuncia se presentó, sin embargo, doce ó quince días más tarde, ante la insistencia de sus mismos amigos políticos!

El señor Edwards, don Alberto, nos dice, además, que una gran tradición política chilena impide á todo candidato á la Presidencia ocupar en vísperas de un cambio de Gobierno ni siquiera el Ministerio del Interior. Don Agustín, agrega, son solo el hecho de asumir la Vicepresidencia se imposibilitaba para ser candidato; él mismo lo declaraba en público así.

Sin embargo, ¿qué nos dicen los hechos posteriores? El señor Edwards preparaba su candidatura, porque en realidad ambicionaba la Presidencia de la República, á pesar de que con fecha 6 de Julio, en un instante de modestia, impropia en él, reconocía que su corta carrera política y sus escasos servicios hacían injustificadas las aspiraciones que se le suponían...

El candidato surgía formidable en contradicción con sus propias declaraciones, no obstante su incompetencia reconocida por él mismo.

¿Tenían ó no tenían razón las personas que veían un peligro en la Vicepresidencia del joven don Agustín?

A pesar de todo, hoy día se culpa únicamente al odio, al odio personal contra el señor Edwards, como único instigador en contra de esa peligrosa y prematura Vicepresidencia. Se sostiene que todos aquellos que combatieron la impopular candidatura del señor Edwards lo hacían impulsados, no por amor á su país, y á sus instituciones, sino por odio personal al joven y acaudalado candidato nacional.

Renato Valdés

Septiembre de 1912.

RECUERDOS POLÍTICOS

El Diario Ilustrado, 30 de septiembre de 1912, pág. 1

Don Agustín Edwards

Terminábamos en días pasados un artículo en que tratamos de rectificar algunas apreciaciones de don Alberto Edwards sobre la actuación política de su amigo y pariente, don Agustín, diciendo que no podía atribuirse sólo al

odio y á pasiones personales el fracaso de aquella juvenil aventura política que se desarrollara en los últimos días de la Presidencia de don Pedro Montt.

Si estas pasiones suelen ser obstáculo insalvable para reconocer los merecimientos de los hombres y especialmente de los políticos, no constituyen valla menos peligrosa en el sentido contrario, es decir, para notar los defectos, aquellos lazos de íntima amistad y de cercano parentesco y que don Alberto Edwards alude antes de entrar á juzgar los actos del ardoroso é inexperto candidato nacional.

En los últimos tiempos de la administración de don Pedro Montt, dice el señor Edwards, cupo desempeñar un importante papel á un joven político, ligado al que estas líneas escribe por más de un vínculo. Agustín Edwards lleva mi apellido, es mi pariente, y lo que importa más aún, mi amigo y compañero desde la infancia.

De todo lo cual se desprende lógicamente que después de los padres del señor don Agustín, sería don Alberto el hombre menos apropiado para juzgarlo, en forma imparcial, á menos que condiciones extraordinarias de historiador, que aún están por revelarse, vinieran á probarnos lo contrario.

¿Podremos, en cambio, nosotros hablar con verdadera imparcialidad sobre don Agustín Edwards? Hemos examinado hasta lo más recóndito de nuestros sentimientos, hemos hecho el más severo examen de conciencia que es posible hacer y, en verdad, no encontramos un sólo hecho que pueda inclinar la balanza de nuestro juicio en pro ó en contra de su personalidad privada ni política. Sin embargo, no tenemos el atrevimiento bastante para poder decir que emitimos juicios definitivos y con absoluta libertad de criterio sobre su corta y contradictoria actuación política.

Nada nos une, ni nada nos aleja de él. El odio, dirá más de uno, al recordar nuestros pasados ataques con motivo de sus pretensiones á la Presidencia de la República. Si el cariño al país en que uno ha nacido y los deseos de verlo gobernado por hombres inteligentes, preparados y de carácter, puede calificarse como odio hacia los ineptos que alimentan esas ambiciones, convenimos en haber sentido esa clase de odio contra el señor Edwards.

¡Santo y honroso odio que puede ser orgullo de quien no tiene otros méritos de que enorgullecerse! Pero si alguien cree que algún acontecimiento, alguna palabra, alguna pretensión fracasada, algún bajo sentimiento nos impulsaron entonces á lanzarnos en contra de sus prematuras ambiciones, se equivoca el que lo piense.

Lejos de eso. El señor Edwards habíanos dispensado la confianza de invitarnos con frecuencia á sus salones, honor más agradecido cuanto no solicitado. Si algo, pues, á él nos unía, no era sino un agradecimiento que hubimos de vencer para atacar sus pretensiones políticas.

Tanto es así, tan libres estábamos entonces de sentimientos contrarios á la persona del joven candidato, que si se hubiera presentado la ocasión de dar nuestro voto para que obtuviera la gerencia del Banco en que guardáramos nuestros bienes, ó la administración de una compañía en que tuviésemos parte, ó la presidencia del Club Hípico del cual poseyéramos acciones, sin vacilar lo

habríamos hecho, en la certeza absoluta de haber sabido cautelar nuestros intereses.

Pero, el apoyo para llegar á la Presidencia de la República, nó, de ningún modo. De un estadista á un hombre de negocios, puede haber enorme distancia. ¿Que Portales fué comerciante y fué también gran político? ¿Que Portales fué estadista siendo joven y Edwards también es joven, dice don Alberto? Cuando don Agustín haya demostrado poseer alguna de las aventajadas condiciones de carácter y de previsión del gran Portales, entonces será llegado el caso de pensar en él para hacerlo Presidente de la República.

El hombre de negocios no es siempre garantía de buen político. Hace poco tiempo la juventud liberal, en un instante de previsión patriótica, combatió con denuedo y valentía la candidatura senatorial de un respetable hombre de negocios, emprendedor y activo, audaz y joven. ¿Obró bien? Creemos aún que sí.

¿En qué ocasión el señor Edwards había antes obrado con la decisión, con la energía, con el empuje y el valor que requiere la actividad política? ¿Había trabajado alguna vez con empeño por algún candidato de sus ideas ó de sus afecciones? Y aún cuando sus deberes de hombre de partido y de fortuna se lo imponían, como en la lucha presidencial entre los señores Montt y Lazcano, prefirió sacar el cuerpo, partiendo á Europa y declarando, en Buenos Aires, á los periodistas que lo interrogaron sobre la política chilena, que tanto el señor Montt como don Fernando Lazcano eran igualmente deseables como Presidentes para Chile. Lo cual demuestra que además de hombre de negocios puede ser espléndido diplomático, pero Jefe del Estado, todavía nó.

¿Es por acaso un mérito político el que cita el señor don Alberto al decir que su pariente no se ha contado nunca entre los opositores á ningún Gobierno y que este hecho solo le coloca por encima de los opositores sistemáticos, de aquellos que tienen el prurito de encontrarlo todo malo?

Si en realidad existen actos que criticar y no los combaten aquellos que están en el deber moral de hacerlo, cometen un delito tan grave como el de criticar con mal espíritu y por sistema los actos buenos.

¿Quiénes son, en cambio, los constantes aduladores de todos los Gobernantes y sostenedores de todos los Gobiernos? Son siempre, sin excepción, los ambiciosos, los que á falta de méritos sólidos que les atraigan el respeto y confianza de sus conciudadanos, buscan el apoyo fácil é interesado de gobernantes débiles; y además de esos ambiciosos de la política, los ambiciosos del dinero, los funestos gestores administrativos, que, adulando á los altos funcionarios y mostrándose como los consejeros de confianza de los gobernantes, viven al amparo de suculentos negocios que consiguen para sí ó para sus íntimos, quienes les sirven al mismo tiempo de pedestal para elevarse.

"Cuestión de raza", dice don Alberto, al referirse á las discusiones largas y estériles que don Agustín sólo escuchaba y á los proyectos luminosos y abundantes que en seguida elaboraba á solas y en silencio. ¿Dónde están y qué frutos han producido todos esos proyectos y proposiciones que debieron conquistarle merecida celebridad y fama?

Pero ya antes nos ha dicho don Alberto que su primo había entrado en la política sin preparación especial, sin estudios previos en materias legales y administrativas y conociendo apenas los hombres y las cosas de su país. Si es así, no es extraño que haya hablado poco, y menos todavía que apareciera más tarde con proyectos cuya procedencia es por demás bastante conocida.

En esto, como en aquello de no criticar, hay que tomar en cuenta, pues, otras circunstancias para poder juzgar el acierto y el talento del ex-candidato señor Edwards. El talento ó el tino de un hombre se juzgan no tanto por la cantidad de proyectos elaborados por él, como por su calidad y la oportunidad de ellos.

En lo que encontramos razón al señor don Alberto es en aquello de que la necesidad de acción es en su primo casi una enfermedad. Nadie como él podía hacer una declaración más valiosa sobre este punto que siempre hemos sostenida. La actividad febril de don Agustín es enfermedad, y es la misma enfermedad que lo incapacita para todo trabajo durante meses enteros, en los cuales la neurastenia lo abate y en que sus nervios sobreexcitados tienen que recuperar en el descanso la tranquilidad perdida por un exceso inconsciente de trabajo. La actividad del señor Edwards no corresponde en verdad á una persona de salud completamente normal.

¿Y los errores de don Agustín Edwards? No hay duda respecto á que todos los cometemos, como lo sostiene el señor don Alberto; pero en estas materias, al juzgar á un político, al elegir un gobernante, debemos atenernos á que cometa los menos errores posibles, que en ningún caso lleguen á convertirse casi todos sus actos en errores. ¿Y podría alguien sostener que la actuación política de don Agustín nos deje una cosecha mucho más abundante en aciertos que en desaciertos?

Don Agustín Edwards mientras ha sido como el peral tranquilo que tiene en su casa don Alberto, es decir, mientras nada ha hecho en política, sin duda no ha cometido errores, pero cuando ha dejado su inacción de peral para tomar á su cargo los negocios públicos, preferiríamos que no nos hubiesen obligado á hablar.

¿En dónde ha recogido el señor Edwards el bagaje moral, es decir el fruto de los esfuerzos, de las luchas, de las caídas y de los triunfos que forman el carácter, que hacen útiles á los hombres y que constituyen, generalmente, el molde en que se ha formado la personalidad de los grandes estadistas conductores de pueblos, como O'Higgins, Portales, Montt, Varas, Tocornal y García Reyes? El señor Edwards, por el contrario, nació en medio de la fortuna y de la vida fácil. Ni siquiera los estudios tenaces y severos han disciplinado su voluntad, como lo sostiene su íntimo amigo, don Alberto. Ha vivido, en cambio, lleno de halagos, de adulos, haciéndosele creer desde niño que ha sido formado por la madera de los grandes hombres. Se le educó con todo el cuidado material que recibe la abeja destinada á ser reina de la colmena; pero, falto de ciertas condiciones morales que si no se heredan, sólo se adquieren por la educación, por el esfuerzo de la lucha y por la acción intensa de ambiente diverso al que siempre rodeó al señor Edwards.

En estas condiciones ¿podría la gente seria pensar en llevarlo á la Presidencia de la República? ¿Podía el señor Montt, sin dejar de ser quien fué, ponerlo de sucesor y entregar el país en sus inexpertas manos, él, el Presidente serio, el hombre que lo conoció desde niño, el que fué hasta maestro suyo?

Esto no podía esperarse del ciudadano recto, del mandatario patriota, de ese gobernante que fué consecuente en su conducta y en sus ideas hasta cometer errores.

Renato Valdés

Septiembre de 1912.

LOS PARTIDOS Y SUS JEFES

El Día, Valparaíso, 29 de septiembre de 1912, pág. 1.

Paralelo revelador

La renuncia del presidente del Partido Liberal Doctrinario, ha proporcionado ocasión al decano de la prensa porteña para emitir editorialmente un juicio sobre la eminente personalidad política del señor don Ismael Valdés Valdés, en el cual junto con expresiones justicieras que reconocen descarnadamente sus innegables virtudes personales se contienen apreciaciones deprimentes sobre sus cualidades de político y de jefe de partido.

Con el fin de dar un aparente fundamento á esas apreciaciones, se hace mérito en el artículo á que nos referimos, de ciertas frases contenidas en la carta renuncia que el señor Valdés Valdés dirigió á la Junta Ejecutiva de su partido; y estimándolas, aisladamente, como un principio de confesión escapado á la habilidad epistolar del señor senador por *Santiago*, se pretende levantar sobre ellas todo un edificio de presunciones despectivas para la capacidad del señor Valdés Valdés como hombre de lucha y como conductor de partido.

Si el diario nacional hubiera limitado sus especulaciones á decir simplemente que el equilibrado temperamento y la ecuanimidad de carácter del señor Valdés Valdés, lo inducían naturalmente a buscar las soluciones tranquilas y honrosas con preferencia á las eliminaciones violentas que resultan de campañas apasionadas; y si á esto no hubiera agregado el injusto desconocimiento de la entereza y el nervio que hacen del señor Valdés Valdés, cuando la ocasión lo requiere, un luchador tan considerable como el de más fogoso temperamento, —habría dicho, el diario nacional, una verdad por todos reconocida, y por el propio señor Valdés antes que por nadie. Ese, y no otro, es el alcance de su carta renuncia; y en ello, más que en tema alguno ha justificado el presidente del Partido Liberal su merecida reputación de habilidad epistolar.

La lectura desapasionada del documento que ha motivado este análisis editorial, basta para abonar la firma, y recomendar la personalidad del autor, sin necesidad que sus amigos políticos entren en una polémica pública, contraria á sus tradiciones, sobre la mayor ó menor suma de cualidades individuales de uno de los suyos. Aparte de las ineludibles imposiciones que acarrearán para la prensa partidarista, en época, felizmente cortas, las luchas electorales; ésta, se abstiene por regla general de invadir el dominio genuino de la historia anticipando juicios sobre los contemporáneos, salvo en cuanto sea absolutamente indispensable para la clara y justiciera apreciación de los hechos. En todo otro caso, los diarios que tienen una bandera, dejan al porvenir el balance del mérito ó desmérito de los hombres, y se dedican al comentario en lo posible impersonal, de los acontecimientos. Se comprende, sin embargo que los diarios que se inspiran en móviles menos generales, procedan de otro modo y observen la actualidad á través de una lente que aumenta desproporcionadamente la influencia del temperamento de los actores en el valor artístico del sainete ó del drama.

Consecuentes con esta doctrina, debemos ver en la renuncia que de su elevado cargo ha hecho don Ismael Valdés Valdés, tan sólo una manifestación de la perfecta unidad y disciplina de un partido doctrinario, que puede vivir, é influir en el sentido de sus aspiraciones, los destinos de la República, sin dependencia de determinadas personalidades, por prominentes que sean.

En su carta-renuncia, así lo demuestra de manera incontrovertible, el presidente del Partido Liberal, al manifestar á sus amigos que sólo ha creído poder retirarse á un puesto de menos labor, cuando todo ha concurrido á demostrarle á él, y al país, que la influyente situación de su colectividad política no se debilitará en nada por el reemplazo que solicita. Así lo demuestra también la actitud de los correligionarios políticos del señor Valdés Valdés, que, aún en medio de la afectuosa insistencia con que reclaman de él que continúe en el alto puesto de la responsabilidad y del trabajo, no han manifestado en momento alguno que abriguen temor por el porvenir del liberalismo doctrinario, á causa de la deplorada dimisión de ese actual jefe. Tienen unánimemente confianza en él y en sus dotes de carácter y de inteligencia; pero, tienen además, y sobre todo, confianza en la cohesión, en el número y en el prestigio de su partido.

El mismo diario nacional reconoce la efectividad de este hecho al atribuir injustificadamente la renuncia del señor Valdés Valdés, —que, como un de mentido, no será aceptada,— á la creación dentro del Partido Liberal de un resorte que no parecería cómodo al presidente renunciante; y por medio de este torcido raciocinio, al querer demostrar que el señor Valdés Valdés se sentiría molesto por la influencia que adquieren en la dirección del partido los elementos juveniles y populares que forman la base de las asambleas recientemente organizadas, llega á reconocer en forma tan explícita como seguramente no previó, la importancia vital de esta institución republicana para la grandeza y poder del Partido Liberal.

En realidad, esta organización contrasta agudamente con lo que ocurre

dentro del grupo montvarista á que sirve de órgano nuestro decano, y que inoportunamente, ha venido á corroborar otro artículo de sus mismas columnas firmado por don Alberto Edwards.

En ese partido, —si así puede llamarse un grupo de acaudalados propietarios y banqueros reunidos para el negocio del influjo en torno de un añejo recuerdo político,— ocurre exactamente lo contrario de lo que revela la renuncia del señor Valdés Valdés en el Partido Liberal-Doctrinario. Los artículos comentadísimos de don Alberto Edwards y de don Herman Echeverría Cazotte, en que bajo el rubro común de *Al rededor de un moribundo*, se discute la verdad histórica de la antepenúltima transmisión del mando supremo en Chile, están revelando entre otras innobles miserias, la falta completa del verdadero espíritu político y doctrinario en el llamado partido nacional. El mismo título común á ambas colaboraciones, pudiera servir para expresar la impresión de conjunto que deja en el público ese partido moribundo que hoy descorre por mano de uno de los suyos, el velo que ocultaba á la gran opinión el personalismo mezquino de sus miras.

En el partido nacional las renunciadas desinteresadas y generosas, no se hacen ni se comprenden... Bien es cierto que aplicándoles el criterio editorial de nuestro respetable decano, ellas no tendrían tampoco razón comprensible dentro de una agrupación política que es semejante á una plana mayor sin soldados, y que nunca podrá, —ni aún por la incontrastable capacidad adquisitiva de sus capitales,— pagarse el lujo de asambleas departamentales que eduquen al pueblo y á la juventud en el culto de sus doctrinas. Esas asambleas que prestijian á los hombres y hacen el triunfo de los candidatos verdaderamente populares, no entrarán jamás la libertad de acción de los jefes montinos, porque presuponen raíces en la opinión y en una clase social que no se deja cegar por el brillo del dinero ni consiente en seguir la candidaturas resueltas é incubadas como empresas mercantiles con el concurso de unos cuantos accionistas y al crédito de alguna fuerte institución bancaria.

Tampoco encontraríamos móviles que atribuir á actos como el del señor Ismael Valdés Valdés dentro de los hábitos del partido montino, en consideración de orden doctrinario. No ignoramos y los políticos de ese grupo no lo ocultan, que su único lazo de union y solidaridad es la feliz, pero no muy desinteresada convicción, de que solo entre ellos pueden encontrarse los hombres suficientemente honrados, serenos y preparados para dar al país el Gobierno que necesita. Encontraríamos en cambio, en esta convicción la raíz de cierta planta que en el montvarismo está dando desde hace algunos años frutos muy amargos de discordia y de ingratitud, de los cuales es buena muestra el artículo de don Alberto Edwards sobre los últimos momentos del Excmo. señor don Pedro Montt.

La discordia entre esos políticos que tienen por única doctrina el encumbramiento de determinadas personalidades, —á las cuales desde la cuna y por la sola razón de su apellido se les destina á ciertos puestos preeminentes,— se revela tristemente en el cuadro trazado por el señor Edwards, en que vemos turbada la paz de un enfermo ilustre por la crueldad con que sus propios

amigos se disputan en torno del lecho y en el mismo santuario de la alcoba, la herencia aún no deferida por la muerte; y la ingratitud tiñe también con sus tristes tintas ese deplorable artículo, malamente llamado histórico, en que se arrojan unos cuantos hechos y otras cuantas insinuaciones como otras tantas piedras contra el ataúd del último jefe del partido á que pertenece el articulista...

El señor Montt fué en días no lejanos el ídolo de ese mismo partido; pero, por no haber cedido en sus últimos días al ambicioso personalismo de los suyos, se consagra hoy á su memoria una página irreverente de que debió hacersele gracia, á lo menos para no provocar un parangón con el respetuoso sentimiento con que un partido de doctrinas deplora la retirada de sus jefes.

CARTA ABIERTA

*La Mañana, Santiago, 1.º de octubre de 1912.**

Señor don Alberto Edwards. —Santiago.— Dedicó usted, señor don Alberto, en el último de la serie de artículos que viene usted publicando en "El Mercurio" de Santiago, un párrafo al Ministerio anterior al actual, que requiere una contestación, á pesar de que la escasa autoridad del firmante y la grave inexactitud de los hechos en que se basan las apreciaciones por él consignadas bien merecerían por única respuesta el más despreciativo silencio

Pero, como usted no ha de ser más que el instrumento de otras personas, en homenaje á ellas conviene decir unas cuantas palabras, que están, además, justificadas por mi costumbre de no dejar pasar, tranquilamente, ninguna ofensa, venga de quien viniere.

A raíz de la derrota del señor don Agustín Edwards, del "estrepitoso derrumbamiento", como diría el seudo historiador á quien dirijo estas líneas, usted se dedicó á denigrar á las personas que no habían favorecido las prematuras aspiraciones del señor Edwards.

Tocó el primer turno al distinguido político y abnegado servidor público don Javier A. Figueroa, y las procacidades de usted le merecieron una culta pero enérgica represión del señor don Joaquín Figueroa Larraín, senador por Valparaíso, á quien supone usted ahora, acaso por saberlo dedicado al restablecimiento de su salud, "arrivista y politiquero".

En segundo término hizo usted víctima de sus diatribas á don Juan Luis Sanfuentes, y ésto le conquistó una bofetada ejemplar que le obligó á usted á besar el suelo, con los labios ensangrentados.

Ahora, recientemente, don Hermán Echeverría Cazotte, le recuerda, á

* Reproducido en: *El Día*, Valparaíso, 30 de septiembre de 1912.

usted con frases de fuego y dignas de la nobleza de alma de ese distinguido joven liberal, que es un cobarde el que injuria á personas que no pueden defenderse.

En su último artículo no ha querido usted dejar de manifestar su alegría por la renuncia del anterior Ministerio, compuesto, según usted, de "arrivistas y politiqueros", y al cual no se debe más, á su juicio, que la formación de la Liga de Acción Cívica.

Vamos por partes.

En el Gabinete anterior, tan mal tratado por usted, señor Edwards, figuraron cuatro senadores de la República y dos diputados.

Uno de esos senadores había concurrido con treinta mil pesos para afianzar la popularidad (?) de usted en su candidatura á diputado por Valparaíso, en 1909.

Todos los miembros de ese Gabinete habían sido antes Ministros de Estado.

Con esos antecedentes, ¿quiénes no son para usted, señor Edwards, diputado una sola vez, por obra del dinero y del fraude electoral, "arrivistas y politiqueros"?

La Liga de Acción Cívica no nació por los actos de ese Gabinete: fué la continuación de la Liga de Regeneración Municipal, provocada por las fechorías de los correligionarios de usted, sea como municipales, sea como miembros del Congreso, dispendedores de todos los resortes fraudulentos destinados á falsear las elecciones.

¿En qué país vive usted, que no se ha impuesto de que el respetable político liberal, don Ismael Valdés Vergara sostiene, como representante de la Liga de Acción Cívica, la nulidad de las Elecciones municipales de Santiago, cínicamente viciadas por la obra de correligionarios de usted?

Lea usted, señor Edwards, el programa del Ministerio que tuvo la honra de encabezar, y se encontrará con que está perfectamente conforme con el de la Liga de Acción Cívica, en cada uno de sus puntos.

¿Qué hubo dos resoluciones del Ministro de Industria y Obras Públicas atacadas en el Congreso? Nadie puede negarlo, aunque es justo reconocer que esas medidas que no fueron adoptadas en Consejo de Gabinete, no han producido la menor lesión á los intereses públicos.

Una de ellas, la del ferrocarril de Salta á Mejillones, ha sido aplaudida por la mitad del país y la otra, importa, si se quiere, una errada interpretación de actos del prédecesor del señor Fernández: pero esto no vale decir que no se hayan economizado, con la liquidación, millones de pesos al Erario público, que se gastaban en beneficio especial de media docena de personas de alta influencia política y social.

A esto se agrega, finalmente, que, en ambas circunstancias, se trataba de decretos supremos, en los cuales había intervenido con su estudio, acuerdo y firma, el esclarecido político que rige los destinos de la República.

En el artículo que contesto, ataca usted rudamente, al Partido Liberal, porque tiene muchos hombres preparados para la Suprema Magistratura y, con eso sólo, revela usted que está empeñado en dar aires á una candidatura

presidencial, que, si llega á resurgir, no será tan pronto y que, en todo caso, tendría forzosamente, que buscar la benevolencia del Partido, que usted combate.

Está usted, pues, dañando los intereses políticos de su candidato, á quien perjudica usted, sin duda, porque la distancia á que él se encuentra no le permite reprimir á usted á tiempo.

En suma, los hechos que relata no son verídicos, y son mal intencionadas las observaciones que de ellos deriva usted.

Si usted continúa alterando, en forma hiriente, la verdad, á la bofetada de Enrique Balmaceda Toro, y á la lección de Hermán Echeverría Cazotte, seguirán otras muchas, y tenga usted entendido que un hombre que se ha guardado, humildemente, una bofetada, recibida, en público, de otro hombre, no puede pretender ser considerado en el goce pleno de los derechos que otorga al individuo la altivez innata del alma humana.

Saluda á usted, deseándole buena ventura.

Guillermo Rivera

Valparaíso, 29 de Septiembre de 1912.

SIETE AÑOS DE ILUSIONES

La Mañana, Santiago, 2 de octubre de 1912

Después de las memorias de Garibaldi, ninguna otra narración de este género ha llamado tanto la atención como los Siete Años de Recuerdos Políticos que ha estado publicando el distinguido estadista don Alberto Edwards. Los siete años de recuerdos políticos, pueden reducirse á dos en la práctica, pues abarcan el tiempo en que su autor perteneció al Congreso. Y en cuanto á sus aseveraciones pueden reducirse á cero, en vista de la lluvia de desmentidos respetables que han provocado

De toda esta obra verdaderamente monumental, solo quedan en pie actualmente las interesantes notas con que la ha completado el señor Guillermo Rivera en carta publicada ayer a nuestro diario. A la verdad el público echaba de menos en los artículos del señor Edwards, la descripción de estos episodios, que sin duda alguna el autor destinaba á su colección de recuerdos más íntimos y personales.

Los Siete Años de Recuerdos Políticos se publicarán como prólogo de otra obra interesantísima en que colabora algún distinguido ciudadano que está ausente del país y que tiene por nombre Siete Años de Ilusiones Presidenciales.

Ambos autores el de aquí y el de allá, se encuentran en estrecha comunión de ideas, de proyectos y de castillos en el aire. Como preparador de una candidatura imposible, el señor don Alberto Edwards parece tener tanto éxito

como en el carácter de diputado gobiernista a ou trance en que fué protagonista de los acontecimientos rememorados por el señor Rivera.

En fin, de algo ha de vivir el hombre, aunque más no sea de ilusiones y de recuerdos. Aquí los últimos bien valen las primeras...

L.

ALGUNAS RECTIFICACIONES¹

*El Mercurio, 2 de octubre de 1912, pág. 5**

Había hecho el más firme propósito de no enredarme en polémica alguna, con motivo de los artículos que, con el título de "Siete años de Recuerdos Políticos", estoy publicando en "El Mercurio". Pero el señor Guillermo Rivera me dirige una carta abierta, en la cual no se trata ya de hechos históricos sino de mi modesta personalidad. Ni aún esta última circunstancia había bastado para hacerme quebrantar mi propósito; pero hay en esa carta puntos que requieren en absoluto una contestación.

Yo pido perdón al público por ocupar las columnas de la prensa con negocios de esta clase. Bien sé que hay ociosos en Santiago que gozan lo que no es dable con semejante género de polémicas, y con la lectura de los insultos mutuos que Fulano y Zutano se dirigen en sendos artículos. La situación es bastante ridícula, pero ¿qué hemos de hacerle?

Voy, pues, simplemente a rectificar.

Por de pronto una palabra, que ella por sí sola justifica este artículo, y es la razón determinante de haberlo yo escrito. Me supone el señor Rivera haber dicho yo que el pasado Gabinete estaba compuesto de arrivistas y politiqueros.

Yo he dicho simplemente que los arrivistas y politiqueros, personificados por ese Ministerio, se derrumbaron con él.

Pero ¿representaba o nó el arrivismo y politiquería un Gobierno sin otro programa que el de los éxitos electorales, las calificaciones de poderes y el sacrificio de un partido, cuya única falta consistía en haber creído por un momento en la sinceridad de sus aliados?

¿Es o no condenable esa política? Y si lo es ¿qué otro nombre darle?

Entre los colegas del señor Rivera hay algunos con cuya amistad me honro: no he creído jamás que ellos sean politiqueros y arrivistas de profesión, ni les he llamado tales. El señor Rivera me supone algo que no he dicho.

Dice el señor Rivera que yo he proferido "procacidades" en contra de la personalidad de don Javier A. Figueroa. El señor Rivera no debe haber leído mis artículos o está, por lo menos, mal informado. No he escrito en ellos una sola palabra contra el señor Figueroa, ni menos merecido, como él dice, nin-

* Reproducido en: *El Mercurio de Valparaíso*, 4 de octubre de 1912.

guna culta ni enérgica represión de su hermano don Joaquín, con quien he conservado las mejores relaciones hasta el día en que cayó enfermo. La verdad, no puedo imaginar a qué incidente se refiere el señor Rivera.

Otro cargo me dirige el señor Rivera: yo he recibido de él treinta mil pesos para mi candidatura a diputado. La gratitud debería, pues, sellar eternamente, respecto de él, mis labios, tocante a todos sus actos políticos, presentes, pasados y futuros.

La verdad del cuento es que esa gratitud me la debería a mí el señor Rivera. Salí de diputado gastando dinero, como lo hace en Chile todo el mundo: mis listas llevaban el nombre del señor Rivera para senador: esta última circunstancia no era suficiente para que los electores votaran gratis. Si yo pagaba por ser diputado, el señor Rivera pagó por ser senador. No tengo, como Agustín Edwards, bastante fortuna para hacerle a él ni a nadie todos sus gastos.

Cien mil pesos, vergüenza da decirlo, gastó en el departamento de Valparaíso mi partido en las elecciones de 1909. Dividiendo por tres, deberían corresponder treinta y tres mil al senador, otros tantos al diputado y suma igual a los municipales. Todavía, pues, es deudor mío, o mejor dicho, de mi partido, el señor Rivera.

Estos son los cargos que el señor Rivera me hace. Vamos ahora al renglón insultos.

Todos ellos giran alrededor de una bofetada que dice el señor Rivera recibí de don Enrique Balmaceda Toro, por insultar a don Juan Luis Sanfuentes, y que en seguida me guardé, es decir, que no le envíe padrinos al susodicho señor Balmaceda.

También en este punto ha sido mal informado el señor Rivera.

Yo me dí de bofetadas en el Club con don Enrique Balmaceda, pero no por causa de don Juan Luis Sanfuentes, sino por haber estimado yo que Balmaceda injuriaba al señor don Pedro Montt. Yo le llamé insolente: él me contestó con otra injuria, no recuerdo ahora cuál. Los desafíos estaban entonces a la orden del día: dos o tres habían terminado en el ridículo general. Preferí desafiarlo a bofetones: me pareció más positivo. Peleamos un rato y él me ganó. Esto fué todo.

¿Iba yo a mandar le padrinos al señor Balmaceda porque pegaba trompadas mejor que yo? ¿De qué ofensa podía demandar satisfacciones? ¿De haberse abofeteado conmigo? Pero, ¿y si yo lo había desafiado? Además, todo concluyó, contra lo que le han informado al señor Rivera, sin que ni él ni yo rodáramos por el suelo.

Lo chistoso de este cuento, es que yo, una de las pocas veces que he salido de mis casillas, fué en defensa del señor Montt, y son los amigos del inolvidable Presidente los que han tomado sobre sí la tarea de recordarme aquello como algo desagradable para mí. ¿Creen con eso ofenderme? Muy por el contrario. Si yo lo tengo a muchísima honra. Pelear a bofetadas, o a tiros, o a lo que sea, puede en algunos casos ser una tontería, pero nunca un acto deshonesto.

Y, crea el señor Rivera, él ha querido ofenderme, sin conseguirlo. Un hombre que ha vivido cerca de cuarenta años y a quien se desea insultar, cuya

vida se registra con escrupulosa minuciosidad, buscando ofensas que dirigirle, y no se encuentran otras que las recopiladas por el señor Rivera, tiene derecho a levantar en alto su frente... pero muy alto.

Estos cargos contra mi honor se reducen a dos:

1° No tuve dinero suficiente para pagarle al señor Rivera el honor de sentarse en el Senado. Hubo de hacer él conmigo los gastos de nuestra elección común.

2° Desafié a una persona a bofetadas, y no le mandé padrinos, después de solucionada nuestra querrela en el campo por mí elegido.

Alberto Edwards

POR EL PRESTIGIO DE LA HISTORIA

El Diario Ilustrado, 2 de octubre de 1912, pág. 1

Don Alberto Edwards, hablando de su primo don Agustín Edwards, hace presente que se tengan en cuenta sus relaciones de parentesco y de amistad á fin de aquilatar en su justo precio los conceptos emitidos por él sobre la figura política de don Cucho.

Don Renato Valdés, á su turno, manifiesta que su juicio, acaso se acerque más á la serenidad que el crítico requiere; porque, estudiándose á sí mismo, no se encuentra motivo alguno de animadversión personal para el ex-candidato á la Presidencia, que "tuvo la confianza de invitarlo muchas veces á sus salones".

A su turno, don Hernán Echeverría refuta al señor Edwards (Alberto), y si bien no se pronuncia sobre don Agustín, tilda de "alusiones cobardes" los artículos del primo.

Crece la polémica y... habla don Guillermo Rivera: habla recio, porque "no quiere dejar pasar tranquilamente ninguna ofensa, venga de quien viniera".

Lo cual, si no es muy razonable, es muy plausible.

Y aquí la discusión que don Alberto quiere que sea cariñosa, y don Renato que sea serena, y don Hermán que sea histórica, con la terciada de don Guillermo se vuelve sangrienta.

Más aún, don Guillermo quiere que sea pedagógica; por esto habla de lecciones y bofetadas.

No nos interesa por el momento el motivo de tan aguda polémica: nos resulta como que ha pasado ó está aún muy por venir.

Pero como la discusión es apasionante y todo el mundo está pendiente de ella y por ella se han olvidado los tantos problemas de urgencia y actualidad, solicitamos de los contendores un poco de calma y orden.

¡Paz, señores, paz, tranquilidad, serenidad, ecuanimidad!

Ustedes no deben olvidar que la Historia los contempla y pluma en mano

aguarda el fallo definitivo que ha de inscribir en sus páginas. Tenéis sobre vosotros una responsabilidad: la de informar á las futuras generaciones de la República sobre las buenas ó malas intenciones que en un día determinado abrigó un ex-candidato. Es pues, conveniente que seáis discretos.

¿No os parece caritativo que esas generaciones ignoren ciertos hechos?
Pensadlo para en adelante.

Porque ya no tiene remedio lo que habéis hecho y la raza de mañana sabrá que don Agustín Edwards invitó á sus salones á don Renato Valdés, por lo cual éste no le guardó rencor; que don Alberto Edwards ha sido amigo y pariente y discípulo de don Agustín; que don Hernán dió una lección á don Alberto; que don Guillermo nunca deja pasar una ofensa con tranquilidad; que don Enrique Balmaceda le dió una bofetada á don Alberto; que... Sed discretos y parsimoniosos, ¡oh, comentaradores de cosas de actualidad! Pensad que vuestras palabras se imprimen para el porvenir.

En estos instantes estáis dictando un parte de la historia, y no conviene positivamente que en sus capítulos aparezcan intimidades caseras que aminoran el prestigio de las figuras que mañana, en pétreo efíjic, adornarán los lugares desocupados de la Alameda de las Delicias.

Ya veis: por el fastidio indiscreto que Alcibíades le tenía á Nicias y por las habladurías de Timonedes —amigo de Alcibíades— el pobre Nicias ha llegado hasta nosotros como el factor de una paz vergonzante entre Grecia y Esparta.

Y al fin Nicias fue una excelente persona, y la paz aquélla, muy provechosa á los griegos para el cumplido cultivo de sus viñedos y sus cosechas de higos. Proseguid; os escucharemos atentos.

¡Pero sed ecuánimes y discretos!

B.

LA BOFETADA CONSIDERADA EN SU ASPECTO FÍSICO Y METAFÍSICO

El Diario Ilustrado, 3 de octubre de 1912, pág. 3

Don Guillermo Rivera ha manifestado en un artículo —muy suyo— “que un hombre que se ha guardado, humildemente, una bofetada, recibida en público, de otro hombre, no puede pretender ser considerado en el goce pleno de los derechos que otorga al individuo la altivez innata del alma humana”.

Disentimos en absoluto del parecer del señor Rivera; y ya sin personalizar el asunto poniéndonos á una altura conveniente (se trata de bofetadas) y tomando el trompón en sí, es decir metafísicamente, nosotros pensamos que el hombre que recibe una bofetada tiene perfecto derecho para quedarse con ella.

La bofetada no ofende, á menos de que se trate de una bofetada moral.

Una bofetada común lo que hace es perjudicar ó dañar el rostro del favorecido.

Moralmente, éticamente considerada la bofetada no puede ofender, desde que se la usa para lavar ofensas.

Una bofetada se da por uno y se recibe por otro; lo que se da puede devolverse, pero no es obligación hacerlo: al contrario, hay veces en que el rehusar es falta de educación.

Un hombre le da á otro una bofetada; sino le gusta, la devuelve, que es lo común, el procedimiento seguido por los impulsivos á quienes domina el temperamento. Pero si el sujeto pasivo reflexiona, razona, es muy posible que, aquilatando las ventajas y desventajas que encierra la devolución de una bofetada, se quede con ella.

Porque una bofetada recibida y luego devuelta, implica á veces una molesta insistencia por parte del dador; y si bien es cierto que una firme actitud del "rehusante" puede hacer que —metafísicamente— resulte que no se ha quedado con ninguna bofetada de las que se le han dado y ha devuelto, físicamente es difícil deshacerse de la impresión de la dádiva.

Por otra parte, el señor Rivera manifiesta que es lamentable "recibir una bofetada humildemente".

No vemos nosotros razón alguna para mostrarse orgulloso de tal regalo, de modo que la más correcta actitud de tales casos es precisamente la que el señor Rivera repugna.

No debe uno hacer alarde de tales dádivas; recibirlas, callarse y no informar á nadie de lo que se le ha dado, eso es lo propio.

Incorre además el señor Rivera en un pleonasma, al decir que es ofensiva "la bofetada recibida en público y de otro hombre". Es sabido que los cachetes de las damas no ofenden aunque perjudiquen y no sabemos de otro ser que regale tales obsequios.

Lo de "públicamente" es reproche que el señor Rivera debería hacer al "dador"; porque es seguro que el "receptor" no ha elegido el sitio ni la hora para que le den una bofetada que no solicita y en la cual acaso nunca pensó.

No está demás, en esta ocasión, dar un consejo personal y práctico al respecto:

Cuando alguien nos da una bofetada, como quiera que es inútil y ridículo devolverla, á nuestro turno retribuimos la atención con otra, y si el caso apura, seamos generoso con exceso.

Es esta una de las pocas ocasiones en que es lícito y honesto el derroche.

B.

EDWARDS VERSUS RIVERA

*La Unión de Valparaíso, 1 de octubre de 1912, págs. 1 y 3**

Es interesante seguir el curso de una polémica que en nada nos afecta y en la cual los adversarios se acaloran más de lo que el uso corriente autoriza para semejantes casos.

El señor don Alberto Edwards por un lado y el señor don Guillermo Rivera por el otro están dando espectáculo.

La violenta polémica actual no ha nacido por generación espontánea: es la continuación de un antiguo pleito, es un episodio de una lucha que comenzó no sabemos cuándo, que se formalizó en la segunda mitad de la administración pasada, que tuvo un período álgido "al rededor de un moribundo" que se ha mantenido latente, que estalla ahora con enconada pasión y que volverá á estallar en igual forma muchas veces más tarde.

No es una cuestión personal de don Alberto Edwards con don Guillermo Rivera. Los verdaderos adversarios son los antiguos amigos políticos de don Pedro Montt y un grupo de los nuevos amigos que lo rodearon en la Moneda.

* * *

El señor don Alberto Edwards en un artículo titulado "Alrededor de un moribundo" ha narrado y comentado según su criterio los incidentes que surgieron cuando el Excmo. señor Montt hizo entrega del mando.

Dice el señor Edwards:

Ante el lecho del ilustre moribundo, los partidos, las fracciones políticas, los enemigos más encarnizados de su gobierno, enmudecieron y esperaron respetuosos la expresión de su voluntad.

No así sus amigos, sus íntimos, sus allegados. Ellos sabían que en el estado de salud del señor Montt toda excitación fuerte, toda emoción poderosa, podía serle fatal... No se las excusaron sin embargo.....

Agustín Edwards no debía ser Vice-Presidente de la República. En esto, y en nada más que en esto, supieron pensar... junto al lecho de ese moribundo.....

Pero al lado del lecho del señor Montt no se agitaba una cuestión política, y los partidos así parecían comprenderlo. Eran pasiones más intensas y personales las que se encontraban en juego..... y primero que ninguna, el odio.

Por su parte "El Día", diario de don Guillermo Rivera, dice lo que sigue:

"Los artículos comentadísimos de don Alberto Edwards y de don Hernán Echeverría Cazotte, en que bajo el rubro común de "Al rededor de un moribundo", se discute la verdad histórica de la antepenúltima transmisión del mando supremo en Chile, están revelando entre otras innobles miserias, la

* Reproducido en: *La Unión de Santiago*, 2 de octubre de 1912.

falta completa del verdadero espíritu político y doctrinario en el llamado partido nacional. El mismo título común á ambas colaboraciones, pudiera servir para expresar la impresión de conjunto que deja en el público ese partido moribundo que hoy descorre por mano de uno de los suyos, el velo que ocultaba á la gran opinión el personalismo mezquino de sus miras”.

“La discordia entre esos políticos que tienen por única doctrina el encumbramiento de determinadas personalidades, —á las cuales desde la cuna y por la sola razón de su apellido se les destina á ciertos puestos preeminentes,— se revela tristemente en el cuadro trazado por el señor Edwards, en que vemos turbada la paz de un enfermo ilustre por la crueldad con que sus propios amigos se disputan en torno del lecho y en el mismo santuario de la alcoba, la herencia aún no deferida por la muerte; y la ingratitud tiñe también con sus tristes tintas ese deplorable artículo, malamente llamado histórico, en que se arrojan unos cuantos hechos y otras cuantas insinuaciones como otras tantas piedras contra el ataúd del último jefe del partido á que pertenece el articulista...”

“El señor Montt fué en días no lejanos el ídolo de ese mismo partido; pero, por no haber cedido en sus últimos días al ambicioso personalismo de los suyos, se consagra hoy á su memoria una página irreverente de que debió hacerse gracia, á lo menos para no provocar un parangón con el respetuoso sentimiento con que un partido de doctrinas deplora la retirada de sus jefes”.

* * *

Alrededor de don Pedro Montt moribundo, hubo, pues, lucha entre sus antiguos y sus nuevos amigos.

Aquellos estaban personalizados en don Agustín Edwards y éstos en don Guillermo Rivera.

¿Quiénes provocaron la lucha?

La causa de todo fué, según unos, la ambición del señor Edwards y los suyos y, según otros, el odio y la envidia de sus adversarios.

No nos corresponde á nosotros pronunciarnos.

No expresaremos tampoco opinión sobre esa lucha.

Pero, señalaremos la noble y elevada actitud de los conservadores: ellos, que estaban en la oposición, ellos, que tenían largos capítulos de quejas, ellos, que se habían puesto frente á frente del Excmo. señor Montt en los días de su omnipotencia, ellos le dieron paz en las horas de desgracia y no lucharon “alrededor de un moribundo” como los viejos y nuevos amigos.

* * *

En su artículo “Alrededor de un moribundo” don Alberto Edwards no atacaba directa y personalmente al señor Rivera.

En la replica de “El Día” tampoco se tocaba la persona de don Alberto Edwards.

Pero, no tardaron los dos campeones en trabarse cuerpo á cuerpo.

En el primer asalto el señor Edwards asestó un knock-out en pleno rostro

al señor Rivera: dijo que el anterior gabinete estaba formado por "arrivistas y politiqueros".

En el segundo asalto, el señor Rivera da "una tupida" al señor Edwards. Dice que su firma es "de escasa autoridad", que merecería su "más despreciativo silencio", que es "instrumento de otras personas", "que besó el suelo con los labios ensangrentados", etc., etc. La "tupida" concluye con este *knock-out*:

"Si usted continúa alterando, en forma hiriente, la verdad, á la bofetada de Enrique Balmaceda Toro y á la lección de Hernán Echeverría Cazotte seguirán otras muchas, y tenga usted entendido que un hombre que se ha guardado humildemente una bofetada recibida en público, de otro hombre, no puede pretender ser considerado en el goce pleno de los derechos que otorga al individuo la altivez innata del alma humana".

* * *

Presenciando el *match* desde nuestras sillas de espectadores, nos deja la impresión de que cada campeón ha intentado dar á su adversario golpes á fondo, con la mayor fuerza y donde se ha imaginado que más duele.

El señor Edwards ha creído que al señor Rivera nada puede dolerle tanto como que lo consideren un simple *parvenu* y por eso, le dedica el calificativo de "arrivista".

El señor Rivera, en cambio, ha pensado que nada puede dolerle tanto al señor Edwards como el que se le considere cobarde y, por eso, insiste en lo de las bofetadas y todavía lo amenaza.

Se nos ocurre que después de los golpes ni uno ni otro ha quedado fuera de combate.

* * *

Tanto el señor Edwards como el señor Rivera han usado como arma el recurso de demostrarse desprecio.

El señor Edwards mira de alto á abajo al señor Rivera y lo divisa un cualquiera, un afortunado del día que ayer no era nada y mañana puede volver á la nulidad de ayer, un *parvenue*, un **rastacuero**, un **arrivista**.

El señor Rivera mira también por encima del hombro al señor Edwards y lo trata como á un pelagatos, un insignificante, un ser digno de su desprecio.

El enojo los ciega y les hace decir cosas poco razonables.

¿No comprende el señor Edwards que no puede desdeñar como á un simple **arrivista** al hombre que balanceó la influencia de todo el Partido Nacional y le cerró el paso á su candidato?

¿No comprende el señor Rivera que se pone en ridículo cuando comienza por decir que el señor Edwards merece su desprecio y concluye por demostrar que sus apreciaciones le afectan hasta el punto de quitarle la serenidad? Al que se desprecia no se le toma en cuenta.

L. S. O.

TENÍAMOS RAZÓN

*La Unión de Valparaíso, 3 de octubre de 1912, pág. 1**

Bien dicen que "para verdades el tiempo".

Y, hay que agregar que, para que el tiempo sirva de testigo comprobador de verdades, no necesita ser un viejo de cien años: á veces un tiempo guaguüta de sólo veinticuatro horas es hábil para declarar en juicio.

Anteayer sostuvimos que don Alberto Edwards y don Guillermo Rivera se decían cosas poco razonables y nada justas cuando el primero despreciaba al segundo por arrivista y el segundo despreciaba al primero por cobarde.

Pues bien, veinticuatro horas más tarde ha quedado comprobada la verdad de lo que sosteníamos.

En efecto, don Alberto Edwards en "El Mercurio" de Santiago dice ayer: "Vamos ahora al renglón insultos.

"Todos ellos giran alrededor de una bofetada que dice el señor Rivera, recibí de don Enrique Balmaceda Toro, por insultar á don Juan Luis Sanfuentes, y que en seguida me guardé, es decir, que no envié padrinos al susodicho señor Balmaceda.

"También en ese punto ha sido mal informado el señor Rivera.

"Yo me dí de bofetadas en el Club con don Enrique Balmaceda, pero no por causa de don Juan Luis Sanfuentes, sino por haber estimado yo que Balmaceda injuriaba al señor don Pedro Montt. Yo le llamé insolente: él me contestó con otra injuria, no recuerdo ahora cuál. Los desafíos estaban entonces á la orden del día: dos ó tres habían terminado en el ridículo general. Preferí desafiarlo á bofetones: me pareció más positivo. Peleamos un rato y él me ganó. Esto fué todo.

"¿Iba yo á mandarle padrinos al señor Balmaceda porque pegaba trompadas mejor que yo? ¿De qué ofensa podía demandar satisfacciones? ¿De haberse abofeteado conmigo? Pero ¿y si yo lo había desafiado? Además, todo concluyó, contra lo que le han informado al señor Rivera, sin que ni él ni yo rodáramos por el suelo.

"Lo chistoso de este cuento, es que yo, una de las pocas veces que he salido de mis casillas, fué en defensa del señor Montt, y son los amigos del inolvidable Presidente los que han tomado sobre sí la tarea de recordarme aquello como algo desagradable para mí. ¿Creen con eso ofenderme? Muy por el contrario. Si yo lo tengo á muchísima honra. Pelear á bofetadas ó á tiros, ó á lo que sea, puede en algunos casos ser una tontería, pero nunca un acto deshonesto.

"Y, crea el señor Rivera, él ha querido ofenderme, sin conseguirlo. Un hombre que ha vivido cerca de cuarenta años y á quien se desea insultar, cuya vida se registra con escrupulosa minuciosidad, buscando ofensas que dirigirle,

*Reproducido en: *La Unión* de Santiago, 4 de octubre de 1912.

y no se encuentran otras que las recopiladas por el señor Rivera, tiene derecho á levantar en alto su frente... pero muy alto”.

Por muy frenética que sea la pasión del señor Rivera es imposible que hoy no vea claramente que dió un golpe falso y que nuestras observaciones eran acertadas.

Respecto á don Alberto Edwards no se nos ocurre que, para reconocernos razón, aguarde que el señor Rivera publique un artículo en que pruebe que no es arrivista.

El señor Edwards no puede aguardar tal cosa porque de sobra sabe que ningún hombre de mundo medianamente inteligente incurriría en semejante cándida ingenuidad. Probar el no arrivismo sería en cualquiera tan ridículo como probar el ser inteligente, el ser buen mozo, el tener buena salud.

Por otra parte, el señor Edwards implícitamente nos reconoce razón ya que, lejos de insistir, dice en su artículo de ayer: “me supone el señor Rivera” haber dicho yo que el pasado Gabinete estaba compuesto de arrivistas y politiqueros: yo he dicho simplemente que los arrivistas y politiqueros, personificados por ese ministerio, se derrumbaron con él”.

Hay un proverbio árabe que dice: “si te causa enojo lo que alguien te dice, antes de responder, anda al corral y da de beber á los camellos; si al regresar te notas enojado todavía, vuelve al corral y da de comer á los camellos; si al regresar de nuevo sientes que el enojo aun no ha pasado, vuelve por tercera vez al corral, súbete á alguno de los camellos y emprende viaje para no volver”.

Los que se traban en polémica debieran por lo menos ir á dar de beber á los camellos para templar en algo sus ardores al fresco contacto del agua.

Nada más desventajoso que la pasión que ciega en la polémica: si es indispensable la serenidad á los que se batan con florete, no lo es menos á los que se batan con la pluma.

En el caso de los señores Edwards y Rivera felizmente los dos combatientes estaban igualados por la misma desventaja.

L.S.O.

PALABRAS DEMOLEDORAS

El Mercurio, 10 de julio de 1912, pág. 9

Solemos oír, con referencia a un escrito o a un discurso, y en tono altamente despreciativo, alguna frase como ésta:

—Lo que dice Pedro no vale nada. Son palabras, y nada más que palabras.

El concepto es exacto, pero lo que está demás es el desprecio. Las palabras son una razón y una fuerza, mucho más poderosas de lo que se cree de ordinario.

Pedro ha dicho, por ejemplo:

—Para mi contradictor, el progreso, la solidaridad humana, el espíritu democrático y la emancipación de las conciencias son asuntos de interés baladí. Nada le importa que el obscurantismo haga la noche en nuestro alrededor, y que la reacción triunfante asiente su planta sobre la idea vencida, etc., etc.

Y no se dirá que escritos en este estilo vemos todos los días, y hasta con firma de autor.

¿Qué ha dicho éste o querido decir? Eso nadie lo sabe, ni probablemente él mismo. Pero esta circunstancia no quita ninguna fuerza a su argumentación. Para muchos, con ella ha destruido y aniquilado a su adversario.

Tal es el poder de las palabras y demás misterios.

El que inventó la frase: "el funesto, el sombrío decenio", con referencia a la progresista administración de don Manuel Montt, debe haber sido un cursi por tradición y por instinto. Obtuvo, sin embargo, un éxito asombroso. Hasta hace pocos años la frase esa salía hasta en los diarios, y no es raro que hoy mismo haya en los pueblos chicos quien repita semejante ineptia, ante un auditorio asombrado y crédulo.

Y tanto se repitió lo de sombrío decenio, que hubo un tiempo niñeras que ya no amenazaban a los niños con el cuco, sino que le decían:

—Allí vienen Montt y Varas, y el siutiquito nuevo se ponía a llorar a lágrima viva.

Pero en prueba de mi tesis, voy a citar una palabra mucho más demoledora que las citadas.

Fué introducida en Chile por las bandas: es una palabra del género chico, y que ha alcanzado considerable boga.

He nombrado al vocablo "lata", como sinónimo de conversación aburrida y sin interés. Derivados de lata son "latoso" y "latero".

Hay muchísimos individuos, sin pisca de gracia, que han encontrado muy chistosas, muy divertidas estas palabrejas, y las ensartan en cada ocasión, venga o no venga al caso.

Publica el que suscribe un artículo económico: "lata". Habla otro dos minutos seguidos de una cosa seria: "latero".

Hay que provocar en Chile un verdadero **Kulturkampf** (que en Alemania significa lucha por la cultura), en contra del uso y del abuso de la palabra **lata**, y de sus derivados.

Es un asunto de verdadero interés nacional, porque siguiendo el camino por donde vamos, llegaremos dentro de poco al salvajismo o a la estupidez.

En efecto, ya no se puede hablar, y si cada uno tiene que tragarse lo que piensa, acabaremos, indudablemente, por olvidarnos de pensar.

Hay círculos donde sólo dos conversaciones no son latas: la primera es el pelambre. La segunda es tan corta que voy a transcribirla:

—Juguemos unas copas al dominó.

—No, mejor es un cacho.

—Yo parto dos pares.

—Full.

—Cuatro cartas. Salí.

—¿Qué toman ustedes?

—Un whisky con agua.

—Un cocktail.

—Un jerez con sifón.

—Juguemos otro.

—Convenido.

Etc., etc.

En el intermedio, entre cacho y cacho se le ocurre a uno hablar de otra cosa.

—Ya vienes con tus "latas".

Y vamos jugando, bebiendo, pagando y saliendo.

De manera que con el **Kulturkampf** que propongo contra el abuso de la palabra lata, bien podía tomar parte, y con ventaja notoria, la Liga contra el Alcoholismo.

A.E.

¿UN NUEVO PARTIDO?

El Mercurio, 15 de julio de 1912, pág. 5

Los partidos políticos, bajo éste u otro nombre, son tan antiguos como las naciones y el Gobierno. Aún en las monarquías absolutas hacen sus veces las cábalas palaciegas, las parcialidades de los ministros y, hasta en un orden ya más elevado, las diferentes clases sociales que, cuando llega el caso, saben agruparse y obrar en defensa de sus particulares intereses.

Pero a medida que la organización del Estado llama a tomar parte en la cosa pública a mayor número de personas, los partidos van adquiriendo las características que hoy los distinguen en el mundo civilizado. Sólo entonces son posibles esas grandes agrupaciones basadas no sólo en los intereses momentáneos de un círculo, sino en cierta manera común de comprender la sociedad y el bien público.

No son los filósofos, ni los pensadores, ni los hombres de buena voluntad quienes fundan los partidos. Ellos nacen espontáneamente de las necesidades sociales, del desarrollo histórico y del choque natural de los diversos intereses. No son los partidos quienes plantean las cuestiones, sino los llamados a resolver en uno u otro sentido cuestiones ya planteadas, cuya solución interesa real y vivamente a una parte considerable de la opinión pública.

De esto parecería deducirse que los partidos no pueden tener una vida muy larga, pues los problemas nacionales cambian, las situaciones sociales, morales y económicas se modifican, y, por tanto, los asuntos que ayer pudieron ser de actualidad, mañana estarán olvidados o resueltos.

Pero si esto es verdad respecto de los programas substantivos, tales como

son por desgracia los de nuestras agrupaciones políticas, no sucede lo propio con ciertas tendencias más generales, más profundamente arraigadas en el alma humana y en el espíritu de las diferentes clases de la sociedad, y por lo tanto más duraderas: tales son, por ejemplo, la conservación y el progreso, el principio de autoridad y el de libertad; la democracia y la aristocracia, etc., etc. Las ideas religiosas participan en buena parte de este carácter transcendental.

Por eso en algunos países han existido partidos cuya vida se ha prolongado por el espacio de muchos siglos. Lo que de ellos subsiste al través del tiempo, no son los números de un programa análogo a los que aquí decoran a nuestras pandillas políticas, sino el espíritu, la tendencia, la estructura moral y social de cada grupo.

Así en Inglaterra los conservadores, como su nombre lo indica, han propondido siempre a la defensa del orden y las instituciones existentes y de los intereses creados. Las fuerzas sociales y políticas conservadoras han podido permanecer agrupadas, dentro de esa tendencia, aún cuando no hayan defendido siempre el mismo programa substantivo.

Los tories de hoy no defienden el absolutismo ni la intolerancia religiosa, como los del siglo XVII, pero unos y otros son conservadores.

En Chile, hacia 1830, las clases dirigentes y responsables, asustadas por los avances de la anarquía, supieron también organizarse dentro de un criterio semejante al de los conservadores ingleses. Dicho se está que ni reunieron convención ni escribieron programa; pero no por eso dejaron de tener una tendencia, bien acentuada por cierto. Defendieron el patriado y el principio de autoridad, en contra de las utopías y quimeras nacidas del filosofismo del siglo XVIII.

Como el pueblo y la clase media carecían entonces, como hoy, de fuerzas, de influencias y de preparación política, no pudo formarse espontáneamente un partido democrático-progresista, adversario de la dominación oligárquica y autoritaria. Pero, a falta de semejante evolución social, tuvimos un trastorno más o menos literario y postizo, encabezado por hombres que querían dar al pueblo lo que el pueblo no pedía, sólo porque los libros venidos de Europa enunciaban problemas cuya hora en Chile no era todavía llegada.

Este carácter académico han tenido en Chile las diferentes tentativas que desde 1850 se han hecho en el sentido democrático y liberal. Y así, sin que la democracia reivindicara nada, se lo dieron todo, por puro espíritu de proselitismo filosófico y de monería social.

En nombre, pues, de las doctrinas aprendidas en los libros, y no de una necesidad real, fué, pues, poco a poco destruída la organización creada por los conservadores en 1830. La coronación de este edificio quimérico fue la absoluta libertad electoral dentro del sufragio universal, de cuyo fruto gozamos o padecemos desde hace veinte años.

Pero el pueblo no había pedido semejante cosa, por la sencilla razón de no saber de qué se trataba, y que no estaba tampoco en estado de saberlo, sólo ha podido aprender por experiencia, que, así, cada tres años hay unos **futres**

que le pagan cincuenta o más pesos por echar dentro de un sobre un papelito impreso, cuyo significado ignora.

Los errores, cuando llegan al límite de lo absurdo, suelen producir efectos diametralmente opuestos a los buscados por sus autores. Así, antes de la reforma llamada **democrática**, la política estaba abierta para muchos individuos meritorios pero de modesta posición económica y social, cuya inteligencia y luces servían a los gobiernos o a los partidos. Pero después de la precipitada reforma, sólo pueden ocuparse de política los millonarios. Ser diputado cuesta sesenta mil pesos, o sea veinte mil al año. Fácil es calcular la renta que se requiere para poder invertir tan considerable suma, sin sacrificio ni locura. No hablo de los que hacen de la política un negocio.... Supongo que para estos no se haya efectuado la reforma política.....

Las Cámaras se componen, pues, de un número de personas que, decoradas con diferentes apelativos, partidaristas, tienen todas o casi todas de común, el deber la elección a su propio dinero, y el tenerlo en abundancia... Dejo siempre aparte a los politiqueros de oficio y de negocio.

Naturalmente los partidos están disueltos, las Cámaras anarquizadas, y el Gobierno, aunque organizado en teoría como en Suiza más se parece al de Roma, cuando vino César.

Las cosas en este estado, se han reunido muchos y muy respetables caballeros para formar algo así como un partido nuevo.

¿Tendrá éxito esta tentativa?

Si el partido que pretenden organizar es el de los **hombres de bien**, como no falta quien lo haya dicho, bien puede que la cosa quede en nada.

Si, por el contrario, los iniciadores de la idea, en vez de escribir un programa substantivo más o menos parecido al de las demás agrupaciones políticas, consultan noblemente el sentimiento público y sus propios anhelos, si se inspiran, en una palabra, en las necesidades nacionales de la hora presente.... Entonces pueden hacer algo.

Pero sí, yendo todavía más allá, elevándose más alto y mirando más lejos, saben ver el fondo del problema político del momento, y la causa de las perturbaciones que padecemos y dirigen sus esfuerzos a la organización de las fuerzas locales existentes en Chile, para reconstruir lo que está derribado, esto es el gran criterio tradicional, sobre cuyas bases se organizó la República, entonces los ciudadanos a que nos hemos referido habrán merecido un sitio eminente en los anales de la historia nacional.

Y habrán, no fundado un partido, en que la voluntad de los hombres no crea esas cosas, sino dado forma a un partido que ya existe en el corazón y en el cerebro de cuantos saben reflexionar sobre la causa primera de nuestros desastres.

Alberto Edwards

EL CAMINO Y LOS OBSTÁCULOS

El Mercurio, 27 de julio de 1912, pág. 3

No hemos de perecer por falta de personas para llorar nuestros males.

En Chile los Jeremías abundan y hasta sobran.

Desde 1894 se viene hablando de crisis moral. Las viejas virtudes políticas y sociales habrían desaparecido. Los buenos ciudadanos, los integérrimos estadistas de otros tiempos han dado su lugar a una turba de facinerosos. Las Cámaras legislativas se componen casi exclusivamente de agentes administrativos o de aspirantes adocenados. Ante semejante desborde de corrupción nada ha quedado en pie; ni los partidos, ni las doctrinas, ni la misma noción de Estado y Gobierno.

Es para echarse a llorar a gritos.

Tanto se oye y se repite esta lúgubre canción, que es difícil abstraerse a su desconsolador influjo. Cuando entré en la Cámara, creía tan difícil conservarme honrado allí, como debió parecerlo a Lot cuando fijó su residencia en la antigua y mal reputada ciudad de Sodoma.

Sin embargo, y a pesar de mis preocupaciones, si encontré en esa imaginaria cueva de Alí-Babá algunos motivos de desaliento, no me faltaron otros de esperanza.

No era aquello simplemente una reunión de truhanes. Como afuera, no faltaban allí algunos pícaros profesionales, y no pocos que lo eran por inconsciencia o debilidad moral. El resto, la inmensa mayoría estaba compuesta de buenas intenciones de llorones o murmuradores como los de afuera, y sobre todo de esa masa plástica y sin energía, que forma de ordinario el fondo común de todos los cuerpos numerosos, gentes que van a donde se las lleva, instrumentos igualmente aprovechables para el bien como para el mal.

En los pasillos y en el comedor las conversaciones eran idénticas a las que se pueden oír en el Club de la Unión o en la Liga de Acción Cívica. Palabras, se dirá, pero ¿se hace o puede hacerse fuera de allí otra cosa que hablar? Eso sí, la misma incapacidad de acción. Faltaba algo: una palanca, un instrumento, que ligara esos propósitos y los encauzara en un sentido útil.

Lo que en otros países sirve a este objeto, es decir, los partidos, estaban gastados. Aquello daba lástima. Ninguno o casi ninguno correspondía al programa de la opinión, al programa de cada uno de sus miembros... Eran girones de recuerdos despedazados por el tiempo, anacronismos vivientes y nada más. El nacional, esto es, el mío, por su tradición y sus tendencias históricas, parecía el más adecuado para servir de núcleo a un movimiento que tendiera a resolver en forma práctica los problemas de actualidad. Pero no nos acordábamos de ello; teníamos demasiado que hacer con defendernos de los adversarios... y sobre todo de los amigos. Además de esta preocupación primordial, de la lucha por la vida, los conservadores tenían la de la Iglesia de Dios, y los radicales la del triunfo del libre pensamiento. No había tiempo de pensar en otras cosas...

En todo o en casi todo ello, no se veía corrupción ni maldad, sino más bien marasmo, desidia, cansancio, escepticismo. Principalmente muchas cosas inútiles estorbando el camino. Idealismos filosóficos sin aplicación práctica, doctrinas envejecidas, resabios avinagrados por el tiempo...

De este espectáculo nació en mí una reflexión consoladora. No estaba al frente de la podredumbre moral de mi país, sino de la descomposición ya muy avanzada de los viejos partidos.

Pero, ¿por qué continúan esos cadáveres ocupando el sitio de los que tienen el derecho de vivir? La causa de este fenómeno debe ser honda y compleja. Averíguela Moya. —Para mi propio uso me he formado yo mismo algunos conatos de explicación.

Para comenzar ¿no tendrá alguna parte en la caducidad de los partidos la edad de los que los dirigen? Mucho antes de la decrepitud, el hombre pierde, con raras excepciones, la facultad de evolucionar: sus ideas y sentimientos se cristalizan. Ahora bien, nuestros jefes políticos llegaron a la edad madura mucho antes de que se produjeran las crisis y necesidades nuevas del país, y no es raro que hayan continuado siendo hombres de su tiempo hasta en sus afectos y preocupaciones más nimias.

El fenómeno se observa tanto entre los radicales como entre los conservadores.

El más respetable de los prohombres del radicalismo, aquél cuya influencia es más decisiva en los consejos de esa agrupación política, vive, y esto no es un misterio para nadie, en 1875. Los ideales de ese año, las alianzas de ese año, los triunfos de ese año, constituyen para él la única aspiración efectiva. Parecería que desde entonces nada ha ocurrido en el país digno de mencionarse. Esto o aquéllo fué bueno en 1875: lo será también ahora.

Parece increíble que se prescinda así de 37 años. 1875 está tan lejos de nosotros como de don Diego Portales, aún sin contar en que el tiempo corre ahora más de prisa.

Los viejos conservadores, por su parte, se imaginan también en otra época. Las aspiraciones, los entusiasmos, los problemas, que hace treinta únicos que alcanzaron a divisar y comprender (sic). Se peleaba entonces por la religión católica, o mejor dicho, por la independencia o el predominio de la Iglesia. Esa cuestión dominaba entonces las demás, dividía a los partidos, legitimaba a los Gobiernos y organizaba a las minorías. Aquello pasó: los tiempos y las necesidades, son diversas; otras las aspiraciones de la opinión pública. No importa: las luchas de 1880 continúan viviendo, cristalizadas en el espíritu de los viejos.

He aquí ciertamente una rémora, no insignificante, para todo cambio saludable, para toda evolución práctica en los partidos.

Y véase lo que son los contrastes. Después de los viejos... los niños son también otro obstáculo.

La adolescencia es la edad de la fe y de las afirmaciones dogmáticas, y, por tanto, también la de la intolerancia. El niño no comprende ni se apasiona

sino por las doctrinas abstractas despedazándose a fuerza de silogismos. Su concepto de la política y de la vida es muy simple. Aquí la verdad absoluta, allá el error.

Nuestra antigua política teológico-filosófica, por decrepita que nos parezca era y es admirablemente adaptada al espíritu de los niños, sobre todo cuando la educación concurre a desarrollar, como aquí sucede, las tendencias naturales de la edad.

Y los partidos deben contemplar a esos proyectos de hombres formados allá y acá para la lucha religiosa. Las elecciones se hacen sobre todo; y este es un axioma indiscutible, con dinero y con apoderados. Para esto último los niños son irremplazables. Ellos parecen saberlo, y hoy tenemos centros de la juventud en todos los partidos. Y es allí, como en el alma de los viejos, donde respira todavía, estorbándolo todo en su inacabable agonía, el espíritu antiguo de nuestra política.

La generación actual se encuentra, pues, paralizada, entre una que se fué o debió irse, y otra que no ha llegado.

Es tiempo ya que los hombres de 1912 reemplacen a los de 1875 y se impongan a los que no son hombres todavía.

Pero a más de los viejos y de los niños existe la provincia. Allí la evolución moral e intelectual ha sido, como es natural, más lenta. El tiempo viejo también se bate en retirada, pero aún se bate. La victoria definitiva del buen sentido, no es dudosa, porque al fin estamos en Chile... Si no fuera por los viejos y los niños, yo no le temería a la provincia.

Pero cualquiera que sea la importancia de las fuerzas que puedan contrariar la organización de una entidad política vigorosa que, inspirada en los grandes problemas nacionales de actualidad, sea capaz de imprimir al país un rumbo decidido y de asegurar, siquiera por algunos años, la estabilidad gubernativa, no es menos cierto que esa organización se nos presenta hoy día, como la más imperiosa de nuestras necesidades.

Pero sea que ella ser realice por una evolución salvadora dentro de los mismos partidos que hoy arrastran una vida lánguida y sin fe, sea que ella resulte, lo que parece menos probable, de un movimiento independiente de esos partidos, no olvidemos que no nos faltan en Chile, ni hombres honrados ni buenas intenciones, ni programas, sino medios de acción; que dentro de nuestro sistema constitucional, esos medios no pueden ser otros que el ejercicio del Gobierno y la dominación en el Parlamento, en nombre de estos y aquellos propósitos nacionales. Al menos es en esa forma cómo en todos los países organizados, según el sistema representativo, se realizan las grandes reformas políticas y administrativas.

Prescindir de esta verdad, sería apartarse demasiado del terreno de la práctica, sería desconocer en absoluto la verdadera naturaleza del vacío que a nuestro alrededor sentimos.

El no es otro que la decrepitud de nuestras agrupaciones políticas. Trabajemos por rejuvenecerlas o reemplazarlas, luchemos contra los obstáculos que se ofrecen a esta evolución salvadora, pero no nos hagamos la ilusión de

que, dentro del Gobierno republicano, y principalmente de su forma parlamentaria, no se pueden regenerar países y construir gobiernos, sin organizar partidos.

El caso al menos sería absolutamente nuevo en la historia política del mundo.

Alberto Edwards

Gobierno Parlamentario

*El Mercurio, 28 de agosto de 1912 **

I

Sobran en Chile las buenas ideas y las intenciones excelentes. No carecemos tampoco de espíritu público ni de capacidad para la acción.... Pero nos falta el instrumento....

Ese instrumento es el Gobierno. Le tuvimos en un tiempo pero lo hemos destruído. Durante medio siglo la Universidad educó a dos generaciones en la doctrina del "dejar hacer". El poder público era un elemento ocioso o francamente perturbador del progreso social. Debíamos reducirlo a la impotencia. Cuanto menos Gobierno tanto mejor.

La práctica fué consecuente con la teoría. Las leyes políticas dictadas en el país en el último cuarto del siglo XIX tuvieron todas por objeto la destrucción de la autoridad. Ninguna campaña política ha tenido más éxito que esa: el objeto se ha conseguido y ya no tenemos Gobierno.

Es una desgracia, porque a pesar de cuanto han dicho los teólogos revolucionarios del pasado siglo, ninguna nación ha podido prescindir, sin perecer, de ese organismo indispensable. Nada puede reemplazarlo, ni mucho menos las buenas intenciones.

El país parece, al fin, haberlo comprendido; pero las ideas generales no se manifiestan todavía bastante claras a este respecto. Ni siquiera sabemos por qué no hay Gobierno, ni el nombre que debe darse a la anarquía que nos devora.

Acostumbran denominar "régimen parlamentario" a esta merienda de negros

Las cuestiones de palabras suelen tener su importancia. En este caso, por ejemplo, si convenimos en que nuestro régimen (o falta de régimen) es el parlamentario, habríamos de buscar otro, y el asunto no es tan fácil como pudiera parecer.

* Reproducido en *El Mercurio* de Valparaíso, 29 de agosto de 1912.

II

La humanidad, ha dicho un historiador ilustre, es muy poco fecunda en ideas políticas prácticas: necesitó dieciocho siglos para pasar del sistema de César al parlamentario. Entre una y otra cosa, nada supo inventar de sólido y durable.

Es que los regímenes políticos, como las demás instituciones sociales, no se inventan, no pueden ser la obra de los ideólogos. Ellas adquieren poco a poco sus formas, al través de los tiempos, sobre todo en los pueblos mejor dotados de aptitudes prácticas de gobierno. Roma legó a la humanidad el Cesarismo: la Inglaterra esa Roma moderna, ha sido la cuna del régimen parlamentario.

El Cesarismo nació de la descomposición paulatina de la República romana. Su fórmula es muy simple: "Alguno debe obrar y pensar por los que no saben hacerlo". Este es el César, señor absoluto, pero aún más servidor público que amo. Se le supone elegido por la nación, o al menos aceptado por ella. Tal es la diferencia substancial entre el Cesarismo y las antiguas monarquías bárbaras, en que el soberano tiene derechos pero no deberes, en que el fundamento del poder no es el bien general, ni la voluntad del pueblo, sino la superstición, la conquista, o la fuerza.

Para los países de inferior cultura, el sistema de César es, sin duda, el mejor, y en ciertos casos, el único posible. A él debió la humanidad la paz romana, el siglo de los Antoninos, y en general, todos los grandes esplendores políticos y sociales que recuerda la historia antes de la época moderna.

En el siglo XVIII llegó la crisis de ese régimen. Los pueblos comenzaron entonces a sentirse capaces de manejarse más directamente por sí mismos. Se anunciaba, pues, un cambio radical en los fundamentos mismos del derecho público.

Por desgracia, los ideólogos, los filósofos, intentaron intervenir en esta revolución, *inventando a priori*, por decirlo así un sistema nuevo... El éxito que obtuvieron fué deplorable.

Extraviados por una apreciación errónea de los hechos y por la inexperiencia política, creyeron que el daño principal del absolutismo provenía de la concentración de todos los poderes bajo una sola autoridad. Quisieron, pues, remediar esto con la fórmula de la división de los poderes.

Habrá en adelante, decían, un poder legislativo que legisle, un poder ejecutivo que ejecute y un poder judicial que administre justicia. El pueblo ya no delegará todas las funciones públicas en las manos de un César. Ellas estarán distribuídas entre autoridades autónomas e independientes, sin que ninguna de ellas tenga acción o preeminencia sobre las otras. De esta repartición del poder resultará el equilibrio y la libertad.

La aparente sencillez de esta fórmula sedujo al mundo, pero no se ha logrado llevarla a la práctica. Es imposible, en efecto, legislar sin gobernar, ni gobernar sin legislar. Si no hay acuerdo absoluto entre el que hace las leyes y el que debe ejecutarlas, el resultado es la anarquía. Cuando el acuerdo existe,

ello se debe casi siempre, en el hecho, a la preponderancia de uno de los poderes.

Todos los fracasos políticos de la Francia, antes de la actual República parlamentaria, se deben a la persecución ideológica de un equilibrio imposible. Por este camino pasaron de la anarquía revolucionaria al despotismo de los Napoleones hasta que, cansados de tantos vaivenes, hubieron de caer en el régimen parlamentario.

La evolución ha sido trabajosa, y aún es hoy el día en que no está del todo terminada. La causa de ello estriba en que no han comprendido bien la esencia de ese régimen, obsesionados por la tradición revolucionaria de los poderes independientes y autónomos, y por la peregrina idea de que el Gobierno parlamentario *consiste en la subordinación del poder ejecutivo responsable a la voluntad de una asamblea numerosa e irresponsable.*

Ahora bien, el sistema parlamentario consiste precisamente en lo contrario. Tal como se le practica en Inglaterra, y en los países que han llegado a comprenderlo, el *parlamentarismo es la concentración de todos los poderes del Estado, en el ejecutivo. No es sino el sistema absoluto, aplicado a las necesidades de la vida moderna, y limitado, no en cuanto a su fuerza, sino en cuanto a su duración, y con la existencia paralela de un control eficaz de parte de la opinión pública.*

III

La anterior definición parecerá, sin duda, extraordinaria y nueva a todos aquellos que están acostumbrados a estimar el Gobierno parlamentario como la antinomia de Gobierno fuerte, a todos cuantos conocen ese régimen, traducido al francés por autores de hace medio siglo, empapados en Montesquieu y Constant.

Pero, sobre todo chocará esa definición a las gentes que se gastan la fantasía de suponer que los intereses de un país, grande o pequeño, pueden ser dirigidos por una reunión numerosa de aficionados a la política, más o menos ignorados, pero en todo caso destituidos de conocimientos especiales de asistencia técnica, de medios seguros de información y de responsabilidad. A esos diputados, en fin, que, con sin igual frescura, van a la Cámara a dictaminarlo y resolverlo todo, desde el tonelaje de los buques de guerra hasta el número de guardianes con que debe contar la policía de Pitrufuén.

Claro es que este concepto singular del sistema parlamentario nos ha llevado al desgobierno, y ha puesto en ridículo el régimen a que se ha dado este hombre.

IV

Pero no es necesario describir nuestro régimen. Demasiado bien lo conocemos. ¡Ojalá pudiéramos ignorarlo! Más práctico me parece hacer una ligera reseña de las costumbres políticas de la Inglaterra. Así veremos mejor las diferencias, bastante substanciales, que existen entre aquéllas y las nuestras.

No es exacto que en Inglaterra sólo existan dos partidos. Por el contrario,

los hay en tanto número como aquí: conservadores, liberales unionistas, liberales, radicales nacionalistas y socialistas.

Pero, en cada elección parlamentaria se forman dos grupos perfectamente definidos, como sucede en Chile para elegir Presidente de la República. Cada uno de estos grupos no sólo levanta un programa de trabajo, sino que reconoce *una especie de candidato, a quien de antemano el pueblo elige como primer Ministro, como jefe de Gobierno futuro.*

No es exacto, como se ha dicho, que el rey de Inglaterra puede elegir su primer Ministro, tomándolo de la mayoría. No: el *pueblo lo elige* indirectamente, porque una vez triunfante en las urnas una mayoría cualquiera, el rey no puede designar como primer Ministro sino al jefe de antemano reconocido de esa mayoría.

En las elecciones de Inglaterra, sucede, pues, lo que en nuestras elecciones presidenciales. Se designa en ellas y por el período parlamentario, *el jefe supremo de la nación.*

A éste no se le puede cambiar, *sin nuevas elecciones*, y esto por una razón muy sencilla. Los *diputados se reputan elegidos, con el compromiso moral de apoyar al jefe de la mayoría mientras dure su mandato.* Si un diputado de mayoría, en cualquier ocasión, llegara a votar, no digo contra el primer Ministro, pero *otra cosa de la que el primer Ministro quiere*, su acción se reputaría socialmente tan condenable, como en Chile la de un elector de Presidente que votara en contra de su candidato.

La mayoría está ligada a su jefe nato y reconocido, si no en virtud de la ley, por un pacto moral. Con mucha razón ha dicho, pues, don Abraham Koning que el Gobierno parlamentario es un Gobierno de caballeros.

Si un diputado cambia de opinión, si el jefe deja de merecer su confianza, no puede pasarse a la oposición, ni buscar nuevas combinaciones políticas, ni siquiera abstenerse y dejar sin número al Ministerio. No tiene otro camino que renunciar a su mandato. De allí la frecuencia de las elecciones complementarias, cuando un Gabinete comienza a gastarse.

De este concepto fundamental se deriva la solidez y la fuerza del Gobierno de Inglaterra.

El primer Ministro no puede ser discutido por su mayoría: es el dueño absoluto de ella. No sólo el poder ejecutivo, sino el legislativo, le pertenecen por entero.

El designa con absoluta libertad a sus colegas de Gabinete, y les mantiene en sus puestos, si así le place, durante todo el período parlamentario.

Desde hace muchos años, no se ve en Inglaterra el espectáculo de un voto de censura.

Hace cerca de medio siglo no se ha aprobado una sola ley que no haya sido de la iniciativa del Gobierno.

El presupuesto se aprueba a fardo cerrado, como aquél lo propone, salvo algunos discursos puramente académicos de parte de la oposición.

Cuestión de Gabinete es cuestión ganada.

Así el sistema parlamentario en el país de su origen, lejos de ser el some-

timiento del ejecutivo a la mayoría del parlamento, es el sometimiento del parlamento *al jefe electivo de la nación*.

Los más modernos tratadistas de derecho público definen al Gobierno de Inglaterra *como una dictadura, en manos de un primer Ministro, designado por la nación*.

Por supuesto, este régimen es el fruto final de muchas evoluciones sucesivas. Antes hubo en Inglaterra votos de censura, cambios parlamentarios de Ministerio, y las demás combinaciones que nos pintan los antiguos autores. Pero de todo ello, sólo quedan vestigios sin importancia.

V

Como se ve, entre esto y aquello hay la misma diferencia que entre comer y tirarse con los platos.

Pero se dice que en Chile no estamos preparados para gobernarnos como en Inglaterra.

Bien puede ser: no discutiré este punto de alta sociología.

Pero si no estamos preparados para un sistema tan sencillo, esto es, para la dictadura temporal de un hombre, dueño y señor de una nación y de un parlamento, es lógico que lo estemos aún menos para practicar esos sistemas complicados, con equilibrio de poderes y demás artificios teóricos que han imaginado los ideólogos.

No digo nada del gobierno directo de las asambleas, como quiere practicarse en Chile. Ese Gobierno exige que cada diputado sea un estadista, y aquí tenemos menos estadistas que en Inglaterra.

También se dice que el régimen parlamentario no es compatible con la República. ¿Pero es otra cosa la Inglaterra? El rey no es allí sino una representación puramente reverencial de la majestad del país.

Eso sí, el sistema parlamentario se acomoda bastante mal con un Presidente elegido por el pueblo, en la forma establecida por nuestra Constitución. Si un Presidente ha de jugar el rol pasivo del rey de Inglaterra ¿qué significan las agitaciones políticas de una elección presidencial, si no ha de ser el elegido verdadero jefe del país? Por eso es bastante más racional, dentro del sistema parlamentario, la elección del Presidente por el Congreso, como sucede en Francia.

No soy constitucionalista, pero examinados atentamente los rodajes políticos del país cuna del parlamentarismo, sobre todo en la forma en que hoy se practica, creo que existe una fórmula que conciliaría perfectamente esas prácticas con el sistema republicano.

El presidente y el Congreso serían elegidos por un período de igual duración. Los diputados tendrían, además, el carácter de electores de Presidente. Ante la opinión irían comprometidos no sólo a votar por determinada persona, sino a apoyarla durante su gobierno, en la forma que los diputados ingleses apoyan al primer Ministro y a su Gabinete.

El país, que quiere gobierno, exigiría sin duda de sus mandatarios seme-

jante compromiso. Y como el faltar a él importaría un estigma social y moral, puede que así se establecieran mejores prácticas políticas.

¿Y si el Presidente resulta malo? dirán muchos.

Sería, por cierto, una desgracia.

Pero lo ha dicho un gran filósofo...

Hay algo peor que un mal Gobierno y es... la falta de Gobierno.

Alberto Edwards

NUESTROS PARTIDOS Y SUS PROGRAMAS¹

El Mercurio, 7 de octubre de 1912, pág. 5

Averiguación de "El Mercurio"

En "El Mercurio" de ayer hemos comenzado la publicación de las contestaciones dadas a nuestro diario por los políticos a quienes nos dirigimos en demanda de su opinión respecto de la misión que cada uno de los partidos se cree llamado a desempeñar en las presentes circunstancias.

Insertamos en seguida la opinión del señor don Alberto Edwards

1º *¿Cuál es el punto característico del programa de mi partido, que fija su fisonomía política?*

A mi juicio, señor Director, los que entre nosotros se llaman programas de partido, los fijan y caracterizan muy poco. Todos ellos, en mejor o peor castellano, dicen, por lo regular, las mismas cosas. Enuncian una serie de ideas, reformas y anhelos de bien público, como, por ejemplo, la correcta administración del Estado, la defensa de la integridad y honor del país, el equilibrio de los presupuestos, etc. Al creerles, cada uno de ellos es una "Liga de Acción Cívica". A veces se introducen también un tanto en el terreno del derecho público o de la economía política, plantean éste o aquel problema, y los resuelven bien o mal, según sea el criterio del respectivo redactor.

En realidad, los partidos se caracterizan por una o muy pocas ideas, o tendencias, siempre muy simples y comprensivas. Este representa la conservación, el otro el progreso, el de más allá el orden social cristiano, y así sucesivamente.

Por eso la pregunta de usted, señor Director, me parece muy bien planteada ¿Qué nos caracteriza a nosotros los nacionales?

A mi juicio, sólo dos ideas fundamentales:

La primera es "el afianzamiento del principio de autoridad, dentro del

¹ Reproducido en *El Mercurio* de Valparaíso, 8 de octubre de 1912.

sistema político consagrado por la Constitución"; la segunda, es la prescindencia absoluta del partido en materias religiosas.

Y digo que estas ideas nos caracterizan, porque nuestro partido es el único que en Chile las afirma neta y precisamente. No sólo se encuentran ellas a la cabeza de su programa, sino que constituyen su tradición, al través de las vicisitudes de nuestra historia, desde los tiempos de Portales y Montt hasta la fecha.

¿Me obliga usted a escoger entre estas dos ideas, a decirle cuál, a mi juicio, nos caracteriza mejor?

Estimo que la primera. Muy perturbadoras son, en verdad, las cuestiones religiosas en estos países jóvenes, y es honroso para nuestro partido el no mencionarlas siquiera en su programa: así pueden agruparse, bajo nuestra bandera, los hombres de orden, cualquiera que sea su creencia, si no son intolerantes o sectarios. Pero la necesidad de Gobierno es tan grande hoy en Chile, que ninguna característica me parece más apropiada para un partido que esa afirmación del principio de autoridad, legada al nuestro por los organizadores de la República.

2° *¿Cuáles son los dos problemas principales de nuestra actualidad política, y qué solución se puede proponer para ellos?*

Muchos y muy importantes son, sin duda, los problemas de Estado que el país necesita resolver; pero si se han acumulado tantos, es porque aún espera solución el principal de todos: el de tener Gobierno.

Las mejoras políticas no llueven del cielo: el Gobierno es el instrumento que sirve para realizarlas o promoverlas. ¿Cómo podemos olvidar esto? ¿Qué haremos sin semejante instrumento? ¿Vamos a reformar la administración y las leyes por obra de la iniciativa privada? Tal intento sería quimérico, aún en los países anglosajones, donde el espíritu de cooperación está harto más desarrollado que entre nosotros. ¿A qué, pues, calentarnos la cabeza formulando problemas, si no tenemos cómo resolverlos?

El primero, y aún diría también el segundo de los problemas de nuestra actualidad política es, pues, tener Gobierno.

¿Qué solución propongo para tenerlo?

Estas soluciones, señor Director, no se proponen: se imponen. Haya *quien* sepa imponer ésta y todos lo recibiremos como al Mesías.

Sería, en efecto, una puerilidad confiar demasiado en el efecto de reformas constitucionales y legales, o quedarse esperando la unión desinteresada de los buenos. Todo ello es hablar de la mar... y no conocer la historia.

Las reformas sirven para afianzar y consolidar el orden: nó para crearlo. Los hombres tampoco se reúnen por acto espontáneo: necesitan ser guiados y dirigidos por la razón o la fuerza. En tiempos de crisis, como los que atravesamos, la solución del problema de Gobierno no puede ser sino: *un hombre*.

Una vez que tengamos orden político, podemos pensar en otras reformas,

con alguna esperanza de éxito. De estas reformas, la más indispensable es la de nuestro sistema monetario.

El papel moneda es para Chile una calamidad y una vergüenza: entorpece nuestro progreso económico; destruye las bases fundamentales de la justicia social, y, además de esto, nos desmoraliza. Los intereses de la clase más poderosa han llegado a ser, gracias a él, antagónicos con los del país. La paz exterior, el buen orden financiero, los elementos todos de la prosperidad pública, tienden a la valorización de la moneda... y esa valorización no conviene a los que nos gobiernan. Ellos son, sin duda, gentes honorables, ¿pero no es hondamente perturbador este antagonismo fatal entre los intereses del Estado y los de aquellos que lo dirigen?

Las naciones de este continente, unas después de otras, han ido consolidando su régimen monetario, mientras esta República, modelo un tiempo de la América, está a este respecto al nivel sólo del Paraguay y Haití.

¿Cómo concluir con esta plaga?

Muchos caminos se han propuesto para ello. En mi entender, todo plan de conversión ha de estar basado en el respeto de los intereses legítimos y en forma que pueda armonizarlos... El régimen metálico no debe establecerse de manera que constituya el sacrificio de nadie. La tasa del rescate del papel debería ser lo más aproximada posible al valor medio de la moneda en el último período: sólo así, ni los acreedores ni los deudores sufrirán un injusto despojo.

La reforma del régimen bancario y mejor aún el establecimiento de un Banco Central, regulador de la circulación y del crédito, me parecen condiciones previas, casi indispensables, para salir sin sacudidas del vergonzoso sistema monetario que soportamos.

ALGO SOBRE EL CAMBIO

El Mercurio, 19 de agosto de 1912, pág. 5

Las gentes han dado en averiguar las causas del último descenso del cambio. Al oírlo parece que se tratara de un hecho absolutamente inesperado y por nadie previsto.

En ésta como en las demás ocasiones análogas han vuelto a repetirse los mismos lugares comunes a que estamos ya habituados. El desequilibrio de la balanza de comercio, los consumos del país superiores a su producción, las incertidumbres políticas en el interior y en el extranjero, el déficit de los presupuestos, etc., etc.

Todo esto no es serio.

El desequilibrio de la balanza de comercio, al decir de los partidarios del curso forzoso y de sus inflaciones sucesivas, cuenta por lo menos, tantos años como aquel régimen funesto. La anarquía parlamentaria no es tampoco un

hecho nuevo y que nos coja de sorpresa. La situación internacional se presenta ahora menos tirante y amenazadora que hace algunos meses. En cuanto al déficit fiscal promete este año no sólo ser muy inferior al de los pasados ejercicios financieros, sino que, según hemos podido oírlo de labios del señor Ministro de Hacienda, es muy probable no haya déficit alguno.

Por otra parte, existen factores sumamente favorables para la economía nacional. Nuestros dos principales productos de exportación, el cobre y el salitre, alcanzan precios en alto grado remunerativos y muy superiores a las más altas cotizaciones del último período. La situación comercial de los mercados europeos es normal, y si hemos de creer a las informaciones telegráficas publicadas diariamente, el dinero está muy lejos de escasear.

Y, sin embargo, el cambio ha bajado más de medio penique, en solo tres meses.

Cuando se discutía en mayo último la famosa ley económica, malamente llamada de "Caja de Conversión", el que estas líneas escribe se encargó de manifestar en todos los tonos, tanto en este diario como en el parlamento, que al aumento de la emisión, verificada en la forma establecida por aquel proyecto, ocasionaría como en los casos anteriores, un descenso en el cambio. La autoridad y ciencia de A. A. pueden ser todo lo dudosas que se quiera, pero en ese caso estuvo muy bien acompañado. Los hombres más competentes de la Cámara de Diputados, don Francisco Antonio Encina, don Guillermo Subercaseaux, don Darío Urzúa, don Armando Quezada, expusieron entonces idénticos conceptos.

Sin embargo, ahora que estos pronósticos se han cumplido, nadie se acuerda de ellos, y menos se piensa en atribuir la menor influencia a aquella ley malhadada sobre la actual crisis del cambio. Todos se conforman con dar mil vueltas a las viejas y gastadas generalidades de antaño.

Al revés: el distinguido economista don Alejandro Silva de la Fuente afirma ayer desde las columnas de "El Diario Ilustrado" la inocencia absoluta de aquella ley. Y esto por dos razones.

La primera, porque esta nueva emisión no puede en modo alguno equipararse a las anteriores.

A esta afirmación pura y simple y no apoyada en pruebas de ningún género, podríamos replicar que fué precisamente eso lo que nos obstinamos en no reconocer en mayo último los adversarios de la ley. Creíamos haber conseguido probar hasta la evidencia que los efectos económicos de la ley proyectada, en nada diferían de los de las anteriores, que la garantía ofrecida era ilusoria, pues sólo estaba al alcance de los Bancos emisores, esto es del deudor, y no de los tenedores de billetes, esto es del acreedor; y que tan estupenda garantía en nada podía afectar al cambio, como no lo afectaba tampoco el depósito en oro, hasta concurrencia de 12 peniques por peso, con que el fisco responde al pago de sus propios billetes.

Afirma también el distinguido periodista que la ley de mayo último no puede haber influido sobre el cambio "porque se ha hecho de ella un uso discreto"... Convenido: pero también ha sido discreta la baja del cambio. Se

ha aumentado la emisión en veinte millones, y el peso ha descendido medio penique. De ordinario el vino no pierde su fuerza, sino en proporción del agua con que se le mezcla.

Existe, sí, un fenómeno que merece llamar la atención de los que se ocupan de estos negocios. Desde que se inició el descenso del cambio, pudo observarse una baja correlativa en el precio de los bonos hipotecarios. Esto me hizo sospechar desde un principio el retiro de los capitales extranjeros venidos a Chile en 1910, en la confianza acaso de que habíamos abandonado definitivamente el camino de las mal andanzas económicas. Esta sospecha mía ha obtenido ulteriormente una completa confirmación.

Probablemente, los mencionados capitalistas no han encontrado tan soberbias y excelentes las garantías de la ley de mayo. Han visto, por el contrario, en ella, el principio de una emisión enteramente igual a las anteriores. De allí su prisa por llevarse su capital a otros países.

Tiempo es ya de hacer algo por restablecer la confianza perdida. Tiempo es también de que los responsables de estas absurdas aventuras económicas, mediten un poco más sobre las consecuencias de sus actos. Y, por último, tiempo es también de que nuestros legisladores se dejen sugestionar un poco menos por las solicitudes del medio ambiente y de las influencias poderosas.

A.A.*

ALGO SOBRE EL CAMBIO

El Diario Ilustrado, 20 de agosto de 1912, pág. 1

Sr. D. Alberto Edwards

Señor y amigo: Publica usted ayer en "El Mercurio" un artículo con el título que encabeza estas líneas. En él, entiende usted caracterizar en general lo que se ha escrito en estos días sobre la cuestión de actualidad, hace referencia especial á mis artículos, y expone además su interpretación personal del fenómeno —en sentido etimológico— que está inquietando á los hombres de parlamento y de gobierno, á los círculos comerciales y bancarios.

No le respondo yo por opiniones ajenas. Pero deseo insistir en mis propios conceptos, y apreciar á mi vez su ilustrada opinión, con la esperanza de contribuir á fijar las ideas del público. Del análisis de la cuestión debe surgir un criterio utilizable de parte de los poderes públicos y de parte de los hombres de negocios que, en un grado ú otro, son numerosísimos.

El problema de los cambios descendentes, no es, por desgracia, nuevo en nuestro país. Tiene una larga y lamentable historia, en cuya interpretación

* A.E. Corresponde a un error tipográfico en el original.

general, usted y yo hemos estado comúnmente de acuerdo. Pero los fenómenos no se repiten idénticamente, las circunstancias, los factores, varían; y he creído que el proceso último, que tuvo sus raíces en 1910, que se acentuó en 1911, y evoluciona actualmente, merece y tiene una interpretación especial.

He procurado yo darle una en mis recientes artículos, en forma comprensiva. Usted propone una interpretación particular, de alcance más limitado.

No decidiremos, probablemente, la cuestión; mas espero que contribuiremos en algo á su estudio.

* * *

Otorgo al proceso del cambio más importancia que usted, ó si se quiere, lo ligo á antecedentes más comprensivos y remotos. Desde fines del año anterior oigo en el comercio aprensiones pesimistas que se han realizado en parte. Sobre el porvenir, nada aventuro. Me ha parecido tener caracteres de importancia el problema, y por eso he procurado estudiarlo con alguna mayor amplitud de lo que es costumbre en la prensa.

Ya en el primer tercio del año anterior creí advertir signos inequívocos de que estábamos en el período de inflación de una crisis. Escribí sobre las ilusiones infundadas respecto a una baja considerable del interés corriente, en la cual se confiaba por cierta venida de capitales extranjeros. Podía anotarse una alza rápida, probablemente exagerada, de los valores mobiliarios; me llamaron particularmente la atención la especulación que se hacía en la propiedad inmueble, rural y urbana, los saltos en sus precios, en que no se miraba mucho su productividad, ni el hecho casi permanente durante los últimos años de la estagnación de su producción exportable; fortunas rápidamente formadas; gruesos saldos líquidos exigibles, el aumento de consumos estériles y de lujo, la corriente de placer hacia Europa etc.: todo contribuía á darme la impresión de cierto desequilibrio económico, de un optimismo sin base suficiente, frente á nuestras realidades estadísticas. El movimiento comercial externo durante el primer semestre del año anterior, manifestaba particularmente cierto "desequilibrio" á que llamé la atención en algunos artículos. Se explicaba bien en parte, pero no se explicaba completamente, observando, al mismo tiempo, el rumbo del cambio internacional. La venida de capitales extranjeros en todas formas, no contribuía á levantarlo. El hecho daba que pensar, y daba que pensar á los círculos comerciales y bancarios. Conocida la estadística comercial aduanera correspondiente á todo el año de 1911, se veían acumularse ciertas anomalías que aparecían realmente tales observando al propio tiempo el mismo rumbo adverso del cambio, cuando se le esperaba favorable. Vinieron las dificultades bancarias de principios de este año. Otro hecho, al parecer ilógico, se presentaba. A pesar de ciertos fenómenos de crisis monetaria, de dieta del circulante bancario, subsistían y aun se agravaban los malos cambios. Intervenía, indudablemente, una causa más comprensiva que abarcaba estos hechos generalmente contradictorios. Comenzaba, á mi juicio, el período de depresión de la crisis, que á un mismo tiempo reducía las cajas de los bancos y la apreciación de la moneda corriente. Así, á lo menos en parte,

interpreté el fenómeno en "El Diario", cuando la discusión de los proyectos monetarios en Abril y quizá en Marzo.

Al propio tiempo, y después, vemos presentarse conjuntamente estos hechos: cierta disciplina en los negocios, alza al interés corriente, baja de valores, é importaciones elevadas, baja del cambio, á pesar de disponer el mercado de recursos extraordinarios en letras.

Mi interpretación de conjunto de la situación, en sus líneas generales, ha sido la de fase de una crisis cuyo período de inflación se desarrolló y terminó en el año anterior.

¿Son palabras en vez de otras palabras? Creo que no. Las crisis son fenómenos bien estudiados; relacionar una serie de fenómenos con ellas, es comprenderlos mejor. He agrupado hechos; he buscado la causa generadora común. Creo que no es un procedimiento anti-científico. A lo menos, Taine no lo consideraría así.

¿Estoy engañado en mi interpretación? He aquí otro punto que no me toca resolver á mí, y que tal vez sólo con el tiempo podrá resolverse bien.

Siento que usted no comparta mi opinión, porque estimo en mucho la suya. Pero en mis artículos he dado mis razones... y sobre todo, los hechos y datos en que se apoyan.

* * *

A propósito de la influencia en el cambio de la llamada ley de emisión garantida, me hace cargos usted por no reconocerla determinante, desfavorable. He dicho que tal forma de emisión no puede parangonarse con las emisiones del período 1904-1907. Las pruebas —me reclama usted.— En artículos de diario no se puede decirlo todo; hay que tener... ¿cómo diré?... consideraciones por la masa de lectores á que estas materias interesan... moderadamente. Y aun creí poder excusar la enumeración de diferencias evidentes. La ley de emisión garantida no arroja en circulación una suma elevada, caprichosa, son las necesidades flexibles de la circulación las que deben regularla; la emisión no se hace, por decirlo así, á título gratuito; hay interés en no usar, ni menos abusar del arbitrio; hay interés en recoger las emisiones apenas las circunstancias lo permitan; da, junto con los billetes, los recursos para una conversión posible, sin gravamen del Estado; no favorece la indisciplina del crédito, etc. Tenemos solo diecisiete millones más en circulación —y en la circulación bancaria la mayor parte—; las dósís anteriores del Estado, en emisiones repetidas, no bajaban de treinta millones por período. ¡Va diferencia!

Usted conviene conmigo en que se ha hecho uso discreto de la ley; pero observa que la baja del cambio ha sido también... discreta.

Esto me mueve á apreciar ya por mi parte su interpretación de la baja del cambio.

Cree usted que á esta ley se debe; que es ocioso buscar otras causas; que este resultado fué bien previsto por los que con usted se opusieron al despacho de ella.

Encuentro su interpretación, á lo menos, insuficiente.

No comprende el período anterior, en que la tendencia desfavorable del cambio comenzaba á manifestarse inequívocamente.

No comprende los demás fenómenos conexos á que he llamado la atención.

Parece también causa pequeña para el efecto realizado —hasta aquí—, aunque usted lo estime también pequeño. Veámoslo. De los 17 millones emitidos este año, hay ocho que lo fueron antes de la vigencia de la ley, que extrajo el Banco de Chile con depósito de 18d. por peso conforme á la ley de 1907. De los nueve millones restantes, es verosímil que algunos otros bancos, apremiados por la necesidad, sin la ley vigente, habrían extraído una parte, en las condiciones de la misma ley de 1907: supongamos la mitad, supongamos la tercera parte. Agregando tres millones, querría decir que no es imputable á la ley actual, prácticamente, más de una emisión de seis millones. ¿Habrá podido tener un gran efecto en el cambio? Y observe usted también que la nueva emisión, en su mayor parte, ha quedado dentro de la circulación bancaria —los balances mensuales de los bancos lo demuestran— no ha traído la indisciplina del crédito, ni ha sido obstáculo para el alza de intereses, etc.

Creo que usted es un poco injusto con la ley de emisión garantida, que ha importado una reacción sana, á lo menos relativa, en nuestra política monetaria anterior.

Convengo en que sin esta ley —convine en ello en la época de su discusión en el mes de Abril— habría habido un factor más de apreciación del circulante; pero muy limitado, como acabo de explicarlo. Y la cuestión era evitar por un lado los daños de cierta crisis monetaria, y evitar, por otro, la reincidencia en las emisiones ordinarias fiscales en que habíamos caído en ocasiones análogas precedentes.

¿Sería distinta la situación ahora si se hubiesen aceptado los vales de tesorería, cuya emisión propuso usted con algunos otros distinguidos parlamentarios? Eran puro papel moneda; un arbitrio inferior á la emisión garantida por los bancos, como me esforcé en demostrarlo en su época. He ahí los arbitrios que debería usted juzgar ahora comparativamente.

Me observará usted que estos vales no eran su proyecto completo; se ideaba también una conversión próxima á 10 1/2 d. Pero no era esto lo que iba á resultar, ni lo que resultó en la Cámara de Diputados. La misma idea de esa conversión, merecía muy serios reparos, que yo —conversionista— no pude excusar en su oportunidad.

Sus provisiones de entonces, de malos cambios subsiguientes —en estas previsionés, fuera del régimen de oro, se acierta siempre de dos veces en una— debían comprender cualquier arbitrio, exceptuando la conversión misma. Y esas previsionés, no sólo eran suyas, sino de gran parte del comercio, por simples hechos de mercado: la tendencia adversa del cambio, al menos no favorable, á pesar de la oferta de letras extraordinarias.

¿Ha intervenido ahora salida de capitales? Probablemente; pero esto es un efecto de la tendencia desfavorable advertida en el cambio, de la situación

general, efecto que á su vez ha podido convertirse en causa de cambios peores. No está aquí tampoco la interpretación comprensiva del fenómeno que estudiamos.

Pongo punto á esta carta, que si tal vez no será demasiado larga para usted, ni lo es para mí, puede parecerlo á mis benévolos lectores habituales.

Soy, señor y amigo, su más atento servidor.

A. Silva de la Fuente

SOBRE EL CAMBIO

El Mercurio, 21 de agosto de 1912, pág. 5

Señor don Alejandro Silva de la Fuente —Presente— Estimado amigo:

Mi corto artículo sobre el problema del cambio, publicado en "El Mercurio" del lunes, ha merecido los honores de una contestación de usted.

He leído atentamente su interesante carta, y de esta lectura he deducido que ahora, como en las anteriores ocasiones... estamos de acuerdo.

Manifestaba yo en mi artículo del lunes que ninguna de las muchas opiniones vertidas sobre las causas del descenso del cambio atribuía la menor influencia a la ley económica de mayo último. Añadía que usted afirmaba terminantemente en "El Diario Ilustrado" la absoluta inocuidad o inocencia de dicha ley. Otra había sido mi opinión desde que comenzó a discutirse nuevamente en abril nuestro inacabable problema monetario. Mi artículo no tuvo otro objeto que recordar esas apreciaciones mías, ahora que el acontecimiento, previsto entonces, se ha visto confirmado.

Usted, aunque con distintas palabras, reconoce en su carta de ayer, exactamente lo mismo.

"Convengo, dice usted, en que sin esta ley habría habido un factor más de apreciación del circulante".

Luego, esa ley, al eliminar un factor de apreciación del circulante, ha contribuido a depreciarlo.

Es esto precisamente lo que yo quería recordar en mi artículo.

Así, usted ve... que en el fondo, si no en las formas, estamos de acuerdo.

Cuando se debaten problemas de economía monetaria con personas de los conocimientos de usted, sólo pueden existir divergencias de cantidad y de apreciación, nó de fondo. Los principios de la ciencia, a este respecto, no son tan discutibles como algunos quieren darlo a entender.

Voy a recordar algunos de estos principios, o, para ser más preciso, hechos en los cuales usted no podrá menos de convenir.

1º En los países de circulante normal, los períodos de las crisis llamadas de depresión se caracterizan por un retiro gradual del instrumento monetario, causado por la exportación del metálico y por el canje subsiguiente de los billetes por oro en las cajas de los bancos.

2° En los países sujetos al régimen del curso forzoso, este fenómeno se traduce en una baja correlativa del valor adquisitivo de la moneda.

3° Si bajo estas últimas circunstancias se trata de evitar los efectos de la crisis, aumentando artificialmente, por uno u otro medio, la cantidad del circulante, esta operación tiende a agravar la baja de la moneda, por lo mismo que se han atenuado las consecuencias naturales de la crisis sobre el crédito y los consumos.

Creo que nó existe un economista capaz de negar estas verdades y usted estoy seguro, no las niega tampoco. La teoría y la experiencia están de acuerdo en este punto.

Quedan, como sucede siempre en economía política, las dificultades de la aplicación práctica. Del contexto de su carta, parece deducirse que usted *prefiere la baja de la moneda al desarrollo natural de las crisis*.

Es este, lo concedo, el criterio que en Chile ha prevalecido en los últimos años, no sin protestas de la parte de usted.

En cuanto a mí, seguiré creyendo que la aplicación sistemática de ese criterio cada vez que se produzca contracción monetaria, *nos lleva, necesariamente, a la repudiación definitiva del billete*, en un plazo más o menos largo, según sea la mayor o menor discreción empleada por los legisladores y las instituciones bancarias.

Usted reconoce, principalmente, en su artículo del domingo, que en 1910 y 1911 se generó una crisis económica, causada por los abusos del crédito por parte de los bancos. Llega el período inevitable de la depresión, y entonces el lenguaje que usted emplea, es el siguiente:

—Evitemos a los responsables de esta crisis una parte de las consecuencias de sus errores, *aún cuando sea aumentando el circulante, aún cuando esto contribuya a agravar la probable baja del cambio, aún cuando así la liquidación de la crisis venga a gravitar sobre los inocentes de ella*.

No reconozco en este lenguaje a mi viejo amigo don Alejandro Silva de la Fuente. Estaba, sí, acostumbrado a escucharlo en la boca de esos inflacionistas que usted siempre combatió, y cuyas teorías nos llevan, sin duda alguna, al término fatal que dejó indelicado, a la repudiación del billete, a la peor de las crisis económicas, a la del Perú, condenado al régimen forzoso del oro.

En efecto, usted encuentra justificada la ley de mayo por la necesidad "de evitar los daños de la crisis monetaria"... ¿Ha sido acaso otra la razón o el pretexto de las emisiones sucesivas que nos han conducido al punto en que estamos?

Pero usted cree que, aún sin esa ley, se habría producido cierto aumento del circulante. En ese terreno de las hipótesis, todo puede afirmarse, todo puede negarse. Pero no cabe duda que la ley de mayo tenía por objeto facilitar ese aumento, y lo facilitó en realidad.

También cree usted que el proyecto de vales de tesorería, que firmé, en unión de muy distinguidos economistas de la Cámara de Diputados, habría producido iguales si no peores efectos a los de la ley de mayo...

Sin embargo, no fué esto lo que sucedió en diciembre de 1907, con una

ley de vales de tesorería, *absolutamente idéntica a la nuestra*. Por el contrario, ella fué el punto de partida de un período de serio y gradual mejoramiento de la situación económica y del cambio.... hasta que tres años después los bancos volvieron a las andadas. Y esos resultados se obtuvieron entonces sin la emisión de un solo peso de papel.

Y ahora para concluir.

Me honro con haber recibido de usted en nuestras frecuentes conversaciones, una buena parte de los escasos conocimientos económicos que poseo. Creo sinceramente que, en el fondo, estamos de acuerdo...

¿No sería tiempo de que todos los hombres imparciales y patriotas aunaran sus esfuerzos para extirpar de raíz, y aún a costa de los mayores sacrificios, este cáncer del papel moneda que devora nuestro organismo económico y hasta nuestra moralidad social?

Lo saluda afectuosamente su amigo

Alberto Edwards

PABLO NERUDA ENJUICIA LA CREACIÓN LITERARIA ACTUAL*

El poeta Pablo Neruda, al hablar en el Congreso por la Paz celebrado en ciudad de México, en septiembre último, formuló un vigoroso alegato contra el derrotismo que caracteriza a la producción literaria contemporánea. De su discurso, damos a continuación los acápites principales.

...“Quiero decir, por primera vez, una importante decisión personal que no traería a este recinto sino fuera porque me parece estrechamente ligada a estos problemas. Hace poco y después de haber recorrido la Unión Soviética y Polonia firmé un contrato en Budapest para la publicación en lengua húngara de una antología de todos mis poemas. Y luego de firmado en una reunión de traductores y editores se me pidió que indicara yo mismo, página por página lo que debía ser incluido en este libro. Yo había visto los miles de jóvenes, muchachos y muchachas que empezaban a llegar de Hungría de todos los puntos del planeta para participar en el Festival Mundial de la Juventud; yo había visto, entre los escombros de Varsovia salir caras de jóvenes estudiantes que entre sus clases de anatomía levantaban de nuevo el destruido pedestal de la paz, yo había visto con mis ojos los inmensos edificios construidos en unas cuantas semanas sobre los escombros de Stalingrado, por veinticinco mil jóvenes voluntarios llegados de Moscú; yo escuché en aquellas tierras como un rumor de abejas de una arboleda infinita, la alegría pura, colectiva, innumerable de la nueva juventud del mundo.

Y cuando aquel día, después de tantos años de no leer mis antiguos libros, recorrí, frente a los traductores que esperaban las órdenes para empezar su trabajo aquellas páginas en que yo puse tanto esfuerzo y tanto examen, vi de pronto que ya no servían, que habían envejecido, que llevaban en sí las arrugas de la amargura de una época muerta. Una por una desfilaron aquellas páginas, y ni una sola me pareció digna de salir a vivir de nuevo. Ninguna de aquellas páginas llevaba en sí el metal necesario a las reconstrucciones, ninguno de mis cantos traía la salud y el pan que necesitaba el hombre allí.

Y renuncié a ellas. No quise que viejos dolores llevaran el desaliento a nuevas vidas. No quise que el reflejo de un sistema que pudo inducirme hasta la angustia fuera a depositar en plena edificación de la esperanza el légamo aterrador con que nuestros enemigos comunes ensombrecieron mi propia juventud. Y no acepté que uno sólo de esos poemas se publicaran en las democracias populares. Y aun más, hoy mismo, reintegrado a estas regiones

* *Pro Arte*, Santiago, 3 de noviembre de 1949, pág. 5.

americanas de las que formo parte, os confieso que tampoco aquí quiero ver que se impriman de nuevo aquellos cantos.

Hemos llevado los poetas de este tiempo dentro de nosotros mismos las dos fuerzas contrarias que producen la vida. Y ha llegado la hora en que debemos escoger. No se trata puramente de escoger nuestra conducta: se trata de escoger la responsabilidad dentro de nuestro propio ser.

Todo un sistema moribundo ha cubierto con emanaciones mortales el campo de la cultura y muchos de nosotros hemos contribuido con buena fe a convertir en más irrespirable el aire que pertenece no sólo a nosotros, sino a todos los hombres, a los que viven y a los que van a nacer.

¿Por qué vamos a dejar marcada nuestra huella sobre la tierra como la que dejaría en la arcilla mojada la desesperación del ahogado?

Sin embargo, es claro que muchos de los creadores de nuestra época no se dan cuenta de que aquello que les pareció la más profunda expresión del ser, es muchas veces veneno transitorio depositado dentro de ellos mismos por sus más implacables enemigos.

—Cuando Fadeiev expresaba en su discurso de Vroclaw que si las hienas usaran la pluma o la máquina de escribir escribirían como el poeta T. S. Eliot o como el novelista Sartre, me parece que ofendió al reino animal.

No creo que las bestias aún dotadas de inteligencia y expresión llegaran a hacer religión obscena del aniquilamiento y del vicio repugnante, como estos dos llamados "maestros" de la cultura occidental.

Pero es comprensible su tarea. Ellos son los apóstoles del gran osario que se prepara, son los gérmenes activos de la destrucción. Antes de que caiga la bomba atómica que los monopolistas necesitan dejar caer para aniquilar gran parte de la vida humana en defensa de un sistema injusto de economía, estos apóstoles están encargados de aniquilar moralmente a los hombres. En el caos del capitalismo moribundo ellos deben dar sitio a una mayor angustia y convertir a la inteligencia en una luz parcial que ilumine exclusivamente lo feroz, lo pestilencial y lo perverso de la condición humana. Ellos están encargados de degradar la vida para facilitar el exterminio del hombre sobre la tierra.

La burguesía ha apoyado con intensidad a estos protagonistas del derrumbamiento. En los últimos años hemos visto cómo nuestros snobs se han apoderado de Kafka, de Rilke, de todos los laberintos que no tengan salida, de todas las metafísicas que han ido cayendo como cajones vacíos desde el tren de la historia, se han convertido en defensores del "espíritu", en bramines americanistas, en profesionales enturbiadores de la charca en que chapotean. Han decretado el olvido para los grandes humanistas de nuestra época. En América Latina estos pigmeos se sonrojan cuando se menciona a Gorki, a Romain Rolland, a Barbusse, a Ehrenburg, a Dreiser. Estos señoritos no pueden nombrar a Balzac. Estos sobrevivientes quieren hacernos creer en un surrealismo fallecido y enterrado y que sólo sirvió para que desde las ruinas de ese movimiento se levantaran como dos estatuas deslumbrantes de la razón y de la fe en el hombre, los dos grandes poetas de Francia: Louis Aragón y Paul Eluard.

¿Cuáles son los aliados de la intoxicación deliberada de la parálisis intelectual que invade nuestra América? ¿Quiénes son los ayudantes del suicidio de una época que podía pensar? ¿Son sólo los Reader's Digest? ¿Es sólo el silencio cómplice de los Steinbeck, de los Hemingway? ¿Hasta qué punto circula en nuestras propias venas la sangre de los muertos? En los últimos años hemos tenido en nuestra América Latina un fenómeno de extraordinaria importancia. Las artes y en especial la pintura y la literatura han llegado a una preocupación suprema dirigida a la vida y a las condiciones de nuestros pueblos. La pintura y sobre todo la grandiosa pintura muralista mexicana ha cumplido victoriosamente los mandatos de la verdad y de la historia. La literatura, en especial la novela, también se han aproximado a nuestros pueblos, pero sin pasar más allá de un realismo pesimista, de una aguda exhibición de nuestras miserias. Pocas veces como en los casos de Jorge Amado, José Mancisidor o Rómulo Gallegos esta literatura enraizada en la profundidad de nuestros pueblos ha logrado mostrar el camino de la liberación. Hemos llegado a producir una literatura ensimismada en los dolores, una larga cantidad de relatos que parecen destinados a no mostrar sino muros infranqueables en el camino de los pueblos. Y grandes escritores profundamente nuestros y estimados como Graciliano Ramos, del Brasil; como Jorge Icaza, del Ecuador, como Miguel Ángel Asturias, de Guatemala; como Nicomedes Guzmán o Reinaldo Lomboy, de Chile y otros muchos, insisten en destacar la tenebrosa selva de nuestra América negra, sin mostrar la salida ni la luz que, sin embargo, nuestros pueblos conocen.

Y esto merece la acción de nuestros creadores. Yo no soy un crítico, no soy un ensayista, soy simplemente un poeta a quien le cuesta mucho esfuerzo decir otras palabras que las de su canto. Pero a veces tengo que hablar, porque otros se han callado. Y continuaré hablando mientras la cobardía o la inconciencia cierran las bocas de muchos que deberían estar cumpliendo los deberes de su oficio. Y este deber es el de señalar hasta qué punto están invadiendo nuestras creaciones culturales los aluviones destructores del enemigo que quiere la guerra.

Es nuestro deber de intelectuales combatir las corrientes morbosas de la metafísica y la sensualidad que están penetrando los subterráneos de nuestro Continente. Roger Garaudy, aquí presente, ha definido así estas tendencias: "Escepticismo, desesperación, evasión, actitudes de un mundo que muere. El rasgo común es el pánico ante lo real y al mismo tiempo el propósito profundo de no cambiar nada".

En otros tiempos la imitación europea llevó a nuestros románticos indígenas a celebrar los ruseñores que no conocemos y hablar del mes de mayo como el mes de la primavera. Entonces nos parecieron un poco ridículos. Hoy, además de ridículo resulta siniestro este empeño de inyectar en las venas americanas una descomposición que no aceptamos como realidad americana. Tenemos en nuestra América un mundo por hacer y no somos abandonados naufragos de una isla tenebrosa, sino luchadores de un orden racional, sostenedores de una causa invencible. Y por cuanto ni nuestras creaciones ni nuestra

lucha son actitudes solitarias, sino partes solitarias de una fuerte construcción no aceptamos que en nuestro joven continente los enemigos de la vida y de la paz, prediquen invocando altas disciplinas intelectuales: la pasividad, el aislamiento, el suicidio y la muerte.

Son otras las obras que esperamos de nuestro continente. Debemos dar a nuestras tierras americanas la fuerza, la alegría y la juventud que le falta. No esperemos sentados que nuestros tesoros sean arrasados por los filibusteros y que también estos filisteos se lleven la alegría. Tenemos que superar nuestros dolores y levantarnos sobre la destrucción. Tenemos que enseñar el camino y andar nosotros frente a nuestros pueblos por ese camino. Y tenemos que limpiar ese camino hasta dejarlo resplandeciente para que mañana otros hombres puedan caminar por él".

LA NOVELA DE LOS RECUERDOS (1904)
(fragmentos de un diario íntimo)¹

Augusto Thomson

Despidiendo a las buenas tías, abuela, mis hermanas y yo salimos hasta la puerta. Tía Carmen, de cuyo alegre carácter creo haber dado una idea en páginas anteriores hacía bromas sobre la pobre Dora que esperaba en balde mi regreso pues seguramente alguna demoiselle me cogerá entre sus redes; yo protestaba con calor pero nuestra discusión no conseguía arrancar a las mujeres sino pálidas sonrisas y en cambio las sorprendí varias veces con el pañuelo en los ojos.

Las visitantes se fueron. Las vi alejarse por la calle oscura y todavía de lejos me vinieron sus adioses, el de tía Carmen último.

¡Adiós, Adiós!

Sea por la distancia que ya nos separaba, por la tiniebla o porque la sombra de un presentimiento velara su voz aquella palabra tuvo para mí su verdadera acepción.

¡Adiós! —grité en la dirección que las había visto alejarse.

Valparaíso enero 7 (Hotel H. B. M.)²

Cuando al llegar esta tarde por el ordinario el administrador del hotel, después de inscribir mi nombre señaló al mozo que llevaba mi maleta la pieza número 15 sentí que daba el primer paso por el camino en que voy a internarme. La separación de mi familia ni la despedida de los amigos en el andén, las siete horas de viaje solitario, el mismo desembarco en una estación donde ya nadie me esperaba, la travesía por una ciudad donde nadie me conocía, nada me reprochó mi abandono como esa sencilla anotación en un registro de pasajeros del nombre que "los míos" pronuncia con tanta ternura:... y después ese número 15 que ocuparía por una noche: "Desde ahora hasta tu último lecho no serás sino un número" parecía advertirme una voz despiadada.

El cuarto me produjo la impresión que seguramente me producirán, todos los que de aquí en adelante habite. Los cuartos amueblados, dotados del menaje indispensable, sin una baratija superflua, sin un adorno de esos que dan su tono al hogar se parecen todos y en ellos donde se anula la propia personalidad

¹ Estas notas, corresponden a los primeros borradores de *Recuerdos olvidados* de Augusto D'Halmar. Serie de artículos que se publicaron en *La Nación* y *La Hora*.

² Her British Majesty

se siente uno más insignificante, más paria en el vasto mundo. Las mismas alfombras raídas y las cortinas floreadas, el lecho con chinches, la mesita de noche con su botella de agua y su vaso, el sillón grasiento en el espaldar, el sofá, dos o tres sillas, en las paredes, cubiertas de papel oscuro, diversos cromos. A veces en el espejo del tocador se encuentra, testimonio de una noche de mercenario amor en la alcoba mercenaria una fecha y dos iniciales grabadas con el diamante de un anillo. A veces también horquillas torcidas o cabellos de mujer entre los cojines del diván. Casi siempre en la salivera colillas de cigarro. Pero de las personas mismas nada íntimo conserva el cuarto. Pasaron y seguirán pasando por él tan fugazmente que lo poco que dejan se va con el polvo en el sol cuando el sirviente vuelve los colchones y sacude los cobertores la mañana de la partida.

Una vez cerrada la puerta que da a un largo pasillo, estrecho y lóbrego como de casa de baños y sintiendo frío en la penumbra fui al balcón, lo abrí de par en par y los últimos rayos del sol bajaron hasta la alfombra en un puente irizado donde bullían átomos multicolores. Con fatiga miré a esas gentes anónimas que, al parecer sin objeto iban y venían por la calle que se extendía a mis pies como por una zanja las hormigas. Arriba, más arriba de mi balcón, porque apenas estoy en un segundo piso y el hotel tiene cuatro, entre la red de alambres eléctricos se veía el cielo cual luminoso arroyo azul que corriese por lo alto, entre dos murallas de dique. Las aves bogaban en él batiendo sus alas como velas hinchidas al viento mientras nosotros los hombres permanecíamos en el fondo. A poco mi atención fue interesándose. En frente, sobre una ancha mampara de cristales hay un letrero "Salón Ruso", más lejos el viento batía una (puerta) muestra que se avanza al centro de la calle "Coiffeur" y otros y otros anuncios cubren las fachadas. Lo mismo que cuando crucé a pie la ciudad desde la estación del puerto, de codos en la balaustrada yo trataba ahora de reconocer todo esto que debo haber visto alguna vez siendo niño. Desde el *wagon* vinome asaltando el recuerdo de aquel primer viaje a Valparaíso al que volvía por primera vez y mecido por el traqueteo adormecedor del tren todos sus desastres habían acudido ya a mi memoria. Trece años, trece que dormían y bastó para despertarlos la analogía de situaciones. Entonces como hoy el afán de probar fortuna nos sacó del terruño. Los proyectos que ahora me hago a mí mismo, medio dormido los oí discutir al pie de mi cama hace trece años entre mi madre y mi abuela. ¡Pobres mujeres! Un poco aventuradoras ellas también, como a mí las esperaba el cambio de horizonte. Vivimos en la espera de algo que no llega y pensamos que marchando le saldremos al encuentro. La luna de miel de la anciana había transcurrido en el puerto, su hija nacida en él guardaba de su infancia los luminosos recuerdos que alumbran una vida entera. Confiaron en la protección de algunos ricos parientes radicados allí y sobre todo el mar, la gran sirena, las atrajo como a todos los que han vivido en sus riberas.

¿Solamente a los que fueron dichosos en sus riberas? Si tan triste memoria tengo de él. ¿Por qué ha sido entonces la nostalgia de mi vida?

¡El mar!, yo que sabía cuando el tren se acercaba a Viña que al fondo de

una de las callejuelas debía vérselo esperé en la plataforma con angustiosa ansiedad y cuando apareció y se ocultó como un relámpago su confín azul, maquinalmente me descubrí. Después se siguieron las fábricas, los feos galpones de Lever-Murphy y de improviso el tren desembocó a la costa. Una polvareda de sol ofuscaba los cerros distantes y caía sobre el mar extendido a nuestra vista, libre y resplandeciente bajo el espacio vibrador que cruzan en banda las gaviotas. Azul y azul, la infinita dulzura del azul lo dominaba todo. Las olas en tumultuosa avalancha venían a romperse con estruendo en los peñascos, lanzaban puñados por encima de ellas puñados de espuma, despleaban su crujiente sábana de nieve, sobre el oro en polvo de la arena y velaban con su hálito el espejo de la playa donde retozaban algunos grupos de niños, dorada su desnudez en el ambiente de fuego. Al correr del tren como en un cinematógrafo se les veía gesticular sin gritos y huir cuando una ola venía. La brisa marina refrescaba mi frente desnuda. En el lejos cada vez más próximo, en medio a la herradura formada por los cerros que encierran la bahía aparecieron los primeros mástiles, los balleneros, las goletas de dos palos, después los grandes barcos de guerra, insignificantes en aquella inmensidad y luego las embarcaciones pequeñas, agrupadas como para defenderse. Nos aproximábamos a nuestro destino. La locomotora jadeante acertaba su marcha. Fue preciso que tornara yo al interior para reunir los efectos de mi pertenencia y estar listo. Un campaneó, un silbido y el *convoy* se detuvo con gran estrépito de topes y portezuelas. El viaje había concluido. Una nube de cargadores con gorras rojas asaltó los carros, uno se apoderó de mi equipaje y en su seguimiento me interné por la ciudad.

De codos en el balcón de mi cuarto continuaba persiguiendo con la vista a las gentes desconocidas que transitaban aquella calle. Súbito recordé que el vapor "Oravia" en que partiré mañana al viejo continente está... en la rada y quise conocerlo, aunque fuese a la distancia. ¿No va a ser mi universo durante un mes? Me lavé de prisa sacando para secarme una toalla de mi maleta sólo por sentir ese olor característico que exhala la ropa blanca familiar y de dos en dos peldaños descendí la escalinata del H.B.M.

No quería... y la brisa del mar me sirvió de norte. Marchando contra ella no tardé en percibir un rumor que acrecentaba y en encontrarme a poco andar a las inmediaciones del malecón. Éste sí que lo reconocería pues a lo largo de él, con dirección a Playa-Ancha habíamos hecho, siendo yo niño, casi todos nuestros melancólicos paseos. Era nuestra época más terrible de pobreza y mamá marchaba con un cuidado que era un martirio para todos, evitando que el viento le alzase la falda y dejara en descubierto su raído calzado. De aquellas caminatas quedó en mi memoria el incidente del canastillo que por descuido dejé caer desde lo alto del parapeto sobre la playa y que contemplamos desolados hasta que una ola traviesa lo envolvió y aquel otro de la gaviota muerta que llevaba y traía el agua, inolvidable... para quien no había visto el cadáver de un ave libre. Tampoco olvido un detalle que nos refirió abuela. Acababa de fondear un *steamer* y ella dijo: "En un baile a bordo de un navío inglés tuve por pareja a un teniente que era un duque y recuerdo que mi traje

era amarillo porque sólo Alba Tarwell y yo vestíamos de ese color". La visión de mi madre, empalidecida por el tiempo y algo también por el olvido se precisaba en estos lugares. Los pormenores de nuestro destierro en la ciudad extraña, y de las privaciones que precipitaron su muerte surgían ante mi espíritu... a ver aquella visita que, recién llegados hicimos a las hermanas de abuela, nuestra mejor esperanza y que tan fríamente nos recibieron. Las hermanas a quienes no veía desde la juventud! Pensando en las mías no concebía sino que se echasen a su cuello y le abrieran su casa. Sin embargo no fue así. Vuelvo a hallarme en el gran salón oscuro en que nos introdujeron donde blanqueaban las estatuas de mis antepasados. "Este es tu bisabuelo" cuchichea abuelita mostrándome un mármol. "Éste mi tío el general". Mamá, fuertemente alterada, tal vez por la trascendencia que para nosotros tenía esta entrevista trata de retener contra su falda a las dos pequeñas (Lena y Mela) que pugnan por revolcarse en la alfombra. En esto se abre la puerta y una tras otra, contoneándose majestuosamente aparecen dos gruesas matronas que dispensan un abrazo muy teatral a la impresionada abuela y hallan para nosotros una leve sonrisa. Nos hacen sentar a la luz, se apoltronan ellas en la sombra y empieza a contarse aquel interminable cuarto de hora que recordaré mientras viva. No sé de qué hablaron, pero me imagino que debíamos de hacer un violento contraste. Imponentes las solteronas, muy metidas en sí cual corresponde a personas bien comidas a las cuales espera un lecho calentito. Humildes, avergonzados, conmovidos nosotros como quienes a esas horas y por esos rumbos andan en ayunas sin refugio en que tender los huesos. Y decir que estábamos tan seguros de que las tías nos convidarían a comer siquiera!... Abuela que todo lo olvida me ha encargado que pase a verlas ahora (porque todavía viven sin que nada turbe su paz) pero yo la desobedeceré por falta de tiempo y sobra de memoria...

Otra es la visita que pienso hacer. Peregrinación más bien a la casa que nos cobijó desde enero (recién advierto que el sábado se enteraron los trece años) hasta después de ese fatal día de agosto en que cumpliendo sus voluntades llevamos a la pobre mamá al cementerio de "Playa-Ancha", que es la playa donde descansa, frente al mar que la vio nacer y que ella amaba tanto.

El mar... la pleamar... ¡que hora admirable me tocó esta tarde para verle! Cuando llegaba a la avenida Echaurren el sol se ponía. Las reminiscencias cedieron su puesto a un verdadero éxtasis. El rosa del horizonte iba debilitándose a medida que ascendía por el azul hasta diluirse en él y sobre el oleaje azul-plata y oro-púrpura del mar corrían oscuros estremecimientos como ojos que se abriesen a la superficie. Un inmenso cristal manchado de quebraduras azulejas. Más afuera el agua rizada se atersaba teñida por largas sombras.

Cedí el paso a una cuadrilla de trabajadores que entraba en el embarcadero, aturdido por los fleteros que, de pie en sus barcas vociferan alzando la diestra. En el dique, bajo el cual ardían ya algunas luces, claveteaban hierros. El estrépito de los golpes disminuía, mantenido por dos martillos que repicaban. Como las chispas de un yunque, los ecos persistentes y repetidores del martillo más agudo parecían escapar despavoridos del seco retumbar del otro que caía

entre ellos con regularidad y precisión, cuando éste cesó y resonaron más lastimeros.

Un guarda me señaló el "Oravia", fondeado no muy lejos. Es un vapor moderno, grande como casi todos los de la P.S.N.C. En ese momento una chalupa se desprendía de una de sus bandas. ¿Conque esto será lo que me lleve allá? ... pensaba. Yo no decía sino ¡*allá!*... Y lo disparatado de mi resolución se me exageraba. Yo que consideré irremisiblemente perdidos los días que, cada año, por las vacaciones, permanecí en el campo, lejos de mi abuela, abandonarla, más por escapar a la influencia de mi mala estrella que por conseguir una gloria quimérica! Abandonarla para siempre porque, aunque haya engañado la tristeza de la preparación imaginando la vuelta, algo me dice que no la encontraré... si vuelvo.

Pobre anciana a quien tanto debo —meditaba yo sin quitar los ojos del vapor anclado— ¿Tan ingrato será tu hijo que no aguardé a que concilies el sueño para acudir a su cita con La Vida? ¿Tan egoísta que destruya el presente, como cosa de poca monta prometiéndose reponerlo con el porvenir? ¿Tan ignorante que no sabía que lo que hoy con *nada*, mañana no se remedia con *todo* pues los ancianos viven al día?

Sí, ingrato, egoísta, ignorante —me respondía yo mismo y además tan infeliz que para hacerte dulce la muerte ya que no puedo endulzarte la existencia ni siquiera puede vender su alma al dolor porque nadie compra lo que tiene por suyo. Tal vez podrás erigirle con el tiempo un mausoleo... ..

Una campanita tocó repetidamente y un farol rojo se encendió. Era la señal de arriar la bandera. Conforme la línea del horizonte se amorataba el cielo iba tornándose lila y una fresca sombra violeta envolvía la ciudad donde las primeras luces cobraban inusitado esplendor pero los cerros recibían aún los reflejos del ocaso y miles de viviendas multicolores reían con sus cristales llameantes de sol.

Me incliné en la baranda. A despecho de la alta marea bajo el muelle las olas se vaciaban con rumor apagado. En un vaivén de aburrimiento que apenas descubría el fondo de guijas blancas y rojizas, como si las aguas avergonzadas sólo quisieran rechazar y esconder la porfiada nata de basuras que las cubre. Algunas pequeñas boyas, parecidas a barriletes de malabares que un naufragio arrojase a la playa, flotaban también y se hubiera creído encallado en un banco de arena al grupo de lanchitas abandonadas, tan compacto que formaba un verdadero islote.

Un lanchón atracaba a la escala. De su vientre negro vi salir una veintena de obreros tiznados, trayendo sus herramientas de trabajo. Los que esperaban ocuparon su puesto y la lancha se alejó con rumbo al dique, silencioso ya, mientras el mismo chancleteo de antes estremecía el maderamen.

Entonces me di a pasear por el malecón con las manos a la espalda, aspirando el vientecillo que a la hora del crepúsculo se levanta del mar, saturado de olores varios en que dominan y se confunden el de la brea y el cisco, el del aceite y el cáñamo. Las grúas, las canaletas, las garruchas y los pescantes

dormían; alargando al vacío sus férreos brazos y del lado de la avenida Errázuriz los montones de sacos, fardos y barriles, rotulados con fojas de calendario, dormían también, velados por las gaviotas aduaneras.

La noche caía, un tren de carga llegó a la estación y el rosario de focos eléctricos se encendió simultáneamente hasta perderse de vista; en dirección de Playa-Ancha ardían también algunos amarillentos mecheros de gas. Delante del cerro de la Artillería se destacaba en sombra la masa de los Almacenes Fiscales y el negro cabrestante del muelle Prat semejava sobre el cielo rojizo un enorme catafalco.

Hacia él me dirigí. La brisa traía y llevaba las emanaciones de alcohol, grasa y tabaco que exhalan las ventas que a esa hora encienden sus fuegos en los alrededores de la estación Victoria. Carpas, velas de buque, telones colchas, paraguas desteñidos, todo es bueno para proteger las mesas humildes y los hambrientos pensionistas que se atracan de frituras, sandías y aguardiente. Los fogoneros rubios bajo su máscara de hollín, los contraamaestres que fuman negras pipas y andan como en temporal deshecho, los marineros galantes, los grumetes pilluelescos, —la gorra al ojo y las manos en los calzones— los michicumas astrosos, los fleteros medio piratas, los cargadores averiados, todos los que no tienen familia, hogar ni patria son los parroquianos de la feria. Y el viento libre, cargado de oxígeno, arrastra también al ras del muelle el tufo de esa morralla.

Noté con sobresalto que todos los faroles de la ciudad estaban encendidos y volví de prisa atravesando la vía férrea por el paso subterráneo pues había un convoy detenido. Pero no tuve igual suerte a que a la salida y tardé media hora en encontrar el hotel.

Un comedor de hotel en circunstancias que todo el mundo está en su puesto es tan repugnante como la fonda al aire libre de la gente de mar y carece de su parte pintoresca. Toda la grosería de esa hora consagrada nada más que a saciar el estómago y que en el hogar se disimula tan perfectamente bajo la charla y en la satisfacción de hallarse la familia reunida, se evidencia aquí donde cada cual engulle silencioso y en mesa aparte, preocupado sólo de cumplir a conciencia su tarea... Los camareros corren de un lado a otro cargados de platos llevando a todas partes su detestable obsequiosidad que compromete propina. No sé como alguien pueda permanecer tranquilo viendo revolotear alrededor, como un vampiro aquel maniquí de traje negro y corbata blanca, empeñado en haceros presente que coméis fuera de casa y que aquí todo se paga, desde el asiento que ocupáis hasta la sonrisa que él os dirige. Da ganas de llamarlo, darle la propina por adelantado y decirle a boca de jarro.

¡Mozo!, ya que no hace falta, apague Ud. su sonrisa. Mientras escribía las páginas anteriores he tenido abierto el balcón. El bullicio de abajo llega hasta mí. Hay una espléndida luna y los porteños se han echado a la calle. Sobre todo entran y salen al casino del frente y cada vez que se abre la mampara se escapa del interior el bric a brac de sus conversaciones y el tintineo de las cucharillas en las copas. Los coches que pasan hacen estremecerse mi vidriera. Después llega hasta mí el voceo de los vendedores de "El Mercurio": El - ¡mm!

son dos gritos guturales, uno más alto que el otro, largo el último y triste como el de la sirena de un vapor y confundidos con éstos, mil ruidos indeterminados que son el aliento fatigoso de la activa ciudad en descanso. ¿Qué harán los míos?... Las nueve y media! Cerca de la lámpara tutelar con pantalla roja que deja en sombra los rostros y colorea las manos mis hermanas tejerán; mi abuela leerá y embebidas en su ocupación las tres no harán sino pensar en el viajero como él piensa en ellas. Tal vez está tía Carmen de visita, entonces se hablará de mí, de lo que estaré haciendo yo a esta misma hora... A un lado el diario y escribámosles algo que la consuele!

Y que me consuele.

Son las once. Llego recién de un largo paseo. Salí con la única intención de echar al correo mi carta y volverme pero la noche era tan perfumada, tan luminosa que quise ver el mar en medio de su dulzura. En balde me repetía que en el mes que el "Oravia" irá cortando sus aguas tendré tiempo para contemplarle bajo todos aspectos. Empiezo a notar que solamente él me interesa en esta ciudad y que sólo a su lado me encuentro menos solitario.

Fui pues hasta el muelle. En el cielo muy alto, de un azul intenso, casi negro, los astros parecían más grandes. La luna creciente esplendía y los cerros aparecían claveteados de innumerables lucecitas como de cerillas. Era un espectáculo magnífico el verlas bajar por los faldeos cual si el firmamento descendiese hasta el agua.

Y el agua era otro firmamento tembloroso más temible, más vago, más oscuro donde podía contemplarse el lloroso reflejo de los faroles colgados a proa y a popa de los barcos, el rastro de la linterna verde que peregrina por entre los islotes de chalupas o la imagen indecisa de luminarias y estrellas; que parecen arder en su fondo. Un abismo de tinieblas donde la luna misma, levantando un cabrilleo centelleante, una cascada de luz, dejaba caer sus redes entre cuya malla de rayos azules parecía hervir un enjambre de peces diamantinos. Como andamiaje gigantesco de otra ciudad temblorosa, más vasta más profunda, más callada, la sombra de las arboladuras hundíase en aquel espejo negro; fingía la proyección de los focos los machones de un puerto submarino y era el agua un puerto de ensueño que atraía y en cuya muerta vida hubiese querido penetrar.

Caminé y la luna zancajeó conmigo sobre las ondas como una araña de plata, sacando de su adormecimiento al vago todo. La brisa salobre, bien oliente a marisco que venía de mar afuera hacía entrechocar misteriosamente, con balanceo de cunas a las embarcaciones y mecía los mástiles y las señales sobre el horizonte blanquecino. El estridente silbido de una locomotora rasgó el aire tibio de la noche. Era el nocturno que pasaba. El malecón estaba desierto, turbado sólo por las carreras de los ratones, apenas uno que otro pescador de anzuelo, inmóvil de trecho en trecho. La desmesurada sombra chinesca de alguna mariposa revoloteando en torno de los focos fluctuaba sobre el made-ramen. Me salí del camino y dejé a mi espalda, a todo lo largo de la costa el rumoreo de las olas. Aquí como el descargue simultáneo de muchos carros con piedras, luego la resaca como un leve suspiro de satisfacción, tal que si

una mano agitase tristemente el agua y a lo lejos aislado el mismo estrépito de desplome.

Esa inmensidad, perfectamente latente se me imaginaba el corazón del mundo...

El regreso por las oscuras calles del bajo puerto que la luna no basta a iluminar me ha causado profunda melancolía. Hay algo de enfermo, algo de histérico en los pasatiempos de los marineros "California Store-House" "Frisco Ball-Room". Las tabernas y salas de diversión a las cuales se baja por ocho o diez gradas de piedra están a esta hora repletos de la más abigarrada y cosmopolita clientela. De mesa a mesa, entre el humo de las pipas se escupe tabaco se trinca, hasta romper los vasos, se ríe, se grita, se injuria en todos los idiomas. Los términos náuticos se cambian en aquella Babel como un lenguaje fran-masónico, entendido por todos. Además nadie habla en su lengua pura sino que mezcla vocablos políglotas. A intervalos un alborotado grupo acompaña a dos celosos o pendencieros que van a dirimir su cuestión a la orilla del mar. Después vuelven a beber a la misma o a otra tienda. Así irán toda la noche de burdel en burdel probando copas de grasientos bordes y labios llenos de afeites, hasta que sea la hora de recogerme a bordo.

Tienen algo de niños estos mocetones vestidos igual que colegiales con amplios cuellos bordados de anchos pantalones vampanudos y gorras encintadas con un lema en oro. Su alegría más que ingenua es bulliciosa y salvaje como de hombres que se desquitan de una prolongada abstinencia y que mañana entrarán en otra.

También todo esto se queda atrás y sigo por callejuelas no más anchas que un canal. A veces se oye un piano o el grito de un vendedor pero son ruidos náufragos en el tenebroso piélago del silencio. La luna no alumbra esos viaductos. Distante o próximo sin saberse en donde resuena con estrépido inusitado.

Apareciendo de improviso, como si surgiera de la tierra un coche que avanza estremece con sus saltos el desigual pavimento. Manos invisibles parecen levantarlo a gran altura para precipitarle después y sus faroles rojos se mueven desafortadamente, hacen guiños siniestros como los semáforos que anuncian peligros en el camino de hierro. Bajo sus ruedas el lodo de los baches salta y salpica. Sobre el hule de su caja pasa en un escalofrío blanco de terror el reflejo del alumbrado.

Las tiendas del frente duermen, sólo el terral transita por las calles. La luna declina y ya recogió el paño de plata que había tendido delante de mi balcón. Ha sido necesario encender todas las luces y cerrarlo. Me senté, dispuesto a trazar las últimas notas de este día, pero a tal punto me atormenta la vulgaridad, la falta de fisonomía de esta habitación que he necesitado levantarme otra vez, sacar de mi maleta algunos objetos íntimos que me siguen y diseminarlos por los muebles para encontrar algo conocido cuando vuelvo la vista en torno mío. Sobre el velador ha quedado el retrato de mi viejecita y uno de Dora con traje de primera comunión. En el tocador mis peines y escobillas. Mi tintero de viaje y el aplasta-papeles al alcance de mi mano.

Este aplasta-papeles que me acompaña ya doce años y que ha retenido tantas locuras para que el viento no las dispersase tiene una forma tan indefinible que nadie atinaría con su origen.

Como que era una de las manillas del ataúd de mi madre, la que a mí me tocó tomar. Es de metal blando y al conducirlo al carro se me quedó en las manos.

Y ahora suspendo la pluma para preguntarme, ¿sino será profanar los objetos queridos, exhibirlos en el cuarto mercenario?...

Enero 8 (Hotel H.B.M.)

Lo primero que pensé al despertarme hoy fue que aún ayer lo había hecho en el cuartito con papel celeste y antiguo mueblaje de caoba que me ha visto estudiar mis últimas lecciones y leer mis primeras cartas de amor. "¡Lo que va de ayer a hoy!" dice un refrán. Sí ¡lo que va de ayer a hoy! Unas cuantas horas y la rutina de un cuarto ha desaparecido. Transcurren días y días sin que nada ocurra pero al fin llega uno que vale por todos y dentro del cual se verifica el gran acontecimiento: la navidad, la boda, el viaje o una comarca más o menos remota o el viaje sin término. Veinticuatro horas bastan y al amanecer siguiente la existencia ha cambiado. Y es que una hora no tiene siempre sesenta minutos como un minuto no vale siempre sesenta segundos. La duración de cada espacio de tiempo debería estimarse más que nada por la suma de sensaciones que hayamos apurado en él.

Vivir no consiste precisamente en alcanzar la edad (provista) sino en que los días "anormales" no hayan sido demasiado raros. En realidad sólo se vive en ellos, en esas cuantas auroras dispersas en una larga noche. Desdichados los que se envanecen de evitarlos!

Casi siempre la atonía está en el placer. Su fin es vivir.

Talvez por ello esta mañana me ha parecido tan larga. Es medio día y vuelvo de mi piadosa excursión. Mientras llaman a almorzar trataré de fijar mis impresiones. Salí a las siete. El cielo estaba nublado y las aceras tan mojadas como si hubiese llovido. Una neblina densa envolvía el puerto. Una de esas brumas londinenses que resucitan el *spleen* en los numerosos ingleses que a esta hora pone en el plan el ascensor del cerro de La Concepción o del Victoria I. Aunque parezca paradoja su mal les encanta y tengo para mí que por estos días es por lo que ellos aman a Valparaíso.

El camino que debía recorrer era largo y tomé un tranvía de bajada cuyo cochero guía los caballos desde un pescante colgado cerca de la imperial y cubierto por su respectiva capota. Los espejos de que está adornado el interior me recordaron cierta aventura de nuestro primer viaje. Ibamos con abuela en uno de estos vehículos cuando mirando el espejo del testero ella me dijo sin moverse —Mira allí, la señora que va al fondo con una niña. Pues esa es Alba Tarwell. ¡Cuántos años Dios mío que no la veía! También ella ha envejecido y mudado de fortuna!

Para que esta sencilla frase tenga su valor es preciso que advierta que en

todas las conversaciones de la anciana; en todos los recuerdos de su opulenta juventud había figurado invariablemente una Alba Tarwell que compartió con ella el cetro de la moda; era aquella otra que había llevado toilette amarillo al baile de a bordo, cuando abuela tuvo por pareja un duquecito. ¡Alba Tarwell! Yo nunca me había figurado sino rica y joven a la que llevaba tan bello nombre. Mi sorpresa y mi decepción fueron inmensas pues los padres que a veces legan por sola cualidad un bello nombre no piensan que sus hijos pueden declinar, no piensan que algún día este mismo nombre que con tanto cariño combinaron ornará una desapercibida lápida. Recorriendo en la necrópolis ese muro de los nichos acribillados a nombres, ¡cuántos he descubierto dignos de servir al tipo más ideal de novela!

Miraba y miraba en el espejo la realidad de mi ilusión cuando reparé en que aquella señora se cuchicheaba con la niña que iba a su lado —su nieta sin duda— y ambas fijaban su atención en el cristal. Volví la cabeza y miré a la pequeña Tarwell. Durante un largo rato los dos nietos nos examinamos mutuamente.

Pero abuela no sé porqué, talvez delicadeza por ella y por la otra no quiso hacer otro tanto. Así recorrimos un extenso trayecto hasta que Alba hizo una seña al cobrador y el carro se detuvo. Entonces comprendiendo que seguíamos sus menores movimientos se volvió hacia el espejo y dirigiéndose a la imagen de su antigua rival arriesgó un ligero saludo con la cabeza y salió a la plataforma.

Yo me asomé precipitadamente por la ventanilla y alcancé a verla bajar. Aquella antigua reina de la elegancia llevaba ahora su calzado cubierto de lodo...

Confiaba reconocer la calle Retamo donde debía descender y para ello espía la aparición de una esquina pintada a franjas verdes blancas y amarillas que queda en mi memoria pero han pasado trece años y pude llegar al Barón sin encontrarla. Ella ha desaparecido con otras muchas cosas o talvez fue revocada. ¿Quién la reconocería ahora?

Bajé al tanteo y tuve que desandar una cuadra. Apenas penetré en la torcida callejuela creí ser otra vez el niño que, en los días de abundancia, venía a encargar a un restaurant vecino (El restaurant de "Las Cuatro Naciones") que nos mandasen la comida. Caminaba entonces, lo recuerdo bien, con la cabeza baja, agobiado ya por las preocupaciones. Mi infancia fue bien triste! Talvez por haber sido los primeros sus dolores se me representan más vivos. Yo no envidiaré la felicidad presente pero sí, con todas las fuerzas de mi alma el recuerdo de una infancia feliz. Lo contrario es invertir las leyes de la naturaleza, deformar miserablemente una existencia. En medio de las dichas posibles, ¿quién me haría olvidar las primeras penas sufridas cuando precisamente su pesadumbre fue la que amoldó mi corazón y lo dejó tal como es? —Lo que ayer se hubiese remediado con *nada* hoy no se remedia con *todo*—! Creo que data de ese tiempo, aunque puede ser innato en mí el pesar (que he expresado muchas veces por escrito) por cada verano que se extingue. Como digo del pasado verano: ¡Ah! ¡los veinte años! estoy seguro de que diré en el próximo: ¡Ah! ¡los veintiuno! por el verano actual. Ilusión voluntaria ésta y aquella y

todas. Ahora y siempre miraré hacia atrás. Desde niño y al revés de la generalidad de los jóvenes nunca he deseado ser mayor. ¿Es miedo a la vejez? ¡No! Más bien a la realidad que se agrava y cada vez se irá agravando más. Conozco que la vida no puede reservarme nada bueno.

Hasta hace poco que leí las memorias de la infancia de Pierre Loti, creía único mi caso. En esas memorias encuentro una impresión semejante a la consignada, que también su autor cree única. No lo será tanto, pues. Pero no es esto lo que me sorprende sino que —criado según cuenta en la holgazanería y el regalo haya podido sentirla él también cuando yo la achacaba a mi anormal situación en la vida.

Así mismo tengo la idea complementaria que; sombrío hasta donde se puede un presente, siempre es preferible a lo que vendrá. Vivo y trabajo de misa como el reo en capilla, bendiciendo cada día que se aplaza mi sentencia, extrañándome de no haber sido ejecutado aún. Y en medio de las mayores amarguras me he dicho: "Recuerda este tiempo porque es el mejor". ¿Qué se me espera entonces Dios mío? Triste cosa pensar que no se ha gozado en el pasado y que así y todo, a él se volverán, continuamente los ojos... Después que daba mi recado en "Las Cuatro Naciones" y mientras esperaba a la puerta, suspendido por el bullicio que venía de adentro miraba a lo lejos esa calle Victoria, a la cual pocas veces llegué y, niño de nueve años, padecía ante el porvenir igual angustia que ahora. No es la noche lo que me ha asustado sino el ocaso que la precederá. Y la imaginación se complace en adelante cada sufrimiento, de lo cual proviene que, cuando llegamos a él, nada nuevo nos enseña; lo sabíamos, mil veces lo habíamos padecido in-mente y seguramente con creces, pues, si bien es cierto que tarde que temprano se llega a todo sufrimiento que se tema, ello ocurre en la realidad, casi siempre después de una preparación tan sabia y de manera tan paulatina que se hace muy llevadera.

Hasta se podría ser feliz sin esta horrible facultad de anticiparse al destino.

Si mi diario estuviese destinado a la publicidad, entre otras cosas le cerceñaría este capítulo por no corresponder sino a mi carácter; pero felizmente mi diario es mío, de lo poco que escribo para darme gusto y en tal concepto este capítulo como cualquier otro tiene su sabor íntimo y su razón de ser.

(Han llamado a almorzar. Me entregan la llave del camarote 83 —¡siempre los guarismos!— y me comunican que el "Oravia" no zarpará antes de las tres o cuatro).

(Prosigo) Como dije ni esquina tricolor ni restaurant, la calleja tortuosa y gentes desconocidas. Seguí adelante en el ... frío y al llegar a la calle Hospital vi el viejo puentecillo colocado allí para salvar el desnivel del terreno y sobre todo para ir de una acera a la otra en el invierno, cuando la quebrada desborda el agua. ¡Qué de veces lo habíamos cruzado con mamá para entrar en la frutería de la esquina! Solíamos esperarnos a que la lluvia mermase conversando con la frutera, una obrera mujercita, siempre enferma y atormentada por ideas fúnebres, por lo demás excelente persona que no ponía reparos en fiarnos algunas peras de guarda y que en cierta ocasión nos prestó una moneda.

Amén de sus males y zozobras recuerdo de estos coloquios el nombre de su hermano establecido en Santiago con carrocería y que era su legítimo orgullo: Don Diego Ramírez. Apenas quiso creer que fuéramos santiaguinos cuando confesamos que no lo habíamos oído nombrar. Muchos años después, hombrecito ya, recorriendo los barrios bajos de la capital vi un letrero de carrocería y un hombre gordo a la puerta y —será dable— me detuve emocionado a contemplarlo, persuadido de que estaba en presencia del famoso hermano de la frutera. ¡Don Diego Ramírez!

Como se impone fácilmente, lo que menos me esperaba era ver en pie la frutería con su pilastra en el ángulo y su piedra de esquina tan olfateada por los perros, y mucho menos a la aprensiva mujer, tan robusta como siempre, yendo y viniendo entre sus harcones repletos de brevas, de ciruelas "reina Claudia" y duraznos "de la virgen" —¡Cómo le va!— salude desde la puerta.

Me quedó mirando. Después hizo un encogimiento de hombros y respondió con indiferencia:

—Para servirle.

Era una locura esperar más. Un poco confuso seguí examinándola a hurtadillas. Cómo vivía aquella anciana llena de achaques mientras tantas y tantas jóvenes que yo había conocido estaban bajo tierra, mezclados con el polvo ya.

—Buscaba la subida de Lo Cañas —dije para empezar.

—No tiene más que atravesar el puente.

Reconocía con placer su voz desapacible, interrumpida por jadeos y suspiros y se me hacía duro irme. De improviso le hice mi pregunta.

—¿No se acuerda de haberme visto alguna vez?

Volvió a mirarme. El silencio se hacía penoso.

—No... Me parece que no.

Yo no hallaba cómo ayudarle la memoria.

—Soy aquel... Vivimos el 91 en la subida... El hijo de una señora alta que murió. Veníamos siempre a comprar fruta y Ud. nos hablaba de su hermano.

—¡Ah! sí, ¡Diego! —dijo enderezándose.

Pero no me reconocía.

—Es posible —murmuró al fin con lentitud— ¡Una ve tanta gente!...

Paso tan enferma... ¡Hace tanto tiempo!...

De súbito dio un grito:

—¿Una señora alta con vestido verde?... ¿La señora Luz?

Hice que no, con la cabeza y trasponiendo el escalón que me separaba de la calle me alejé desalentado bajo la llovizna punzante y helada.

(Me agradaría continuar, frescas aún las impresiones; pero se han llevado mi equipaje a bordo y es preciso que lo siga. Se me hace trabajoso creer que, nada más que porque ha sido mi primer hospedaje "siento" dejar este cuarto extraño que nada me ha dicho. ¿Será mi destino sufrir, hasta por la separación de las cosas que no ame? Miro con simpatía la tienda del frente y comprendo que mi relicario de recuerdos se ha enriquecido con uno más).

(Lo que sigue está escrito a bordo, en la alta noche, mientras marchamos con una velocidad de 18 nudos por hora y sólo se siente el ruido de la hélice, y del oleaje que fustiga los flancos del "Oravia").

—Número 12... Número 12 —iba repitiendo, en tanto que repechaba la pendiente— ¡Número 12!

Venía a mi memoria el día de la llegada. La triste impresión que nos hizo, a nosotros que veníamos de la gran ciudad con sus paredes blanqueadas, sus techos de lona en que los aguaceros habían dibujado el mapa-mundi y un mezquino patiecillo donde ni las malezas arraigaban, tan sombría, tan mal oliente, con un solo ventanuco y la puerta de una hoja.

¿La habían demolido? me pregunté, no sin inquietud, deteniéndome en la boca-calle. La neblina, lo enturbiaba todo. El cielo parecía manchado de aceite y la garúa se hacía más penetrante. Tenía la idea que la casa estaba en la primera cuadra y que más arriba había un almacén (no consigo recordar su nombre) donde, no fui a comprar una vez, en ocho meses que duró nuestra permanencia en el puerto, sin encontrarme con el único amigo que tuve durante ese tiempo un borracho a quien apodé "Imperio Celeste" por causas que hoy se me presentan bien oscuras.

¡Pobre Imperio Celeste! ¡Hace mucho tiempo que debe haber pasado tu cuerpo por el mármol de la morgue!

Pues, bien, yo andaba errado en la topografía y era precisamente al revés el almacén abajo, después el número 12.

Allí estaba, tal cual lo habíamos dejado, como si hubiese transcurrido un invierno, pintado de azul, con su única ventana de cristales polvorientos como un ojo vidrioso... ¡allí estaba!

Una ola de amargura me subía a la garganta. Vivía otra vez esa noche primera de nuestra llegada en que mi madre abatida sobre uno de los bultos de nuestro pobre equipaje de inmigrantes, cerca de la vela puesta en el suelo, se echó a llorar y a pedir a Dios la muerte. Recordaba el grito severo de abuela: —¡No, eso no!— y el triste presentimiento que me hizo abrazarme a las rodillas de la mártir y demandarle que no, que no nos dejara solos. Después los sollozos cesaron y las lágrimas desaparecieron pero en aquel cuartucho frío y lóbrego quedó impalpable, un sofocante malestar que se respiraba con el polvo rojizo de los ladrillos... Allí la velamos y las aspersiones del agua bendita salpicaron esos ladrillos quebrados... De allí sacamos el ataúd una mañana de agosto, el día de la porciúncula, cuando repicaban las campanas de todas las iglesias.

Pero antes la miseria negra: Las largas caminatas a pie de abuela para ir a casa de sus parientes. La espera ansiosa. La vuelta, a veces con las manos vacías. El pan pedido a crédito —¡Oh! ¡un crédito bien limitado! ¡Y cuántas veces no lo negasteis, también, italianos crueles, vosotros los que llegáis hambrientos a mi patria y aquí lo tenéis todo, y cuanto os odio! —Las noches sin cena, sin lumbre y sin candil en que, acurrucados en nuestros lechos sentíamos silbar la racha por fuera, remecer los postigos y subí el cerro en remolinos. ¡Ah! No fue alegre aquella temporada de veraneo.

Y ahora yo miraba el albergue y hubiese querido adivinar por las lacras de su muro que nuevas miserias había ocultado, que escenas de desolación, que ayes de agonía; hubiese querido conocer a los desgraciados que ahora lo habitaban —porque sólo los desgraciados pueden habitarle— hubiese querido verlos y ayudarlos. Cuántas veces si alguien golpeaba por equivocación esa misma puerta no salí a abrirla temblando, figurándome que era el ser providencial que niños y grandes esperan, que venía a redimirnos de la postración, a devolvernos a Santiago, a salvarnos... Pero la Providencia camina despacio y cuando llegó era demasiado tarde.

¡Demasiado tarde! Una mañana de invierno, nublada como ésta, muy temprano, abuela, las dos hermanitas y yo cruzamos por última vez el umbral maldito y nos dirigimos a la estación. La anciana había perdido a su hija única mas le restaban tres huérfanos... Imperio Celeste nos vio pasar desde el mostrador en que saboreaba su copa matinal y salió a la puerta.

Y las lágrimas se le rodaron al pobre borracho...

¡Idos, idos, cosas tristes de mi vida! ¡No pobléis de espectros mi camarote!... Para despedirlas sacudo la cabeza como hice esta mañana cuando me separé de la vivienda. En ese momento, desatándose en la neblina la vi, más innoble, más miserable que nunca la había visto y la compadecí únicamente, como si en fuerza de ver sufrir y de ahogar gemidos hubiese adquirido un alma. ¡La compadecí por su terrible destino! ¡En verdad hay un destino que preside la suerte de seres y cosas! Pensar que aquella ventana no se iluminaría nunca, ni con un rayo de sol, ni con una sonrisa.

—¡Ahora sí que no nos volveremos a ver más! —parecía decirle mi alma.

Y de la cuesta que trepaba para ver desde arriba el mar, me volví a enviarle una última sonrisa entre la bruma.

Nunca más pobre casita. ¡Nunca más!

(El sueño me invadía. Para disiparlo me levanté y he mirado largo rato por el ventanillo del camarote la ondulosa masa negra del océano. Concluyamos).

La camanchaca era tan densa que uno podía creerse debajo del agua. Los raquíuticos árboles parecían manchas oscuras, sombras más recargadas pero sin realidad ninguna. Sin embargo, a medida que ascendía iba viendo más claro cual si aquel y por blanco fuese el vaho de la ciudad que dejaba abajo. Bordeé la torrentera por donde se precipitan en invierno las avenidas y pasó las últimas casitas, como jaulas colgantes, trepando todas, anhelosas de llegar arriba y dominar también el Pacífico.

Una vez que otra en la época de mi infancia había hecho cortas escapadas con este mismo objeto. Cuando podía tenerse en pie, Imperio Celeste era mi acompañante. Nos sentábamos en la cumbre y yo no le permitía que hablase hasta pasado un rato. También quería al mar el pobre alcohólico que en sus mocedades había sido fogonero de un vapor me contaba confusas aventuras de sus viajes en el infierno de las máquinas ignorante de cuanto pasara arriba, sabiendo que se marchaba con buen tiempo por la presión de las calderas o que había tormenta por las detonaciones de las olas al barrer el puente sobre

su cabeza. Creo que sólo conmigo hablaba pues los demás lo creían idiota. Yo puedo decir que no lo era. En aquel cerebro ofuscado quedaban jirones de ideas y recuerdos y hasta solió balbucearme su confesión de la cual no entendí palabra, si he de ajustarme a la verdad, pero que debía de ser lamentable según las crisis de llanto que le provocaba. Esto ocurría casi siempre durante nuestras contemplaciones mientras seguíamos con la vista a un vapor que se perdía en lontananza, como si su trenza de humo tuviese el poder de despertarle atrofiados afectos e ideas. Nombraba a una hija suya... Hablaba de un hombre... ¿Qué había en todo caso? ¡Basta ya, Imperio Celeste! —le ordenaba yo cuando lo veía próximo a exaltarse, y el desgraciado se serenaba dócilmente, sacudido aún por un tipo entrecortado de suspiros.

El día nublado favorecía para ver al mar bajo un aspecto nuevo. Empezaba la baja marea. No corría un soplo. Un... tul carmesí velaba las naves y los cerros de occidente. La línea del horizonte se fundía con el confín del... haciendo del cielo y del agua, de las nubes y las olas; de la llovizna y la espuma un solo vago sueño, un lloroso desierto, sin límites riberas ni alturas, que sólo cruzaban caravanas de gaviotas con rumbo a lo desconocido. A lo lejos, como cabezas de ahogados, sobrenadaban las puntillas de las rocas náufragas y más próximo un peñasco imponente y sombrío, cubierto de moho en sus escarpas y de algas en sus carcomas, parecía la ruina de un castillo habitado en la edad de la Atlántida por los genios del océano.

A las dos me he embarcado. A bordo bullía un mundo de gente que venía a despedir a los pasajeros. El puente parecía un jardín. En todas partes corrillos donde se conversaba y se reía alto. Algunas parejas se retiraban discretamente junto a las bordas y allí, tomadas de las manos, contemplando el suave oleaje que azota el casco del "Oravia" se exigían promesas o se cambiaban juramentos. Son lamentables estas despedidas porque tras de cada grupo doloroso voy yo el fantasma del olvido que empieza, ya en el momento de los adioses, a cortar los hilos invisibles que unían las almas. Distancia y tiempo, es decir perder las antiguas costumbres y crearse otras nuevas y la cadena acabará por romperse enteramente; entonces suspira la mentira del recuerdo, que no es sino para las cosas ya bien muertas. El recuerdo, una de las formas que toma el olvido. En los vivos se *piensa* pero a los muertos se les *recuerda*. Una cosa está viva mientras no se la recuerda. ¡Ah! y si ha pasado a ser recuerdo, haría muy mal resucitando ¿Qué muerto, el más amable, sería como lo recordamos? La naturaleza es sabia: ¡Dejad en paz a los que *fueron*!

No sabía, pues, donde ir que no turbase algún político cuadro de familia. Pasaba de un lado a otro y como esto mismo me hiciese sospechoso, decidí bajar al comedor. A lo menos allí no me miraron con ojos furibundos.

He visto con agrado que otros pasajeros solitarios habían escogido el mismo temperamento. Hicimos onces por los demás que poco a poco iban llegando, con párpados hinchados por el llanto y en la mesa estábamos aún cuando levaron anclas. Me precipité al puente y vi como nuestro vapor salía majestuosamente de entre el bosque de arboladuras, saludado desde los buques vecinos por algunos tripulantes.

El cielo se había despejado después de mediodía. Millones de discos de sol espejeaban como otros tantos pequeños astros en la superficie escamosa del mar produciendo un vértigo de fuego. Mirando la bahía de que nos alejábamos sentí una emoción única. Aún nos faltan, es cierto, algunos días para salir de aguas chilenas pero eso es una fórmula que nada significa. En realidad, desde que se abandona el primer puerto ya se ha dejado la patria.

La patria... ¡Cuántas veces me he indignado o me he reído de este retrógrado prejuicio!

¿Rutina? ¿Prejuicio? ¡Ay! también nuestras afecciones también todos nuestros sentimientos no son más que eso... Prejuicio y rutina pero no por ello es menos cierto que el árbol sensible, trasplantado a un clima extraño, ni rinde todos sus frutos ni sus flores tienen todo su aroma. Languidece... muere, casi siempre.

Porque la patria no es el pabellón, la nacionalidad, el idioma, ni aun el hogar sino, sobre todo y ante todo, la zona propicia, el suelo adecuado, el terruño nativo.

La última visión íntima que se ofreció a mis ojos fue la del faro de Playa-Ancha. En lo alto hubiese podido creer al campo-santo y la cruz que lo reúne un albo caserío agrupado en torno de su parroquia.

No sufrí. Me parecía que más guardaba de la muerte la casita del arrabal que esta playa serena donde se eleva el calvario de piedra como otro faro, frente al océano mutable.

Alta mar enero 9 (A bordo del "Oravia").

La mañana es preciosa y ya que el marco me respeta me propongo gozar del espectáculo continuando mi diario sobre cubierta donde se pasean los escasos compañeros de viaje que tampoco se han mareado. A pesar de que mantengo al día estas páginas y de que es demasiado temprano para tener impresiones que añadirles quiero anotar un sueño de esta noche pasada. Las últimas gaviotas siguen la estela de nuestro barco y para descansar se paran en las jarcias. A cada milla que gana el "Oravia" siento que me voy internando en lo desconocido.

Pero lo desconocido no ha sido hasta aquí mi vida toda, ¿no es acaso la Vida misma?...

La vida... Lo Desconocido...

HOMENAJES

Homenaje de la Dirección de Bibliotecas,
Archivos y Museos
al escritor y Conservador
del Museo Benjamín Vicuña Mackenna,
Carlos Ruiz-Tagle G. (1932-1991).
Santiago, 25 de noviembre de 1991



Carlos Ruiz-Tagle G. (1932-1991)

VIRGILIO HARGOUS, DON ROQUE Y SCARPA, TRES PERSONAJES
DE CARLOS RUIZ-TAGLE

Temo que Uds., que han venido a oír testimonios sobre Carlos Ruiz-Tagle de parte de amigos o personas que le conocieron, que estrecharon su mano y le conocieron, van a irse confundidos y desconcertados. Si bien él, al parecer me conoció a mí, yo no le conocí, sino en la medida que él sostenía verme y saberme y de su mano diestra sólo abarqué tres dedos, medida suficiente e insuficiente para el conocimiento mutuo. Uds. que le han leído, especialmente, en *Después de la campana* no ignoran que me llamó Virgilio Hargous y soy profesor de Castellano.

En general, las relaciones entre creatura y creador no son demasiado satisfactorias: el ser creado, imaginado, pensado o visto, considera que se le ha restringido, en el retrato, en su potencialidad, siempre más rica, más amplia que la que se le ha dibujado. Y el creador intuye que el afán del personaje es ocupar todo el tiempo, todo el espacio en su propio beneficio con limitación de la secundaria presencia ajena. Pero todo esto es relativo. Si contraponemos la tajante declaración de Ruiz-Tagle que no se oculta en ninguno de los recursos retóricos sobre los distintos tipos de narrador, cuando dice: "Lo odié apenas lo vi. Creo que a los demás del curso mío, salvo a Armando Uribe, les pasó lo mismo". Y esta polaridad extrema respecto a él, la sostiene también en toda la novela, desde su punto de vista exterior o desde la visión que, de soslayo, da el narrador sobre el personaje. Su característica es la desmesura y no en beneficio personal: cuando una colega, por problemas matrimoniales necesita la salida de una beca: "Pero no en vano los ojos de don Virgilio brillaban azulinos y serenos como el mar de la Riviera, el mar de Pegli, el mar de San Remo y Portofino, donde las olas apenas se levantaban al llegar a la arena de la playa. Hargous movió numerosas influencias, habló en italiano, conoció entre altos y encopetados funcionarios de la Embajada y hasta hubiese cantado una romanza por conseguir alguna ventaja para su colega. Así de abnegado era si se trataba de ayudar a un amigo, más amigo suyo todavía de hallarse en dificultades.

Don Virgilio era un hombre muy sensible y cuando se entusiasmaba por una causa lo hacía como un niño chico. Dábase entero, hasta las últimas consecuencias. Determina escribir algunos artículos sobre novelistas italianos y dio una conferencia en el Instituto sobre los sonetos del Petrarca. Era alto, refinado, inteligente, un verdadero personaje del Renacimiento; cayó muy bien entre los más importantes de la colonia y pronto se dejó sentir su influencia. Tenía por otra parte un talento endemoniado para convencer, a quienes le estaban haciendo un favor, de que en realidad, lo estaban recibiendo de él. Así fue como el encargado de las becas del Instituto italiano llegó a sentirse muy agradecido del Sr. Hargous por haberle ayudado a designar a la Sra. Gorgolin, una persona tan valiosa y tan amiga de Italia, depositaria de la beca restante".

Este dibujo exageradamente resplandeciente, viene de la necesidad de creer humanamente en alguien y esa fe es la que nutre la generosidad de

Carlos Ruiz-Tagle. La corrige con delicadeza, como por ejemplo, cuando el citado profesor ha hecho unas declaraciones despojadas de soberbia, después de encender un cigarrillo y aspirar su humo, que al expelerlo quedó en el aire una voluta azul detenida sobre la cabeza del maestro, y según dice el autor: "como si don Virgilio tuviera miedo de que se formara una aureola en torno de ella apartóse del lugar en que se hallaba. No quería que un fenómeno sobrenatural, una aureola, desmintiera sus palabras de humildad".

Todo esto constituye en su trasfondo la virtud de la ironía en la obra de Ruiz-Tagle. Corresponde a una especie de confirmación de nuestras posibles calidades y nuestras reales imperfecciones, vistas al unísono y agudamente. Ruiz-Tagle tuvo siempre —y es lo que va a faltar ahora en nuestra literatura chilena— una capacidad de ver desde un ángulo inédito la realidad, aguzando o engrosando los trazos, pero sin perder su relación armónica con lo esencial y expresivo de ella. Simpatiza con Virgilio Hargous porque comparte con él esa "devoción característica en él cuando algo le entusiasmaba como si se tratara de una cruzada o de una guerra santa".

Sí, en Carlos Ruiz-Tagle hay un entusiasmo y una vocación por la intensidad. La siente como una fuerza de la naturaleza, como un poder mágico y una cierta posibilidad de cambiar el mundo.

Tenía la costumbre de traerme cuanto escribía para que yo opinara sobre lo realizado. Eran dos lealtades las que se conjugaban: la de la verdad y la de la libertad. Mi opinión no trascendía de lo primero, la de él abarcaba el todo. Era una posibilidad de suplir cualquier descuido, con independencia para respetarlo o enmendarlo. Yo siempre vi en esa resolución la virtud de su autenticidad. Era una manera particular y propia de ver o recordar.

Valga como ejemplo lo escrito como recuerdo en las *Memorias de pantalón largo*, cuando compara los exámenes de dos asignaturas: En cambio, dice —"con Scarpa los exámenes eran más fáciles: lo hacía todo él. Recibía a los miembros de la comisión y les indicaba donde debían sentarse. Dictaba las preguntas y corregía las pruebas y ponía las notas. Los miembros de la *comisión examinadora* de Castellano se limitaban a tomar granadina".

En esta frase, lo único exacto es que para paliar el calor de la tarde de diciembre, la Comisión consumía un gran jarro de granadina. Lo demás, está al servicio de la recreación, en sus dos sentidos. Primaba, por sobre todo, el carácter desmesurado que atribuía, en la ficción y en la realidad, a su personaje que no cesa de calificar en varios escritos como renacentista: "Con su sombrero verde y toda su ambición de honores y gloria, don Virgilio parecía un héroe renacentista; pero de súbito rompía ese molde para simbolizar otro arquetipo: el de Santo. ¡Santo! la única tristeza, según la concepción de Bloy que el profesor repetía para maravilla y confusión de quien quisiera oírlo, era la de no ser santo". Y cuando el personaje se trasvasija a otro llamado curiosamente Scarpa sigue siendo expresado también en modo tan desmesurado, rotundo y excesivo que no puede dejar de entenderse que no tiene congruencia con la realidad y cuya descripción parte de su declaración del odio desde el primer día que lo ve: "Creo que si hay algo terrible que puede pasar a una persona

es abordar por primera vez a Scarpa. Produce distancia con su nariz angulosa, sus ojos como puntos eléctricos y su calva que no es una calva cualquiera... Con Scarpa llega hasta mí no sólo la Literatura Comparada, sino la música y la plástica. Su cultura era muy amplia. Era el Renacimiento personificado. Antes de la aparición de Scarpa, entre los ideales de santo o de héroe, habíamos elegido el santo medieval. Pero es que ahora llegaba este cardenal de traje cruzado que se *asavonarolaba* cuando le daba la rabia. Porque a veces se ponía furioso. No era la manera nuestra de enrabiarnos. Era el Mediterráneo y el Adriático al mismo tiempo, rabias cruzadas”.

Lo desmesurado del personaje es evidente. Lo que no sé es si el modelo lo proporcionaba. Lo que no ignoro es que Ruiz-Tagle escogía detalles, los proyectaba a planos inmediatos y así obtenía una resultante valorativa. Cuando describe al personaje nominado, no al Hargous novelesco y secundario, lo sitúa en su departamento de la avenida Bulnes “Vivía en un departamento de la avenida Bulnes, atiborrado de libros. Recuerdo que con Uribe descubrimos varios de la colección Losada dentro del horno de la cocina eléctrica. Además se interesaba por los objetos hermosos y era propenso a sentarse en sillones de cuero parecidos a un trono. Nacido para rey, buscaba súbditos en Santiago. Sobre el escritorio amplio y ordenado había una copa de cristal. Nos preguntábamos si bebía en ella”.

Esta sagacidad para seleccionar de un cuadro los “particular”, otorga veracidad a la figura siempre generosa, aunque fuera de época, con un matiz de disfraz, de ocultamiento real o de juego de engaño. Entre los materiales ofrecidos por Ruiz-Tagle sobre el personaje, se puede pasar de uno a otro, de lo romanesco a lo periodístico, de lo posible por proceso de composición, idealizado, a lo rotundamente concreto o real. Y esto lo opera no sólo con lo externo, sino con lo etopéyico, perteneciente a la esfera de la interioridad que se recoge con los mismos caracteres de absoluto: “Había desde siempre dos tipos de personas para don Roque. En primer lugar, los que se mantenían leales, a quienes defendía y estimulaba de la manera más inteligente. En segundo lugar, fuera de este círculo, en las tinieblas exteriores, quedaban muchos que prácticamente parecían no existir para él. O que ni siquiera se hallaban excomulgados, tan indiferentes le eran”.

A su personaje, Ruiz-Tagle ha sabido describirlo en medio de su circunstancia. Con exactitud, pero borrándose asimismo como si él no hubiera estado, recoge la presencia de personas que acuden a visitar a aquél, el 16 de agosto día de San Roque y de San Esteban que terminan juntándose en el calendario desde hace poco tiempo por disposición de la Santa Sede sin intervención del indirectamente beneficiado. Carlos Ruiz-Tagle, como si fuera un pintor holandés, compone el bullicio, la prodigalidad del yantar y la bebida y va caracterizando de una manera aguda y distante a los que participan en esa especie de Kermesse Flamenca. En otros casos, de carácter particular, ingresa al cuadro cuando su calidad de testigo presencial constituye un testimonio de veracidad en lo que relata, así en el caso de la entrevista por televisión en los días angustiosos de abril de 1971. Toca con ocasión de la muerte de mi madre, de

un modo emocionante, pero indirecto, la soledad que ella entrañaba a través de la descripción de la casa: "la gran casa que arrendaba en Los Leones frente a la plaza La Alcaldesa pareció dejar de tener sentido desde que ella murió". Tampoco deja de incluir entre los retratos el de las empleadas, una de las cuales, no entendiendo aquello del apellido compuesto y como devolviéndolo al tratamiento propio del campo lo sigue llamando don Ruiz: "las dos empleadas de Scarpa se hallaban interiorizadas con todo cuanto a él le ocurría. Vibraban con sus ideales, sus aventuras y sus desventuras. Y ello como si fuera lo único que existía en el planeta".

Todo esto que se ha ido sumando no es privativo en nuestro personaje recreado por Ruiz-Tagle. Corresponde a una selección de figuras que le interesan, que ha definido como *antifrívolos*, firmando con ello una declaración sobre su simpatía por los que se asientan sobre la seriedad de su propio paso existencial. Esperamos que esta serie de quince enfoques que dejó terminados como una declaración de fe, como un testimonio de respeto, y donde como autor, tuvo que eliminarse, no obstante su muy alto derecho, ya que su obra, bajo el velo de la sonrisa no disimula la responsabilidad, la seriedad, la sinceridad que fundamenta y sostiene su juicio humano y moral.

Carlos Ruiz-Tagle es, seguirá siendo, un escritor esencial, cuya grandeza se irá descubriendo en tanto se valore cómo él enlaza la gracia con la trascendencia, el juicio sobre su tiempo con su generoso perdón, su responsabilidad por lograr la frase límpida y congruente con su trabajo incesante sobre el texto que le preocupa hasta que en cada una de las facetas de su diamante dé luces mayores y más puras. Cuando se advierta la cantidad y la calidad de cada uno de los detalles de su punto de vista, se acrecentará la certeza de su calidad de maestro.

Tendremos que conformarnos con lo que nos dejó, no obstante saber que estaba en la plenitud de su poder expresivo. Siempre tendremos que agradecerle esa conciencia que nos reveló acompañada del don celeste de la alegría, con la caricia de la piedad, con la misericordia de lo verdadero.

Es responsabilidad nuestra resucitar a Carlos Ruiz-Tagle cada día abriendo sus libros, deleitándonos con sus artículos. En sus páginas, Carlos seguirá entregando la generosidad de su alma de niño grande, de adolescente inquieto, de hombre maduro que sabía que su límite sólo era con Dios.

Roque Esteban Scarpa

CARLOS RUIZ-TAGLE EN LA MEMORIA

Carlos Ruiz-Tagle: cierro los ojos, trato de reanimar la imagen de él que guardo en mi interior, y es como si estuviera viendo aquella estampa suya, tan suya. Como si la estuviera viendo viva, por supuesto. Ahí—real en la memoria, libre del tiempo dentro de ella— está su cuerpo de menor cuantía; está su rostro, algo pálido, y esa mirada y esa sonrisa ¿por qué las dos siempre de

soslayo? De soslayo también saludaba, ladeando un poco la mano, como si vacilara en darla de lleno, o ya quisiera recogerla antes del apretón fuerte y corto y seco. Uno tenía incluso la impresión de que al andar, sus pasos iban de soslayo. De soslayo dicen que solía colocarse la chaqueta, el abrigo, y yo no sé si alguna vez llevó alguna corbata que, por llevarle el amén, no se pusiera espontáneamente de soslayo.

Uno se tienta de pensar que en cierto modo Carlos habrá vivido de soslayo o, por lo menos, que esa era su forma de encarar al mundo. Al bies, al sesgo.

Tiene que ver con la ironía, tan característica de su estilo. O mejor dicho, de sus dos estilos: el personal y el literario. La ironía del hombre Carlos Ruiz-Tagle y la del escritor Carlos Ruiz-Tagle tenían en común el estar ambas hechas de un especial sarcasmo sin inquina, al cual se unía esa agresividad característica del hombre tímido. Timidez imprevisible, que en más de una ocasión lo llevó a decir lo que no se atrevía a decir, y por eso, a decirlo con una brusquedad de puñetazo en la mesa. Sorpresivo para los demás y, antes —piensa uno— sorpresivo para él.

Dicen que El Greco pintó figuras alargadas porque veía deformada la realidad: que esas figuras suyas se deben a un defecto óptico. Hay gente que no soporta la magia, cuando es verdad. Yo prefiero creer que El Greco pintó así porque así sintió, o así quiso decirnos el mundo. Y si hablo de aquel desoslayo de Carlos, no es porque le atribuya influencia sobre su personalidad, sino quizá a la inversa: a lo mejor es que miraba y se movía y sonreía al bies porque su modo de ser y de ver era ya pre-irónico.

Alguien ha escrito que en gran medida lo visto está más en la mirada que en las presencias que registra. Más en la mente que en los objetos.

Vuelto hacia dentro, escéptico de muchas cosas empezando por sí mismo, parco en el hablar y el escribir, Carlos Ruiz-Tagle no es que "hiciera" ironía, en ese sentido fabril que tanto seduce a algunos teóricos de la literatura: es que poseía una visión irónica de su entorno. Sentía así. Se sentía así, yo creo, al observarse a sí mismo.

Lo conocí cuando él tenía unos veinte años. Yo le llevaba cuatro o cinco. Pero Carlos ya era célebre, porque había publicado sus *Memorias de pantalón corto* y lo había consagrado Alone en uno de esos inolvidables artículos de los domingos. No recuerdo el momento preciso del encuentro. Sí recuerdo mi pequeña sorpresa cuando de buenas a primeras me tuteó. No se estilaba en esos tiempos. Pero él era tímido y tal vez tuteara a la defensiva. Mi timidez era distinta, y me costó seguirle el tú. Un tú, como lo suyo, que comenzó seguramente al bies.

Después seríamos socios. Nos juntaríamos a escribir un libro que nos hizo amigos, a los dos y a las familias de los dos. Pasamos horas de horas cotejando carillas en mi casa, y cuentan que las carcajadas rebalsaban la puerta, la ventana, contagiaban a mi mujer y a mis hijos. Carlos, al revisar, abreviaba. Yo solía decirle: "Hombre, si sigues así nos vamos a quedar sin novela". Él, parco, desescribía. Yo, a la defensiva, reescribía. Fue una especie de carrera.

Los dos teníamos, cada cual su propia timidez. También su propio excep-

ticismo. Pero en el suyo había más fe. Fue el que llevó los originales a la editorial. El que preguntó qué pasaba con ellos. El que me contó que se habían atrevido a publicarlo. Ninguno, ni él ni yo, confiaba mucho en el éxito. Pero nuestros escepticismos coincidieron en una cosa positiva: "Tenga éxito o no, nadie nos va a quitar lo que gozamos trabajándolo".

Y ese, ¿no es el único salario real de quien escribe?

Guillermo Blanco

CARLOS RUIZ-TAGLE

Caminaba rápido y con pasos cortos, como si siempre tuviera prisa por llegar a algún lado y como si algo le impulsara a demorarse. De soslayo, inclinado, se diría que estaba a punto de caerse, de frente o de perfil. Por fin, alcanzaba su destino y, si éste era un amigo, sus ojos se iluminaban y una sonrisa, con cierto dejo tristón, alargaba sus labios. De entre sus ropas, como en gesto de magia, emergía una mano cálida que iba al encuentro de la otra, extendida hacia él. Entonces pronunciaba su saludo ritual:

—Quiubo...cómo te va.

Ahí estaba, silencioso, palabras justas. Nunca lo oí hablar de más. Tal vez nunca lo hizo, porque conservaba desde los tiempos del "Joven Laurel" ese don de síntesis, ese filo de precisión que hizo exclamar al admirado *Alone*:

"¿Se ha dado cuenta de lo que ha hecho? ¿Sabe que esos trozos, esos relatos de una pieza, lisos, graves, irónicos, divertidos, están escritos como no se puede escribir mejor? ¿Cómo ha conseguido Ud. esa prosa imperceptible, sin una arruga?"

Sí: Carlos se daba cuenta, y por eso ejercía sin aspavientos su oficio cristalino. Algunos piensan que todo eso se logra con mucho método, con calladas meditaciones en el interior de una burbuja que se parece muchísimo a la torre de marfil de los poetas antañones.

Cuando observo la vida y la obra de Carlos, lo menos que puedo hacer es reírme de los métodos, las burbujas y las torres. No era ese el *hábitat*, el nicho ecológico de Carlos: las casas pequeñas y los hijos todavía más pequeños conspiran ventajosamente contra el paraíso silencioso en que la gente supone bien guardado al escritor. A veces es la mesa en que se come (y no precisamente de comedor) el artefacto que oficia de escritorio. Hay que hacerse un huequito entre floreros, retratos de la familia, ceniceros —sin uso, en el caso de Carlos— y platos todavía no retirados del almuerzo o la cena anterior. Ahí, en un rincón, se instala el escritor con su alto de papeles y el puñado de lápices. Si existe la inspiración, cuando asoma debe enfrentarse con los niños que juegan alrededor de la mesa; que se esconden entre las patas del mueble y del ocupante; que aporrean todas las puertas de las cercanías; que hacen aullar al perro y chillar al gato; que, por último, se encaraman a la mesa y pasean sobre los originales recién escritos. Y sus pies no son los piecitos de niño, azulosos de frío que

acongojaban a Gabriela Mistral... ¡No! Son unos pies embarrados, que acaban de chapotear en las charcas del jardín y ahora dejan sus huellas, ciertamente imborrables, en las ilustres páginas recién nacidas.

No exagero: el propio Carlos me contó que conservaba algunos borradores de sus primeros libros, con las indelebles marcas de los desnudos pies filiales. ¡Ah, pero el método, eso sí que es importante! Me pregunto cuál habrá sido el método de un escritor como Carlos Ruiz-Tagle. Hace algunos años, fue secretario de la Academia Chilena de la Lengua y debía redactar las actas de cada reunión. Entonces, ocurrían entre nosotros diálogos como éste:

—Oye: ¿tú estuviste en la última sesión de la Academia?

—Claro, y tú también.

—Por supuesto: como secretario no puedo faltar...Oye: ¿Te acuerdas de lo que se trató en la reunión?

—Pero, ¿no tomaste notas para el acta?

—¡Claro que tomé notas... pero se me perdieron...!

¡Nada como el método y la precisión! Uno se pregunta ¿de dónde salían, entonces, esa finura de detalles, esas exactas observaciones, ese arte de escarpelo o de buril para dar el toque necesario e inesperado?

Sin silencio, sin método, casi sin memoria, Carlos Ruiz-Tagle escribió sus obras con las palabras justas, indispensables. Y eso se llama talento, talento que no se queda dentro de la cabeza ni se transforma en quintaesencias experimentales, sino que se convierte en vida, vida real y vida imaginaria, contadas con verbo diáfano y cabal.

Un hombre con menos sabiduría y menos sentido del humor habría derivado en estilista, rara especie literaria que añade generosamente a la perfección el aburrimiento. Pero el duende irónico y realista estaba allí, para preservar la originalidad de la mirada, ese modo de ver que extrae de las personas y las situaciones un resplandor diferente, inédito e irrepetible.

Como en su maestro Chesterton, la paradoja era en él no un juego de ingenio, sino el resorte que hace saltar lo inesperado, que da una resonancia nueva al verbo cotidiano:

“—¿Qué es la virginidad? —preguntó Larraín.

—Bueno. Como un tarro de leche condensada antes de abrirlo”

Y en su “Quién es quién”, veamos este recuerdo de un domingo cualquiera:

“A la hora de misa, en la Parroquia de Jesús Nazareno, se veían unas beatas bigotudas que cantaban Virgen del Carmen bella y Perdona, Dios mío, Perdón e Indulgencia, Perdón y Clemencia, Perdón y Piedad, beatas que siempre salían en pareja de misa: las beatas se dan de a dos”.

¡Las beatas se dan de a dos! La pintoresca imagen casi fotográfica me hace evocar otra: En La Serena había un par de hermanas, denodadamente solteras que siempre andaban juntas y del brazo. Las llamaban “las vinajeras”.

El tiempo pasa, los años pasan y también van pasando las páginas en la historia literaria de Carlos. Y este pasar de tiempo y páginas nos llevan hasta las puertas de un cementerio, el de Lonco, donde ocurren cosas más de vivos que de difuntos: difícilmente otro que no fuera Carlos podría hallar su fuente

de inspiración en un cementerio, para escribir una novela en que la vida, el humor y también la emoción profunda manan de cada línea, de cada párrafo. Alguien podría pensar que es frivolidad dar marco tan fúnebre a novela tan vital. No es frivolidad: es paradoja, una paradoja admirablemente desarrollada en un entrecruzamiento de dolores y goces, de materias no muy santas y espíritu trascendente. Y también lo económico de la vida y de la muerte:

—¿Cómo andan los ingresos del cementerio, don Serafín? pregunta el señor alcalde. Y don Serafín responde:

—Bien, con la ayuda de Dios, señor alcalde”.

A los que crean que esto sólo es juego de ingenio les puedo decir que, en Caracas, tuve la oportunidad de ver un premonitorio aviso comercial. Decía: “*Funeraria La Moderna*, sucursal de *La Voluntad de Dios*”. Ni un buen ateo lo pondría en duda.

Alguien pudo pensar que “El cementerio de Lonco” era una novela irreverente, casi, casi, escandalosa. Desde el fondo de sus páginas le responde uno de los personajes, el moribundo padre Teodoro: “Juez hay uno solo, pero estamos llenos de semijueces”.

Fui jurado en el concurso que premió la novela de Carlos. Dije, entonces, que la había leído tres veces, dos como juez y una como simple lector, lo que era buena prueba de su amenidad. Carlos me respondió en una dedicatoria: “Para Hernán, capaz de pasar tres veces por este cementerio”. La virtud del buen humor no le abandonó jamás.

Y no era la única en él. La amistad, discreta y fraterna, era uno de sus signos. Carlos no se preocupaba de los demás. Se ocupaba, que es muy distinto y positivo. A veces era sólo una llamada telefónica (“quiubo..., cómo te va”), porque estaba inquieto, porque olía desde lejos algún problema y quería estar ahí, a la mano, por si era necesario. A veces, una invitación a conversar un rato. A veces, más directo, más concreto, una posibilidad de trabajo. Y uno palpaba, entonces, esa maravillosa sensación de no estar solo en un momento más que difícil. ¿Quién de nosotros no experimentó, alguna vez, esa admirable solidaridad que Carlos sabía comunicar casi sin necesidad de palabras?

Que nuestra común amiga Rosa Cruchaga —Rosa de Número, dijo Carlos— me perdone si cometo la indiscreción de recordar aquí ese perfecto juicio suyo, pronunciado a pocas horas de la muerte y los funerales: “Si hemos de ser juzgados por nuestras obras de misericordia, Carlos ya debe estar en el Reino de los Cielos”.

No me cabe la menor duda, como tampoco que, desde su definitiva paz, debe observarnos con una chispa de malicia en sus ojos, al contemplar nuestros afanes terrenos, nuestras idas y venidas, nuestras luchas, nuestros saltos por alcanzar algo que sólo es un fragmento de la nada, el “sonido y la furia” de nuestro pequeño mundo. Y desde allí, como siempre, nos mirará de soslayo, nos tenderá la mano, dirá en sordina:

—Quiubo... ¿cómo te va?

Querido y siempre recordado Carlos:

Decir que la noticia de tu muerte nos atravesó como un rayo, sería decir parte de esa desolación que a todos nos inunda cuando un amigo, un amigo de tantos años, se nos va.

Tengo que repetir ese maravilloso lugar común del gran poeta inglés John Donne. Y es que la muerte de todo hombre nos disminuye un poco. En tu caso, tu muerte nos divide: parte de nosotros está en ti, y estará por mucho tiempo.

El don de tu amistad. Estabas preocupado de servir a los otros. Lo sabías hacer muy bien, y por eso te querían. No es poco decir y hacer en un mundo en que todos parecen servirse a sí mismos. 'Servir': he aquí una palabra cada vez con menos prestigio porque pensamos que es poco digna. Pero el señor es el primer servidor, y al servir a los otros uno se hace señor. Eso fuiste. Eso eres.

Gracias, Carlos, por tu amistad, por la nobleza de tu amistad, y por ese otro don que Dios te entregó: el de la íntima ironía, que suavizabas en la caridad, esa otra forma profunda de la amistad.

Lo demás, tu obra —tus intensos cuentos, tus magistrales cuentos que nos dejaste— fue —es— otra manera de decirnos que la muerte no puede contra ella: lo cual es afirmar que no puede contra tu muerte.

Es extraño: ayer estábamos; hoy nos hemos ido. Tú puedes decir —ahora— que estás. Estás en los que te queremos —así, siempre en presente— porque la muerte tampoco puede hacer nada contra el amor. Que es como decir que no puede nada contra Dios, en cuya luz interminable creíste, y a cuya luz seguramente has llegado.

Miguel Arteche

CRONOLOGÍA DE CARLOS RUIZ-TAGLE*

- 1932 En un viernes 12 de febrero, nace en Santiago.
- 1940 Realiza sus estudios de enseñanza primaria y de humanidades en el Colegio Saint George.
- 1946 A los catorce años comenzó a escribir poemas acrósticos: el primero se llamó Recordando mi primera ilusión, el segundo, Fuiste la primera. Por esta misma época compone su primera novela *Por favor, no la lea*.
- 1953 En *El Joven Laurel*, antología dirigida por Roque Esteban Scarpa, publicó sus primeros relatos, junto a otros compañeros y amigos: Armando Uribe Arce, Pablo Gutiérrez Smith, José Miguel Ibáñez Langlois, Hernán Montealegre Klenner, Antonio Avaria de la Fuente y Jaime Silva Gutiérrez.
- 1954 Aparecen sus *Memorias de pantalón corto*, volumen de cuentos breves, en la Editorial Universitaria. En la Facultad de Agronomía de la Pontificia Universidad Católica de Chile obtiene su título de Ingeniero Agrónomo.
- 1956 Durante seis años se dedica a sus actividades profesionales, trabajando inicialmente en el fundo La Esmeralda, de su padre, para luego administrar los de Salvador y Wenceslao Vial, entre las localidades de Chimbarongo y Teno.
- 1959 Da a conocer *Dicen que dicen*, cuentos basados en la experiencia campesina, publicados por la Editorial del Pacífico.
- 1962 En colaboración con Guillermo Blanco, a quien conoció por medio de Alejandro Magnet, escribieron la novela *Revolución en Chile* bajo el seudónimo de Sillie Utternut. Fue un gran éxito en sus veintiuna ediciones; se imprimieron 110.000 ejemplares en la Editorial del Pacífico.
- 1967 Editor de numerosas publicaciones técnicas, por espacio de doce años, en el Instituto de Capacitación e Investigación en Reforma Agraria (Icira). Entre sus múltiples iniciativas cabe destacar la creación de más de una veintena de bibliotecas rurales: Colina, Curacaví, San Francisco de Mostazal, etc. Bajo el sello de la Editorial Zig-Zag edita *Después de la campana*, novela en la que con una mezcla de ironía y tristeza hace desfilar tiempos de infancia y adolescencia.
- 1969 Gracias a una beca, tiene la oportunidad de viajar a Estados Unidos y Europa para perfeccionarse en todo lo relacionado con la divulgación del patrimonio rural. Los cuentos de *Primera instancia* (Editorial Zig-Zag) le valen el reconocimiento del Premio Anual de la Academia Chilena de la Lengua.
- 1973 Su cuarta novela, *La luna para el que la trabaja*, es impresa por Editorial Pineda.

* Cronología realizada en colaboración con Osvaldo Guzmán M., funcionario del Museo Benjamín Vicuña Mackenna.

- 1974 Se incorpora como Miembro de Número de la Academia Chilena de la Lengua, correspondiente de la Real Academia Española, donde llega a ocupar el cargo de Secretario. El discurso de incorporación versó sobre la vida y la obra de Luis Oyarzún, su antecesor. Aparece *Cortometrajes*, editado por Editorial Gabriela Mistral.
- 1978 El Premio Municipal de Literatura se le confiere en el género cuento por los veintidós relatos de *Cuentos de Santiago*. Impreso en los talleres de la Editorial Nascimento.
Integrante del Comité Editorial de la Editorial del Pacífico.
Formó y dirigió un sinnúmero de talleres literarios en la especialidad de la narrativa y el cuento: Vicerrectoría Académica de la Pontificia Universidad Católica de Chile, Universidad Técnica del Estado, Colegio Tabancura, The Newland School, etc.
El Comité de Ediciones de la Agrupación Amigos del Libro para su ciclo ¿Quién es quién en las letras chilenas?, llevado a cabo en el Museo Nacional Benjamín Vicuña Mackenna, solicitó su colaboración en el ¿Quién soy? El tiraje de mil ejemplares fue impreso por Editorial Nascimento.
- 1979 Por Decreto N° 81 de martes 9 de enero, de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, se procedió a su nombramiento como Conservador del Museo Nacional Benjamín Vicuña Mackenna, en calidad de titular.
- 1981 Con los auspicios de diferentes municipalidades a lo largo del territorio nacional, publica varias *Antologías*: de Santiago, Melipilla, Casablanca, Pirque, Rancagua, Viña del Mar, Mostazal, Ovalle, Colina, Talagante, Graneros, Talagante entre visto, Talca y otras más, que vienen editándose hasta nuestros días (Root Impresores, Editorial Aconcagua, Editorial Antártica, Impresos Offset y Editorial Universitaria).
- 1982 Publica *El jardín de Gonzalo*, (Colección Mistral Editores Aconcagua).
- 1984 Publica *Memorias de pantalón largo*, donde nos da un testimonio de un trozo de vida, tan importante, que pareciera, a veces, ser toda la vida. Al año siguiente tiene su segunda edición (Colección Los Contemporáneos —Editorial Universitaria).
- 1986 Reúne sus cuentos en *El lloradero*, antología disimulada por dos relatos largos, materiales inéditos escritos en 1985 y 1986 y materiales no inéditos. Colección Mistral, Editorial Aconcagua.
- 1987 El 5 de junio, obtiene el Premio María Luisa Bombal por su novela corta *El cementerio de Lonco*.
- 1989 Con su novela *La edad del pavo* obtiene el segundo lugar en el Concurso de Literatura Juvenil Marcela Paz 1989 (Colección El Jardín de los Sueños —Editorial Universitaria).
- 1990 Recibe el Premio Oscar Castro, otorgado por la Ilustre Municipalidad de Rancagua. Ejerció el periodismo literario en los más destacados medios de comunicación social: *En Viaje, Qué Pasa, Rumbos, El Mercurio, La Segunda, La Tercera*, etc.
- 1991 El domingo 22 de septiembre, a las 15.40 horas, fallece a la edad de 59 años, en la Clínica Santa María, víctima de un shock cardiogénico. Su deceso causa gran impacto y honda consternación.

Homenaje de la Dirección de Bibliotecas,
Archivos y Museos a la ex-conservador del
Museo Nacional de Historia Natural,
Dra. Grete Mostny Glaser (1914-1991).
Santiago, 27 de diciembre de 1991



Dr. Grete Mostny Glaser (1914-1991)

Señor Embajador de Austria, señor Cónsul, autoridades, familiares, colegas, amigos.

Es difícil hacer una semblanza sobre una persona y poder ser justo. Por segunda vez me ha correspondido hablar sobre Grete Mostny, la primera fue el 9 de junio de 1977, cuando la Sociedad Chilena de Arqueología la honró públicamente con una distinción, en reconocimiento de su labor en el quehacer científico, específicamente en el campo de la arqueología; ese fue un momento de fiesta, en cambio hoy, es de duelo, por la pérdida de esta mujer que cultivó en Chile la pasión de su vida: la arqueología.

Grete Mostny Glaser, nacida en Austria, debió abandonar su patria ante la amenaza de la Segunda Guerra Mundial. Chile fue el país que la acogió junto a su madre y hermano y ella lo eligió como patria de adopción y fue en él, donde desarrolló su vida profesional y creatividad.

Por casi cuarenta años, los muros de este edificio la acogieron como su segundo hogar y conocieron de sus éxitos, proyectos, preocupaciones, penas y alegrías.

Aquellos que trabajamos cerca de ella la conocimos en sus múltiples facetas; como científica y jefe exigente cuando se trataba de trabajo, pero también humana y mujer ante los problemas de tipo familiar que surgen en la vida cotidiana de la gente; con su especial sentido del humor y la frase oportuna para cada ocasión; la funcionaria que compartía con todos un momento de alegría y celebración y que trabajaba, si era necesario, codo a codo con todos nosotros.

La doctora Mostny se formó en un ambiente de intensa inquietud por conocer la historia del pasado cultural de la humanidad y sus tradiciones orales y bajo una estricta disciplina en lo teórico y práctico.

Toda esta experiencia obtenida en su formación contribuyó para que marcara una época en el campo de la arqueología chilena. Aplica métodos y criterios científicos modernos junto al arqueólogo norteamericano, también fallecido, Doctor Junius Bird y se constituye en la continuadora de las investigaciones iniciadas por Guevara, Oyarzún, Uhle, Latcham y otros.

Grete Mostny fue una mujer de avanzada, productora y ejecutora de ideas en beneficio de los niños, jóvenes y adultos.

Fue precursora de muchas creaciones en el campo de la museología y educación.

Así tenemos, que en el área de la museología vio la necesidad de formar expertos en este campo, importantísimos para la conservación del patrimonio natural y cultural del país, para lo cual creó el Centro Nacional de Museología, transformando así al museo en algo vivo y dinámico. También se preocupó de los funcionarios que ya estaban trabajando en los museos, en la urgencia de formarlos en los campos de la conservación y documentación y ello lo hizo a través de numerosos cursos dictados por expertos venidos principalmente de Inglaterra y Francia. Al mismo tiempo da inicio a las llamadas "Jornadas

Museológicas" para que los museólogos puedan intercambiar experiencias y las evalúen.

Por otra parte, preocupada de la inquietud de los niños y jóvenes en materias científicas y en la necesidad de encauzarlas, creó las Juventudes Científicas de Chile con un evento anual, la Feria Científica Juvenil, ambas con el fin de estimular a los niños en el desarrollo científico.

Bajo su dirección nace el cuerpo de profesores guías con la principal función de guiar a los niños a través de la exhibición, transformando así al museo en un centro activo de educación informal permanente.

Ella fue la que proyectó y ejecutó la primera exposición para niños ciegos, ocasión en que pudieron ver a través de sus manos lo que nos entrega la naturaleza y los objetos que el hombre creó en tiempos pasados.

No deja de lado al adulto con sus inquietudes creadoras, dándole cabida para que muestren sus ingeniosos inventos.

En el plano de la difusión, también juega un importante papel como fundadora del Noticiero Mensual para entregar las noticias científicas del quehacer del museo y de la revista *Muchi* destinada a todo lo que se refiere al campo de la museología.

Su vida profesional la desarrolló en diferentes ámbitos; en el terreno, investigando desde Arica a Tierra del Fuego; al interior del museo, a través de la exhibición permanente y exposiciones temporales; en la Universidad, dictando clases y en diferentes eventos nacionales e internacionales representando a Chile, en los cuales dejó muy bien puesto el nombre de nuestro país.

Su excelente desenvolvimiento profesional la llevó a ocupar diferentes cargos no sólo en Chile, sino que también en el extranjero.

El resultado de todas sus investigaciones en el plano de la arqueología y museología han dado origen a más de un centenar de publicaciones.

En reconocimiento a este quehacer en beneficio de la ciencia, se hizo merecedora en el año 1967 de la Condecoración de Primera Clase por méritos en Artes y Ciencias entregada por el gobierno de Austria. En 1977, la distinguió la Sociedad Chilena de Arqueología y en 1980 el gobierno de Chile le entregó la Condecoración Gabriela Mistral en el grado de Comendador. Ella consideraba que pertenecía a ese grupo de privilegiados para los cuales su profesión coincide con sus intereses, transformándose su trabajo en un juego.

Grete Mostny vivía para la arqueología, de allí que hasta sus últimos días me comentó los planes que tenía para el futuro próximo, ya que este año no había podido asistir y participar en el XII Congreso Nacional de Arqueología Chilena celebrado en octubre recién pasado en Temuco.

Doctora, es así como yo y muchas otras personas la llamábamos, su presencia permanecerá por largo tiempo en muchos rincones de este museo y en nuestro recuerdo.

Eliana Durán S.

COMENTARIOS

DE LIBROS

REVISTA DE LA ASOCIACIÓN DE ESTUDIOS DE LA LINGÜÍSTICA Y DE LA LINGÜÍSTICA DE LA LENGUA CASTELLANA, N.º 11, mayo de 1973, 276 páginas.

La *Revista de la Asociación de Estudios de la Lingüística y de la Lingüística de la Lengua Castellana*, de mayo de 1973, publica una serie de trabajos de lingüística castellana, lingüística general y lingüística de la lengua castellana, dirigidos por Juan Vinyes y editados por Juan Vinyes y María José Vinyes.

En la sección de lingüística general, el artículo de Juan Vinyes y María José Vinyes, "El problema de la fonología en la lingüística general", trata de la fonología en la lingüística general, y el artículo de Juan Vinyes y María José Vinyes, "El problema de la fonología en la lingüística general", trata de la fonología en la lingüística general. En la sección de lingüística de la lengua castellana, el artículo de Juan Vinyes y María José Vinyes, "El problema de la fonología en la lingüística de la lengua castellana", trata de la fonología en la lingüística de la lengua castellana, y el artículo de Juan Vinyes y María José Vinyes, "El problema de la fonología en la lingüística de la lengua castellana", trata de la fonología en la lingüística de la lengua castellana.

Los artículos de lingüística general y lingüística de la lengua castellana, dirigidos por Juan Vinyes y editados por Juan Vinyes y María José Vinyes, se publican en la *Revista de la Asociación de Estudios de la Lingüística y de la Lingüística de la Lengua Castellana*, de mayo de 1973, 276 páginas.

Los artículos de lingüística general y lingüística de la lengua castellana, dirigidos por Juan Vinyes y editados por Juan Vinyes y María José Vinyes, se publican en la *Revista de la Asociación de Estudios de la Lingüística y de la Lingüística de la Lengua Castellana*, de mayo de 1973, 276 páginas.

Los artículos de lingüística general y lingüística de la lengua castellana, dirigidos por Juan Vinyes y editados por Juan Vinyes y María José Vinyes, se publican en la *Revista de la Asociación de Estudios de la Lingüística y de la Lingüística de la Lengua Castellana*, de mayo de 1973, 276 páginas.

Los artículos de lingüística general y lingüística de la lengua castellana, dirigidos por Juan Vinyes y editados por Juan Vinyes y María José Vinyes, se publican en la *Revista de la Asociación de Estudios de la Lingüística y de la Lingüística de la Lengua Castellana*, de mayo de 1973, 276 páginas.

Los artículos de lingüística general y lingüística de la lengua castellana, dirigidos por Juan Vinyes y editados por Juan Vinyes y María José Vinyes, se publican en la *Revista de la Asociación de Estudios de la Lingüística y de la Lingüística de la Lengua Castellana*, de mayo de 1973, 276 páginas.

UNIVERSIDAD DE IRVINE, *Gestos. Teoría y práctica del teatro hispánico*, N° 11, abril de 1991, 236 págs.

La Biblioteca Nacional acaba de recibir el número 11, correspondiente a abril de 1991, de esta publicación que edita la Universidad de Irvine, California. Su creador y director es el profesor chileno Juan Villegas Morales.

En forma excepcional, esta entrega está dedicada monográficamente al tema "La representación de la otredad en el teatro y cine latinoamericano y chicano". Según lo señala la profesora Diana Taylor, quien suscribe la Introducción, este número "es producto de una conferencia sobre el mismo tema organizado por Juan Villegas (UC Irvine) y Diana Taylor (Dartmouth College), patrocinado por el Humanities Research Institute de la Universidad de California y el Departamento de Español y Portugués de UC Irvine. Entre el 18 y 20 de octubre de 1990, conferenciantes de Latinoamérica y de los Estados Unidos se reunieron en Irvine para discutir la representación y autorrepresentación del 'latino/a' en el teatro y el cine".

Las ponencias se centraron en asuntos de identidad y representación en términos de género, de etnia y de clase social. Incluso se debatió la terminología, revisándose conceptos como americano, latino, latinoamericano, chicano, indio, etc.

Los análisis teóricos sobre la otredad fueron complementados con representaciones teatrales.

La revista recoge 13 ensayos, la mayoría en inglés, sobre el tema señalado. Como en cada número anterior, se incluye un texto dramático, lo cual añade un valor documental a la publicación. En este caso, se trata de la obra *Proyecto piloto*, del dramaturgo colombiano Enrique Buenaventura.

En sus seis años de existencia, *Gestos* ha concedido generoso espacio al teatro chileno. En sus páginas encontramos las firmas de Elba Andrade, Adriana Castillo de Berchenko, Pedro Bravo-Elizondo, Juan Armado Epple, Walter Fuentes, Carlos Genovese, María de la Luz Hurtado, Osvaldo Obregón, Mario Rojas, Fernando de Toro, Hernán Vidal y Juan Villegas; una importante entrevista a Jorge Díaz y el texto de su obra *Dicen que la distancia es el olvido*; y artículos o reseñas sobre el melodrama en la dramaturgia chilena, el teatro Ictus, teatro poblacional chileno, *Muerte y resurrección del teatro chileno 1973-1983* de Grínor Rojo, *Flores de papel* de Egon Wolff, *La dramaturgia de Egon Wolff* de Pedro Bravo-Elizondo, *El retablo de Yumbel* de Isidora Aguirre, *Nos tomamos la Universidad* de Sergio Vodanovic, *Tres Marias y una Rosa* de David Benavente y *Cultura y teatro obreros en Chile* de Pedro Bravo-Elizondo.

La intensa labor desarrollada por el profesor Villegas en el extranjero trasciende los límites de esta publicación. Su interés por el teatro, la poesía y la teoría literaria se vierte en numerosos artículos de revistas especializadas y libros. Entre sus últimos títulos destacan *Nueva interpretación y análisis del texto dramático* (Ottawa, Girol Books, 1982), *Teoría de historia literaria y poesía lírica* (Canadá, Girol Books, 1984) e *Ideología y discurso crítico sobre el teatro de España y América latina* (Minneapolis, Minnesota, Prisma Institute, 1988).

Y todavía se ha dado tiempo para cultivar su propia creación, publicando dos novelas casi desconocidas para la crítica y bibliografías nacionales: *La visita del Presidente o adoraciones fálicas en el Valle del Puelo* (México, Ed. Centauro, 1983) y *Las seductoras de Orange County* (Madrid, Libertarias, 1989).

JUSTO ALARCÓN R.

GABRIELA MISTRAL, *Lagar II*, Ediciones de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, Santiago, Chile, 1991, 172 págs.

Lagar II, obra póstuma de Gabriela Mistral, donde se recopilan cincuenta y ocho poemas, divididos en doce secciones, consiste, en primer lugar, en un exhaustivo trabajo realizado por Pedro Pablo Zegers, con la colaboración de Ana María Cuneo, Alfredo Matus O. y Gastón von dem Bussche.

Era un libro —dice Zegers— en alto porcentaje, en proceso de definición. Con muchas notas de la autora "por corregir". Un poemario con textos dispares, considerando los ya evidentemente acabados y aquellos en "franco proceso de reelaboración".

Esto es, justamente lo que da mayor interés a este *Lagar II*: la posibilidad de internarse en el proceso de escritura de una mirada fundamentalmente metafísica y telúrica a la vez, cuyos muros eran transparentes y también infranqueables, y una voz debatiéndose entre el deseo y la realidad.

El libro, no por mano de la escritora, sino por la necesidad de la exactitud de una recopilación "post-mortem", nos instala en una doble lectura; triple, tal vez: los mismos textos, la oposición de las versiones de los textos y las notas aclaratorias de ellos.

Un ejemplo de esto es la doble versión del poema "Montañas" (I) y (II), como *Lagar I* y *II*, que en las páginas 98 y 99, uno frente al otro, representan el espejo del trabajo poético como proceso y desarrollo. Se trata de dos versiones confrontadas que, tal como se presentan en el libro, nos exhiben un trabajo de escritura: "No hay fidelidad más grande/ como el cuerpo de la América/ como la que dan los Andes/ como ésta que le da al valle/ a tierra y gentes chilenas/ la matriarca cordillera".

(Mal) intencionadamente, imbriqué ambas versiones frente a frente del espejo de las páginas: Ambas montañas, la de los Andes y las del Valle, se espejean en este contrapunto que predetermina la decisión final de la autora y que configura el poema.

El libro —me parece— va más allá del espíritu poético de la Mistral que intentaba hacer de los muros, transparencia, y, de las copas, imposibles equilibrios, donde sus rondas y reinas han sido tan poco comprendidas en su profunda significación de deseo, rito, circularidad, muerte, eternidad. En una nota al pie de página al poema "El Mar" se aclara: "Hay una versión de esta estrofa segunda, en el microfilm, manuscrita por Gabriela que es prácticamente

ilegible". Microfilm y manuscrito, la electrónica y la mano: este entrecruce del espíritu de la autora ya muerta y la tecnología que rescata su grafía en microfilm y la reconstrucción casi arqueológica, hacen de este libro mucho más que un esfuerzo bibliográfico: un producto intelectual de innovador interés.

Lagar II es un gran poemario; sucesión de *Lagar I*, que junto a *Tala*, constituyen la mayor obra poética de Gabriela. *Lagar*: ese pequeño espacio-territorio donde, sólo en una época del año, la uva se transforma en vino; el fruto se hace espíritu. Lugar que, en el resto del tiempo —mientras la fruta se gesta, madura y eclosiona— se olvida, se ensucia, se llena de telarañas y olvido. *Lagar*: ese lugar que tiene su fecha y su momento para hacerse fiesta: vendimia.

Lagar II está constituido por XII secciones: Desvarío, Jugarretas, Luto, Locas mujeres, Naturaleza, Nocturnos, Oficios, Religiosas, Rondas, Vagabundaje, Tiempo e Invitación a la Música. Textos desiguales en forma, pero impregnados del mismo profundo espíritu de la poesía que expresa en ellos —yaciendo o subyaciendo— la ruta, la muerte de la madre, los materiales incontrolables —el viento obscuro, el mar, los montes— los oficios humanos (donde "recado a una copa" es una gran metáfora sobre el "oficio de escribir"), la religión, las rondas —lo circular— los errantes —vagabundos, viajeros, huéspedes y hebreos— y lo más incorpóreo y metafísico que siempre impregnó la escritura de Gabriela Mistral: el tiempo y la música.

Lo más novedoso e interesante, desde mi mirada de mujer, lo constituye la cuarta parte de este libro: "Locas Mujeres" título ya, desde sí, muy actual e, incluso, transgresor: Antígona, La Cabelluda, La Contadora, Electra en la Niebla, Mare Bisoja, La que aguarda, Dos Trascordados y La Trocada son textos muy actuales que, efectivamente, sitúan, marcan, determinan el lugar sexuado desde donde habla, la que hala en los textos. El habla de Antígona, la gran rebelde de la literatura griega rediviva en estos formidables versos: Olvida, olvida, olvida, Padre y Rey:/ los dioses dan, como flores mellizas, poder y ruina, memoria y olvido".

No pueden dejar de significar y plenificar de signos el hecho de "lo femenino" los versos de la primera estrofa de "Electra en la Niebla": "En la niebla marina voy perdida./ yo, Electra, tanteando mis vestidos/ y el rostro que en horas fui mudada./ Ahora sólo soy la que ha matado./ Será tal vez a causa de la niebla/ que así me nombro por reconocerme".

Lagar II es un libro que hay que leer; sobre todo reomendable a las poetisas chilenas jóvenes —y no tanto— que irrumpen en la escena literaria. Leer para decir: "El habla, niña nos vuelve y resbala por nuestros cuerpos"...

Acaso ya no que queremos ser más "la que aguarda", "las ansiosas" y aprender de su voz, de su deseo hecho palabra efectiva, no trivial, no monócordero, no gratuita, nunca profitadora. Ella, la que aguarda, abrirá, partirá el matorral intruso y su grito subirá solo, recto: ese "grito mío que no se relaja"...

TERESA CALDERÓN

ADOLFO BIOY CASARES, *Una muñeca rusa*, Tusquet Editores, Colección Andanzas, marzo, 1991.

El ingreso de la imaginación a la literatura sudamericana vino desde Mar del Plata a través del grupo Sur: Jorge Luis Borges, Adolfo Bioy Casares, Victoria Ocampo y Macedonio Fernández, quien —según sus propias palabras— no sabía si existía o era una invención de Borges.

Tal vez porque Borges —como H.P. Lovecraft, creó un círculo textual que aunó una obra plural y, quizá por lo mismo, como a Lovecraft, lo acusaron de reaccionario.

Estas consideraciones, a propósito de *Una muñeca rusa*, último libro de relatos de Adolfo Bioy Casares. El cuento que da título al libro, junto a "En memoria de Paulina" es uno de los relatos más inquietantes del autor. Es este último texto un bello alegato sobre el amor y los celos, la imaginación y la creencia que deviene en la fulminación de la verdad: "No hubo fantasma de Paulina. Yo abracé un monstruoso fantasma de los celos de mi rival" que no dista de "Los Adioses" de Juan Carlos Onetti, donde un personaje enfermo y desesperado llega a un hotel o sanatorio a "sanar o a morir..."

"Los muebles del departamento eran antiguos y, sin duda, hermosos, pero lo que llamó la atención de mi amigo fue una muñeca rusa. (—apunta Bioy Casares que—) —Refirió la señora— yo debía ser muy chica o muy sonsa, porque mi padre creyó necesario aclarar: "Trae adentro muñecas iguales, de menor tamaño. Cuando una se rompe, quedan las otras".

La narrativa de Bioy Casares es circular, como la de Borges, como la del grupo SUR: fantasmática, metafísica. Son narradores que omiten y, a la vez, desfiguran los hechos narrados; incurren en diversas contradicciones que muy pocos lectores, los por ellos prefigurados, aparecen como otros personajes de estas ficciones totales.

Diez relatos, algunas veces atroces como "Margarita o el placer de la farmacopea"; otras veces delirantes como "A propósito de un olor" son siempre inquietantes como "Un encuentro con Rauch", pero manteniendo la amarga ironía que, a través de lo grotesco, vuelca la realidad en imaginación.

La contradicción entre el arte y la política que nos perturba en la reflexión: ahora, Bioy Casares, entra en la polución, la ecología, el hedor y la alucinación de este siglo que se (nos) acaba.

"Bioy Casares había cenado conmigo esa noche y nos demostró una vasta polémica sobre una novela en primera persona, cuyo narrador omitiera o desfigurara los hechos e incurriera en diversas contradicciones..."

"... aquel extraño gusto de Silvina" —escribía Borges— "por un tipo de crueldad inocente y oblicua en sus relatos, que se puede extender a Macedonio y Bioy Casares, es atribuible al interés, al sombreado interés, que el mal inspira en un alma noble..."

"Lo amargo por dulce", como definiría su mujer, la narrativa de Bioy

Casares: esta "Muñeca Rusa" hay que desentrañarla, jardín o infierno, como todo texto fantástico. Y disfrutarla con la visión oblicua de la imaginación.

TOMÁS HARRIS

FRANZ KAFKA, *Relatos completos*, Editorial Losada, S.A., Segunda edición, octubre de 1990.

Leyendo y releendo los "Relatos Completos" de Franz Kafka frente al segundo volumen y admirando la precisión y belleza del texto "Prometeo", de sólo diecisiete líneas implacables, no puedo dejar de pensar en el dolor con que Max Brod hubo de romper la promesa de quemar los escritos de su amigo cuando muriese.

Lo imagino ante el hogar y el crepitar de las llamas con un temblor en sus manos que, tal vez, provenía del mismo temblor que emanaba de los "relatos" inéditos de Kafka y, línea a línea de su lectura inevitable, el saber que la ruptura de su promesa no iba contra su amigo, dado que estos textos ya estaban vivos por su propio ser, existían, no eran Franz Kafka, no eran sus peticiones. Creo que Brod debe haber tenido la certeza de que cumplir aquella promesa era cometer un asesinato contra seres con vida propia.

"La leyenda trata de explicar lo inexplicable. Dado que proviene de un fundamento de verdad, tiene necesariamente que terminar en lo inexplicable". Este fragmento de "Prometeo" cifra no sólo el macrosentido de estos relatos de Kafka, sino toda su obra, incluidas sus tres novelas —El Castillo, El Proceso y América— las más inquietantes e insólitas de nuestro siglo.

El arte verdadero sólo puede producir arte: es así como uno de los más grandes cineastas norteamericanos, Orson Welles, filmó esa maravilla de imágenes en blanco y negro, a partir de "El Proceso", creando un alegato visual-contrajudicial, sobre el Poder, el Absurdo, la Iniquidad y la enajenación humana. "Ante la Ley", otro de los relatos incluidos en el tomo I, es utilizado por Welles como epígrafe de este gran filme: "Ante las puertas de la ley hay un guardián".

El primer volumen comprende los relatos publicados por Kafka en vida: "Contemplación" (1913), "La Condena" (1913) "El fogonero" (1913), "La Metamorfosis" (1915), "En la colonia penitenciaria" (1919) —por eterno, cada vez más actual— "Un médico de campo" (1919) y "Un artista del hambre" (1924). Éste —y "La Metamorfosis"— traducidos por Jorge Luis Borges. También se incluyen en este volumen relatos no publicados por Kafka en libros.

Niños en una calle del campo, dialogando acerca de la inexplicable ciudad del Sur, donde la gente es rara porque no duerme, y no duermen porque no se cansan y no se cansan porque son locos: "¿Los locos no se cansan? ¿Cómo van a cansarse los locos...?"

Kafka va, en sus relatos, desenmascarando embaucadores, paseando re-

pentinamente, mirando distraídamente o haciéndose *voyeur* con los vestidos de las damas. Alguien pasa corriendo. —¿Por qué?— desea ser piel roja, es infeliz, se metamorfosea como un delirante Ovidio y asiste a la transformación del torturador en torturado. Los chacales deben coexistir fatalmente con los árabes, pero el artista siempre será “Un artista del hambre”.

Tal vez por eso, por esa dignidad fundamental de algunos artistas— Sí, Kafka hizo la dolorosa petición de la hoguera a su amigo Max Brod. No sólo los manuscritos se queman, también se queman los libros y las brujas y —qué bien lo sabemos nosotros— los inocentes. Todo esto, ironía y dolor, amor y piedad es el segundo tomo. Finalmente, se dice, todo arderá; pero como en “Prometeo”, Fahrenheit 451 no podrá contra esta “inexplicable cadena de montañas rocosas...”

TOMÁS HARRIS

PEDRO LASTRA y ENRIQUE LIHN, *Asedios a Oscar Hahn*, Editorial Universitaria, Santiago, 1990, 149 págs.

El carácter original e independiente del actual movimiento poético hispanoamericano puede demostrarse de muchas maneras. Una de ellas —no la más novedosa pero, sin duda, la más sugerente— es llamando la atención hacia los resultados hasta ahora infructuosos de la aplicación de categorías críticas foráneas a la labor de poetas del continente nacidos durante la década de los treinta, cuya carrera, justo en este momento, alcanza la cima de su prestigio: José Emilio Pacheco, Eugenio Montejo, Oscar Hahn, entre otros. Las dificultades, sin embargo, no suponen obstáculos insalvables para el inicio de un diálogo que promete ser productivo. Todos conocemos, para no ir muy lejos, los contratiempos que plantea la asimilación de nociones como “modernidad” y “posmodernidad” a nuestras letras. La periodización que implica la existencia tanto del *modernismo* dariano como de las vanguardias determina un panorama confuso o, mejor dicho, desacorde respecto de otras literaturas. El debate que surge a raíz del reconocimiento de una estética posmoderna de alcance internacional, de la que, por cierto, no escaparíamos, podría introducir ajustes y reevaluaciones de nuestra historia cultural hasta extremos insospechados.

Desde luego que no es este el lugar apropiado para tal discusión. No obstante, creemos propicio formular algunas observaciones tangenciales con motivo de la publicación de un volumen inestimable en la trayectoria crítica que acompaña a uno de los poetas ya mencionados. Se trata de *Asedios a Oscar Hahn*¹. Sus editores, Pedro Lastra y Enrique Lihn, han recogido un total de

¹ Pedro Lastra y Enrique Lihn, *Asedios a Oscar Hahn* (Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 1990).

veintitrés artículos y notas que, en sus propias palabras, trazan "una especie de mapa" de la recepción del autor en los doce últimos años, desde que aparece la primera compilación válida de su obra: "Arte de morir" (1977).

¿Es Hahn un poeta "posmoderno"? Curiosamente, la lectura de esta *summa* puede aportar elementos valiosos para responder semejante pregunta. Ihab Hassan, en uno de los ensayos que recogen Matei Calinescu y Dowe Fokker en *Exploring Postmodernism*², propone una serie de rasgos que, al parecer, caracterizan la posmodernidad. Los recordaremos aquí para mayor claridad de nuestra exposición. En su totalidad son once: indeterminación, es decir, placer del artista en la creación que parte de la ruptura y lo ambiguo; fragmentación, o sea, guerra declarada a la "organicidad"; descanonización; des-subjetivación; búsqueda de irrepresentabilidad o antiiconicidad; ironía; hibridación genérica; carnavalización, en el sentido bajtiniano de la palabra; participación —el lector ha dejado de ser un ente pasivo—; construccionismo, puesto que cada texto invita a rehacer el mundo referencial; e inmanencia, debido a la dependencia autorreferencial que produce la obra. De esta lista, algunos elementos claves han sido advertidos, de una manera, digamos, persistente, por los críticos de Hahn que figuran en los *Asedios*. Nos detendremos en tres de estas constantes que han despertado nuestra curiosidad.

Gabriel Rosado, en un ensayo titulado "Paradoja del arco", recurre a una expresión que, a la vez que describe acertadamente el *modus operandi* más característico de Hahn, concuerda con lo que Hassan denomina "hibridación": la obra del poeta chileno es de una "eclectica avidez" que se manifiesta en el encuentro de elementos totalmente disímiles —"desde la visión profética con raíces míticas, a ciertas obsesiones y manierismos barrocos; desde el penetrante perfume de una Edad Media en trance de descomposición, a esa triste nieve que cae en las calles de Iowa City" (p. 14). En la mezcla de imagerías y técnicas poco cercanas entre sí se hallan los cimientos de una escritura polimorfa. Rosado hace alusión al "pastiche" al referirse a los poemas de *Arte de morir*. Sospechamos, por nuestra parte, que un término más exacto para la convergencia dialógica en un solo texto de varios anteriores es "parodia", tal como la ha definido Linda Hutcheon: "una forma de imitación caracterizada por inversión irónica (...) una repetición que se vale de cierta distancia crítica, la cual determina diferencia más que similaridad con respecto a la escritura parodiada". La crítica al texto que sirve de referencia "no necesita presentarse como burla ridiculizadora"³. El comercio que establece Hahn entre sus versos y la *Danza de la Muerte* puede ser estudiado a la luz del rompimiento con las "formas puras" que requieren, consecuentemente, una "pureza de lenguaje" irreconciliable con un español contemporáneo que capta giros arcaizantes para hacerlos convivir incluso con chilenismos y voces populares. Adriana Valdés, en "Sobre *Flor de enamorados* de Oscar Hahn" (pp. 89-93), habla de "traduc-

² Matei Calinescu y Dowe Fokker, *Exploring Postmodernism* (Philadelphia: John Benjamin Publishing, 1987).

³ Linda Hutcheon, *A Theory of Parody* (N. Y.: Methuen Inc., 1985), p. 6.

ción", "transposición" y "homenaje" en dicho poemario, susceptible de ser visto como fruto de "lecturas palimpsestuosas". Hahn dice "una cosa con otra" y esa "otra" es escritura previa. Según la ensayista, tal práctica coincide con la del peruano Carlos Germán Belli, cuya labor también rezuma el decir de la lírica clásica española. A estos dos nombres nos gustaría agregar un tercero: el del mexicano Francisco Cervantes, caso quizá más radical en algunos aspectos. A todos tres cabe aplicar lo que Adriana Valdés argumenta de Hahn: el juego de sus libros con la tradición consiste en "mantener el sentido original agregándole la conciencia de la distancia que nos separa de ese sentido en el momento de nuestra lectura". De principio a fin el discurso híbrido apunta a la alteridad. Es palabra y espejo. En otro ensayo incluido en los *Asedios*, Enrique Lihn insiste en que Hahn inscribe su obra "en la desembocadura de las tradiciones" (p. 105). Pero quien describirá con mayor precisión los efectos de la intertextualidad tanto en el *Arte de morir* como en *Mal de amor* (1981) será Pedro Lastra, al advertir en ellos "la fusión de lenguajes y modos poéticos que provienen de diversas vertientes, y no sólo literarias"; la escritura con la que entran en contacto los versos hahnianos son "subtextos, pero singularizados poderosamente en un espacio poético nuevo, en el cual persisten como partículas cuya rotación genera resonancias inquietantes" (p. 129).

Lo que Hassan denomina "desobjetivación" (*selflessness*), indicio importantísimo de posmodernidad, es justamente lo que Jaime Giordano verifica en su "Nota sobre Oscar Hahn y la poesía actual" (pp. 95-98). En poetas de generaciones anteriores, como Borges, Neruda o Paz, puede rastrearse hasta cierto punto un "periplo existencial" que actúa como uno de los elementos de ficción que configuran el texto: el autor es personaje central de su poesía a la que, inevitablemente, por más que el crítico se esfuerce en pasar este hecho por alto, el lector se aproxima una y otra vez con el pretexto autobiográfico. En Hahn no ocurre semejante fenómeno. El "yo" de muchas de sus piezas, aunque ficcionalizado, no pretende orientar la lectura a un universo exclusivamente extradiegético. "No hay una historia que conozcamos —o imaginemos— de este sujeto de la cual realmente se dependa para comprender mejor el texto", explica Giordano. "No hay absolutamente nada, ni fuera ni dentro del poema, que debamos saber sobre el hablante lírico. La des-subjetivación se cumple en la pura fluidez de la escritura y sus datos intrínsecos". Tal como en Pacheco o Montejo, la causa de esta transformación está en la comunión del lenguaje lírico y el conversacional a tal extremo que la distinción carece de fundamento.

A la hibridación y desobjetivación, sumaremos otra constante que la crítica de *Asedios* reconoce en el poeta chileno: la fragmentación. Según Hassan, "el posmodernista solamente desconecta", de ahí su preferencia por el montaje, el *collage*, la metonimia (en vez de la metáfora), y su rechazo de las formas organizadas hipotácticamente. Ya hemos aludido de paso a las fluctuaciones y superposiciones lingüísticas presentes en la obra de Hahn. "Lo notable", nos dirá Lihn, "es la integración a la vez que el choque de los distintos actos del lenguaje, una convivencia democrática de lo culto, lo popular, lo banal, lo religioso, etc." (p. 106). Es este mosaico expresivo, precisamente, el que ori-

ginará el resquebrajamiento de la totalidad en el texto típico de Hahn: su lengua empieza por fragmentarse, las distonías se convierten en lo más característico de ella. Así, un motivo barroco como la visión de la podredumbre, desengaño final del mundo, puede asumirse con un desparpajo obviamente actual:

La corrupción se sienta
sobre los limpios cuerpos
con servilleta y tenedor y cuchillo.

O el previsible poema de amor pasa a ser un prisma de registros subvertidos:

Pongo la punta de mi lengua golosa en el centro mismo
del misterio gozoso que ocultas entre tus piernas
tostadas por un sol calientísimo el muy cabrón ayúdame
a ser mejor amor mío limpia mis lacras libérame de todas
mis culpas y arrásame de nuevo con puros pecados originales, ya?

Si en verdad existe algo que pueda definirse como estética posmoderna en concordancia con los puntos de vista de Ihab Hassan, hemos de admitir que los versos de Hahn no se apartan mucho de ello. Agregaríamos, no obstante, un cuarto elemento no tomado en cuenta hasta ahora, patente en la producción poética de otros hispanoamericanos de las últimas promociones: una conciencia apocalíptica. Existe en el José Emilio Pacheco de *Fin de siglo y otros poemas* (antología de 1984) y en el Eugenio Montejo de "Uccello, hoy 6 de agosto" (en *Algunas palabras*, 1976) un fundado temor neomilenarista que no resulta menos notorio en *Arte de morir*. El desaliento propio de las postrimerías de los tiempos se aúna a la fantásica utopía del fin de los estilos que propone la posmodernidad: que la Edad Media, el Siglo de Oro y la vanguardia convivan en un mismo poema refleja un ansia de suprimir toda temporalidad que sintoniza con el tema del exterminio atómico, tratado por Hahn en algunas de sus mejores composiciones. No en balde, Pedro Lastra lo ha tildado de "poeta nuclear" (pp. 129-130).

Los *Asedios a Oscar Hahn*, como podrá percibirse, constituyen una lectura suscitadora de innegable interés tanto para investigadores y críticos como para los seguidores numerosos con que cuenta el poeta a todo lo largo del continente. Es este un libro plural que propiciará más que la sola meditación, el debate de problemas—aquí hemos rozado únicamente uno de ellos—y la formulación de nuevas interrogantes que aumentarán la ya caudalosa reflexión en torno a uno de los nombres centrales de nuestro acontecer poético.

OSCAR GOMES

Sissi. Páginas de diario de Constantin Christomanos, Tusquet editores, Cuadernos Ínfimos 134, Barcelona, 1988, 214 págs.

¿Quién es esta mujer maravillosa que se escuda con una sombrilla blanca y un abanico negro?

A la profusa bibliografía de Sissi, emperatriz de Austria y reina de Hungría, se suma ahora un libro clave que viene a desentrañar muchos misterios de una mujer significativa en la historia de Europa. Elizabeth, princesa de Baviera se convertiría, con el correr de los años, en un personaje enigmático dentro de la corte de Viena. Solitaria, esquiva, esta dama elegante que se protegía de los fotógrafos con un abanico negro, fue una constante viajera. Acaso en el viaje encontraba la soledad que le estaba vedada en la severísima corte del palacio de Schönbrunn donde debía respetar un estricto protocolo y comportarse según las reglas que hacía cumplir rigurosamente su suegra, la madre del emperador Francisco José.

¿Y qué hay de la leyenda de la dulce Sissi? Los semanarios femeninos de los años 50 se encargaron de difundir una imagen romántica. Por otro lado, está la larga serie de novelas sentimentales para jovencitas que también explotaron el tipo romántico de Sissi con las estampas bucólicas del Tirol y los ropajes amplios con muselinas y rizos rubios con cintas. Eran las novelas de Odette Ferry: *Sissi Emperatriz*, *Sissi y su destino*, ambas llevadas al cine a finales de los años 50 por el director alemán Ernst Marischka. Protagonizadas por Rommie Schneider en el papel de Sissi, por Karl Böehm en el papel del emperador Francisco José y por Magda Schneider (la madre de Rommie Schneider) en el papel de la madre de Sissi; estas películas tuvieron un éxito extraordinario y sirvieron para que continuaran las novelas en la misma línea.

Suzanne Pairault escribió *Sissi y el fugitivo* y *Sissi, pequeña reina*. Marcel d'Isard escribió *Sissi y el Valse de Strauss*, *El Palacio de Sissi*, *Sissi en Baviera*, *Sissi en el Tirol*. Usualmente las novelas son llevadas al cine, pero en el extraño caso de Sissi, las películas originaron una profusa literatura popular en torno al mito.

Lamentablemente, durante los años 60 y 70, debido a las películas de Rommie Schneider y a las novelitas rosas, la figura de Sissi aparecía siempre nimbada de un sello ligeramente *kitch*. Nadie podía tomar en serio a esta heroína dulcísima que tuvo un final trágico, muriendo asesinada en Ginebra, en el momento en que se disponía a embarcarse en un vapor. En ese instante, un anarquista italiano que había acudido a Ginebra a asesinar al duque de Orléans, irritado por no haberlo hallado, le clavó a la emperatriz una agudísima lezna en el corazón, con el único propósito de matar a un noble, fuere el que fuere.

La leyenda surgió entonces. Fue la leyenda de la emperatriz trágica que perdió a su hijo Rudolf en la tragedia de Mayerling, la tragedia de Sarajevo, sobre la que ha caído un manto nebuloso de leyendas llenas de controversia.

Hace poco, incluso, antes de morir la emperatriz Zita, la última emperatriz de Austria, realizó importantes declaraciones sobre la muerte terrible de Rudolf con su enamorada María Vetsera.

Sólo en los últimos años, la figura de Sissi ha cobrado nuevos matices a la luz de investigaciones históricas más serias. Y un importante biógrafo ha trazado uno de los estudios más significativos sobre la vida de la emperatriz. Es Jean des Cars (hijo de Guy des Cars y de una chilena de apellido Edwards). Jean des Cars, que vive en Francia, en París, ha escrito también una importante biografía de Ludwig II de Baviera, primo de Sissi, otro de los personajes legendarios y románticos de Centroeuropa. Ahora ha escrito un libro sobre "la emperatriz de la soledad" ilustrado con numerosas fotos desconocidas de la misteriosa Sissi, la mujer que cuidó al máximo su físico, llegando a instalar en los lujosos aposentos de Schönbrunn, equipos de gimnasia, argollas, caballetes y trampolines para ejercitarse, lo que era considerado de una terrible audacia en un siglo majestuoso que declinaba.

Hoy, ha aparecido en Europa un libro clave que no había vuelto a ser publicado desde 1900, fecha de su aparición en París. Es el diario de vida del profesor de griego de Elizabeth, que le hacía clases mientras a la emperatriz la peinaban. Una extraña relación existe entre la emperatriz Elizabeth y su peinadora de cámara. Su pelo es larguísimo y suelto forma una alfombra por la que camina descalzo su pequeño hijo Rudolf, sin sospechar la tragedia que vivirá muchos años más tarde.

Toda una mañana tarda la peinadora en armar en una apretada trenza los cabellos de Sissi... unos cabellos demasiado hermosos que son lavados completamente una vez cada catorce días. Y allí delante está el profesor de griego, secretamente enamorado de la emperatriz...

El profesor se llama Constantin Christomanos y le enseña a la emperatriz la vida en Atenas. Incluso llegan a hacer un viaje juntos en un pequeño barco que le regaló a Sissi la reina Victoria. Y mientras van en el barco, salen a cubierta y el profesor le continúa enseñando griego...

Después de cada clase, el profesor realiza anotaciones en su diario. Estas anotaciones revelan aspectos poco conocidos de Sissi como su sentido filosófico, su interés en la parapsicología y en el espiritismo. Es una emperatriz que cree en las premoniciones y en los sueños. Y que se encuentra a sí misma en la más completa soledad.

Constantin Christomanos anota las conversaciones que tiene con Sissi, sus impresiones, lo que ella dice de tal o cual personaje o paisaje. A dónde fueron cada día y lo que comió o conversó la emperatriz. Por eso, por la cercanía y la intimidad del narrador, este diario nos produce una auténtica fascinación, además de estar bien escrito, como si se tratara de una hermosa novela.

El libro, titulado "*Sissi, páginas de un diario de Constantin Christomanos, profesor de griego de Elizabeth de Baviera, emperatriz de Austria. Impresiones, recuerdos, conversaciones*", contiene además fotografías y —algo curioso— dibujos inéditos de Sissi, entre ellos, un autorretrato en el que aparece sentada escribiendo. También complementa el libro, publicado por Tusquets Editores (Cuadernos

Ínfimos) (134), ensayos y estudios de Ludwig Klages, Maurice Barres, Paul Morand y E.M. Cioran. Se trata de textos magníficos que profundizan seriamente sobre la significación de este personaje tan mal comprendido y poco estudiado. El libro, además, tiene prefacio de Verena von der Heyden-Rynch, quien se ha convertido en una de las principales estudiosas contemporáneas de la vida y pensamientos de Sissi. En suma, un libro clave para los "sissimaníacos", que, al parecer, en el mundo, forman legión.

MANUEL PEÑA MUÑOZ

JOSÉ BENGEOA, *Historia social de la agricultura chilena*, Santiago: Ediciones SUR, 1988-1990 (2 tomos publicados).

Este sugerente título presenta una nueva posibilidad de acercamiento al estudio del pasado social de nuestro país por parte del lector común. Sin duda, es un buen intento por describir la base rural sobre la cual se conformó, dividió y evolucionó la mayor parte de la sociedad chilena, desde el agotamiento de los lavaderos de oro y el establecimiento de una frontera con el pueblo mapuche (fines del siglo XVI) hasta bien entrado el siglo xx.

El estudio está estructurado bajo la perspectiva de análisis de la división del trabajo, la propiedad y el uso de la tierra, poniendo un especial énfasis a los tipos de relaciones sociales que se manifestaron en el medio agrícola de la zona central de Chile.

José Bengoia hace un esfuerzo por adentrarse en la historia en busca de explicaciones para las críticas coyunturas vividas por nuestro país en el presente siglo; las encuentra en el esquema socioeconómico sobre el cual se configuró el complejo sistema de "poder" y "subordinación" que se fue estructurando en el agro desde la Colonia y que, con un apropiado sistema de interrelaciones y reciprocidades, daba el consenso básico para la estabilidad de un sistema político y social controlado por los grandes propietarios agrícolas. Este consenso, según el autor, se habría comenzado a quebrar desde principios del presente siglo, debido al ascenso de sectores urbanos con concepciones sociales diferentes, que pugnaban por la "modernización" en el campo. Ante esto, los agricultores se habrían anquilosado, enclaustrándose en un conservadurismo anacrónico cuyos deseos de orden y tradición rural chocaban con los principios de democratización y liberalismo de los grupos medios urbanos.

La concreción y posterior pérdida del consenso estabilizador de viejo cuño —lo que habría llegado a un punto cúlmine en el proceso de reforma agraria de los años '60 y principios de los '70— y su importancia fundamental para la comprensión del pasado reciente de Chile, constituyen la ambiciosa, aunque no tan novedosa, meta interpretativa que se propuso el autor con los tres volúmenes proyectados de esta *Historia social*.

El primero de estos tomos intenta ser una "síntesis ordenada" del proceso

de conformación de la sociedad rural chilena y la encarnación, en ella, de los conceptos de "poder" y "subordinación" sociales. Para esto, el autor divide su trabajo en cuatro grandes partes, que tienen íntima relación con la hipótesis central. En la primera de ellas, y dedicándole apenas treinta y seis páginas, Bengoa intenta un apretado resumen de la conformación de la propiedad, la estructuración de la sociedad rural básica y la evolución económica de Chile central desde la llegada de Valdivia hasta principios del siglo XIX. Los puntos importantes en esta parte son la constitución de la propiedad "territorial" —que el autor diferencia de la propiedad "agrícola", constituida en la medida en que la tierra se explota y ocupa intensivamente—, y la conformación del inquilinaje, como elemento básico para el establecimiento de una jerarquía social estable y para el control de la población por parte de los terratenientes.

Luego, en la segunda parte, el autor se centra en el siglo XIX, describiendo los componentes más representativos de la sociedad rural de la época: hacendados, inquilinos y peones, mostrando algunos cuadros de su vida cotidiana y sus relaciones dentro del sistema económico imperante. Llama la atención la ausencia de un tratamiento especial para los pequeños propietarios y minifundistas, que en muchas localidades constituían un número apreciable, aunque ello será subsanado convenientemente en el segundo tomo.

En la tercera parte, realiza un breve resumen de lo que significó el auge triguero de la segunda mitad del siglo XIX, sus orígenes y desarrollo, y su impacto en la agricultura y en la sociedad chilena. Contiene un capítulo dedicado a los canales de regadío de la región cercana a Santiago y al puerto de Valparaíso (únicas zonas a las cuales se refieren las fuentes utilizadas), donde aporta ideas interesantes —que deberán ser ampliadas en investigaciones regionales— sobre la importancia de este tipo de infraestructura productiva para la agricultura mediterránea del valle longitudinal, así como sobre los conflictos que habría generado su posesión y utilización.

En la cuarta y última sección de este volumen, Bengoa analiza los últimos treinta años del siglo XIX, refiriéndose a las ideas modernizadoras que propuso una parte de los terratenientes, a los que podríamos llamar la "elite oligárquica", más ligada a la ciudad y a los cambios tecnológicos de la época. También se refiere a la crisis económica de la década de 1870 y a la incorporación activa al mercado agrícola de las tierras del valle central, a raíz de la construcción del ferrocarril del sur y de la expansión que se llevó a cabo sobre las tierras mapuches. Al final, se hace una breve evaluación de la situación de la agricultura chilena al finalizar el siglo, constatando que, salvo excepciones, no se dio una modernización de sus procesos productivos; incluso, se produjo una reafirmación del latifundio y de su estructura tradicional de poder, cuando aumenta y se consolida el sistema laboral del inquilinaje. Estas afirmaciones nos parecen importantes, aunque ya habían sido formuladas por Arnold Bauer¹, quien aportó suficiente información para afirmar esta hipótesis —cosa

¹ Arnold Bauer. *Chilean Rural Society from the Spanish Conquest to 1930*, Cambridge University

que no hace nuestro autor—. Bengoa, por su parte, agrega la idea de que esta consolidación y extensión del inquilinaje fue la causa fundamental de la inexistencia de revueltas campesinas, dado el carácter de "integración social" o "integración al sistema" que poseía esta institución. Nos parece una hipótesis importante, que hay que tener presente en futuros estudios sobre la materia.

Lo señalado en esta última sección del tomo I es el fundamento para su posterior desarrollo en el tomo II. Aquí, el autor realiza un análisis bastante exhaustivo de los cincuenta años que median entre la guerra de 1879 y la crisis mundial de 1929, caracterizándolo como el período en que se configuraron los factores básicos del paisaje rural para el resto del siglo xx. Centrándose en un proceso que califica como fuerte reinquinización de las propiedades y creciente desarrollo del campesinado independiente, en contraposición con un sector latifundista en proceso de estancamiento, derroche y anacronismo socioeconómico, Bengoa proyecta esta situación hasta entroncarla con la reforma agraria de las décadas de 1960 y 1970, viendo en el dinamismo del campesinado las motivaciones originarias y determinantes de este último fenómeno.

Como hemos podido apreciar, el trabajo contiene varias ideas sugerentes que se podrían haber desarrollado con mucha mayor profundidad; entre éstas, podemos señalar las referidas a la mentalidad de los sectores bajos rurales—inquilinos y peones—, y a los motivos de su integración o no integración en el sistema social constituido. Creemos que es fundamental, por otro lado, marcar las diferencias que existen entre los dos grupos mencionados, y el autor cumple, a nuestro juicio, con este cometido, aunque no con la suficiente perspectiva de cambio y continuidad, es decir, con una perspectiva histórica².

Otro aporte importante es el que dice relación con la evolución de la constitución de la propiedad y el papel que juega en este proceso la expansión agrícola, la irrigación y explotación efectiva de la tierra, y la implementación de un sistema de transporte suficientemente ramificado y expedito. Este es un punto importante y también debió ocupar más espacio y una mayor reflexión que la entregada en estos volúmenes.

Por otra parte, y a diferencia del primer tomo, en el segundo se aprecia un mayor trabajo y mejor conocimiento del objeto de estudio, en virtud de un gran número de monografías y memorias de haciendas que el autor revisó, aunque estos elementos no dejan de constituir una fuente de información sesgada e incompleta. Sin embargo, Bengoa las utiliza en forma adecuada y

Press, 1975. Del mismo autor, *Chilean Rural Labour in the Nineteenth Century*, en *The American Historical Review*, 76:4 (octubre de 1971), pp. 1059-1083.

² Bengoa, en la página 23 y siguientes, utiliza en forma interesante la idea de "clases laboriosas" y "clases peligrosas", formulada por Louis Chevalier en su libro *Classes laborieuses et classes dangereuses à Paris, pendant la première moitié du XIX siècle*, Paris: Librairie Générale Française, 1978 (primera edición de 1958).

logra presentar un panorama claro y ordenado de la situación productiva en que se encontraba el agro de la época y de la evolución en la tenencia de la tierra, para algunos casos.

Un logro no menos importante de este volumen es la necesaria diferenciación geográfica del objeto de estudio, insustituible herramienta metodológica en un trabajo de este tipo. Así, se pueden apreciar las diferencias entre regiones tempranamente diversificadas y agroindustrializadas, ubicadas entre los ríos Aconcagua y Cachapoal (capítulos 1 y 2), el tradicionalismo de las regiones de Colchagua y Maule (capítulos 3 y 4), la original relación socioeconómica entre los actores rurales de Chillán (capítulo 5) y el mundo diferente, novedoso y espontáneo que se observa en la configuración del agro al sur del río Bío-Bío desde fines del siglo XIX (capítulos 6 y 7).

Sin embargo, luego de una primera lectura se aprecian de inmediato las importantes falencias de la obra, algunas de las cuales ya hemos adelantado. En el primer tomo se percibe una disociación entre algunos capítulos mejor desarrollados, donde se encuentra presente el cambio histórico indispensable en un análisis de este tipo, y que van dirigidos a la comprobación de la hipótesis general formulada por el autor, con otros capítulos de tono marcadamente descriptivo y que no se relacionan con la intención real dada al libro: formular, desarrollar y comprobar una serie de hipótesis sobre la estructura del poder en el Chile decimonónico. Esta misma incoherencia se manifiesta en la organización interna de la mayoría de los capítulos y en la redacción misma de ellos, ya que se insertan algunas sugerentes afirmaciones en un contexto de referencias bibliográficas de corte impresionista y extremadamente largas que, en la mayoría de los casos, no aportan lo que el autor quisiera. Pensamos que una obra de este tipo, con hipótesis que pueden generar una interesante discusión y con afirmaciones tan categóricas como las que se señalan a lo largo del texto, deben ir acompañadas de un trabajo serio de fuentes documentales de primera mano, que abarquen todo el espacio geográfico y cronológico que se está analizando, para así dar una fundamentación necesaria que nos sirva para explicar con la claridad suficiente los fenómenos y procesos avizorados en el libro. Si bien el autor señala que en este volumen no es su intención acceder a información de fuentes primarias, fundamentando esta opción en el objetivo de lograr una visión global de la historia rural chilena, no es menos cierto que a lo largo del trabajo se explicitan abiertamente muchas hipótesis que no encuentran fundamentación en el texto y hubieran requerido, además de la incorporación de documentos, su análisis exhaustivo y copioso para todo el período. Gran parte de las hipótesis formuladas por Bengoa sólo podrían afincarse a base de un trabajo metódico en archivos y prensa regional, de lo que carece sobremanera. Por señalar un ejemplo, el capítulo referido al bandidaje (págs. 103-105), presenta una visión insosteniblemente dogmática de este fenómeno social, dándole un carácter de "lucha de clases" que no se comprueba en lo más mínimo para el caso chileno; para ello, el autor se basa en las hipótesis que Eric Hobsbawm diseñó para la realidad europea preindustrial y en algunos cuentos populares y trabajos basados en el folclore que,

si bien son una rica fuente de investigación, no constituyen fundamento en modo alguno suficiente para el tipo de hipótesis que se formulan.

Respecto del segundo tomo, no nos parece que los ejemplos y el análisis vertidos en relación al latifundio sirvan para dar luz al estudio de la reforma agraria posterior. Pensamos que el asunto está mal enfocado, pues Bengoa coloca al campesinado —es decir, a los pequeños campesinos e inquilinos dependientes— como el sector social que, en último término, exigió y provocó el proceso reformista de la tierra. En absoluto queda clara la solución del enigma histórico que aparece como una contradicción esencial en la tesis del autor: Si toda esta población bajorrural era dependiente y subordinada, y actuaba por y para los intereses de los terratenientes de los que dependían, ¿cómo se produce un cambio tan profundo, que implica aspectos culturales e, incluso, psicosociales, que los lleva a colocarse en una posición contraria al *status quo*?, ¿cómo y por qué adoptan la defensa de postulados que van en pro de lo que, *piensan*, son sus intereses, si la reforma agraria, como propuesta, está configurada por una serie de proyectos que no se originan en el seno del grupo social señalado, sino que son programados “desde arriba”? No está demás recordar que esta reforma fue formulada desde la óptica de los grupos urbanos mesocráticos, los que no pocas veces fueron cooptados por la propia elite terrateniente. Incluso, los planes agrarios de la Democracia Cristiana y de la Unidad Popular fueron originados en un entorno sociocultural ajeno al rural, proyectando propuestas ideológicas evidentemente urbano-industriales hacia habitantes rurales cuyas exigencias no eran, en general, espontáneas, sino abonadas previamente por partidos políticos y federaciones obreras también urbanas³. Sin ir más lejos, la propia acción social de la Iglesia en el campo se puede aclarar bastante si se analiza desde este punto de vista.

JAIMÉ VALENZUELA MÁRQUEZ

³ Cfr. vol. II, nota 26, pág. 36. Al parecer, este problema será tratado en el tomo III.

PRINCIPALES ACTIVIDADES DE LA DIRECCIÓN DE BIBLIOTECAS, ARCHIVOS Y MUSEOS SEGUNDO SEMESTRE, 1991



BIBLIOTECA NACIONAL

EXPOSICIONES

Muñecas tradicionales del Japón. El jueves 4 de julio, en la Sala Cervantes de la Biblioteca Nacional, se inauguró la exposición Muñecas tradicionales del Japón, con la presencia del Sr. Embajador de Japón, Sr. Rikiwo Shikama, el Director de Bibliotecas, Archivos y Museos, don Sergio Villalobos R. y personalidades del ámbito cultural.

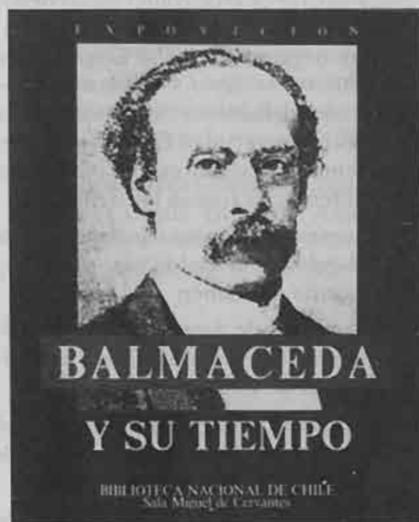
Sirviendo como encarnación de espíritu de adoración, como compañeras de nuestra infancia o como consuelo para nuestras almas, o quizás como una combinación de las tres, las muñecas del Japón han alcanzado magníficos niveles de desarrollo. Esta exhibición fue una presentación del mundo actual de las muñecas, con su tradición sin par y su profundo compromiso con la vida moderna. Esta muestra permaneció en exhibición hasta el 26 de julio de 1991.



3.000 años de plazas y monumentos en el Perú. Desde el 11 al 30 de julio, permaneció, en la Sala Amanda Labarca de

la Biblioteca Nacional, la exposición 3.000 años de plazas y monumentos en el Perú, muestra de fotografías de la arquitectura peruana que abarca los últimos 3.000 años de edificación, plazas y monumentos. Además, presentó esta exposición, costumbres y actividades colectivas de algunas ciudades peruanas, como las procesiones del culto católico. A la ceremonia de inauguración asistieron el Embajador del Perú, Sr. Alfonso Rivero Monsalve y el Director de Bibliotecas, Archivos y Museos, prof. Sergio Villalobos R.

Balmaceda y su tiempo. El 7 de agosto de 1991, en una ceremonia a la que asistieron como invitados especiales, S.E. el Presidente de la República, don Patricio Aylwin A. y el Ministro de Educación, Sr. Ricardo Lagos E., se inauguró, en la Sala Cervantes de la Biblioteca Nacional, la exposición Balmaceda y su tiempo, en conmemoración a los tristes sucesos que desencadenaron la Revolución de 1891.



Paralelamente, en la Galería Azul de la Biblioteca Nacional, se presentó la exposición Balmaceda en la poesía popular.

Como complemento de esta exposición, se prepararon publicaciones, conferencias, y otras actividades.

Puerto Octay en su centenario. Imágenes de una historia pionera. El miércoles 27 de noviembre, en la Galería Azul de la Biblioteca Nacional, se inauguró la exposición Puerto Octay en su centenario. Imágenes de una historia pionera. En la ceremonia estuvieron presentes el Director de Bibliotecas, Archivos y Museos, prof. Sergio Villalobos y el Alcalde de la I. Municipalidad de Puerto Octay, don Hans Siebert H.

La muestra presentó una colección de fotografías, objetos y otros, relativos



a la epopeya pionera emprendida por los colonos alemanes que arribaron a esa zona hacia 1852.

CONFERENCIAS

Ciclo de conferencias. La época de Balmaceda. Entre el 8 de agosto y el 5 de septiembre, se realizó, en la Biblioteca Nacional, un ciclo de conferencias denominado La época de Balmaceda. Este ciclo fue organizado por la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos en conjunto con el Instituto de Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Los temas y profesores que ofrecieron las conferencias fueron los siguientes:

Jueves 8 de agosto. *Santiago durante el gobierno de Balmaceda*, prof. Armando de Ramón.

Lunes 12 de agosto. *La cara de Balmaceda, fotografía, sicología y mentalidad*, prof. Eduardo Devés V.

Lunes 19 de agosto. *Balmaceda y el movimiento popular. La huelga de 1890*, prof. Sergio Grez.

Jueves 22 de agosto. *La cultura en la*

época de Balmaceda, prof. Bernardo Subercaseaux.

Lunes 26 de agosto. *Balmaceda en la poesía popular*, prof. Micaela Navarrete.

Jueves 29 de agosto. *Desarrollo económico, modernización y conflicto en el Chile de Balmaceda*, prof. Gerardo Martínez.

Lunes 2 de septiembre. *La dimensión internacional de la Revolución de 1891*, prof. Ricardo Couyoumdjian.

Jueves 5 de septiembre. *Los balmacedistas después de Balmaceda*, prof. Sergio Villalobos.

Ceremonia de presentación de la serie postal Centenario de la Revolución de 1891. El 29 de agosto, en el hall de la Sala Cervantes se realizó la ceremonia de lanzamiento y matasellado de la emisión

postal conmemorativa Centenario Revolución de 1891 que la Empresa de Correos de Chile puso en circulación para

mostrar al mundo, a través de dos sellos, parte de los acontecimientos históricos de nuestro país.

CONCIERTOS

Concierto de cuerdas y piano. Organizado por el Departamento de Extensión Cultural de la Biblioteca Nacional y el Instituto Chileno-Británico de Cultura, el 10 de julio, en la Sala América de la Biblioteca, se realizó un concierto de cuerdas y piano a cargo de los intérpretes Familia González-Echazu.

Concierto de música instrumental de compositores bolivianos. El Departamento de Extensión Cultural de la Biblioteca Nacional y el Club Boliviano, organizaron un concierto de música instrumental de compositores bolivianos. La interpretación estuvo a cargo de Arai-ana Stambuck (violoncello), Antonio Higuera (violín), Adolfo Velásquez (viola) y Carlos Baltes (viola). Este concierto, se realizó el 3 de agosto en la Sala América.

Recital de piano a cuatro manos. Felipe Browne y Eduardo Browne ofrecieron en la Sala América de la Biblioteca Nacional, el miércoles 14 de agosto, un recital de piano a cuatro manos. Los destacados pianistas interpretaron obras de Debussy, Orrego Salas, Schubert, Brahms, Ravel, Harwood y Dvorak.

Recital a dos guitarras. El Departamento de Extensión Cultural y el Consejo Británico organizaron un concierto de los guitarristas Fernando Bravo y Neven Sulic. Esta actividad se realizó en la Sala América de la Biblioteca Nacional el 7 de agosto.

Recital de violín y piano. Un recital de violín y piano, de los intérpretes Patricio Cobos (violín) y María Angélica Castel-

blanco (piano) se realizó en la Sala América de la Biblioteca Nacional. Este concierto, organizado por el Departamento de Extensión Cultural de la Biblioteca Nacional y la Sociedad Federico Chopin, se realizó el 16 de agosto.

Recital de guitarra. Un recital de Oscar Ohlsen, se presentó el 20 de agosto, en la Sala América de la Biblioteca Nacional. Este recital fue organizado por el Departamento de Extensión Cultural de la Biblioteca Nacional y el Comité Cooperador para el Progreso de Chiloé.

Concierto en conmemoración del 150 aniversario del natalicio del compositor Anton Dvorak. En conmemoración del 150 aniversario del natalicio del compositor Anton Dvorak, el Departamento de Extensión Cultural de la Biblioteca Nacional y la Embajada checoslovaca, organizaron un concierto a cargo de los intérpretes Alfredo Saavedra (piano), Irma Köllner (cantante), Mario Alvarado (piano) y René Verger (cantante). Este concierto se realizó el 21 de agosto, en la Sala América de la Biblioteca Nacional.

Concierto Orfeo Catalá. Organizado por el Centre Catalá, en la Sala América de la Biblioteca Nacional, el 28 de agosto, se realizó un concierto a cargo del Orfeo Catalá.

Concierto de la Agrupación Musicámara. En la Sala América de la Biblioteca Nacional, el 4 de octubre, se realizó un concierto de la Agrupación Musicámara. Los intérpretes Dúo Ansaldi-Conn y el Quinteto de vientos Pro-Arte, ejecutaron obras de G. Jacob, S. Prokofiev, F. Du-

verno y A. Klughardt. Este concierto fue organizado por el Departamento de Extensión Cultural de la Biblioteca Nacional y el Instituto Chileno-Británico de Cultura.

Presentación profesores Academia Ricercare. El Departamento de Extensión Cultural de la Biblioteca Nacional, organizó un concierto de los profesores de la Academia Ricercare, cuyos intérpretes, Patricia Gálvez (clavecín), Sergio Candia (flauta travesera), Martín Pino (guitarra), Ernesto Parra (guitarra), Gina Allende (viola da gamba) e Isidro Rodríguez (violín), ejecutaron obras de G. Philipp, A. Vivaldi, A. Corelli y L. Boccherini. Este concierto se realizó en la Sala América de la Biblioteca Nacional, el 6 de septiembre.

Recital de piano. Jacques Ammon, realizó un concierto en la Sala América de la Biblioteca Nacional, el 25 de septiembre. Ammon, interpretó obras de Haydn, Beethoven, Chopin y Corea. Esta actividad, fue organizada por el Departamento de Extensión Cultural de la Biblioteca.

Duetto vocales. El 9 de octubre, en la Sala América de la Biblioteca Nacional, Claudia Virgilio, Lidia Escobedo (sopranos) y Alfredo Saavedra (pianista), presentaron un concierto de duetos vocales donde los artistas entregaron una interpretación rica en versatilidad, paseándose por distintos países y estilos, desde un adornado Barroco hasta un Romanticismo lleno de magia, demostrando una excelente capacidad interpretativa.

Concierto de guitarra. El departamento de Extensión Cultural de la Biblioteca Nacional y el Departamento de Música de la Universidad de La Serena, organizaron un concierto de guitarra del intérprete Andrés Rosson. Este concierto se realizó el 17 de octubre en la Sala América de la Biblioteca Nacional.

Ciclo: La guitarra hispanoamericana. El Departamento de Extensión Cultural de la Biblioteca Nacional, organizó un ciclo de guitarra, denominado La guitarra hispanoamericana. El 23 de octubre, en la Sala América de la Biblioteca, se presentó el guitarrista Juan Mouras.

El 30 de octubre, se presentaron, en la Sala América, los guitarristas Juan Mouras y Guillermo Ibarra.

Coro de Cámara de la Universidad Nacional de Cuyo. El Departamento de Extensión Cultural de la Biblioteca y la Universidad de Santiago organizaron un concierto del Coro de Cámara de la Universidad Nacional de Cuyo. Esta actividad se realizó el 25 de octubre, en la Sala América de la Biblioteca Nacional.

Concierto de piano. El Departamento de Extensión Cultural de la Biblioteca y la Corporación Arrau, organizaron un concierto de piano de la intérprete soviética Tamriko Siphshvili. Este concierto se efectuó el 28 de octubre, en la Sala América.

Recital de canto y piano. Lucía D'Anselmo (soprano) y Verónica Torres (piano), ofrecieron en la Sala América de la Biblioteca Nacional un recital de canto y piano, organizado por el Departamento de Extensión Cultural de la Biblioteca. Esta actividad, se realizó el 6 de noviembre.

Recital de piano. Cecilia Plaza ofreció, el 13 de noviembre, en la Sala América de la Biblioteca Nacional, un recital de piano, organizado por el Departamento de Extensión Cultural y el Instituto Chileno-Británico.

Recital de piano. El Departamento de Extensión Cultural organizó un recital de piano del intérprete Charles B. Ashe. Esta actividad se realizó el 15 de noviembre, en la Sala América de la Biblioteca Nacional.

Recital de piano. Natalia Truli, intérprete soviética, ofreció en la Sala América de la Biblioteca Nacional, el 30 de noviembre, un recital de piano. Actividad organizada por el Departamento de Extensión Cultural de la Biblioteca.

El mejor recital Chopin de un pianista joven. El 4 y 5 de diciembre, en la Sala América de la Biblioteca Nacional, participaron en el Mejor recital Chopin de un pianista joven, Jorge Hevia, Leonora Letelier, Javier Lanis y Rodrigo Rojahlis. Esta actividad fue organizada por el Departamento de Extensión de la Biblioteca

Nacional y la Sociedad Federico Chopin de Chile.

Recital de piano y violín. El 12 de diciembre, en la Sala América de la Biblioteca Nacional, Elvira Savi (piano) y Lorenza González (violín), ofrecieron un recital para piano y violín.

Recital de piano. Cecilia Plaza, destacada pianista chilena, ofreció un magnífico recital en la Sala América de la Biblioteca Nacional, el 21 de diciembre. Esta actividad, fue organizada por el Departamento de Extensión de la Biblioteca.

CICLO DE CINE CHILENO

El Departamento de Extensión Cultural de la Biblioteca Nacional y la Cineteca de la Universidad de Chile, organizaron un ciclo de cine chileno. En esta oportunidad, se exhibieron documentales sobre Chile, regiones y su gente, entre los que se destacan: San Juan de la Costa, de Leo Kocking; Testimonio, de Peter Chaskely

A Valparaíso (1963), de Joris Ivens. Asimismo, se proyectaron las películas: Ana, realizada en 1965 por Helvio Soto y La respuesta, realizada en 1961 por Leopoldo Castedo. Finalmente, se exhibió un clásico del cine chileno, El húsar de la muerte, realizado en 1926 por Pedro Sienna.

CICLO DE CINE BRITÁNICO

El Departamento de Extensión Cultural de la Biblioteca Nacional y el Instituto Chileno-Británico de Cultura, organizaron un ciclo de cine británico, en la Sala América de la Biblioteca Nacional. El ci-

clo consideró las siguientes películas: Voces distantes. Vidas silenciosas, Las brujas, Venus Peter, Ahogados por números, Escalera de espadas, Reina de corazones.

CICLO DE CINE JAPONÉS

Entre el 24 y el 31 de julio, en la Sala América de la Biblioteca, se presentó un ciclo de cine japonés, organizado por el

Departamento de Extensión y la Embajada del Japón.

CICLO DE CINE PARA PROFESORES

Desde el 18 al 22 de noviembre, en la Sala América de la Biblioteca, se presentó un ciclo de cine para profesores. Esta actividad, fue organizada por el Departamento de Extensión de la Biblioteca Nacional y el Área de Cultura de la Secretaría Ministerial de Educación.

CICLO DE CULTURA POPULAR

Conversaciones

El Departamento de Extensión Cultural de la Biblioteca Nacional, organizó un ciclo de conversaciones sobre religiosidad popular chilena: *Devoción de las animas*, ilustrado con el video de Ernesto Cuadro. Esta actividad, se realizó en la Sala América, el 30 de julio.

Charla

El Departamento de Extensión Cultural de la Biblioteca Nacional, organizó una charla a cargo de Ramón Andreu, denominada *Las estudiantinas: origen, desarrollo y vigencia*. Esta charla, que se realizó en la Sala América, el 6 de agosto, contó con la participación de la Estudiantina de Santiago.

Canto y danza

Alegrías santiaguinas de la época de Balma-ceda. Actividad a cargo del conjunto Rauquén, dirigido por Adolfo Gutiérrez; se presentó en la Sala América de la Biblioteca Nacional el 10 de septiembre.

Organizado por el Departamento de

Extensión Cultural y la Parroquia de Portezuelo, se realizó, en la Sala América de la Biblioteca Nacional, el 26 de septiembre, un encuentro de cantoras campesinas de Portezuelo.

A 499 años de...

El Departamento de Extensión Cultural de la Biblioteca Nacional invitó al encuentro A 499 años de..., con la presentación del video *Amerindia* (Brasil, 1990), documental que muestra la perspectiva india de la conquista y la evangelización de América. Esta actividad se realizó el 8 de octubre en la Sala América de la Biblioteca.

El niño Jesús nació...

El 17 de diciembre, en la Sala América de la Biblioteca, se presentó una actividad relacionada con la Navidad en la cultura popular chilena, con comentarios del prof. Maximiliano Salinas y la presentación del grupo Rauquén, además de la participación del cantor a lo divino, Arnoldo Madariaga.

HOMENAJE A PABLO DE ROKHA

El 15 de octubre, en la Sala América de la Biblioteca, se efectuó una mesa redonda en homenaje a Pablo de Rokha, integrada por los panelistas: Naín Nómez,

Humberto Díaz Casanueva, Mario Ferrero, Luis Sánchez Latorre y Stella Díaz Varín.

CICLO DE TEATRO EN LA BIBLIOTECA NACIONAL

En la Sala Ercilla de la Biblioteca Nacional, se efectuó un ciclo de teatro, en el que cuatro destacados dramaturgos, conversaron sobre sus experiencias creativas con el conocido actor y director, Héctor Noguera, quienes tuvieron la oportuni-

dad de dialogar activamente con el público asistente.

Miércoles 11 de diciembre: Egon Wolff

Miércoles 18 de diciembre: Juan Radrigán

S.E. EL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA DE HUNGRÍA,
 ÁRPÁD GÖNCZ, SE REÚNE CON LOS ESCRITORES EN
 LA BIBLIOTECA NACIONAL

El viernes 6 de diciembre, en la Sala Ercilla de la Biblioteca Nacional, S.E. el Presidente de la República de Hungría, escritor, Sr. Árpád Göncz, sostuvo una reunión con los escritores chilenos. En esta oportunidad hicieron uso de la palabra el Sr. Director de Bibliotecas, Ar-

chivos y Museos; doña Pilar Armanet, Jefa de la División de Cultura del Ministerio de Educación y S.E. el Presidente de Hungría, en su calidad de escritor, quien respondió a todas las preguntas formuladas por los intelectuales asistentes.

PRESENTACIONES DE LIBROS

Daniel de la Vega, el poeta y el ángel. El 27 de junio, en una ceremonia realizada en la Sala Ercilla de la Biblioteca Nacional, se presentó el libro *Daniel de la Vega, el poeta y el ángel*, del escritor e investigador Mario Cánepa G.

Carlos Gardel y en el dos mil también. El viernes 19 de julio, en la Sala América de la Biblioteca Nacional, con la participación del Sr. Ministro del Interior, don Enrique Krauss, los escritores Miguel Artuche, Luis Sánchez Latorre, Enrique Lafourcade y Carlos Núñez, se presentó el libro-objeto *Carlos Gardel y en el dos mil también*. En esta oportunidad, se debatieron conocimientos, opiniones, sensaciones y otros aspectos en una mesa redonda que fue de gran interés. La música estuvo a cargo del maestro Salvador Grecco.

Maloqueros y conchavadores en la Araucanía y las pampas, 1700-1800. El jueves 25 de julio, en la Sala Ercilla de la Biblioteca, se presentó el libro *Maloqueros y conchavadores en la Araucanía y las pampas, 1700-1800*, del profesor Leonardo León Solís.

Neruda total: El martes 10 de septiembre, en la Sala Ercilla, se presentó el libro *Neruda total*, del profesor Eulogio Suárez.

Diez años de poesía chilena. El jueves 12 de septiembre, en la Sala Ercilla, se

presentó el libro *Diez años de poesía chilena*, del profesor Teodosio Fernández, catedrático de la Universidad Autónoma de Madrid. En esta oportunidad los autores antologados, residentes en Santiago, leyeron sus obras.

Personas y valores. El martes 8 de octubre, en la Sala Ercilla, Sara López, connotada catedrática de la Universidad Católica de Chile, presentó su libro *Personas y valores*.

Lagar II. El 9 de octubre, en la Sala Ercilla de la Biblioteca Nacional, se presentó el libro *Lagar II* de Gabriel Mistral. A la ceremonia asistió especialmente invitado el Ministro de Educación, Sr. Ricardo Lagos E. En esta oportunidad hicieron uso de la palabra, don Sergio Villalobos R. y Pedro Pablo Zegers B. Esta obra, que constituye el cierre del ciclo poético de Gabriela Mistral, configura un panorama definitivo de la poetisa elquina. *Lagar II*, actualiza una vez más a Gabriela Mistral, poniendo de manifiesto la frescura y genialidad de su poesía.

Geografía poética de Chile. Norte Grande. El Departamento de Extensión de la Biblioteca Nacional, presentó, el 29 de octubre, en la Sala América de la Biblioteca, el libro *Geografía poética de Chile. Norte Grande*. Publicación realizada con el alto patrocinio del Banco del Estado

de Chile. Esta obra es la primera de una serie de libros que nos entrega la maravillosa visión de nuestro Norte Grande, a través de una selección de textos que recogen las palabras de los poetas que han dado nombre a las cosas y seres que pueblan nuestro país. A la ceremonia asistió, especialmente invitado, el Sr. Ministro de Educación.

Un siglo de historia económica de Chile 1830-1930. En la sala Ercilla, el 29 de octubre, se presentó el libro *Un siglo de*

historia económica de Chile 1830-1930, de los autores Carmen Cariola y Osvaldo Sunkel.

Canto a lo divino y religión del oprimido en Chile. El teólogo Maximiliano Salinas, presentó en la Sala Ercilla de la Biblioteca, el 30 de octubre, su libro *Canto a lo divino y religión del oprimido en Chile*. Disertó acerca de la obra, Cristián Parker, decano de la Fac. de Ciencias Sociales y Humanidades de la Academia de Humanismo Cristiano.

LECTURA DE POEMAS

El 26 de noviembre, en la Sala Ercilla de la Biblioteca Nacional, leyó sus poemas el poeta y profesor de Estética y Literatura en la Universidad Nacional Autónoma de México, Hernán Lavín Cerda. En el acto estuvieron presentes los poetas Jaime Quezada y Miguel Arteche.

La Embajada de Suecia, la Dirección

de Bibliotecas, Archivos y Museos y la Fundación Pablo Neruda, invitaron a un recital poético-musical, con cinco poetas y una cantante de Suecia. Participaron además, los destacados cantantes Julio Numhauser y Mikael Wiehe. Este acto se realizó en la Sala América de la Biblioteca Nacional, el martes 10 de diciembre.

DONACIONES DE LIBROS

El 4 de septiembre, en la Sala Ercilla de la Biblioteca Nacional, se llevó a cabo la ceremonia de donación de la Biblioteca V Centenario, enviada por SS.MM. los Reyes de España y de una colección de cuatrocientos títulos, obsequio de la Generalitat Valenciana. A la ceremonia asistieron como invitados especiales, el Sr. Ministro de Educación, don Ricardo Lagos E., el Sr. Jordi Solé Tura, Ministro de Cultura de España, el Sr. Joan Lerma, Presidente de la Generalitat Valenciana y el Sr. Director de Bibliotecas, Archivos y Museos, don Sergio Villalobos R. En forma paralela, se inauguró una exposición, con la muestra de esta donación, en la Sala Amanda Labarca de la Biblioteca.

Libros venezolanos. Como parte de la

campana "Un libro para Chile", el Embajador en Venezuela, Excmo. señor Aniceto Rodríguez hizo entrega a la DBAM de una donación de 1.500 obras reunidas gracias a su diligencia. El aporte fue agradecido por el Director que, entre otras expresiones manifestó: "Veo por ahí Doña Bárbara, de Rómulo Gallegos y *La vorágine*, de José Eustasio Rivera, que todos los hombres de mi generación leímos porque era obligatorio en los programas de estudio. Debo confesar que aun los más flojos de los estudiantes —entre los cuales yo ocupaba un lugar muy destacado— nos sentimos atraídos por esas obras. Las leímos con gusto y nos revelaron un mundo americano que era distinto al nuestro. Ahora pienso que ambas obras son antecedentes del realismo mágico, con sus personajes

deformados, el conflicto psicológico y en medio de una naturaleza exótica y peligrosa. Muchas veces me pregunto si toda

la historia de América no ha sido el transcurso del realismo mágico".

CENTRO DE INVESTIGACIONES DIEGO BARROS ARANA

PRESENTACIÓN DE LIBROS

El miércoles 20 de noviembre, en la Sala Ercilla de la Biblioteca Nacional, se presentó la serie histórico-literaria editada por la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos y elaborada y coordinada por el Centro. En esta oportunidad, se presentaron las siguientes obras:

Revista *Mapocho* N° 30. Publicación de humanidades y ciencias sociales, correspondiente al segundo semestre de 1991.

La imprenta en Lima: 1584-1824, tomo IV, de José Toribio Medina. Libro

editado por el Fondo Bibliográfico José Toribio Medina.

El latín en Chile, del R.P. Walter Harnisch E. Libro editado por el Fondo Andrés Bello.

Bandidaje rural en Chile central, Curicó 1850-1900, de Jaime Valenzuela Márquez.

Discursos de José Manuel Balmaceda. Iconografía, recopilación de Rafael Sagredo B. y Eduardo Devés V.

Cartas de Ignacio Santa María y su hija Elisa, recopilación de Ximena Cruzat y Ana Tironi.

DONACIÓN DE LA COLECCIÓN DE AUTÓGRAFOS, CORRESPONDENCIA, DOCUMENTOS INÉDITOS E ICONOGRAFÍA DEL PROFESOR Y ESCRITOR ROQUE ESTEBAN SCARPA, AL ARCHIVO DEL ESCRITOR DE LA BIBLIOTECA NACIONAL

El 12 de diciembre, en la Sala Ercilla de la Biblioteca Nacional, se realizó una emotiva ceremonia, en la cual, el escritor, Premio Nacional de Literatura y ex Director de Bibliotecas, Archivos y Museos,

Roque Esteban Scarpa, donó al Archivo del Escritor, su colección de documentos e iconografía. A este acto asistieron numerosas personalidades del ámbito de las letras.

ARCHIVO NACIONAL

El jueves 13 de junio, en el hall central del Archivo Nacional se inauguró la exposición-proyecto Conservación de Fondos Históricos del Archivo Nacional. El objetivo del proyecto es resguardar y preservar el patrimonio cultural del país. Para ello se ha contemplado la conserva-

ción de parte de los fondos históricos contenidos en alrededor de 21 mil volúmenes que corresponden a los siglos XVI, XVII, y XVIII.

Abarca este proyecto, la restauración de doscientos volúmenes de carácter histórico muy deteriorados y la microfili-

mación de ocho mil quinientas obras pertenecientes a las colecciones más antiguas y de mayor consulta. El plan es la resultante de un esfuerzo iniciado por la Fundación Andes y el Ministerio de Educación. A este acto asistieron doña Pilar Ar-

manet, Jefa de la División de Cultura del Ministerio de Educación; don Sergio Markmann, Presidente de la Fundación Andes y el Director de Bibliotecas, Archivos y Museos, prof. Sergio Villalobos R.

MUSEO NACIONAL DE BELLAS ARTES

EXPOSICIONES

Ludwig. Desde el 23 de julio al 4 de agosto, en el Museo Nacional de Bellas Artes, con el patrocinio del Ministerio de Educación y la I. Municipalidad de Viña del Mar, se presentó la exposición de pinturas de Alberto Ludwig V. En esta muestra de cuarenta obras, destacan los paisajes nortinos, marinas, una visión personal de Valparaíso y el homenaje al poeta Pablo Neruda.



Arte alemán contemporáneo. El Museo Nacional de Bellas Artes presentó desde el 22 de agosto al 15 de septiembre, la exposición Arte alemán contemporáneo,

Arte Alemán Contemporáneo



Deutsche Bank

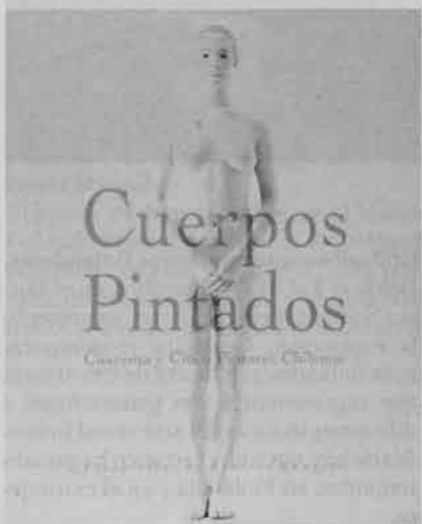
pintura sobre papel, en una colección del Deutsche Bank. Esta muestra consideró la agrupación de cuarenta y siete obras de dieciocho artistas alemanes contemporáneos que se presentaron por primera vez en Latinoamérica.

Museo de la solidaridad Salvador Allende. Desde el 3 al 22 de septiembre, en el Museo Nacional de Bellas Artes, se presentó la exposición Museo de la Solidaridad Salvador Allende. Muestra de pintura, escultura y grabado, que constituye parte de la colección de este futuro museo.



SALVADOR ALLENDE

Cuerpos pintados. Exposición de gran calidad, que permaneció sólo cuatro días en el Museo Nacional de Bellas Artes, desde el 2 al 6 de octubre de 1991. Esta muestra, del fotógrafo Roberto Edwards sobre obras de cuarenta y cinco artistas chilenos, corresponde a un proyecto de "producir" un libro de pintura ejecutada sobre la estructura corpórea humana, reuniendo a los más grandes artistas plásticos nacionales.



Retrospectiva de Mario Carreño. Desde el 9 de octubre al 1 de noviembre, en el Museo Nacional de Bellas Artes, se presentó la exposición, Retrospectiva 1945-1991, de Mario Carreño. La muestra, de noventa y cuatro obras, constituye el trabajo de cuarenta y seis años de este pintor nacido en Cuba y nacionalizado chileno en 1969.



Efecto de viaje, pintores chilenos en Nueva York. El Museo Nacional de Bellas Artes presentó, desde el 15 de octubre al 10 de noviembre, la exposición,



Efecto de viaje, conformada por la agrupación de obras de trece artistas chilenos, residentes en Nueva York: Juan Downey, Alexandra Edwards, Ismael Frigerio, Juan Gómez Q., Benjamín Lira, Daniela Montecinos, Cristián Murillo, Catalina Parra, Jorja Rieloff, Francisca Sutil, Mario Toral, Cecilia Vicuña y Pauline Vuillemin.

Roberto Matta Uni-verso 11-11-11 En el Museo Nacional de Bellas Artes, se inauguró, el 11 de noviembre, la exposición de la obra de Roberto Matta, Uni-verso 11-11-11, uno de los más significativos artistas plásticos del siglo XX. Después de treinta y siete años, la obra de este destacado pintor chileno volvió a pisar tierra chilena justamente al cumplirse los ochenta años de su nacimiento. La muestra destacó más de cincuenta cuadros provenientes de museos, galerías y colecciones privadas de todo el mundo.

17 artistas Latino y Afroamericanos en USA. El Museo Nacional de Bellas Artes, presentó desde el 15 de octubre al 9 de diciembre, la exposición, 17 artistas Latino y Afroamericanos en USA. Esta muestra, ofreció una fascinante oportu-



nidad a los chilenos, para conocer, interpretar y admirar a artistas de tan distintos orígenes en un mismo espacio.

Ferrosкульпuras. Exposición que se presentó en el Museo Nacional de Bellas Artes, desde el 19 de noviembre al 30 de diciembre. Esta muestra es la iniciativa de un grupo de escultores chilenos que teniendo a su disposición treinta toneladas de acero antiguo, propiedad de Ferrocarriles del Estado, expresaron su arte y talento. Las esculturas expuestas al exterior del museo, serán instaladas en forma definitiva en diferentes puntos del país donde Ferrocarriles del Estado llega con su servicio.



Grabados contemporáneos finlandeses. Desde el 3 al 31 de diciembre, en el Museo Nacional de Bellas Artes, se presentó la exposición, Grabados contemporáneos finlandeses. Muestra de tres artistas que representan a tres generaciones y diferentes técnicas del arte visual finlandés de hoy, cuyo nivel artístico ha ganado renombre en Finlandia y en el extranjero.

MUSEO BENJAMÍN VICUÑA MACKENNA

HOMENAJE A CARLOS RUIZ-TAGLE G.

El 25 de noviembre, en el Museo Benjamín Vicuña Mackenna, se realizó un acto en homenaje a quien fuera su Conservador, Carlos Ruiz-Tagle G. (Q.E.P.D.). En la ceremonia, hicieron uso de la palabra, dando sus personales testimonios, Roque Esteban Scarpa, Director de la Academia Chilena de la Lengua, Guillermo Blanco, Hernán Poblete Varas y Miguel Arteche.

En este acto también se escuchó una grabación con la voz del escritor fallecido, leyendo una de sus obras.

Finalmente, se descubrió una placa que lleva el nombre de Carlos Ruiz-Tagle a la entrada de la Sala de Exposiciones del museo, por su viuda, doña Magdalena Vial.

MUSEO DE ARTES DECORATIVAS
COLECCIÓN HERNÁN GARCÉS S.

CONCIERTO

Los años de oro: Mozart en Viena, 1781-1791.

Con ocasión de conmemorarse el 5 de diciembre de 1991, los doscientos años de la muerte de Wolfgang Amadeus Mozart, el Museo de Artes Decorativas ofreció un concierto a cargo de las intérpretes Magda Mendoza (soprano) y Ruby

Ried Th. (pianista) quienes interpretaron obras del célebre músico. Además, se dio lectura a una serie de cartas enviadas por Mozart a familiares y amigos.

Finalizó esta celebración con un refrigerio colonial en los jardines de la vieja casona de Lo Matta.

MUSEO GABRIELA MISTRAL DE VICUÑA

Presentación del libro *Lagar II* de Gabriela Mistral.

El jueves 26 de septiembre, en el Museo Gabriela Mistral de Vicuña, se presentó la primera edición de *Lagar II*, obra póstuma de la poetisa elquina, Gabriela Mistral. A la ceremonia asistieron el Director

de Biblioteca, Archivos y Museos, prof. Sergio Villalobos R. y Pedro Pablo Zegers B., Licenciado en Literatura, gestor de la obra. En esta ceremonia estuvieron presentes autoridades comunales y regionales.



DIRECCION
DE BIBLIOTECAS
ARCHIVOS
Y MUSEOS